

 **Cáritas**
Española
Editores

ISBN 84-8440-305-X



9 788484 403050

2003

CORINTIOS

revista de teología y pastoral de la caridad

XIII

UNA NUEVA IMAGINACIÓN DE LA CARIDAD

UNA NUEVA IMAGINACIÓN
DE LA CARIDAD

CORINTIOS
XIII

106

N.º 106 • Abril - Junio • 2003

CORINTIOS XIII

REVISTA DE TEOLOGÍA
Y PASTORAL DE LA CARIDAD

N.º 106. Abril-Junio 2003

CÁRITAS ESPAÑOLA. EDITORES.

San Bernardo, 99 bis

28015 Madrid.

Teléfono 914 441 000

Fax 915 934 882

E-mail: publicaciones@caritas-espa.org

http: www.caritas.es

Teléfs.: Suscripción: 91 444 10 37

Dirección: 91 444 10 02

Redacción: 91 444 10 19

Fax: 91 593 48 82

EDITOR:

CÁRITAS ESPAÑOLA

Felipe Duque

(Director)

Salvador Pellicer

(Consejero delegado)

Juan Antonio García-Almonacid

(Coordinador)

CONSEJO DE REDACCIÓN:

E. Romero Pose

P. Jaramillo

J. Manuel Díaz

F. Fuentes

A. García-Gasco

J. Costa

A. M. Oriol

J. M. Osés

V. Renes

R. Rincón

Juan Carlos Escobedo

Sebastián Alós

Imprime:

Gráficas Arias Montano, S.A.

MÓSTOLES (Madrid)

I.S.S.N.: 0210-1858

I.S.B.N.: 84-8440-305-X

Depósito legal: M. 7.206-1977

SUSCRIPCIÓN:

España: 28,38 euros.

Europa: 40,39 euros.

América: 62 dólares.

Precio unitario: 10,82 euros.

COLABORAN EN ESTE NÚMERO

FELIPE DUQUE.. Director de CORINTIOS XIII.

JOSÉ DELICADO BAEZA. Arzobispo emérito de Valladolid.

PABLO DOMÍNGUEZ PRIETO. Decano de la Facultad de Teología San Dámaso.

FRANCISCO MAYA MAYA. Profesor de Teología Pastoral Centro Superior de Estudios Teológicos de Badajoz.

ANTONIO BRAVO. Sacerdote.

MONS. ALFONSO MILIÁN. Obispo Auxiliar de Zaragoza.

GABRIEL LEAL SALAZAR. Delegado Episcopal C. D. de Málaga.

JOSÉ SÁNCHEZ FABA. Presidente de Cáritas Española.

M.ª JOSÉ CASTEJÓN. Sierva Seglar de Jesucristo Sacerdote. Licenciada en Teología Fundamental y comprometida en la Pastoral con Inmigrantes. Párroquia San Pablo (Madrid).

ANTONIO MARÍA ORIOL TATARET. Profesor emérito de la Facultad de Teología de Cataluña.

SALVADOR PELLICER CASANOVA. Delegado Episcopal de Cáritas Española.

CORINTIOS

revista de teología y pastoral de la caridad

XIII

UNA NUEVA IMAGINACIÓN
DE LA CARIDAD



Los artículos publicados en la Revista CORINTIOS XIII no pueden ser reproducidos total ni parcialmente sin citar su procedencia.

La Revista CORINTIOS XIII no se identifica necesariamente con los juicios de los autores que colaboran en ella.

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
PRESENTACIÓN. Felipe Duque	5
<i>Nueva imaginación de la caridad.</i> Mons. José Delicado Baeza	13
<i>El desafío antropológico y la comprensión y praxis de la caridad. Contempladores de Cristo. Modelo de hombre, sociedad y convivencia.</i> Pablo Domínguez Prieto	41
<i>Caridad y Evangelización.</i> Francisco Maya Maya	61
<i>La Iglesia, casa y escuela de comunión para los pobres.</i> Antonio Bravo	99
<i>Con los pobres: Vocación de los creyentes.</i> Mons. Alfonso Milián	127
<i>La misión de los cristianos laicos en favor de los empobrecidos.</i> Gabriel Leal Salazar	151
<i>La Novo Millennio Ineunte y Cáritas.</i> José Sánchez Faba ..	189

	<u>Páginas</u>
Duc in altúm! <i>Remar mar adentro</i> . M. ^a José Castejón	207
PARA DOCUMENTARNOS	
<i>Síntesis de la Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte</i> . Antoni María Oriol Tataret	243
GRANDES TESTIGOS DE LA CARIDAD	
<i>San Camilo de Lelis</i> . Salvador M. Pellicer Casanova	283
EXPERIENCIAS	
<i>Acogida, encuentro e integración con inmigrantes. Experiencia pastoral con inmigrantes</i> . M. ^a José Castejón	313

PRESENTACIÓN

1) La Carta para el tercer milenio (*Novo Millennio Ineunte*) de Juan Pablo II es para la comunidad cristiana «un nuevo impulso evangelizador» y para la sociedad una «llamada a la esperanza».

En continuidad con la exhortación apostólica *Tertio Millennio Adveniente* y con la Bula *Incarnationis misterium*, Juan Pablo II traza «la hoja de ruta» de la Iglesia para llevar a cabo su misión en los tiempos nuevos.

El eje en torno al cual se mueve el dinamismo de este «nuevo impulso» no es otro que el gran acontecimiento de la historia humana: *Jesucristo y su misterio Pascual*. Durante la preparación del gran Jubileo y la experiencia vivida en su celebración se ha puesto de relieve la necesidad de situar en primer plano de toda acción eclesial la *contemplación del misterio de Cristo*. La Iglesia, sus comunidades, los creyentes han de ser **CONTEMPLADORES DEL ROSTRO DE CRISTO**.

Desde esta atalaya, la Iglesia se dispone a caminar por la Historia. Desde una experiencia viva de Cristo —por Él, con

Él y en Él— emprende su programa de renovación para la realización de la Nueva Evangelización. Todo el proyecto evangelizador para el tercer milenio habría de ser fruto de una identificación y encarnación en el corazón de los creyentes de la persona y el mensaje de Jesús de Nazaret.

Como advierte el Papa, no se trata de «algo novedoso», sino de «reavivar las raíces cristianas», de «remar mar adentro» y de «afrontar» con esperanza y decisión los desafíos que la Evangelización plantea en los comienzos del nuevo milenio.

Para ello, la Iglesia y sus comunidades han de despertar y estar atentas al riesgo que les acecha de ceder a la tentación del cansancio, del desaliento, de la inercia y de la mediocridad.

2) Dada la trascendencia de esta Carta, CORINTIOS XIII ha creído oportuno dedicar uno de sus números a comentarla, si no en todos sus contenidos, sí en aquellos aspectos más directamente afines a la Teología de la Caridad y a Cáritas.

Bajo el título, tomado de la misma Carta, UNA NUEVA IMAGINACION DE LA CARIDAD, nos aproximamos a una reflexión sobre la comprensión y praxis de la caridad cristiana.

La oportunidad de estos comentarios parece evidente. En primer lugar, porque recientemente el Secretario de Estado de la Santa Sede, Cardenal Angelo Sodano, ha dirigido una carta a los Presidentes de las Conferencias Episcopales pidiéndoles que se estudie y oriente convenientemente por las respectivas Conferencias la naturaleza de la acción caritativa y social, su eclesialidad, la necesidad de una coordinación eficaz y, de manera especial, las responsabilidades de los Obispos en sus Iglesias particulares con relación a estos temas.

CORINTIOS XIII ha querido aportar su colaboración a esta tarea de nuestra Conferencia Episcopal.

Por otra parte, no es ningún secreto que en los últimos tiempos está en la cresta de la ola el debate teológico y pastoral acerca de la identidad, tanto a nivel teórico como pastoral, de la caridad cristiana. Las corrientes teológicas de nuestro tiempo, por ejemplo, la teología de la liberación con sus diversas sensibilidades, las «teologías de la marginación», «las teologías populares» en sus diversas manifestaciones, tienen enfoques y planteamientos distintos del problema.

CORINTIOS XIII ha procurado estar atento a este «debate». Y en esta ocasión, con motivo de la Carta NMI, es una oportunidad más para profundizar sobre la teología y pastoral de la caridad, objetivo propio de nuestra Revista.

Tampoco se puede olvidar que en nuestros días asistimos a la proliferación de un fenómeno especial: LAS ORGANIZACIONES NO GUBERNAMENTALES y los NUEVOS MOVIMIENTOS DE VOLUNTARIADO SOCIAL.

Sin duda dicho fenómeno tiene un significado profundo: es la expresión de una corriente de solidaridad que recorre el entramado de la sociedad y constituye un signo de esperanza en un mundo como el nuestro, atrapado en las mallas del individualismo y la insolidaridad.

Sin embargo, no ha dejado de suscitar interrogantes, en cierto modo preocupantes. En efecto, así como hay estudios muy serios sobre esta realidad social (la Fundación FOESSA acaba de publicar un estudio muy interesante al respecto), también se hacen otras publicaciones en las que se vierten ideas y orientaciones, al menos bastante ambiguas, cuando no incoherentes.

A la altura de nuestro tiempo en que el conjunto de la praxis de la caridad cristiana se enfoca en la línea marcada por el Vaticano II (Cfr. Vat.c.II: *Decreto sobre el apostolado seglar*, n. 10) no parece lógico reducir, sin más, el ejercicio de esta dimensión fundamental de la Evangelización a «un mero asistencialismo». Tampoco es coherente contraponer artificialmente la «solidaridad», que sería patrimonio de las ONG, a «caridad cristiana», marcada por clichés de épocas pasadas. Se tiende a presentar la imagen del voluntariado cristiano como «mero voluntarismo» que no afronta las causas de los problemas de la pobreza en el mundo.

Estos interrogantes bien merecerían un estudio a fondo. En esta introducción baste apuntar cómo laten en el fondo algunas preguntas importantes. *Primera.* ¿La comprensión y la praxis de la caridad cristiana, «dan pie» a las sospechas a las que hemos aludido? Si así fuere, estamos ante una necesidad imperiosa de revisar la trayectoria de la acción caritativa y social de la Iglesia en esta hora en que vivimos. *Segunda.* En el dinamismo interno de la solidaridad y en el fenómeno de las ONG, ¿cuál es el sentido último de la solidaridad? ¿Estamos ante una vuelta a la «filantropía» de los ilustrados del siglo XIX y aun del XX?

Sin duda, todas estas razones y otras a las que se podría hacer referencia justifican la publicación de este comentario de nuestra Revista a la *MNI*.

3) La estructura del número que presentamos gira en torno a tres núcleos fundamentales:

Uno. La naturaleza de la «nueva imaginación de la caridad», sus relaciones con la Evangelización y el desafío antro-

pológico subyacente en los planteamientos modernos a la solidaridad.

Dos. Aproximación a algunos temas candentes de la teología y pastoral de la caridad, como es la opción preferencial por los pobres, la Iglesia como casa y acogida de los pobres, el voluntariado cristiano y el sentido y alcance de los interrogantes propuestos por el Secretario de Estado a las Conferencias Episcopales.

Tres. El sentido profundo del *DUC IN ALTÚM!* da la primacía de la gracia y las interpelaciones de la «agenda de la caridad» en la Iglesia de hoy.

Para el primer núcleo hemos pedido la colaboración de tres especialistas autorizados, no sólo por su preparación doctrinal, sino especialmente por su experiencia en el ejercicio del ministerio de la caridad.

En esta línea el Excmo. Sr. Arzobispo emérito de Valladolid, D. JOSÉ DELICADO BAEZA desarrolla los contenidos esenciales de la Nueva imaginación de la caridad. El Doctor D. PABLO DOMÍNGUEZ, Decano de la Facultad de Teología de San Dámaso de la Archidiócesis de Madrid, estudia las implicaciones antropológicas de la comprensión y praxis de la solidaridad. Y el Dr. D. FRANCISCO MAYA, Vicario Episcopal para la Evangelización de la Archidiócesis de Mérida-Badajoz, aporta sus reflexiones sobre las relaciones entre la caridad y la evangelización.

Para el segundo núcleo, y en la misma línea que el anterior, el Excmo. Sr. Obispo Auxiliar de Zaragoza y Responsable de CÁRITAS ESPAÑOLA en nombre de la CPS, D. ALFONSO MILLÁN, aborda el problema de la opción preferencial por los

pobres con el sugestivo título LOS POBRES, VOCACIÓN ECLESIAL.

El Dr. D. ANTONIO BRAVO, ex Director General de Prado, se adentra en el rico filón de la Iglesia como «Casa común de los pobres». El Dr. D. GABRIEL LEAL, Delegado Episcopal de Cáritas Diocesana de Málaga, estudia la identidad del voluntariado cristiano. El Presidente de Cáritas Española, D. JOSÉ SÁNCHEZ FABA, nos ofrece sus reflexiones «Cáritas y la NMI».

Finalmente, la teóloga M.^a JOSÉ CASTEJÓN, miembro del Instituto Secular SIERVAS SEGLARES DE JESUCRISTO SACERDOTE, reflexiona sobre el sentido del *DUC IN ALTÚM!*, la PRIMACÍA DE LA GRACIA y la AGENDA DE LA CARIDAD en la Iglesia, hoy. Con la colaboración de la Profesora CASTEJÓN hemos querido dar comienzo a la presencia y contribución de la mujer-teóloga en la Revista.

4) En la sección EXPERIENCIAS la misma Profesora CASTEJÓN nos ofrece una rica iniciativa sobre la Pastoral con los emigrantes, que dirigida por ella lleva a cabo el Instituto en la barriada de Vallecas (Madrid) donde está ubicada la Casa de Formación del Instituto, y en colaboración con la Parroquia de S. Pablo de la misma barriada. No se trata solamente de narrar la experiencia, sino de fundamentarla al filo de la Doctrina Social de la Iglesia y de la experiencia vivida por la Comunidad eclesial.

En el apartado sobre LOS GRANDES TESTIGOS DE LA CARIDAD CRISTIANA, en este número se ofrece la figura de S. CAMILO DE LELIS presentada por D. SALVADOR PELLICER, Delegado episcopal de Cáritas Española.

Por último, como SERVICIO DE DOCUMENTACIÓN, que enriquece las aportaciones de los artículos centrales, nuestro colaborador habitual Dr. D. ANTONI ORIOL TATARET, Profesor emérito de la Facultad de Teología de Cataluña, hace una síntesis muy útil de la *NOVO MILLENNIO INEUNTE* cerrando el número de CORINTIOS XIII, que esperamos sea bien acogido por nuestros lectores de España y América Latina, y de manera especial, por nuestras Cáritas Nacionales y Diocesanas.

FELIPE DUQUE SÁNCHEZ
Director de CORINTIOS XIII

NUEVA IMAGINACIÓN DE LA CARIDAD

MONS. JOSÉ DELICADO
Arzobispo emérito de Valladolid

Una leyenda judía del siglo VI antes de Cristo cuenta que un padre anciano, presintiendo ya próxima su muerte, anunció a sus dos hijos que les iba a repartir sus tierras. Al mayor, más capaz, le dio la parcela más difícil; al menor, más inexperto, la mejor. Pero advirtiéndoles a ambos que jamás olvidasen que eran sus hijos y, por tanto, hermanos entre sí.

Al morir el padre, comenzaron los días y los trabajos de los hermanos, que apenas tenían tiempo para verse. El mayor, al medir la cosecha de trigo de ese año, se acordó de su hermano, que podría estar necesitado, y le llevó, sin que éste lo supiera, doce gavillas de trigo; el más joven pensó que su hermano había recibido la parte de tierra menos fértil, y se le ocurrió llevarle también doce gavillas de trigo para dejarlas ocultamente en el granero de su hermano. Y los dos quedaron muy contentos esa noche al irse a descansar. Pero la sorpresa fue recíproca a la mañana siguiente cuando se encontraron el mismo número de gavillas que tenían antes de esa operación generosa. Entonces tuvieron otra ocurrencia cada uno por su parte: repetir el gesto la noche siguiente con el mismo número de gavillas, aunque añadiendo una jarra de aceitunas. El recuento matinal de este segundo día aumentó la sorpresa de ambos al ver que no habían mermado las propias existen-

cia, y decidieron, por tercera vez, llevar el mismo don, protegidos por las densas sombras de la noche para pasar inadvertidos, pero añadiendo un odre de vino, que cargó cada cual en su burro. Sin embargo, aquella noche brillaba una luna espléndida, y cuando se encontraron en el camino, descubiertas sus intenciones, se abrazaron llorando y recordaron a su padre, alabando a Dios con alegría.

CUANDO LA REALIDAD SUPERA TODA POSIBLE IMAGINACIÓN

El emblema de la historia humana tiene un símbolo gráfico en un corazón humano, tal como lo certifica San Juan en su Evangelio (19, 31-37). Un hombre crucificado, con los brazos abiertos y el corazón traspasado. Parece un acontecimiento trivial. ¡Tantos hombres! Pero San Juan recuerda que la Escritura dice: «Mirarán al que atravesaron». Y en otro lugar de este mismo evangelio dice el que iba a ser crucificado: «Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12, 32). Caifás, al decir que era conveniente que uno muera por el pueblo, habló proféticamente, dice el evangelista, anunciando que se trataba de quien desde la cruz iba a «reunir a los hijos de Dios dispersos» (Jn 11, 52). Un caso inconcebible, jamás imaginable: ¡Ese hombre es el Hijo de Dios en persona!

Dios creó al hombre por amor; pero la historia de los hombres, a pesar del progreso evidente desde las cavernas, tiene un dramático componente de ceguera y obcecación, de pecado, por el que el hombre tiende a eliminar al hombre, su hermano. Creado a imagen y semejanza de Dios, destruye ese don de amor divino encerrándose en su egoísmo. Pero el amor de Dios es más fuerte, porque tanto ama a los hombre

que les entrega a su propio Hijo. Destruída su propia imagen de gracia divina, Dios se hace a imagen del hombre, excepto en el pecado, para restituirla con creces de una manera redentora. Y todo por un amor inexplicable que está más allá de toda leyenda: Dios, omnipotente y fiel, muestra su poder con el hombre especialmente con su misericordia y su perdón. Comprende su debilidad, y desde la cruz Jesús pide perdón al Padre por todos los pecadores, porque «no saben lo que hacen». Todo parte del amor de Dios, anunciado ya en la Antigua Alianza, pero revelado por Cristo en obras y palabras al infundirnos su Espíritu con el que le llamamos, como los niños y con Él mismo, Abba (Padre). ¿Por qué ama Dios a los hombres? Porque quiere. Porque su naturaleza es así: no sólo ama, sino que es Amor. La razón del amor en Dios es su ser. Pura gracia y misericordia, referidas al hombre. Pero la manifestación suprema de ese amor; hecho ternura y benignidad extremas, es la encarnación: «Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único» (Jn 3, 16) . Por eso la benignidad de Dios tiene un nombre dulcísimo: se llama Jesús. Toda su vida fue una epifanía de esa bondad y amor; desde su nacimiento hasta su crucifixión: «Pasó haciendo el bien» (Hech 10, 38), escribe San Lucas. Es el «bien», la herencia que nos entrega el Padre al enviarnoslo y Él mismo al entregarse por nosotros. La concentración máxima de ese amor es el «misterio pascual»: «Sabido Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1). Y les lava los pies arrodillándose para indicar que toda la vida ha de ser una pro-existencia al servicio de los demás, incluso de esa manera humilde y llena de esa comprensión y mansedumbre que significa esta especie de parábola en acción.

Todo esto, que se indica de una manera sintética, tiene al fondo una historia real de amor a los marginados y a los pobres, que acaricia tocando a los leprosos, defendiendo y perdonando a los pecadores, curando y consolando, y proclamando la verdad con el riesgo de su vida frente a los poderosos, historia que merece el recuerdo y la meditación orante de estos hechos de Jesús y de sus parábolas inolvidables. Dios está apasionado por los hombres, y la pasión de Dios, que se corresponde con su naturaleza, es el amor: Es tan maravilloso, que se hace casi increíble porque desborda cualquier leyenda y todo lo imaginable. Pero la realidad está ahí, en los efectos, que somos nosotros mismos, como seres creados y siempre redimidos por su amor; y Jesús, el Hijo de Dios y hermano nuestro, hecho siervo para nosotros, como presencia encarnada de su amor salvador: ¿Cómo nos ama Dios? Tan intensa, extensa y misteriosa pero realmente, que, aun recurriendo a comparaciones humanas de leyenda o imaginación, todas se quedan cortas, aunque la Sagrada Escritura las va proponiendo sucesiva y complementariamente, para ver si de verdad caemos en la cuenta.

Si el hombre acoge este amor de Dios en el Espíritu Santo de una manera dócil, descubre el panorama completo de su existencia y del sentido de la vida, porque se siente integrado en una familia de hermanos con Cristo y, por eso, con todos los hombres, porque no se puede amar a Dios sin amar al prójimo —son los dos mandamientos en que se resume la voluntad de Dios—; todo comienza en el amor que Dios nos tiene, pero revierte en el que hemos de vivir unos con otros: «Amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios» (1 Jn 4,7). «Nosotros amamos a Dios porque Él nos amó primero. Si alguno dice: Amo a Dios y aborrece a su hermano, es un mentiroso, pues quien no ama a su hermano a quien ve no

puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de Él este mandamiento: Quien ama a Dios, ame también a su hermano» (1 Jn 4, 19-21). Esta es la formulación neotestamentaria completa. La experiencia radical en el orden real no es la fraternidad, aunque ésta sea la más sensible y comprobable en los hechos, sino la filiación, porque es Dios mismo quien fundamenta las relaciones de solidaridad y de servicio fraternos con su gracia.

Esto es lo antiguo y lo nuevo, porque nunca se termina de vivir el amor a Dios aceptándolo como don y compartiendo la vida con Cristo en el servicio al prójimo en la propia entrega, y por eso siempre será una llamada a esta «novedad» de vida, que es la urgencia de una conversión permanente. La otra «novedad», la de las circunstancias históricas y de las diversas situaciones humanas, son interpelaciones del amor de Dios en el tiempo que reclaman la «encarnación» en el hombre concreto e histórico en el que el mismo Cristo está a la vista y se nos ofrece como necesitado de nuestra respuesta a su situación personal.

La «Novo millennio ineunte» nos ofrece un panorama amplísimo de la pobreza. Nuevos problemas. El cristiano sincero debe contemplarlo para vivir de la fe en Cristo, para vivir así su vocación y misión en esta hora: «Se trata de continuar una tradición de la caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizá requiere mayor creatividad. Es la hora de una nueva “imaginación de la caridad”, que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno. Por eso tenemos que actuar de tal mane-

ra que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como “en su casa”. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino?» (NMI, 50).

APLICAR LA IMAGINACIÓN TEOLOGAL A LAS NUEVAS SITUACIONES

Aunque lo real en Cristo supera toda imaginación, ésta ayuda, tratándose de los sentidos del corazón, a intuir esa realidad de nuestra vida de hijos de Dios y hermanos los unos de los otros.

L. van Beethoven fue un músico excepcional, pero empezó a perder sus facultades auditivas, hasta la sordera completa. Padebió una gran depresión por este motivo, que sin embargo pudo superar; apelando a sus facultades interiores. No podía ejercer como virtuoso, lo cual no le impidió ser un genial compositor hasta su misma muerte en un largo período de creatividad que, de algún modo, llena la historia de la música. Dedicado enteramente a la composición, diríase que escuchaba internamente sus sinfonías, que sus oídos externos se negaban a oír.

Análogamente podríamos subrayar la importancia de los sentidos del corazón para percibir la acción del Espíritu Santo y progresar en la vida cristiana, y por eso, para esta creatividad de la caridad en los nuevos tiempos y situaciones personales y colectivas, San Agustín habla de los oídos interiores para entender —leer desde dentro— de una manera vital o experimental la Palabra de Dios, que de otra manera se podría quedar en mera fórmula doctrinal, y lo mismo se podría decir de los otros sentidos, de los que nos habla también la Sagrada Es-

critura. Jesús nos advierte acerca del riesgo en que caen los que mirando no ven y oyendo no entienden. Por eso dice que son los limpios de corazón los que verán a Dios, y San Pablo pide para los efesios que Dios Padre ilumine los ojos de su corazón para comprender la grandeza de la vocación a la que estamos llamados todos. San Pedro dice en su carta que sin haber visto a Jesucristo, los destinatarios de ese escrito —nosotros mismos— creen en ÉL y le aman con un amor inefable y transformador de la vida hasta poder llegar a la meta de nuestra fe.

Por eso hemos de partir de la convicción de que, como los ciegos y los sordos del evangelio acudían a Jesús para ser curados, nosotros también lo somos espiritualmente, muy necesitados de conversión y curación de nuestros sentidos interiores para descubrir la novedad de la caridad, siempre antigua y siempre nueva, es decir, de esa novedad que es una adaptación permanente al hombre en su propia situación individual y circunstancial.

DESCUBRIR, AMAR Y SERVIR A CRISTO EN EL PRÓJIMO

La caridad se abre al servicio universal pero se proyecta «hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano». Por eso dice el Papa Juan Pablo II: «Éste es un ámbito que caracteriza de una manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral». Es el criterio ineludible que manifiesta la autenticidad cristiana individual y comunitariamente. «Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que ÉL mismo ha queri-

do identificarse: “He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado de beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme” (Mt 25, 35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia» (NMI 49).

El don del Padre por excelencia es su Hijo, el Salvador, como oferta para todas las necesidades humanas, de todos los hambrientos, sedientos y menesterosos del mundo y de la Historia, de todos los pecadores necesitados de perdón y reconciliación. Jesús, en su persona encarnada y en su obra salvadora, es el sacramento primordial del Dios-amor. Pero Él ha querido hacer de todos sus discípulos el cuerpo sacramental de su presencia y de esta misma vida que procede del Padre. A toda la Iglesia se le confía esta misión de hacer operativo el amor de Jesús entre los hombres de todos los tiempos, y por eso vive y actúa en el corazón de los creyentes y se encuentra como destinatario de ese amor en todo hombre, especialmente del pobre, sean las que sean sus convicciones y creencias, para que le descubra la fe y la caridad le haga prójimo en el ineludible servicio que se le debe a Él mismo. Porque en todo hombre, al que hay que aproximarse para sentirlo como «prójimo», Cristo está a la vista. Y en esto se conocerá que somos discípulos suyos.

Así se funden, desde el amor de Dios en Cristo, el amor a Dios y al prójimo en el Espíritu Santo y en la misma caridad participada. El amor a Dios tiene una prioridad ontológica, pero el amor al prójimo tiene una prioridad psicológica: «Pues

quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve» (1 Jn 4, 20). El primer mandamiento es el amor a Dios; pero en el orden de la acción, en la vida ordinaria, está el prójimo en primer plano, que, por ser imagen de Dios en Cristo, por fundirse con el primero, no altera las preferencias estimativas al ser amado por Dios, lo cual no significa no ser amado en sí mismo (como alguien ha reprochado) y hasta de una manera gratuita, como nos recomienda Jesús: «Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a los pobres, lisiados, cojos y ciegos; dichoso tú, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los muertos» (Lc 14, 12-14).

I CORINTIOS XIII, MARCO DE OBLIGADA REFERENCIA DE LA CARIDAD

De la práctica y de las diversas facetas de la caridad auténtica, siempre antigua en su radicalidad y siempre nueva en sus aplicaciones históricas como urgencia de conversión jamás alcanzada en el nivel al que hemos de aspirar permanentemente, sobre todo si se tienen en cuenta las omisiones: «Ya podría yo hablar —escribe San Pablo— las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo amor, no soy más que metal que resuena o unos platillos que aturden. Ya podría tener el don de profecía y conocer todos los secretos y todo el saber; podría tener fe como para mover montañas; si no tengo amor, no soy nada. Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve. El amor es paciente, afable; no tiene envidia; no presume ni se

engrfe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca» (I Cor, 13, 1-8).

Las cualidades de la caridad cristiana están determinadas por el amor de Cristo, que amó no sólo de palabra, sino principalmente de obra; no con un amor remiso, sino intenso, hasta dar su vida; no por un rato, sino hasta el fin; no sólo a un círculo de amigos, sino con un amor universal, incluso a los enemigos; no interesado, sino gratuito y generoso; no seco y presuntuoso, sino con ternura, mansedumbre y humildad. Amor, en una palabra, humano y divino a la vez. Humano, por apasionado y por su aproximación a los necesitados, a los que sirvió, curó, consoló, compartió su suerte. Divino, porque es el mismo amor que procede del Padre. Nos dice que como el Padre le ama, así nos ama Él a nosotros y nos manda que permanezcamos en su amor (Jn 15, 9).

Los verdaderos discípulos de Cristo deberíamos imitarle en este amor, dóciles al Espíritu que nos lo comunica si abrimos el corazón: «porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5, 5). Hay quienes piensan que aman mucho a Dios sin alimentar esta pasión y se engañan: se ha de amar apasionadamente, como el mismo Jesús, y de una manera realista y cercana, afectiva y operativamente. La otra dimensión del amor, que es el alma de todo servicio, viene de Dios como don suyo y no se puede confundir con los meros sentimientos, la ayuda y ciertos actos de aislada y calculada solidaridad que redunde en utilidad de uno mismo. No basta dar bienes a los pobres, ni hacer sacrificios como actos puramente

exteriores si falta el amor sincero, como nos dice San Pablo, el que procede del corazón movido por el Espíritu de Cristo. Éste es realista, servicial, efectivo, pero se vive como gracia desde la conciencia de la propia menesterosidad y con la aspiración a crecer en él.

Amar así es entregar el propio corazón a Cristo para que siga amando a los hombres de hoy (he aquí la «novedad» permanente, la que nunca puede faltar). Es preciso integrarnos en comunión con Cristo para que su amor, como lo hizo en su existencia histórica, pueda seguir siendo actual sobre esta pobre Humanidad que busca, que lucha y que sufre. Si tenemos la caridad de Cristo en nuestros corazones, nada puede sernos indiferente. Y las «omisiones», que parecen no tener relieve ni sombra, se yerguen con un relieve más interpelador e incluso acusador que nunca para sacudir nuestras conciencias. ¿Hemos caído en la cuenta de que la mayor parte de los pecados fustigados por Jesús en los evangelios y que merecen, junto a su rechazo inequívoco, la más frecuente amonestación del riesgo que corremos para la salvación eterna, son las omisiones? No podía ser de otra manera porque la caridad es la vida, y el no abrirse a ella es precisamente no amar, es decir, estar muerto por decisión responsable. Por eso Jesús parece ser tan duro cuando nos lo advierte. Ahora las necesidades se extienden con dimensiones desconocidas en tiempos anteriores por su globalidad. El Vaticano II ya advertía, por eso mismo: «La acción caritativa puede y debe llegar hoy a todos los hombres y a todas las necesidades. Donde haya hombres que carecen de comida y de bebida, de vestidos, de hogar, de medicinas, de trabajo, de instrucción, de los medios necesarios para llevar una vida verdaderamente humana, que se ven afligidos por las calamidades o por la falta de salud, que sufren en

el destierro o en la cárcel, allí debe buscarlos y encontrarlos la caridad cristiana, consolarlos con cuidado diligente y ayudarlos con la prestación de auxilios» (AA 8).

Todo esto plantea el problema de la relación de complementariedad necesaria entre la caridad y la justicia. La caridad dispone para comprender los derechos ajenos y para observarlos personalmente y promover su cumplimiento en todas las formas de convivencia social. Y ayuda a la justicia a conseguirlos y realizarlos a favor de todos y de modo particular de los más débiles. Una vez cumplida la justicia personal en su dimensión individual y social, todavía queda un ancho campo para el ejercicio de la caridad. Lo cierto es que la caridad no suplanta jamás a la justicia, sino que, cuando es la de Cristo, informa interiormente la justicia en todas sus acepciones, dimensiones y maneras de practicarla. El proceso que se ha de tener en cuenta es: amor-justicia, servicio y testimonio: el amor auténtico es efectivo y comprometido y se convierte en signo. La solidaridad afectiva se convierte en real y termina manifestando el amor verdaderamente liberador de Dios para los hombres. Juan Pablo II, en su encíclica «*Dives in misericordia*», nos advierte de que a veces se busca una especie de efectividad en la justicia separada del amor verdadero; pero «la auténtica misericordia es por así decirlo la fuente más profunda de la justicia». Las relaciones de justicia han de enriquecerse y hasta corregirse a veces «por parte del amor que —como proclama San Pablo— es paciente, benigno, o dicho en otras palabras, lleva en sí los caracteres de amor misericordioso, tan esenciales al evangelio y al cristianismo» (DM 14).

Los «gestos» de amor y solidaridad, que han de convertirse en lenguaje evangélico para los hombres, en signos, son hoy más necesarios quizá que las mismas palabras, pero sólo

serán auténticos si manifiestan un amor afectivo y efectivo gratuitos, es decir, si no esperan otra recompensa que hacer el bien a quienes lo necesiten; no la imagen de la fama o la obtención de otras ventajas a las que son tan propensos, como parecen manifestarse, los signos de las propagandas actuales. Éste es el espíritu que debe animar a personas y comunidades cristianas. Otro aspecto consecuente es que hay que practicar la caridad en la verdad del hombre, según su naturaleza y vocación, del hombre integral. San Pablo les previene a los efesios, para que no se dejen seducir por el error; «sino que, realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia Cristo, que es la cabeza», y así se construya y se haga crecer a todo el cuerpo en el amor (Ef 4, 15-16).

Hay que amar y servir al hombre integral, creado a imagen de Dios. Los reduccionismos antropológicos, al interpretar al hombre sólo desde su dimensión materialista, pueden suponer un riesgo de parcialidad por los criterios puramente utilitaristas de eficacia inmediata que con frecuencia se vuelven contra el hombre mismo. Los creyentes cristianos sabemos que el hombre es un ser abierto hacia una plenitud inconmensurable como hijo de Dios e imagen suya en Cristo, pero con una dignidad personal de base que debería ser respetada por todos.

ESCUCHAR EL LATIDO DEL HOMBRE CONCRETO E HISTÓRICO Y EL DE LA GLOBALIZACIÓN

Los que pasan hambre y se mueren de inanición, los condenados al analfabetismo, los que no tienen techo donde cobijarse y en sus enfermedades que llevan a costas carecen de atención médica y de medicinas, etc., se extienden por todo

el mundo masivamente, pero tienen rostros humanos concretos, y a veces no están lejos de nuestras puertas, cerradas por inconsciencia o indiferencia. El progreso tecnológico material, que podría ayudar a remediar estos males si tuviese el alma que necesita, con las exigencias de bienestar y comodidad tan difundidas, crecen por contraste en todas partes. El panorama de la pobreza parece un fantasma de manto oscuro en una noche de pesadillas, pero está ahí cercano en la medida en que cobremos conciencia de que existe realmente. Antiguas y nuevas pobrezas, producidas ahora por causas más o menos conocidas, procedentes incluso de un inevitable y hasta, en parte, positivo progreso: su carácter mundial y globalizador; las grandes migraciones, el entretrejimiento de pueblos y etnias, la diversidad cultural, el diálogo interreligioso, las tecnologías de alto riesgo, la propagación de la increencia o indiferencia religiosa, etc., son retos al hombre concreto e histórico que pueden dañar su dignidad personal y que lo son también en sus diversos aspectos para la caridad cristiana, que ha de afrontarlos si quiere ayudar al hombre en su perfil humano.

¡La lista jamás acabada de la marginación humana que reclama la atención, el acompañamiento y los servicios de la caridad cristiana! Parados, ancianos, subnormales y discapacitados, enfermos psíquicos y físicos, drogadictos y toxicómanos, enfermos de sida, indigentes, transeúntes, niños de la calle en las grandes ciudades, inmigrantes, gitanos, presos, personas que sobreviven en su soledad, etc., son un amplio repertorio de signos, un lenguaje que nos habla de presencias a voces ocultas pero reales que nos pregunta en qué sentido podemos ayudarles, porque hay que ayudarles a que se defiendan de las agresiones físicas, psíquicas, espirituales y morales que han recibido en el camino de su historia y en el medio social

en que viven o sobreviven. Evidentemente, hay que comenzar por curar las heridas más penosas y urgentes, pero sin perder de vista la finalidad del necesario proceso y maduración personal. Se trata de una sanación completa y hasta de la reinserción social desde esa autoconciencia que sea capaz de dar esperanza y aliento para valerse por sí mismos. Camino de vuelta o por estrenar para algunos, nada fácil para quienes llevan mucho tiempo prisioneros de ciertas dependencias esclavizadoras.

En las ayudas que se han de prestar hay que respetar sus conciencias, pero los cristianos también han de prestarlas en fidelidad a su propia conciencia. La caridad, la solidaridad y hasta la justicia nos reclaman a todos, independientemente de la causa generadora de esas situaciones o enfermedades, respeto y servicio a la persona, defendiéndola ante la posible incompreensión de algunos grupos y procurando que se le presten la asistencia y los cuidados que se merece y necesite según su dignidad personal, que no puede quedar dañada por esa situación.

Al subrayar el Papa los retos actuales, los contempla también en un marco amplio: el desequilibrio ecológico, los problemas de la paz, el vilipendio de los derechos humanos fundamentales, el menosprecio a la vida humana desde el principio hasta el fin de la existencia, el terrorismo, etc. (NMI 52). Todo esto plantea el problema de la mundialización y de la globalización, dos caras íntimamente unidas y difícilmente separables en la práctica frecuente.

La «mundialización» parece referirse al hecho inevitable y en progresión creciente de un mundo abierto en los transportes y en las comunicaciones culturales de toda clase, ofreciénd-

donos la imagen de que vivimos en una aldea planetaria e informática. La «globalización» es un término que se emplea más directa y explícitamente para los condicionamientos económicos que el fenómeno de la mundialización transmite a la elaboración de los productos y al comercio, con la especulación de los capitales y las nuevas técnicas de comunicación y decisión presididas por intereses de poderes anónimos, a veces más poderosos que los mismos Gobiernos por sus propios mecanismos, con avances en los aumentos de producción, pero no sin repercusiones negativas para personas, empresas y naciones pobres.

Si el motor de todo este proceso es el de un liberalismo desenfrenado que no tiene en cuenta las funestas consecuencias de la parábola de Lázaro y el rico Epulón, sino que tiende a agravarlas a escala universal porque las preguntas esenciales sobre el hombre, la verdad, el deber, la esperanza y la dignidad de las personas se ha convertido inexorablemente en qué y cómo producir para el provecho de quienes manejan este proceso, las consecuencias están a la vista en los países pobres y en las corrientes migratorias: el capital de las empresas que buscan sólo el lucro no acude a esos países o emigra de ellos por falta de rentabilidad, pero los nativos mueren en ellos o en el intento migratorio. De ahí el «vilipendio de los derechos humanos» a gran escala e incluso el deterioro ecológico que el fenómeno de la globalización mal orientado, aunque la mundialización que le sirve de base sea positiva e inevitable, está produciendo, incluso si se relaciona en las libertades humanas que se gozan con los totalitarismos opuestos que han hecho ensayos al precio de muchas vidas humanas, empobreciendo también a los pueblos. Por eso la globalización necesita una ética a dimensión verdaderamente humana.

El sentido de la fraternidad universal ha de infundirle el alma que necesitan estos fenómenos para que sus procesos respeten verdaderamente la dignidad del hombre y de los pueblos. Los Gobiernos de las naciones, la educación multi-forme de la sociedad en todos sus niveles, los diversos cauces informativos y formativos y, por supuesto, las confesiones religiosas, en lo que a nosotros nos afecta, en la caridad y justicia cristianas desde el Evangelio de la fraternidad universal con un Padre común, ha de ser un empeño civilizador exigible, a fin de que el mundo avance en un progreso enteramente humano.

«Hoy se ha de afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante situación de pueblos y culturas que la caracteriza» (NMI 40). No se trata de imponer a los no creyentes los valores derivados de la fe cristiana, sino de interpretar los que están radicados en la misma naturaleza humana. «La caridad se convertirá entonces necesariamente en servicio a la cultura, a la política, a la economía, a la familia, para que en todas partes se respeten los principios fundamentales, de los que depende el destino del ser humano y el futuro de la civilización» (NMI 51). Son los laicos especialmente, en virtud de su propia vocación, los que se hacen presentes en la sociedad de una manera activa y comprometida, pero procurando evitar la reducción de las comunidades cristianas a simples agencias sociales. De ahí la importancia imprescindible de la doctrina social de la Iglesia. «Es notorio el esfuerzo que el Magisterio eclesial ha realizado, sobre todo en el siglo XX, para interpretar la realidad social a la luz del Evangelio y ofrecer de modo cada vez más puntual y orgánico su propia contribución a la solución de la cuestión social, que ha

llegado a ser ya una cuestión planetaria. Esta vertiente ético-social se propone como una dimensión imprescindible del testimonio cristiano» (NMI 52).

«MYSTERIUM LUNAE», POR UNA IGLESIA SAMARITANA Y SOLIDARIA CON LOS POBRES

Escribe el Papa: «Un nuevo siglo y un nuevo milenio se abren a la luz de Cristo. Pero no todos ven esta luz. Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su reflejo. Es el “mysterium lunae” tan querido por la contemplación de los Padres, los cuales indicaron con esta imagen que la Iglesia dependía de Cristo, Sol del cual ella refleja la luz. Era un modo de expresar lo que Cristo mismo dice, al presentarse como “luz del mundo” (Jn 8, 12) y al pedir a la vez a sus discípulos que fueran “la luz del mundo” (cf. Mt 5, 14)» (NMI 54).

«La Luna narra el misterio de Cristo», escribió San Ambrosio. El hombre pisó la superficie de la Luna en 1969 y en su exploración descubrió estepas rocosas y desérticas, montañas de arena y, al parecer, nada más. En estos tiempos de progresos científicos y de secularización se corre el riesgo de transferir a la Iglesia esta imagen de inutilidad según estos «materiales lunares» de tópicos históricos y de falta de coherencia de una parte de sus miembros entre lo que viven y el evangelio que anuncian. Si esto es un juicio, aunque no exento de parcialidad, que genera rechazo o desafecto a la Iglesia, no es menos cierto que ésta ha iluminado la historia humana desde sus orígenes y nos sigue indicando el sentido pleno de la vida en la noche de nuestra existencia con la luz de Cristo y con el amor que su Espíritu sigue derramando a través de su mediación.

El Papa insta por eso a la Iglesia a que viva cada vez más profunda y ampliamente la vida evangélica, para ser testigos del amor comunitariamente (NMI 42-43), incluso con «un nuevo dinamismo» (NMI 15). Así, a esta luz, aparecerá más claramente el rostro de Cristo, apostando por la caridad con un amor preferencial por los pobres.

Necesitamos intensificar en nuestro tiempo la dimensión samaritana y solidaria con el hombre como signo permanente y vicario del amor liberador y salvador de Jesús. En cada tiempo las necesidades humanas varían de acento, pero en el fondo son las mismas, aunque amplificadas con nuevas formas, a pesar del progreso de la Historia: el hombre pecador y herido en el camino de la vida. Ante este hecho sólo hay dos actitudes posibles: pasar de largo, como el levita, o acercarse para servir, como el samaritano. El hombre está ineludiblemente con su reclamo en el camino de la Iglesia, como escribió Juan Pablo II en su primera encíclica «Redemptor hominis» (RH 14). Es un servicio que debe hacer como el buen samaritano, haciendo lo mismo que él y «profundizando aún más intensamente —dentro de lo posible— en los motivos que Cristo ha recogido en su parábola y en todo el Evangelio», añade en la «Salvifici doloris» (SD 29). Actitud samaritana que debe asumir la Iglesia con toda la energía transformadora que comporta una verdadera solidaridad con los hombres en su interdependencia en todos los planos. Por eso insiste en su encíclica «Sollicitudo rei socialis»: «Cuando la interdependencia es reconocida así, su correspondiente respuesta, como actitud moral y social, y como “virtud”, es la solidaridad. Ésta no es, pues, un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por

el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos» (SRS 38).

La solidaridad así entendida es una expresión de la caridad apremiante en nuestro tiempo que abarca las dimensiones principales de la persona y de la vida humanas: 1. La opción o amor preferencial por los pobres. 2. La decisión de trabajar por la promoción personal y social de todo el hombre y de todos los hombres. 3. El compromiso firme en la defensa y promoción de toda vida humana, en su inviolabilidad y en sus condiciones de progreso y desarrollo, en su propio ámbito ecológico y social. 4. El servicio que tiende a revelar al hombre, respetando su conciencia y libertad, para que viva su dignidad humana abierta a la trascendencia, la imagen de Cristo salvador y buen samaritano.

Existen movimientos de solidaridad con acentos distintos en este marco ofrecido, y cuando son positivos esos objetivos a veces parciales, la comunidad eclesial colabora también para su potenciación y su logro. Pero su servicio y testimonio de solidaridad tiene que ser global y completo en sus intenciones, y no parcial o excluyente: que abarque a «todo» el hombre y a «todos» los hombres, porque esa es su misión. La Iglesia tiene una visión integral del hombre y le profesa un amor concreto para poder testimoniar y servir la salvación que Cristo nos ofrece a todos. Así, cuando actúa al servicio o en defensa de alguno de estos valores, lo hace siempre en virtud del mismo principio: el hombre en su plena dignidad como persona humana.

Se trata, pues, de recorrer los caminos, de ver a los heridos, de acercarse a servir; procurando ayudar para evitar que se produzcan esas situaciones y convocando a muchos para esa tarea de prevención y de ayuda a cada hombre, impulsan-

do a la vez esa labor transformadora en todos los planos que pueda traernos un orden más solidario y humano. Esta exigencia de la caridad cristiana implica el empeño en hacer memoria y examen de conciencia personal, pero también en hacer consciente y responsable a la comunidad eclesial, suscitando ámbitos de aprendizaje y de estímulo para vivir comunitariamente estos compromisos de la caridad; también impulsa a «profetizar» en la sociedad, promoviendo comunidades cristianas con dinamismo social que las haga capaces incluso de colaborar con los hombres de buena voluntad y los movimientos sociales que realmente sirvan a los necesitados según su dignidad personal, vitalizando instituciones cristianas tan acreditadas como Cáritas, Manos Unidas, instituciones religiosas de vida consagrada, asociaciones laicales, voluntariado cristiano, etc.

La Iglesia no tiene soluciones técnicas para todas las necesidades de tantos heridos en los caminos del mundo, ni propone nuevos sistemas técnicos, económicos o políticos para resolver tan variados y complejos problemas; pero es «experta en humanidad» y con esta sensibilidad descubre cuándo sufren los hombres, qué es lo que lesiona su dignidad y cómo suscitar energías generosas para ponerse al servicio de los que sufren, afrontando también los trabajos que reclaman la justicia, la libertad y la paz en la sociedad.

Por eso el Magisterio de la Iglesia insiste en la necesidad de la observancia de la *doctrina social* que proclama en relación con el Evangelio. Entre otros textos, éste de Juan Pablo II en su encíclica «Sollicitudo rei socialis»: «La doctrina social de la Iglesia no es, pues, “una tercera vía entre el capitalismo liberal y el colectivismo marxista, y ni siquiera una posible alternativa a otras soluciones menos contrapuestas radicalmente, sino

que tiene una categoría propia. No es tampoco una ideología, sino la cuidadosa formulación del resultado de una atenta reflexión sobre las complejas realidades de la vida del hombre en la sociedad y en el contexto internacional, a la luz de la fe y de la tradición eclesial. Su objetivo principal es interpretar estas realidades, examinando su conformidad o diferencia con lo que el Evangelio enseña acerca del hombre y su vocación terrena y, a la vez, trascendente, para orientar en consecuencia la conducta cristiana. Por tanto, no pertenece al ámbito de la ideología, sino al de la teología, y especialmente a la teología moral. La enseñanza y la difusión de esta doctrina forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Y como se trata de una doctrina que debe orientar la conducta de las personas, tiene como consecuencia el “compromiso por la justicia” según la función, vocación y circunstancia de cada uno» (SRS 41).

Acciones, campañas, servicios institucionalizados, etc., son momentos y cauces para compartir bienes y prestar servicios a los necesitados; también para ir creando nuevas condiciones sociales a su favor. La formación cristiana de la conciencia operativa en estos valores ha de llevar a la convicción de la necesidad de trabajar en la transformación de las estructuras y por la creación de un nuevo orden social más justo, incluso en el plano nacional e internacional. ¿Quién dirá que esta imaginación creativa, dadas las nuevas necesidades, no nos exige a todos una incesante conversión mental para vivir la caridad cristiana? La Iglesia, como «misterio lunar» que refleje la luz de Cristo con más claridad, ha de pretender en sus miembros, comunidades e instituciones imitarle cada vez más decidida y sinceramente en su imagen de buen samaritano, que recapitula su paso por el mundo haciendo el bien.

La liturgia eucarística, en el prefacio VIII, nos describe esta imagen y da gracias al Padre «por su siervo, Jesús, nuestro Redentor. Porque Él en su vida terrena pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal. También hoy, como buen samaritano, se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza. Por este don de tu gracia, incluso cuando nos vemos sumergidos en la noche del dolor; vislumbramos la luz pascual en tu Hijo, muerto y resucitado».

PEDAGOGÍA DEL ESPÍRITU SANTO, SEÑOR Y DADOR DE VIDA

Algunos autores acreditados nos ofrecen datos antropológicos en el campo de la psicología y de las ciencias humanas. VICTOR FRANKL escribe en *El hombre doliente*: «La sociedad de consumo se preocupa de crear necesidades. Pero hay una necesidad que no puede satisfacer: la necesidad de sentido, el deseo de sentido». Analiza los tres estratos del ser humano, el fisiológico, el psicológico y el sociológico, y le parece que ninguno puede dar la respuesta adecuada a las necesidades profundas del hombre: «Si llamamos humanismo a toda postura que se ajusta a la esencia del hombre tanto en la práctica, en la vida, como en la teoría, en la doctrina, habrá que decir que todo humanismo presupone una doctrina de la esencia del ser humano y, por tanto, una imagen del hombre que incluye la esencia de éste. De ahí que sólo podamos llegar a alcanzar un humanismo después de haber superado críticamente el nihilismo».

E. FROMM, en *La condición humana actual*, escribe teniendo en cuenta también que la sociedad capitalista se centra en el

mercado de bienes de consumo y de trabajo, donde bienes y servicios se intercambian, pero en el que el hombre es una «cosa» más: «A pesar de la producción y del confort crecientes, el hombre pierde cada vez más el sentido de ser él mismo; tiene la sensación de que su vida carece de sentido, aun cuando tal sensación sea en gran parte inconsciente». Por eso debe salir de una situación materialista y alcanzar un nivel en donde los valores espirituales —amor, verdad, justicia— se conviertan realmente en algo de esencial importancia. Debe aprender, pues, a conocerse a sí mismo y al prójimo, pero sin deformaciones, no ilusoriamente con falsas proyecciones, si ha de comunicarse correctamente con los demás; para ello tiene que despojarse de los muchos velos que nos ocultan e impiden ver claramente al prójimo. La psicología nos ayuda a descubrir las deformaciones de ese conocimiento, «puede mostrarnos lo que el hombre no es. No puede decirnos qué es el hombre, qué es cada uno de nosotros. El alma del hombre, el núcleo singular de cada individuo, jamás se podrá entender y describir adecuadamente. Puede ser “conocido” sólo en la medida en que no se le conciba erróneamente». Y añade que hay, sin embargo, otra senda para conocer el secreto del hombre; esta senda no es la del pensamiento sino la del amor. E insiste: «El hombre moderno es solitario, tiene miedo y es poco capaz de amar. Desea estar cerca de su prójimo y, sin embargo, está demasiado desconectado y distante como para estar cerca. Los lazos marginales que tiene con el prójimo son múltiples y se mantienen fácilmente, pero difícilmente existe una “relación central”, establecida de núcleo a núcleo». Por eso sugiere el camino de la liberación y maduración personal. Sólo así se podrá ayudar al prójimo cuando lo necesite realmente para recomponer su propia personalidad en casos de profundas carencias o necesidades personales. Se podrían

aducir otros testimonios de pensadores no cristianos, pero profundos conocedores del corazón humano, que coinciden en estas líneas antropológicas para la propia autoconciencia, el conocimiento y la comunicación con los demás y hasta para la convivencia social en el respeto recíproco y en la eficiencia de los proyectos de bien común: llegan a hablarnos de la necesidad de la «democracia cálida», que consiste en pequeños grupos que permitan relaciones en un ámbito de confianza para esa comunicación y operatividad al servicio de los demás.

El Papa reitera frecuentemente la llamada a la nueva evangelización, y ahora repite esa llamada apremiante «para indicar —escribe— que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés» (NMI 40). Un nuevo Pentecostés para nuestro tiempo con el protagonismo del Espíritu Santo, «Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo», como lo confesamos en el Credo, por espiración del amor entre el Padre y el Hijo, por lo que Él mismo es considerado fuente de atribución del amor personal de Dios que se nos comunica de una manera profunda e inagotable, para que podamos cumplir el mandamiento nuevo que Jesús nos dio y ser testigos de su amor: «El mandamiento misionero nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello podemos contar con la fuerza del mismo Espíritu, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza “que no defrauda”» (Rom 5, 5) (NMI 58).

El Espíritu Santo, por la caridad, nos hace entrar en comunión íntima y sapiencial con Dios y con los hermanos en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, fomentando la «espiritua-

lidad de comunión», haciendo de la Iglesia «la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo». Hay que promover esta espiritualidad, que «significa ante todo una mirada del corazón, sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado» (NMI 43).

El Espíritu Santo es ese maestro interior al que se le debe en sus inspiraciones y mociones, dejándose enseñar, una docilidad sincera, que ayuda a crecer sapiencialmente en el amor a Dios en su doble vertiente, filial y fraternal. El Espíritu Santo enseña íntimamente pero también gradual y pedagógicamente en medio de las dificultades y pruebas, como nos recuerda San Pablo. Por Jesucristo hemos obtenido la gracia en la que estamos y por eso nos gloriamos confiadamente de poder alcanzar la gloria de Dios: «Más aún, hasta nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce constancia, la constancia virtud probada, la virtud, esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom, 5, 1-5). Pero otras veces opera mediante nuestra colaboración activa, incluso sometida a métodos racionales probados, si bien elevando esta colaboración al nivel teologal: ver, juzgar y actuar, funciones informadas por la fe, esperanza y caridad, compartidas mediante esa espiritualidad de comunión cuando dos o más se reúnen en nombre de Cristo para orar y trabajar por el Reino de Dios. Es el método de acción apostólica por excelencia que aquí hay que aplicar especialmente a «la nueva imaginación de la caridad».

Ver realidades carenciales, personas necesitadas, situaciones lamentables o injustas, acontecimientos dolorosos, desde las facultades racionales pero a la luz de la fe para pasar de la inconsciencia a la conciencia humana y creyente. Juzgar este mismo panorama con todas sus circunstancias y estímulos para descubrir la distancia que hay entre esa situación y lo que debería ser, de modo que se pase en la esperanza desde el posible conformismo en que nos podamos encontrar al deseo confiado de lo que hay que cambiar para servir a esas personas y transformar esas situaciones si se actúa: la esperanza, en el todavía no, tiene en la base un cierto inconformismo con la situación presente, pero en el deseo de poder prestar servicios o resolver los problemas. Por eso esto ha de terminar en el actuar del compromiso, arbitrando los recursos y mediaciones personales e instrumentales para la acción, de ser posible en la colaboración, pasando así de la pasividad, que a veces se detiene en palabras y sólo buenos deseos, a la acción, y de la acción individual a la comunitaria e incluso social.

Por eso «los espacios de comunión han de ser cultivados y ampliados cada día, a todos los niveles, en el entramado de la vida de la Iglesia. En ella, la comunión ha de ser patente en las relaciones entre obispos, presbíteros, diáconos, entre pastores y todo el pueblo de Dios, entre el clero y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales. Para ello se deben valorar cada vez más los organismos de participación» (NMI 45). «A partir de la comunión infraeclesial, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos *hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano*. Éste es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral» (NMI 49).

EL DESAFÍO ANTROPOLÓGICO Y LA COMPRENSIÓN Y PRAXIS DE LA CARIDAD: CONTEMPLADORES DE CRISTO

Modelo de hombre, sociedad y convivencia

PABLO DOMÍNGUEZ PRIETO

Decano de la Facultad
de Teología San Dámaso

«FENOMENOLOGÍA» DE LA POBREZA

Muchas discusiones posmodernas se han debatido entre la teoría y la praxis. He aquí una de las falsas aporías que desde la dialéctica se ha querido mostrar epistemológicamente. El racionalismo, en el contexto de una ingenua Ilustración, ha propiciado la tergiversación de las relaciones entre la teoría y la praxis. Podemos «falsear» comprensión de la caridad si nos faltara la referencia a la «sustancia primera» a la que nos referimos; pero también cabe errar en la tematización de la cuestión sin una adecuada hermenéutica ontologizada, sin una cierta metafísica. Por ello, aquí vamos a compaginar los dos niveles de comprensión. Sin confundirlos, sin separarlos.

El paradigma evangélico de la comunidad de bienes, del compartir fraterno, de la preocupación por las necesidades de las personas menos favorecidas, se ve reflejada en un hermoso párrafo de los *Hechos de los Apóstoles*: «*la muchedumbre de los que habían creído tenía un corazón y un alma sola, y ninguno tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común... No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad*» (1).

La práctica de la caridad que atestigua este fragmento de la historia cotidiana de la naciente Iglesia pone de manifiesto la especial sensibilidad de los creyentes hacia la miseria y la indigencia materiales. El deseo de construir un mundo más humano, más justo, nunca ha sido para el creyente incompatible con la meta de alcanzar el Reino de Dios. Muy al contrario, la iluminación de cualquier realidad humana a la luz de la fe demuestra que la defensa de la dignidad del hombre, en su plena integridad, es tarea de la Iglesia. En efecto, *los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón* (2).

Por sorprendente que parezca, sobre todo para aquellos adalides de un utópico *comptismo* que argumentan que la evolución histórica va conduciendo a la Humanidad —por el dinamismo de un progreso técnico y científico al que se rinde

(1) Hch. 4, 32-35.

(2) GS n.º 1.

culto acrítico— hacia un renovado paraíso, el fenómeno de la pobreza está muy presente en nuestros días. «¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía gente que se muere de hambre; que está condenada al analfabetismo; que carece de la asistencia médica más elemental; que no tiene techo donde cobijarse? El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobrezas, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social. El cristiano, que asoma a este panorama, debe aprender a hacer un acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que él dirige desde este mundo de la pobreza» (3).

En la era de la globalización económica, en un mundo en el que las nuevas tecnologías, y sobre todo *las tecnologías de la información y del conocimiento* (TIC), favorecen un crecimiento casi exponencial de la productividad empresarial, resulta paradójico observar que el nivel de umbral de la pobreza mundial permanece prácticamente invariado. Los datos contenidos en el último informe sobre *El estado de la población mundial 2002*, un trabajo elaborado por el *Fondo de Población de Naciones Unidas* (UNFPA), indican que hay algo más de 1.174 millones de personas en todo el mundo que malviven con menos de un dólar al día.

La estadística nos muestra que el 14% de la población de Asia oriental está bajo este umbral; lo mismo ocurre con un 3,7% de la población de la zona Europa oriental/Asia central; en idéntica situación se encuentra el 12,1% de la población

(3) NMI n.º 50.

de Iberoamérica/Caribe; el 2,1% de los habitantes de Oriente Medio/África del Norte; un 40% de la población de Asia meridional, o el 48,1% de los habitantes del área subsahariana (4).

La caracterización de la pobreza no puede ser realizada desde un punto de vista meramente estadístico o sociológico: reduccionismo éste propio de una atmósfera neopositivista y materialista. El propio informe del fondo de Naciones Unidas apunta a esta dificultad cuando indica que *«el concepto de pobreza se ha ampliado para incluir la vulnerabilidad económica, que denota los hogares o los individuos empujados hacia una pobreza permanente por episodios transitorios de desempleo, mala salud y otros infortunios»* (5).

La pobreza, sin duda, está asociada a otras realidades no menos importantes para el desarrollo de las personas y de las colectividades: mala salud, analfabetismo, exclusión social o de género... De este modo, la pobreza se configura como un fenómeno que afecta a la dignidad integral del ser humano y a su modo de vida en una sociedad. Los indicadores sociológicos apuntan, además, que lejos de reducirse las distancias entre sociedades ricas y pobres, la brecha aumenta. Así se reconoce en el informe de Naciones Unidas, al afirmar que *«la diferencia en el ingreso per cápita entre el 20% más rico del mundo y el 20% más pobre del mundo era en 1960 de 30 a 1; esta proporción aumentó pronunciadamente hasta 78 a 1 en 1994, para decrecer levemente hasta 74 a 1 en 1999»* (6).

(4) Cifras del Banco Mundial para 1998.

(5) Párrafo 1,1.

(6) Párrafo 1,3.

Son los propios organismos internacionales los que señalan el cúmulo de problemas con que se enfrentan las sociedades o personas pobres para salir de su situación. «*Su pobreza misma*», se lee en el citado informe, «*los excluye de los medios de liberarse de la pobreza. Sus intentos de satisfacer incluso las necesidades más básicas tropiezan con obstáculos persistentes, económicos o sociales, pertinaces o incongruentes, jurídicos o consuetudinarios. La violencia es una amenaza perenne, especialmente para las mujeres*» (7).

La descripción del fenómeno de la pobreza a nivel mundial está íntimamente ligada, como no podría ser de otra manera, a la cuestión del desarrollo y promoción económica de las áreas o países menos favorecidos. Ciertamente, en los últimos decenios ha habido espectaculares progresos, sea en los niveles de crecimiento del Producto Interior Bruto en las naciones emergentes, como las sociedades del Extremo Oriente, sea en los flujos comerciales de intercambio de productos. Pero este incremento en los índices macroeconómicos no va parejo, en la mayor parte de los casos, a un aumento de los niveles de vida de los trabajadores. Es bien sabido, por ejemplo, que los costes laborales de las empresas en naciones subdesarrolladas son ínfimos y que, consecuentemente, los salarios no guardan proporción con los beneficios empresariales. A esta mano de obra barata se une, además, un acopio de materias primas por parte de países desarrollados a precios ciertamente injustos.

Muchos expertos económicos se plantean serias dudas sobre si el proceso de globalización resulta ser el mejor instrumento para avanzar en la convergencia o si no haría falta, tal y como apuntan algunos, *regionalizar la globalización*, a fin de

(7) Párrafo 1.4.

apuntalar el necesario crecimiento económico en las ventajas competitivas que presenta cada tejido productivo en particular.

La cuestión de un desarrollo económico armónico en el que se garantice un justo equilibrio entre la retribución del capital y la retribución laboral, aunque con criterios distintos, también está presente en las sociedades avanzadas, industrializadas y modernas. La rápida evolución de los procesos industriales, la introducción de las nuevas tecnologías, la presencia de fenómenos migratorios y el surgimiento de focos de marginalidad en las llamadas *sociedades opulentas*, han favorecido la aparición de nuevos problemas: dificultades de los jóvenes y mujeres a la hora de acceder al mercado laboral, aumento de desempleados de mediana edad, difíciles de reciclar en los nuevos sistemas de producción, o precariedad laboral.

En España, por ejemplo, de los datos manejados por Cáritas extraídos del informe *Las condiciones de vida de la población pobre en España (1998)*, se deduce que hay 2.192.000 familias, con 8.509.000 personas, que viven bajo el umbral de la pobreza. La pobreza, según Cáritas, *«tiene mucho que ver con la desigual distribución de la riqueza aún existente entre nosotros y con el diferente crecimiento y desarrollo económico, que adquiere diferencias de grado en el interior de cada Comunidad Autónoma o provincia del Estado»*. Ciertamente es que los niveles de pobreza son siempre relativos, desde la pobreza severa a la pobreza moderada, pero también es un hecho que *«la pobreza en España, y la más grave, se concentra en los núcleos urbanos de población. Es claramente mucho más urbana que rural y no sólo porque la población en general resida más en zonas urbanas que en zonas rurales, que se siguen despoblando paulatinamente»*.

Este panorama, someramente apuntado, no puede dejar indiferente a nadie que considere la promoción integral de sus semejantes como una seria obligación de carácter moral. La evidencia de la pobreza, de la miseria, de la indigencia resulta, pues, inseparable de las actitudes y medidas que se adopten para erradicarlas, con lo que justicia social, promoción humana, desarrollo económico y práctica de la caridad pueden ser plenamente compaginables.

EL MODELO DE HOMBRE, UNA CUESTIÓN VITAL

Sin embargo, algunas respuestas que se proponen para encontrar soluciones a los retos de la justicia social y de la pobreza son deudoras, ellas mismas, de la visión que se tenga sobre el propio hombre, de tal modo que reflejan el *valor* que se le otorga a la persona humana.

La cuestión de la *dignitas* del hombre exige la noción de Creación. En el caso de preterir dicho fundamento, no podremos sino —atacando el *iusnaturalismo*— incurrir en un vacío convencionalismo *desontologizado*. He aquí una de las características más trágicas del mundo contemporáneo: el nihilismo. Sí, el nihilismo es ajeno a toda causa eficiente, y final. Y, ajeno a dicho fundamento ontológico, hace del hombre una existencia a «construir». Es la trágica doctrina sartreana, en el que el hombre no posee esencia alguna, sino que el hombre es «autocreación»; es decir, hace preceder su existencia a su esencia: «¿Qué significa aquí que la existencia precede a la esencia? Significa que el hombre empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo, y que después se define. El hombre, tal como

lo concibe el existencialista, si no es definible, es porque empieza por no ser nada. Sólo será después, y será tal como se haya hecho. Así, pues, no hay naturaleza humana, porque no hay Dios para concebirla. El hombre es el único que no sólo es tal como él se concibe, sino tal como él se quiere, y como se concibe después de la existencia, como se quiere después de este impulso hacia la existencia; el hombre no es otra cosa que lo que él se hace. Éste es el primer principio del existencialismo” (8).

¿Dónde situar, entonces, una raíz a la dignidad? No es posible hacerlo de un modo consistente. Olvidada la Creación y la religación a Dios, la esencia de la dignidad humana está herida de muerte, precisamente porque ya no hay esencias. En el nihilismo, la noción misma de esencia carece de sentido, como expresaría el neopositivismo del Círculo de Viena. «*La mayor parte de las proposiciones y cuestiones —sostuvo Wittgenstein— que han sido escritas en materia de filosofía, no son falsas, sino carentes de sentido. Por tanto, no podemos responder a tales cuestiones, sino únicamente mostrar su falta de sentido. La mayor parte de las cuestiones y proposiciones de los filósofos obedecen al hecho de que no comprendemos la lógica de nuestro lenguaje» (9).*

Pero todas estas cuestiones que parecen en extremo «teóricas» se manifiestan de modos muy concretos. Trato, en este estudio, de poner en conexión hechos concretos con la antropología filosófica actual que tratamos de esbozar. Resulta curioso observar, por ejemplo, que en el informe de Naciones Unidas antes aludido se apunta, de una forma nada subrepti-

(8) J. P. SARTRE, *El existencialismo es un humanismo*, Barcelona, Edhasa, 1999.

(9) WITTGENSTEIN, L., *Tractatus Logico-Philosophicus* 4.003.

cia, que «la disminución de un cuatro por mil en la tasa neta de natalidad (en los países pobres en vías de desarrollo) se traduciría en el próximo decenio en una reducción del 2,4% del número de personas que viven en la pobreza absoluta» (10). Hay otros ejemplos similares de esta concepción neo-malthusiana que trata de vincular directamente el fenómeno de la pobreza con la evolución de la población. De acuerdo con el informe del Fondo de Población de Naciones Unidas, «un año adicional de educación femenina reduce la fecundidad total en 0,23 alumbramientos; según otro, la reducción es de 0,32 alumbramientos», al tiempo que se propone una absoluta «prioridad a la salud reproductiva», expresión que, a pesar de su asepsia, debe interpretarse como un mero favorecimiento del control de natalidad por distintos medios.

Como se puede apreciar, el modelo de hombre que se defiende no es *neutral* a la hora de abordar soluciones a problemas ciertamente lacerantes. En el entramado global en el que viven actualmente nuestras sociedades, fortalecido tras el colapso de los regímenes del llamado *socialismo* real del Este de Europa, la visión puramente economicista, estrictamente liberal, parece haber triunfado. Es, en el fondo, una concepción reísta, materialista, positivista del hombre. Pero la *incompletud* de este sistema es epistemológicamente incontestable.

Prosigamos con los datos. Aunque hay quienes todavía defienden el papel de los Estados como instrumentos correctores de las desigualdades, la gran mayoría de los pensadores económicos son de la opinión de que el *mercado* es el único baremo que debe utilizarse en el complicado juego de la generación de riqueza y reparto de los bienes. «En esta concep-

(10) Párrafo 3.

ción, el hombre, la persona, es un factor más en el conjunto de medios de producción –visión que, curiosamente, era compartida por el materialismo–, sin ocupar el lugar central que debería desempeñar en cualquier realidad. Ciertamente, la Iglesia es consciente de la complejidad de los problemas que han de afrontar las sociedades y también de las dificultades para encontrarles soluciones adecuadas. Sin embargo, piensa que, ante todo, hay que apelar a las capacidades espirituales y morales de la persona y a la exigencia permanente de conversión interior, si se quiere obtener cambios económicos y sociales que están verdaderamente al servicio del hombre. La primacía dada a las estructuras y la organización técnica sobre la persona y sobre la exigencia de su dignidad, es la expresión de una antropología materialista que resulta contraria a la edificación de un orden social justo (11)». El hombre no es un fin, sino un medio: de ahí la paradoja de buscar su promoción social y trabajar, por ejemplo, para cercenar una de sus libertades constitutivas, como es la decisión de recibir hijos responsablemente, vinculando sin rubor programas de superación de la pobreza a premeditadas campañas antinatalistas, que no distinguen sobre la licitud moral de unos y otros métodos. *La crisis jurídica y social de los derechos humanos se ha convertido, al filo del siglo XXI, en una crisis moral y antropológica que afecta a sus mismas raíces. Está en juego el hombre mismo* (12).

Es verdad, por otra parte, que las nuevas sensibilidades sociales dejan sitio para otras consideraciones acerca del progreso económico, que sólo hace unas décadas hubiesen sido im-

(11) *Libertatis Conscientia*, §75, Congregación para la Doctrina de la Fe, marzo 1986.

(12) ROUCO VARELA, Antonio María, *Los fundamentos de los derechos humanos: una cuestión urgente*. Madrid 2001, pág. 30.

pensables. Es el caso de las aportaciones de contenido ecologista, que intentan aportar un criterio de racionalidad a la explotación de los recursos naturales y a la conservación del medio ambiente. Se habla así, cada vez con más fuerza, de un *desarrollo sostenible*, que garantice a la vez la utilización de las riquezas naturales, la industrialización y la preservación medioambiental.

Pero también aquí pueden surgir desenfoces que distorsionen la lente que ha de analizar la compatibilidad entre economía y ecología, sobre todo cuando el hombre, la persona, quedan desalojados, de nuevo, del lugar central de estas preocupaciones. Algo no funciona lo bien que debiera cuando se defienden con ahínco los supuestos derechos de la Naturaleza en su conjunto y no se pone el mismo énfasis en la promoción de los más elementales derechos del ser humano. La declaración conjunta firmada por Juan Pablo II y por el Patriarca ortodoxo de Constantinopla, Bartolomé I, a mediados de 2002, concluía con seis compromisos a favor de la defensa del ambiente. El segundo de ellos rezaba así: *«Usar la ciencia y la tecnología de manera constructiva, reconociendo que los descubrimientos de la ciencia hay que valorarlos siempre a la luz de la centralidad de la persona humana, del bien común y de la naturaleza íntima de la Creación»*. De este modo, cualquier actuación que se pretenda liberadora de las variadas ataduras humanas, injusticia o pobreza, deberá examinarse a la luz del respeto total y absoluto al valor primigenio de la persona, más allá de enfoques supuestamente altruistas que, tal vez, pueden estar enmascarando un profundo egoísmo, negador del fundamento humano.

«Las peores consecuencias de toda filosofía del egoísmo, tanto si es adoptada por las instituciones como por amplios sectores

sociales, son lo que el cardenal Joseph Ratzinger define como un conjunto de “estrategias para reducir el número de los que se sienten a comer a la mesa de la humanidad”. Este es un criterio clave con el que se debe evaluar el impacto de cualquier filosofía o teoría» (13).

LA CONTRADICCIONES DE LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR

El fenómeno de la pobreza no es exclusivo de las naciones del Tercer Mundo. Como se vio anteriormente, las propias sociedades desarrolladas, en las que se ha hablado de la existencia de un *Estado del bienestar*, distan mucho de tener con un grado de excelencia en la resolución de la llamada *cuestión social*. Sin temor a equivocarse puede indicarse que hay muchos nuevos rostros que expresan la realidad de la pobreza.

La indigencia se manifiesta así, al lado de la pobreza económica, en la soledad de los ancianos, en la ansiedad de los niños abandonados o sometidos a malos tratos; en el miedo al rechazo social por parte de los inmigrantes, en el encadenamiento físico y psicológico de quienes se ven arrastrados por distintas adicciones, sean drogas, alcohol; en el drama de las separaciones matrimoniales, o en otras servidumbres, como las discriminaciones por motivo de sexo o raza.

Con espléndida lucidez, el Papa Juan Pablo II describe esta situación en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, al afirmar que «el panorama de la pobreza puede extenderse indefi-

(13) “Jesucristo, portador del agua de la vida” Consejo Pontificio de la Cultura; consejo pontificio para el diálogo interreligioso. Párrafo 2.4.

nidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobrezas, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social» (14).

La resolución de estas tremendas realidades exige un compromiso serio y riguroso con la promoción integral de la persona humana, en todos los aspectos de su desarrollo vital. Este compromiso es mucho más exigente por parte de los cristianos, para quienes la existencia de los pobres —y no sólo de los pobres económicos, sino de los que sienten pobreza en su corazón— es una prueba de fuego de su fe hecha vida. Sin duda no es fácil abordar la solución concreta a todos los problemas, ni es exigible a todos el mismo compromiso, pero sí es necesario iluminar todos los esfuerzos en la puesta en práctica de una antropología correctamente formulada.

Es en la concepción del hombre, como se apuntó anteriormente, donde se debate el porvenir de las opciones de promoción humana y de desarrollo de los pueblos. Se trata de *«interpretar y defender los valores radicados en la naturaleza misma del ser humano. La caridad se convertirá entonces necesariamente en servicio a la cultura, a la política, a la economía, a la familia, para que en todas partes se respeten los principios fundamentales, de los que depende el destino del ser humano y el futuro de la civilización» (15).*

Es, ciertamente, esperanzador leer en esta carta apostólica que *«en el misterio de la Encarnación están las bases para una*

(14) N.º 50.

(15) N.º 51.

antropología que es capaz de ir más allá de sus propios límites y contradicciones, moviéndose hacia Dios mismo, más aún, hacia la meta de la “divinización”» (16).

Las páginas de este documento profundizan en la tarea de discernimiento sobre los signos de los tiempos que dio comienzo en los textos del Concilio Vaticano II. La continua enseñanza de la Iglesia sobre los fundamentos éticos de una genuina doctrina social, en la que se apoye cualquier iniciativa de política económica o de atención social, en aras de una auténtica caridad y comunión de bienes, encuentra en la *Novo Millennio Ineunte* una renovada exposición, en la que están, además, muy presentes los nuevos rostros en los que se manifiesta la pobreza.

«La caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano», apunta Juan Pablo II. La opción preferencial por los pobres no es una mera expresión de anónima solidaridad con la humanidad, sino el compromiso específico con cada hombre que sufre, con cada ser humano que padece la pobreza en sus múltiples manifestaciones. El hombre —cada hombre, cada mujer— es el objetivo de la atención que trata de sanar cualquier rostro doliente, sin ningún tipo de precio o contraprestación.

Este proceder trasciende otros tipos de actuaciones —loables, sin duda, pero cargados de incertidumbres— en los que se intenta una promoción humana sin rostros concretos, sin rostros personales, preocupados en exceso por cuestiones macroeconómicas o por ajustes de mercados.

(16) N.º 23.

Caridad y justicia social ejemplifican, de este modo, la gratuidad de la entrega y el regalo del mensaje. Es, también, una gran responsabilidad, porque *«el siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres»* (17), siendo la piedra de toque de la fidelidad al relato evangélico en el que el propio Cristo se identifica con cada persona que sufre (18). De ahí que el Papa asegure que *«esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia»* (19).

DESCUBRIR EL ROSTRO DEL HOMBRE EN LA FIGURA DEL RESUCITADO

Nadie queda excluido de este amor, vecino o extranjero, amigo o enemigo. Ninguna estructura social queda fuera de esta apuesta por el hombre, porque el rostro que muestra Cristo es imagen de las figuras de cuantos son más desfavorecidos y sufren en su cuerpo o en su espíritu. Cristo y el hombre, un binomio indisoluble para fortalecer una sociedad siempre sedienta de justicia y caridad.

Ciertamente, se hace urgente una pedagogía de la caridad, porque aún son muchas las ensoñaciones que distancian a hombres e instituciones de la única realidad que merece la

(17) N.º 49.

(18) Mt, 25, 35-36.

(19) NMI, N.º 49.

pena, la contemplación del rostro de Cristo que lleva a una fraternidad activa con el hombre, difuminada en múltiples ocasiones por los ídolos que contribuyen a generar estructuras de pecado.

«Las “estructuras de pecado” son numerosas», se indica en un documento del Pontificio Consejo «Cor Unum», «y están más o menos extendidas, incluso en el ámbito mundial; por ejemplo, los mecanismos y los comportamientos que producen el hambre. Otras ocupan campos mucho más reducidos, pero provocan desigualdades que hacen más difícil la práctica del bien a las personas interesadas. Esas “estructuras” implican siempre enormes costos desde un punto de vista humano, ya que son ocasiones de destrucción del bien común. Es menos corriente que se reconozca cuán degradantes son, y costosas, en el ámbito económico. Existen ejemplos impresionantes. Los frenos para el desarrollo no son solamente la ignorancia y la incompetencia; lo son también, y en gran medida, las numerosas “estructuras de pecado”; éstas realizan como una desviación contagiosa —hacia fines particulares y esterilizante— de la finalidad propia de los bienes de la tierra, que, en verdad, están destinados a todos» (20).

No hay en la perspectiva cristiana solución posible a los problemas del hombre si no se vinculan las actuaciones para paliar las desigualdades a la conversión profunda del corazón. Trabajar para el hombre desde Cristo... De ahí el convencimiento de Juan Pablo II de que es «la hora de una nueva “imaginación de la caridad”, que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cer-

(20) «El hambre en el mundo un reto para todos: el desarrollo solidario». Pontificio Consejo «Cor Unum», 1996. Párrafo 25.

canos y solidarios con quien sufre para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno» (21).

La predicación del contenido evangélico es la mejor y mayor obra de caridad, tanto para quien la proclama como para quien la recibe. Lo es para quien anuncia el mensaje porque la contemplación del rostro de Cristo le impulsa a ver al Señor en todos y cada uno de los que sufren o padecen alguna forma de indignidad; lo es para quien escucha porque le ha de servir para darse cuenta de que la mayor pobreza, la más grande, es el hambre de verdad, es la sed que pide, acaso sin saberlo, una conversión del corazón.

La contemplación del rostro del Resucitado propone la única pobreza defendible, la del espíritu, aquella que descubre que el afán más importante es la unión salvadora con la figura de Cristo, sin que ello suponga *escapismo* alguno en la construcción de un mundo justo y fraterno. Es pobreza de espíritu, no espiritualidad desencarnada.

En una de sus visitas a Brasil, el Papa indicaba que *«existe, sin embargo, una pobreza muy distinta de aquella que Cristo ensalzaba, y que afecta a un gran número de hermanos y hermanas, paralizando el desarrollo integral de la persona. Ante esa pobreza, que priva de los bienes de primera necesidad, la Iglesia levanta su voz... Por eso la Iglesia sabe que toda transformación social debe pasar necesariamente por una conversión de los corazones y ora por ello. Esta es la primera y principal misión de la*

(21) NMI n.º 50.

(22) Cf. JUAN PABLO II, segundo viaje al Brasil (12-21 de octubre, 1991), *Discurso en la favela de Lixão de São Pedro*.

Iglesia» (22).

Una tarea que promueva el desarrollo económico para el hombre, pero sin el hombre, corre el riesgo de dejar fuera la dimensión más íntima, más profunda del ser humano: la atención a sus anhelos de trascendencia. De ahí que *«la contribución de la Iglesia al desarrollo integral de las personas y de los pueblos no se limita sólo a la lucha contra la miseria y el subdesarrollo. Existe además otra pobreza provocada por la convicción de que es suficiente seguir el camino del progreso técnico y económico para contribuir a que todo hombre sea más digno de llamarse tal; un desarrollo sin alma no puede ser suficiente para el hombre, y la excesiva opulencia le es tan nociva como la excesiva pobreza. Ese es el “modelo de desarrollo” del hemisferio Norte y que, implantado, difunde en el hemisferio Sur, donde el sentido religioso y los valores humanos corren el peligro de ser barridos por la invasión del consumismo» (23).*

Es en este convencimiento donde radica la diferencia esencial que separa el altruismo de la caridad; donde se distingue el humanitarismo del amor cristiano; es la contraposición de las ideologías y de Cristo; el distingo entre los criterios economicistas y la labor evangelizadora de la Iglesia. Sólo Cristo muestra al hombre el rostro del hombre; sólo en Cristo la realidad, sea cultural, social, política o económica es capaz de transformarse de *mera estructura en oportunidad* para crecer personalmente. En efecto, *el misterio del hombre sólo se esclarece a la luz del misterio del Verbo encarnado (24).*

(23) *«El hambre en el mundo un reto para todos: el desarrollo solidario».*
Pontificio Consejo «Cor Unum», 1996.

(24) GS 22.

Sólo de este modo, con la predicación de Cristo como fundamento de antropología para todos los pueblos —desarrollados o del Tercer Mundo, para todos los hombres y mujeres—, no hay peligro de que las acciones apostólicas en el terreno social conviertan a «*las comunidades cristianas en agencias sociales*» (25).

La caridad cristiana, la que hunde sus raíces en la contemplación del rostro de Cristo, no considera al pobre, al necesitado, como un fardo o una pesada carga, sino como la manifestación de Cristo doliente. Únicamente en su persona, verdadero Dios y verdadero hombre, tiene pleno sentido el amor compasivo y misericordioso que nos recuerda el apóstol San Pablo. «*La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras*» (26), de ahí que el amor del cristianismo al hombre sea distinto en su entraña vital de la preocupación por su mero bienestar material, tan propio de las ideologías.

La liberación que proporciona la contemplación del rostro de Cristo pasa por despojarse del hombre viejo y revestirse de la humanidad renovada que brota del sepulcro vacío del Redentor. Esta conversión es siempre fruto del Espíritu, que se vive en el seno de la Iglesia. La Gracia de Dios fecunda los corazones dispuestos a recibirla en todo tiempo y lugar, sea para los pobres en lo material, sea para los indigentes espirituales que, acaso en medio de las riquezas, buscan el sentido a su existencia.

La pobreza material, la injusticia social, la marginación son realidades que interpelan el corazón de cualquier cristiano y

(25) NMI, n.º 52

(26) NMI, n.º 50.

ante ellas no cabe indiferencia, sino el compromiso de construir un mundo más humano y más justo. Pero, para el cristiano, la urgencia inmediata es la predicación de la única pobreza que encuentra justificación: un corazón convertido, en el que compartir es sinónimo de justicia, de reparto de los bienes, de genuina caridad. Esta es la genuina santidad a la que nos urge y lleva el Espíritu Santo. «*La santidad es intimidad con Dios, es imitación de Cristo pobre, casto y humilde; es amor sin reserva a las almas y donación al verdadero bien; es amor a la Iglesia que es santa y nos quiere santos, porque tal es la misión que Cristo le ha confiado*» (27).

Lejos de cualquier filosofía del egoísmo, de cualquier comportamiento hedonista, que a veces busca acallar la conciencia con la práctica de una anónima solidaridad sin rostro, lejos de ideologías que pregonan la liberación del hombre para atraparlo en las redes de la productividad y del consumismo, en los rendimientos del mercado, el mensaje evangélico, admirablemente recordado y entregado en la *Novo Millennio Ineunte*, propone un hombre libre de las ataduras del pecado. Propone un programa que ya existe: el de la plena incorporación a Cristo por el Espíritu Santo en el seno de la Iglesia; esto es, el *programa de la caridad; el programa de la santidad*.

(27) *Pastores dabo vobis* n.º 33

CARIDAD Y EVANGELIZACIÓN

FRANCISCO MAYA MAYA

Profesor de Teología Pastoral
Centro Superior de Estudios Teológicos de Badajoz

INTRODUCCIÓN

Juan Pablo II, en el capítulo IV de la «Novo Millennio Ineunte», invita a las Iglesias particulares a que se inspiren y tengan como eje transversal de sus programaciones pastorales el mandamiento del amor; para poder manifestar en la historia concreta de nuestro mundo el ser de la Iglesia como sacramento universal de salvación (cf. LG 1, 9, 48; SC 2, 5, 26; GS 42, 45; AG 1, 5), haciendo que ésta viva la comunión en su doble vertiente de unión con Dios y con el género humano. *«Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana, al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es sacramento universal de salvación, que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre»* (LG. 45). He aquí el fin al que tiende sobre todo el ser sacramento de la Iglesia, es decir, lo que principalmente significa y realiza: el misterio del amor de Dios al hombre. La Iglesia es sacramento por cuanto en su visibilidad histórica transparenta las realidades invisibles, evangélicas. Desde su ser sacramental está llamada a manifestar y comunicar la caridad de Dios a todos los hombres (cf. AG 10), testimoniar el amor de Dios al mundo en su Hijo (cf. EN 26) y hacer que, a través de su acción evangelizadora, el hombre se abra al amor de

Dios, que es el que posibilita la auténtica liberación y salvación (cf. RM 11).

Mi reflexión quiere centrarse en esa relación estrecha que debe existir entre evangelización y diaconía eclesial. En un primer apartado, expondré cómo hoy, ante la grave falta de credibilidad de la Iglesia, la proclamación de la Buena Noticia de Dios (cf. Mc 1, 14) requiere un nuevo estilo personal y comunitario (cf. NMI 50), que ha de brotar del testimonio que *«constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva»* (EN 21). Estamos llamados a testimoniar con nuestras vidas el rostro seductor del Dios amor, ya que *«evangelizar es, ante todo, dar testimonio, de una manera sencilla y directa, del Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. Testimoniar que ha amado al mundo en su Hijo»* (EN 26).

En el segundo apartado, veremos cómo esta Buena Noticia reclama una apuesta clara por la pastoral de la caridad en todas sus dimensiones. Al amor de Dios hemos de responder con amor, pero no sólo a Dios, sino también a los hermanos, especialmente a los más empobrecidos. Por eso la caridad ha de *«caracterizar de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral»* (NMI 49).

Por último, expondré algunas conclusiones referentes a la pastoral de la caridad en su relación estrecha con la evangelización.

I. EL ROSTRO SEDUCTOR DE DIOS

En un mundo herido por el sufrimiento de las injusticias, el hambre, las emigraciones, las pobrezas, las desigualdades, las

enfermedades, las violencias, las guerras... y en una sociedad en la que los hombres están perfectamente instalados en la finitud, cuando ya no se combate contra Dios pero tampoco se habla de Él ni se le busca, la Iglesia ha de escuchar el clamor que surge de esta Humanidad y anunciar la Buena Nueva de Jesucristo, que es liberación de todo lo que oprime al hombre (cf. EN 9), dando a conocer a un Dios amor que busca continuamente el encuentro con el ser humano y que nos da a conocer su rostro haciendo pasar ante nuestra vida su bondad (cf. Ex. 33,18). Este rostro bondadoso, tierno y misericordioso de Dios debe presentarlo la Iglesia siendo una Iglesia acogedora y compasiva, Iglesia que ofrece espacios de acogida y sanación, «*proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano*» (NMI 49) y desarrollando acciones significativas liberadoras, que provoquen preguntas (1) al hombre y a la mujer de hoy, y lleguen a desear esa «vida» de amor que viene de Dios. Una comunidad que no vive en el amor y no se solidariza con los hermanos, especialmente con los desheredados de la tierra, no es transmisora del Reino que acontece. Podrá adoctrinar, pero no logrará «proponer», «convocar», «seducir». Sólo la fe que se hace amor (cf. Gál 5,6) puede ser propuesta evangelizadora. VERGOTE manifiesta que el amor está en el sentimiento y en el espíritu en espera de ser «pro-vocado» y actualizado por el otro, por el objeto. Es causado por lo que será su objeto: el otro que lo seduce, en el sentido trivial o noble de esta palabra. Son las cualidades personales del otro las que despiertan el deseo de encontrarme unido a él (a ella). El amor se dirige al otro queriendo ser re-

(1) Cf. Carta pastoral de los obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Victoria, *Transmitir hoy la fe*. Carta Cuaresma-Pascua, 2001, n. 32.

conocido en su dignidad personal y confiando en que encontrará una felicidad en el amor compartido (2).

La llamada «nueva evangelización» ha de «pro-vocar» y seducir desde nuestra vivencia y testimonio de amor, que nos ha de identificar como discípulos de Jesús (cf. Jn 13,35), y ha de generar preguntas como esta: «¿Por qué vivís y amáis así? ¿Dónde vive Aquél a quienes seguís, que me atrae desde vuestro amor?». La acción evangelizadora traspasada por el amor ha de despertar el deseo de querer encontrarse con Aquél que viene a ofrecer la vida y la alegría en plenitud (cf. Jn 15, 11): «*Queremos ver a Jesús*» (Jn 12, 21). Este deseo, que nace de lo que he visto, he oído y experimentado, debe profundizar en los propios deseos y reorientarlos hasta llegar a trascender los deseos e intereses personales a fin de poder llegar al reconocimiento de una Presencia amorosa que me atrae y me «des-centra», me pone en actitud de búsqueda y me dispone al consentimiento a su llamada (3).

El testimonio de la vida, el amor y la solidaridad (cf. AG 11-12) permiten de esta manera iniciar un proceso evangelizador de la fe que hoy puede inducir a reconocer, acoger y consentir a este Dios revelado en/por Jesucristo; proceso que posteriormente ha de ayudarnos a perforar lo visible, dando voz a la silenciosa presencia de Dios en nuestras vidas y llegando a la verdad de nosotros mismos, propiciando un despliegue de conversión personal y de compromiso liberador. Este proceso ha de permitirnos, por tanto, llegar a conocer a

(2) Cf. ANTOINE VERGOTE, *Amarás al Señor tu Dios. Identidad cristiana*. Sal Terrae. Santander, 1997, 195-197.

(3) Cf. J. M. VELASCO, *La Experiencia cristiana de Dios*. Trotta, 1995, 19-37.

Dios, recibirlo y abandonarnos en él, hacer que sintamos la felicidad ante este encuentro que llena y da sentido a nuestra existencia: «se alegraron los discípulos de ver al Señor» (Jn 20, 20). Por eso, la caridad, la acción caritativo-social de la Iglesia, se convierte en elemento imprescindible de la evangelización, siendo la «primera e insustituible forma de la misión» (RM 42).

Al mismo tiempo, a través de la acción caritativo-social llegamos a encontrarnos y descubrir el rostro de Cristo en aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: los pobres y excluidos (cf. Mt 25, 35-36; cf. NMI, 49): «podríamos decir que Jesús nos dejó como dos sacramentos de su presencia: uno, sacramental, al interior de la comunidad: la Eucaristía; y el otro existencial, en el barrio y en el pueblo, en la chabola del suburbio, en los marginados, en los enfermos de Sida, en los ancianos abandonados, en los hambrientos, en los drogadictos... Allí está Jesús con una presencia dramática y urgente, llamándonos desde lejos para que nos aproximemos, nos hagamos prójimos del Señor, para hacernos la gracia inapreciable de ayudarnos cuando nosotros le ayudamos» (IP, 22).

Dado el carácter absolutamente central del mandamiento del amor, el signo de la diaconía eclesial goza de cierta primacía en el concierto de las funciones pastorales y constituye para todas ellas un criterio de autenticidad (cf. IP, 11).

1.1. «Dios es amor» (1 Jn 4, 8).

¿Quién es y cómo es este Dios que nos seduce (cf. Os. 2, 14) y desde la fe en Él nos hace pasar por el abandono y nos introduce en una dinámica de amor, que nos lleva a reconci-

liarnos con nosotros mismos, nos hace ser solidarios con nuestros hermanos, nos induce a una decidida preferencia por los excluidos y pequeños y nos compromete social y políticamente en este mundo?

Crear en Dios es creer en su amor. Por su amor Dios comunica al hombre su bondad: El Hijo ha dado libremente su vida por nosotros. El don del Hijo es el acto culminante del amor y la manifestación de Dios: *«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Único para que el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna»* (Jn 3,16).

Y en la historia de Jesús de Nazaret se nos narra cómo es el amor de Dios. Ahí se nos muestra:

- La dimensión y profundidad del amor: *«Había amado a los suyos... y los amó hasta el extremo»* (Jn 13,1).
- Y la dirección de su amor: *«Mi carne (entregada) para que el mundo viva»* (Jn 6,51); *«para dar su vida... por todos»* (Mc 10, 45).

La 1.^a carta de Jn resume esta dimensión y dirección del amor de Dios: *«Dios es amor. En esto se hizo visible entre nosotros el amor de Dios; en que envió al mundo a su Hijo Único para que nos diera vida»* (4, 8-9). *«Por esto existe el amor: no porque amáramos nosotros a Dios sino porque él nos amó a nosotros (v.10). Hemos comprendido lo que es el amor, por aquel que se desprendió de su vida por nosotros»* (3, 16).

Se presenta así en la 1.^a carta de San Juan el carácter teocéntrico del ágape: *«en esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados»* (4, 10). Dios revela, pues, que Él es ágape con el envío de su Hijo al mundo

(la Encarnación), con la entrega de su Hijo como propiciación por nuestros pecados (Redención), y como gracia, dándonos la vida del Espíritu (4).

Si nosotros amamos es porque Dios nos amó primero (cf. I Jn 4,19). Nuestra capacidad de amar con amor de ágape es fruto del amor con que Dios nos ama. El hecho de que Dios nos ame nos posibilita para dar respuesta a este amor, amando a Dios como al prójimo (5).

El amor a Dios, antes de ser objeto de una necesidad o de una obligación (un mandamiento), es para nosotros objeto de un anuncio que somos invitados a escuchar y acoger como dirigido personalmente a cada uno. Evangelizar hoy es anunciar a Dios como amigo del hombre. Su anuncio «*debe hacerse de tal forma que los hombres lo reciban como Buena Nueva, fuente y garantía de la propia humanidad*» (6). El amor a Dios no es objeto de una obligación expresada en un mandato (un amor obligado dejaría de ser amor), sino que tiene su origen más allá de nosotros mismo, y en relación con él no tenemos la iniciativa, estamos a merced de él, se nos ofrece como un don que suscita incluso la posibilidad de la respuesta: «*Mirad qué amor tan grande nos ha tenido el Padre...*» (I Jn. 3,1). El comienzo de la experiencia de Dios es recibir de él la llamada, la invitación a prestar atención, a rastrear, ese amor que nos precede, para después, como dice la Escritura: «*creer en el amor que Dios nos tiene*».

(4) Cf. C. SPICO, *Ágape en el nuevo testamento*. Cares. Madrid, 1977, 1218.

(5) Vicen-Maria CAPDOVILA I MONTANER, *Liberación y Divinización del hombre*. Tomo I. Secretariado Trinitario. Salamanca, 1989, 260.

(6) Fernando SEBASTIÁN AGUILAR, *Nueva Evangelización*. Encuentro, 1991, 54.

¿Cómo es el amor con que decimos que Dios nos ama?: Solemos decir que el amor que Dios nos tiene es amor de benevolencia (el amor puro o el puro amor): Ama gratuitamente —sólo por amor— entregando todo cuanto es, buscando sólo el bien de lo que ama. Por tanto, no es nuestra belleza o bondad lo que mueve a Dios a amarnos (eros); su amor tampoco es un sentimiento más o menos pasajero y de parentesco (*storgé*). Lo que caracteriza al Amor de Dios es, por una parte, su gratuidad y benevolencia (filia) y, por otra, su capacidad de amarnos a cada uno y a todos como si fuéramos únicos, sin ningún tipo de exclusión nacida de nuestra conducta o pecado (*ágape*) (7).

1.2. El amor creador y liberador de Dios

(cf. Gen 2, 4-25; Ex. 6, 6-7)

Este Dios gratuito, que en Jesús ha entregado libremente su vida por amor (cf. Jn 15, 13; 1 Jn. 3, 16) es el mismo Dios de la creación. La creación nace del amor: Dios nos crea a su imagen, que ha de llevarnos al reconocimiento de la dignidad suprema del hombre en el ámbito de lo creado, y nos presenta un proyecto creador universal de comunión en el que ningún hombre debe ser excluido de él, no nos crea para que le sirvamos sino para servirnos Él a nosotros (8).

La fe en Dios creador no es otra cosa más que la fe en un Dios que nos ama tanto que ha puesto todo a disposición del

(7) Cf. *Amor* en L. COENEN, E. BEYREUTHNER, H. BIETENHARD: *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, I, Sigueme, Salamanca, 1990, 110-111.

(8) Cf. Andrés TORRES QUEIRUGA, *Recuperar la creación. Por una religión humanizadora*. Sal Terrae, Santander, 1991.

hombre (cf. CEE, *Dios es Amor*, n. 32), nos ha traído a la existencia, y a una existencia libre, en la que tenemos que convertirnos en creadores a cada instante. La gratuidad de la creación excluye y se opone a la mercantilización de la misma, que expresa la paz con la Naturaleza, el respeto a ella.

El amor de Dios es un amor creador de vida, un amor por el que se nos da el mundo en que vivimos y por el que se nos entrega nuestro propio ser. Será la «ruah» del Señor, el Espíritu que es «aliento»; y aliento que, salido de las entrañas de Dios, construye y vivifica las entrañas del hombre. Por eso el hombre entero se experimenta animado y sostenido por el espíritu-aliento de Dios. Por ese aliento entra el hombre a la vida: «*El Señor Dios... insufló en su nariz el aliento de la vida, y el hombre se hizo un ser vivo*» (Gen 2, 7). La creación no surge, pues, de una necesidad, sino que es alumbrada en el amor gratuito de un don total.

En el comienzo estaba Dios eligiendo por amor a un pueblo sin mérito alguno; por amor le entregó la tierra sin mérito alguno y por amor sin mérito alguno lo conducirá a la vida: «*No porque seas el más numeroso de todos los pueblos se ha prendado Yahvé de vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres*» (Deut 7, 7). Este amor de Dios se va manifestando a lo largo de toda la historia del pueblo de Israel como un amor que acompaña, libera promueve. Es la gratuidad y la misericordia la que sitúa a Dios en el tiempo y en el espacio, en la Historia.

«*El AT atestigua que Dios ha escogido y formado un pueblo para revelar y llevar a cabo su designio de amor*» (RM 12). Israel ha experimentado que «*Yo soy el que soy*» (Ex. 3, 14) es

el Dios que siempre acompaña y siempre actúa liberando con y desde su amor: un amor gratuito e inmenso; un amor que nunca se apartó ante la infidelidad de su pueblo; un amor que nunca se cansó de volcarse sobre él a pesar de su cansancio; un amor que no estuvo ajeno al sufrimiento y el clamor de su pueblo; un amor a través del cual hará justicia al pobre, restituirá el derecho a la viuda y defenderá al huérfano.

La revelación del amor de Dios en Israel era, pues, la revelación de un amor que salva y libera. El pueblo de Israel, al verse libre de la esclavitud, descubrió a Dios como Padre (Is. 63, 16); vio cómo Dios, con entrañas de madre, consolaba y enjugaba las lágrimas de sus hijos e hijas: «*Como un hijo a quien consuela su madre, así yo os consolaré a vosotros*» (Is. 66, 13); experimentó permanentemente la misericordia de Dios Padre y Dios Madre tomando conciencia de que la creación se deriva de la libertad y del amor de Dios y cómo toda la historia es una historia habitada por la gratuidad, la fidelidad y el cumplimiento de sus promesas. Por eso, cuando en esta historia hay injusticias y desigualdades, Dios se indigna de lo hecho a los pobres y pequeños, no tolera la injusticia que se comete contra ellos. El *mispat* (9) (la justicia) caracteriza a Dios: «... yo soy Yahvé, que hago merced, derecho y justicia sobre la tierra porque en eso me complazco» (Jer. 9, 23). «*Él ama la justicia y el derecho. Del amor de Yahvé está llena la tierra*» (Sal. 33, 5; 89,

(9) Cf. José ALONSO DÍAZ, *Las «buenas obras» (o la «justicia») dentro de la estructura de los principales temas de la teología bíblica*, en AAVV: *Fe y Justicia*. Sígueme. Salamanca, 1981, 13-59. Ignacio ELLACURIA, *Fe y Justicia* en AAVV: *Fe, Justicia y opción por los oprimidos*. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1980, 33-71.

15; Prov. 8, 20). En el nombre de Yahvé Dios revela su esencia en el hecho de «sacan», «libran», «rescatan», «salvar con brazo tenso y grandes juicios» al pueblo oprimido. «Conoceréis que yo soy Yahvé». «Yo soy Yahvé y por tanto os libraré de la opresión de los egipcios» (Ex. 6, 6-7). «Yo Yahvé soy el que realiza compasión, derecho y justicia en la tierra» (Jer. 9, 23; cf. Os. 10, 12; Ex. 61, 3; Is. 51, 1; Sal. 33, 4-5).

1.3. Un amor entregado y derramado

(Cf. Gál 2, 20; Rom 5, 5)

La gratuidad, el amor de Dios, ha llegado a su culmen con el envío de su Hijo. En Jesús Dios se ha hecho carne, Dios se ha entregado solidariamente. Dios en su Hijo se entrega sin medida hasta dar la vida: «Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros» (Rom. 5, 8). El Hijo de Dios, afirma el apóstol en la carta a los Gálatas, «me amó y se entregó por mí» (Gal 2, 20), es decir, me mostró su amor entregando su vida. En Cristo se ha entregado el amor, todo el amor, y para siempre. Las palabras del apóstol San Juan son todo el evangelio: «Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Unigénito Hijo» (Jn. 3, 16). Y San Pablo dirá también: «Apareció la bondad y el amor de Dios, nuestro salvador» (Tit. 3, 4). El Padre envía a su Hijo para que vivamos por Él (cf. I Jn 4, 9). Nos lo envía como Salvador (cf. I Jn 4, 9), como propiciación por nuestros pecados (I Jn 4, 10). La «entrega» del Hijo por nosotros es la prueba suprema de su fidelidad. La cruz de Cristo revela hasta el final la compasión de Dios, que está con nosotros hasta el punto de cargar Él mismo con nuestros pecados en el Hijo (Cf. CEE, *Dios es amor*, n. 36).

Xabier PIKAZA (10) destaca tres elementos fundamentales de la solidaridad de Jesús en sentido teológico:

- a) *La Encarnación.* Jesús es solidario porque asume hasta el final la vida de los hombres (cf. Heb. 2, 10 ss.). Como bien dice Flp 2, 6, Jesús vive en un amor solidario porque se atreve a desnudarse de sí mismo, renuncia a su dignidad y se hace un hombre en camino de servicio, de dureza y muerte.
- b) *La Donación.* Transforma su vida en un gesto de entrega activa. Así lo especifica Heb 4, 15: asumió nuestra vida en todo menos en el pecado. Él entrega lo que tiene: amor, palabra, poder y esperanza, búsqueda y gracia.
- c) *La comunión.* Como dice Jn 11, 51-52, Jesús ha entregado su vida «para reunir a los hijos dispersos», suscitando entre los hombres la familia nueva, la comunidad que ha de vivir en la fraternidad y que ha de empeñarse en la construcción del Reino, instaurando un mundo compartido.

La solidaridad de Jesús no es otra cosa que su amor hacia los hombres, como expresión y presencia del amor de Dios que le penetra y configura. Y este ágape de Jesús, según A. NYGREN (11) tiene estos rasgos:

- Es amor espontáneo. No busca razones para amar.
- Resulta independiente del valor de la persona. A todos les ofrece su amor sin motivos, sin justificaciones.

(10) Cf. Xabier PIKAZA, *Trinidad y Comunidad Cristiana*. Secretariado Trinitario, Salamanca, 1990, 156-164.

(11) Cf. A. NYGREN, *Eros y Ágape*, París, 1962, 74 ss.

- Ama para crear: suscita perdón donde hay pecado, plenitud donde hay miseria, esperanza en la desesperación.
- Su amor crea comunión: abre el camino de Dios para los hombres y hace a los hombres capaces de encontrarse mutuamente.

El Dios gratuidad ha aparecido en medio del mundo como Servidor de la Humanidad. Dicho con palabras de Juan de la Cruz, en Jesús Dios se relaciona con la humanidad (con lo más profundo del hombre) como si Él fuera su siervo y ella su señor: *«Llega a tanto la ternura y verdad del amor con que el inmenso Padre regala al alma, que se sujeta a ella como si Él fuera su siervo y ella su Señor»* (12).

Cristo es el amor misericordioso de Dios encarnado, del Dios que ha querido encarnarse en la historia haciéndose pobre, anonadándose (Cf. NMI 23), trayendo un mensaje de vida, esperanza y liberación para los más empobrecidos. Jesús fue radical y esencialmente pobre por su encarnación y entregado principalmente a los pobres por su misión. *«Este pobre de Yahvé que es el pobre más grande de toda la historia del Pueblo de Dios, manifiesta un amor preferencial a los pobres y oprimidos. Tanto que les concederá un título especial: ser sus representantes, sus delegados, sus presencias en la calle y en el mundo»* (IP, 22).

Porque el Padre ama al mundo, le da a su Hijo y por el Hijo se da a sí mismo en el Espíritu, que es el que nos incorpora a la vida de Dios. El Espíritu de Jesús nos enseña desde nuestro interior lo que es ser hijos de modo semejante a como lo es el Hijo eterno: *«Dios envió a vuestros corazones el*

(12) SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico Espiritual. C. 27,1. Obras Completas, E. De Espiritualidad, Madrid, 1988, 698.

Espíritu de Hijo que clama: ¡Abba! (Padre). Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios» (Gal 4, 6-7).

«Nacer del Espíritu» significa «nacer de Dios» (Jn 1, 13) y recibir la capacidad de «hacerse hijo de Dios» (Jn 1, 12), por la semejanza con él que produce la práctica del amor. Y esta vivencia y práctica del amor leal, que está inspirada por el Espíritu, es el único culto que el Padre acepta (Jn 4, 23. 24), el amor que responde al amor de Jesús (Jn 1, 16). El Espíritu, principio vital, produce de esta manera en el hombre un «nuevo nacimiento» (Jn. 3, 3.5.7.), que le capacita para vivir en el amor generoso y gratuito, enviándole a anunciar la Buena Nueva a los pobres (cf. Lc 4, 18-20). El amor supone el don del Espíritu, supone la unión con Dios. Fruto del Espíritu es el amor, el gozo, la paz...(Gal 5, 22).

Existe, por tanto, una relación entre la definición de Dios como ágape (1 Jn 4, 8.16) y la de «Dios es Espíritu» (Jn 4, 24). Decir que Dios es Espíritu no significa predicar de Él una cualidad metafísica, sino ahondar en la *ruah* de Dios que se autocomunica a la Creación y a la Historia —a la luz del misterio de la cruz—, que se revela y autocomunica en el misterio de Dios como ágape: «El amor de Dios se ha derramado sobre nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rom. 5, 5).

1.4. Dios, misterio de amor (cf. CEE, Dios es amor, 44).

En Jn 4, 8.16 encontramos la afirmación central y sintética que representa uno de los vértices de la contemplación y de

la reflexión neotestamentaria sobre el acontecimiento cristológico y salvífico en su conjunto: «*Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor (...). Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él*».

La Trinidad es un misterio de amor: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se aman de tal manera y están tan interpenetrados entre sí que están siempre unidos. Lo que existe es la unión de las tres divinas personas. La unión es tan profunda y radical que son un solo Dios. Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en comunión recíproca. Las tres personas están vueltas unas a las otras. Cada persona divina sale de sí misma y se entrega a las otras dos. Da la vida, el amor, la sabiduría, la bondad y todo lo que es. Las personas son distintas, no para estar separadas, sino para unirse y poder entregarse unas a otras (13).

Jesús nos anuncia que el Dios comunión no es un Dios distante, está en la intimidad del hombre (cf. Mt. 6, 6), un Dios que, «*igual que un padre, siente cariño por sus hijos*» (Sal 103, 13); un Dios que ante el fallo humano es incapaz de pensar en el castigo, porque «*se le revuelve el corazón y se le conmueven las entrañas*» (Os. 11, 9); un Dios que, por eso mismo, «*cede a la compasión*» (Jer. 31, 20) y usa misericordia (Mt 18, 27); no actúa como juez, sino que viene en ayuda (cf. Mt. 18, 12-14); no domina, sino que promociona al hombre (cf. Jn 13, 12-15). La esencia de Dios, dirá Pablo, consiste en perdonar: «*¿Quién acusará a los escogidos de Dios?. Dios, el que perdona*» (Rom. 8, 33). Dios es puro amor. Por eso «*no hay temor en el amor*»

(13) C. L. BOFF, *La Santísima Trinidad es la mejor Comunidad*. Ed. Paulinas, Madrid, 1988, 15-34.

(1 Jn 4, 18); hasta tal punto que el mismo sentimiento de culpabilidad (14) está superado en su raíz, «*porque aunque nuestro corazón nos condene, Dios es más grande que nuestro corazón y conoce todo*» (1 Jn 3, 10). La gloria y la riqueza de Dios, según San Juan, es precisamente un amor al hombre sin límite y sin fallo (Jn 1, 14: «*amor y lealtad*»). San Ireneo, ya en el siglo II, expresa de forma insuperable que «*gloria Dei, vivens homo*», la gloria de Dios es el hombre en la plenitud de su vida, es que el hombre viva.

Al hablar de la Trinidad, los obispos españoles, nos dicen que: «*La vida íntima de Dios, que nos ha revelado en Jesucristo como Trinidad Santa de Padre, Hijo y Espíritu Santo, es la vida del Amor. Si lo miramos bien, es poco decir que Dios nos tiene amor, como si pudiera también no tenérslo. Dios no sólo nos tiene amor, sino que es Amor*» (CEE, *Dios es amor*, 44). Dios es ágape, y en este nombre es donde Dios se revela y se revela para siempre. Dios no solamente ama: es el amor; el acto de amor constituye toda su vida, es su misma naturaleza. El amor de Dios trasciende de verdad todas las cosas, supera todo conocimiento, como decía San Pablo (cf. Ef. 3, 19).

La teología del amor se identifica, por tanto, con la teología de la vida íntima de Dios, con la teología de la Trinidad, porque Dios mismo es amor. Y desde esta teología los cristianos estamos llamados a vivir en la mística trinitaria, que es una mística de amor; mística que ha de favorecer la apertura a la presencia originante del Misterio de Dios en nosotros y en nuestro mundo, dando a conocer así el verdadero rostro de Dios.

(14) Cf. Andrés TORRES QUEIRUGA, *Recuperar la creación. Por una religión humanizadora*. Sal Terrae, Santander, 1996, 201-240.

2. EL ROSTRO DE LA IGLESIA: UNA IGLESIA REVESTIDA DE AMOR (Cf. Col 3, 4)

La comunidad eclesial «*pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*» (LG 4), es convocada por el Señor para que viva en el amor y anuncie el Reino de Dios en el mundo, siendo ella germen de ese Reino (cf. LG 5). La Iglesia, como Jesús, ha de ser la servidora de la Humanidad en este mundo; y todos sus fieles están llamados a promover un modo de vida más humana, entregándose con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo (cf. LG 40). Ella no vive para sí: está al servicio del Reino de Dios (cf. RM 20), «*existe para evangelizar*» (cf. EN 14) y debe extenderse por el mundo para hacer realidad su carácter de sacramento universal de salvación, haciendo visible en el mundo la salvación y el amor de Dios. Por eso, ha de tomar muy en serio la encarnación de su único Señor y ponerse al servicio del Reino de Dios en este mundo, siguiendo el camino de la pobreza, del servicio y del amor compasivo de Jesucristo a todas las personas, razas, pueblos y culturas, «*su misión es ser la Iglesia de los pobres en un doble sentido: en el de ser una Iglesia pobre, y una Iglesia para los pobres*» (IP, 25).

Este Pueblo de Dios ha de llevar la Buena Nueva de la Salvación de Jesucristo a toda la Humanidad: «*Id por el mundo entero pregonando la Buena Noticia a toda la Humanidad*» (Mc 16, 15) y ha de denunciar «*aquel espíritu de vanidad y de malicia que transforma en instrumento de pecado la actividad humana, ordenada al servicio de Dios y de los hombres*» (GS 37). En el cumplimiento de su misión «*el hombre es el primer camino que la Iglesia reconoce... Este hombre es el camino de la Iglesia*» (RH 14). Para ello, debe defender su dignidad, promover

los derechos individuales y sociales de los ciudadanos, escrutar a fondo los signos de la época, denunciar los pecados personales y estructurales que generan desigualdades, injusticias, odios, divisiones, guerras, etc. (cf. IP, cap. 2-4).

En este caminar por la Historia, es el Espíritu quien constantemente nos mueve a «*hacer comunidad*», a ser Iglesia (cf. RM 26), nos convoca a vivir en comunión fraterna, «*un solo corazón y una sola alma*» (Hech 4, 32), a revestirnos del amor (cf. Col 3, 14); y con su aliento nos impulsa a ser comunidad misionera, a comprometernos en el mundo, testimoniando entre los hermanos el amor liberador y transformador de Dios, que nos lleva a renovar desde dentro a la misma Humanidad (cf. EN 18), y a vivir y compartir el mundo de los pobres (cf. IP, 28).

2.1. Amar a Dios con todo el corazón y con todo tu ser (Cf. Deut. 6,4-5; Mt. 22, 37-38).

La intervención salvífica, gratuita y generosa de Dios en la Historia requiere una respuesta de amor. Del amor precedente de Dios en la historia pasada debe seguir el amor del pueblo en el futuro: amar a Yahvé: «*Escucha, Israel: Yahvé nuestro Dios es el único Dios. Amarás a Yahvé tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te he dicho hoy*» (Deut. 4, 6). Gerhard VON RAD dirá que todos «*los preceptos del Deuteronomio no son más que una explicación del mandamiento de amar a Yahvé y adherirse sólo a él* (Deut, 64). Este amor es a su vez la respuesta de Israel al amor divino. Por tanto, los numerosos imperativos son invitaciones implícitas, unas veces, y otras explícitas, a

una gratuidad activa» (15). Al amor gratuito de Dios tiene que corresponder el amor de Israel, que ha de escuchar a Dios. Dios fue el que habló primero, y amarle es ante todo permanecer en silencio junto a él, dejar que su palabra tome forma en nuestro espíritu y se haga carne en nuestros sentimientos. El célebre «*Shema Israel*» es al mismo tiempo un recuerdo y una llamada: El recuerdo de quién es Dios: «*Yahvé nuestro Dios es el único Yahvé*». El recuerdo del nombre de Yahvé es, de suyo, una llamada; una invitación a volverse hacia él, a escucharle, a verlo con la mirada interior y adoptar, confirmar y reavivar la única disposición que es congruente con Yahvé, la que formula el primer mandamiento: «*Amarás al Señor tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas*» (Dt. 6, 5).

Amar a Dios requiere degustarle, escucharle, estar en silencio ante él y orar en lo escondido. El que adopta esta actitud de amor y confianza ante Dios, no ora, como dicen los obispos, con un sentido utilitarista, sólo para conseguir cosas. La oración cristiana es antes que nada alabanza de la inmensa bondad de Dios, es descubrimiento de su infinita misericordia y es, por eso, conversión a Él (Cf. CEE, *Dios es amor*, n. 45).

Dios no tolera que su amor se comparta con otros dioses: «*No tendrás otro Dios que a mí*» (Ex. 20, 3). Dios no quiere que Israel adore a ningún otro Dios. Los que aman a Dios rechazan cualquier tipo de idolatría. El hombre no ha de hacer un Dios a su medida para conseguir seguridad sobre la tierra, sino fiarse de Dios, en gesto de acogida y diálogo.

(15) Gerhard VON RAD. *Teología del Antiguo Testamento*, vol. I. Sígueme, Salamanca, 1975, 293.

Siguiendo la línea veterotestamentaria, también para Jesús el amor a Dios es absolutamente totalizante. Jesús fue radical en su mensaje de amor; sintetizando la vieja y nueva justicia en el mensaje: Amarás a Dios —amarás al prójimo (Cf. Mt. 12, 28-34). El amor a Dios es un imperativo incondicional y total, ya que Dios no es una realidad como cualquier otra: es el Señor; el creador; el único irremediablemente necesario. Es necesaria, pues, una decisión definitiva y total por Dios: «*Nadie puede servir a dos señores...*» (Mt. 6, 14).

El mandamiento del Levítico es recogido por Jesús, resumiendo así cómo ha de ser este amor: «*Escucha, Israel, el Señor nuestro es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios...*» (Mc. 12, 29): el imperativo «*escucha*» indica que el Señor mismo es el que entabla la relación, lo cual permite al interlocutor responder dando a las palabras «*Señor nuestro*» y «*mi Dios*» un significado en el que jamás había soñado ninguna religión. El posesivo «*nuestro*» marca una relación realmente personal, dado que es un Dios personal el que interpela. Así, siendo el amor la relación más personal que existe, la persona se compromete con él con todo lo que es. Por eso, el mandamiento bíblico que Jesús recoge concierne a todas las dimensiones de la existencia: el corazón, el alma, el pensamiento, las fuerzas (16).

«*Quien ama a Dios cumple sus mandamientos*» (1 Jn 5, 2b), hace lo que es agradable delante de Él; vive como hijo, confiando en él (cf., Mt. 6, 23-34), dejando en las manos de Dios su futuro, fundamentando toda la existencia en Él. El amor a Dios le lleva a despreocuparse de sí mismo, ocupándose y desviviéndose por lo único necesario: el Reino de Dios (cf. Lc.

(16) Cf. Antoine VERGOTE, o. c., 169-181.

17, 7; Mt. 6, 33). Esta confianza y despreocupación traspasa de tal manera el ser de la persona, que llega a rechazar la instrumentalización de Dios para sus fines (cf. las tentaciones en el desierto, Mt. 4, 5-7), pues un Dios que se dejase instrumentalizar sería, en el fondo, un Dios paternalista, más aún, una proyección de la necesidad de falsa seguridad y de éxito egoísta del hombre. Por eso, el amor a Dios exige entrega, abandono, sacrificio, obediencia (cf. Heb. 5, 7-9).

El amor a Dios, que fundamenta nuestra confianza personal, genera el coraje de arriesgarse, de abrirse al otro, de someter a crítica a la propia vida, de desenmascarar como un ídolo —rechazado con razón— la idea de un Dios rival del hombre (17). Y este amor en el abandono no parte de un infantilismo del hombre, pues se vive por encima de todo legalismo y narcisismo, siendo fiel a lo real, y viviendo la confianza no como freno, sino como motor; y la ternura no como debilidad, sino como capacitación enérgica para la entrega total.

El amor a Dios es un amor de hijo, no un amor de esclavo. El hijo ama a Dios por Dios mismo. Aquí la gratuidad del acto del hombre le permite coincidir con la gratuidad que procede de Dios. Y la mejor fórmula del amor de Dios no será el recurso al lenguaje equivoco de los sentimientos, del enamoramiento o de fórmulas semejantes, sino decir con verdad: ¡Creo en un solo Dios!, y que amo a Dios sobre todas las cosas es poder orar diciendo, como Santa Teresa: «¡Sólo Dios basta!».

Mi relación con Dios no está de esta manera fundamentada en el sentimiento del deber, sino en una relación personal

(17) Cf. Andrés TORRES QUEIRUGA, *Creo en Dios Padre*. Sal Terrae, Santander, 1997, 73-104

afectiva. Me siento obligado con Dios, pero desde un reconocimiento para con Él. «*La tonalidad de este reconocimiento será entonces la del amor festivo, y no ya la de la preocupación para preservarme del pecado y librarme del castigo divino*» (18).

2.2. Amar al prójimo como a ti mismo

(Cf. Lev. 19, 18; Gal 5, 14).

El amor a sí mismo ha sido identificado en muchos momentos con el narcisismo y el egoísmo. De tal manera, que el fantasma del egoísmo ha ahuyentado frecuentemente el sano amor de sí mismo. Pero la Palabra de Dios nos dice que el amor a los demás y el amor a nosotros mismos no son alternativos. Por el contrario, en todo individuo capaz de amar a los demás se encontrará una actitud de amor a sí mismo (19).

Mientras la persona no sea capaz de amarse a sí misma, de reconciliarse con sus limitaciones, de aceptar sus sombras y desajustes interiores, tampoco podrá amar al prójimo con sus deficiencias y sus fallos. Y Jesús vuelve a insistir en esta verdad cuando responde al escriba sobre cuál es el primero de todos los mandamientos. Después de hacer referencia al conocido texto de Deuteronomio (6,4-5) (...) añade de forma explícita: «*El segundo es: amarás a tu prójimo como a ti mismo*» (Mc. 12,31). En este caso, el amor a uno mismo posibilita y condiciona el amor a los demás.

El que ama a los demás se ama a sí mismo porque tiene capacidad y poder de amar; porque amándose a sí mismo ama

(18) Antoine VERGOTE, o. c., 179.

(19) E. FROM, *El Arte de Amar*. Paidós Studio, Barcelona, 1982, 65.

a Dios, el fundamento de mi propia identidad y definición. Amar es abrirse al amor que cada uno es, y al Amor de Dios que vive en nosotros (cf. Rom. 5, 5). Y decir amor a sí mismo equivale a decir autoestima (20), pues la persona que de verdad se autoestima vive siempre abierta y atenta al otro, reconociendo su existencia y afirmándolo. Se trata de ser una persona asertiva; es decir, de ser persona con «*capacidad de autoafirmar los propios derechos, sin dejarse manipular y sin manipular a los demás*» (21).

La verdadera experiencia amorosa supone, pues, una aceptación cálida, comprensiva, benévola, no exenta de una cierta dosis de humor; que abraza con realismo la verdad que cada cual descubre en su corazón y que se detecta también, con sus múltiples imperfecciones, en el interior de las otras personas. Y es aquí, en este abrazo de reconciliación con todo lo que uno es y lleva colgado a la espalda de su existencia, y no simplemente con lo que uno sueña ser; donde el amor se convierte en un arte y exige una pedagogía adecuada (22), pues difícilmente podremos tener una experiencia de fe y transmitirla cuando en nuestra experiencia personal no hemos llegado a adoptar como actitud fundamental el existir desde la aceptación de sí mismo y el ser para los demás, ya que la experiencia cristiana está enraizada en experiencias humanas fundamentales (23).

(20) Cf. José VICENTE BONET, *Teología del «gusano». Autoestima y evangelio*. Sal Terrae, Santander, 2000.

(21) Olga CASTANYER, *La asertividad: expresión de una sana auto-estima*. Desclée Brouwer, Bilbao, 1996, 21.

(22) Cf. López AZPITARTE, *El difícil arte de amarse a sí mismo*. Sal Terrae 82 (1995), 399-400.

(23) Cf. Juan MARTÍN VELASCO, *La Transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Sal Terrae, Santander, 2002, 118-125.

2.3. Amar al prójimo (Cf. Mc. 12, 29-31).

El amor de Dios es el fundamento del amor interhumano. Así la conexión de «*Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza*» (Deut. 6, 5) y de «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*» (Lev. 19, 18), aparece en Mc. 12, 29-31 y paralelos: «*¿Cuál es el primero de todos los mandamientos? Jesús le contestó: El primero es: Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No existe otro mandamiento mayor que éstos*». El amor al prójimo lo encontramos además en Rom. 13, 9; Gál 5, 14 y Sant. 2, 8. En Juan, el amor mutuo está fundamentado en el amor de Dios (cf. Jn 13, 34; 1 Jn, 4, 21). La razón de la caridad fraterna se sitúa para él en el ámbito de la paternidad de Dios y de la filiación del cristiano: «*Y tenemos de Él (de Dios) este mandamiento: que el que ama a Dios, ame también a su hermano*» (1 Jn 4, 21). El amor se convierte en signo y prueba de fe (cf. 1 Jn 3, 10; 4, 7 ss.). Sin amor al prójimo no existe relación con Dios. La observancia de los mandamientos consiste en amar: 1 Jn. 14, 23 ss.

El amor al prójimo es, por tanto, la consecuencia del amor de Dios: «*Si Dios nos amó así, también debemos amarnos los unos a los otros*» (1 Jn. 4, 11). La consecuencia no es que si Dios nos ha amado nosotros debemos devolverle amor a él; lo original y propio del cristianismo es que si todo hombre es objeto del amor de Dios, nosotros no podemos ya dejar de amar a todo hombre. La dignidad y «amabilidad» de todo hombre radica no en sus méritos, cualidades y bondades como hombre, sino en que es siempre un ser amado por Dios.

Hemos de amar al prójimo: Como a nosotros mismos: Mt 7, 12: 22, 29, como a Cristo mismo: Mt. 25, 40, como Cristo le ama: Jn. 13, 34, y con el amor con el que Cristo es amado por el Padre: Jn. 17, 21-24.

Amar así es hacerse prójimo del otro; es adentrarse en la *«espiritualidad de comunión que nos capacita para ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un regalo para el hermano que lo ha recibido directamente»* (NMI 43). El que ama ya no se pregunta ¿quién es mi prójimo?, sino ¿cómo he de ser prójimo del otro? (cf. Lc. 10, 36-37), cómo *«dar espacio al hermano llevando mutuamente la carga de los otros»* (NMI 43). El que ama se hace samaritano del otro, sale a los caminos de la vida con los ojos abiertos para descubrir quién me necesita. Su vida está preñada de misericordia, sus entrañas son como las de Dios: *«Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso»* (Lc. 6, 36). El que ama está siempre abierto a la novedad del servicio, respondiendo de una manera efectiva y afectiva, intensa, cercana y organizada. Dios llama a la persona, para encargarle al otro (o del otro), es decir, para que se haga responsable de su vida. Le hace guardián de su vecino... Esto es la ética básicamente: la conciencia de que la responsabilidad ante el otro es el encuentro con él; la tarea de hacerse compañero/a permanente de él para que sea feliz y viva. La caridad debe reflejar lo que Dios es para cada persona humana: amor creador que da cosas buenas porque es bueno.

Y este amor misericordioso y solidario no se manifiesta sólo en sentimientos y palabras, sino en hechos: en la capacidad para dar (cf. Mt. 5, 42), en la prontitud para el servicio (cf. Mc. 10, 42-45 par. Lc. 22, 24-27), en obras de amor de toda

índole (cf. Mt. 25, 31-46), y principalmente en la disposición para perdonar al hermano, puesto que al discípulo de Jesús se le ha perdonado una deuda gigantesca e inconcebible, por eso él mismo tendrá que perdonar (cf. Mt. 18, 23-35) (24). Es un amor que tiene prioridad sobre los deberes de culto (cf. Mt. 5, 23-24; Mc. 12, 33; 11, 25). Dios prefiere la misericordia a los sacrificios. El amor al prójimo, que propone Jesús, no conoce ya límites ni barreras. Es un amor universal sin dejar que subsista barrera alguna social o racial (cf. Gal 3, 28), sin desprecio a nadie (cf. Lc. 14, 13; 7, 39).

El que ama así vive en la plenitud de la ley: «Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gál 5, 14). Y en la carta a los Romanos se dice: «Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor...» (Rom. 13, 8-9).

2.4. El amor al pobre y al excluido

(cf. Mt. 25, 31-45).

No se puede amar a Dios, a quien no vemos, sin amar al prójimo a quien vemos (cf. Jn 4, 20-21); o si se quiere, no se puede amar a Dios sin amar a Cristo-Jesús; no se puede amar a Cristo-Jesús sin amar al prójimo (cf. 1 Jn 4, 7-20); y no se puede amar al prójimo sin amar al pobre, al marginado (cf. Mt. 25, 31-46).

El Dios del amor misericordioso (cf. Os. 11, 9; Is. 63, 16; Jer. 31, 29), aparece en la Biblia realizando justicia a los oprimi-

(24) Joachim JEREMIAS, *Teología del Nuevo Testamento*. Vol. I. Sígueme, Salamanca, 1980, 248 ss.

dos: Él hace justicia a los pobres (cf. Ex. 6, 6-7; Jer. 9, 23; Os. 10, 12 etc.). El clamor de los pobres, de la muchedumbre de humillados y oprimidos llega a sus entrañas. El «clamor de los oprimidos» y Yahvé como «el que escucha» ese clamor, atraviesa toda la Biblia: las tradiciones históricas, la predicación de los profetas y, especialmente, la oración de los Salmos.

Dios toma partido por los pobres. Los libera de la casa de la servidumbre y los conduce a la libertad, a fin de establecer alianza con ellos y que sean su propiedad personal: Ex. 2, 23-25; 3, 10-12. La liberación del pueblo de su esclavitud en Egipto aparece como el núcleo inicial de la fe de Israel. El Dios en quien Israel confiesa creer no se define por sus atributos esenciales (poderoso, omnisciente...) sino que se identifica por aquella intervención decisiva en favor de su pueblo (Cf. Deut. 26, 5.10).

Yahvé es el defensor de los pobres. Por ser el Padre de todos, Dios se preocupa de los pobres frente a los poderosos que los oprimen y se da a conocer como el Dios de los pobres, ya que ante la injusticia llevada a cabo por los hombres, ante la pobreza y marginación provocada por el egoísmo de los hombres, Dios no se queda indiferente, sino que se pone decididamente de parte de aquellos que sufren la injusticia, la opresión y el desamor.

El atropello del forastero, del huérfano, de la viuda o del esclavo no puede quedar impune. Dios defiende su causa dictando leyes (cf. Ex. 22, 20, 26; Deut. 15, 7-11; 24, 10-22) y estableciendo mecanismos para que los empobrecidos sean respetados y tengan nuevas oportunidades. Una exigencia muy significativa de proteger al pobre la constituyen aquellas dos instituciones del año sabático y el año jubilar. Y en toda la tradición profética iremos escuchando las continuas denuncias de las injusticias y atropellos a los que son sometidos los pobres.

Si la tradición del AT parece inequívoca, más terminante es aún la persona y el mensaje de Jesús. Porque Él hace del anuncio de la Buena Nueva a los pobres el signo de la llegada del Mesías (cf. Lc. 4, 16-30).

Jesús es el Buen Samaritano que sabe que el Reino de Dios está presente entre los pobres y necesitados del camino. Él ha salido a buscar a los perdidos de la tierra, a los pobres y a los excluidos. Él proclama la llegada inminente del Reinado de Dios como Buena Noticia de salvación para los pobres y pecadores: manifiesta su amor a los pobres con palabras y con hechos: «*Los ciegos ven, los cojos andan...*» (Mt. 11, 5). Jesús se solidarizó con aquellos hombres y mujeres a los que el «grupo normativo» de Israel consideraba rechazados por el mismo Dios y arrojaba hacia los márgenes o incluso fuera de la ciudad (25). Su opción por los pobres y los excluidos se expresó con especial significación en sus milagros y comidas, generando así una progresiva autoexclusión del mismo Jesús, que se concretó finalmente, «fuera de la ciudad», en la muerte de cruz, signo del rechazo del mismo Dios, según se creía (cf. Deut. 21, 22-23).

Los pobres serán la presencia del Dios viviente en nuestras vidas. En el rostro de los pobres, excluidos y marginados se encuentra el rostro del «*varón de dolores, despreciado y desestimado...*» (Is. 52, 13-53, 12), es decir, del Siervo de Yahvé. Lo que hagamos por cualquiera de ellos lo estamos haciendo por el mismo Jesús (cf. Mt. 25, 31-45; 1P, 8). «*En la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos*» (NMI 49). Es en ellos donde Dios nos llama de forma apremiante a hacernos próximos,

(25) Cf. Julio Lois, *Los excluidos y la conciencia cristiana* en Rev. Frontera. Pastoral Misionera (Enero-marzo, 1999), 39 ss.

para compartir el pan y la palabra, para caminar juntos, luchar por la dignidad negada y así encontrar juntos la salvación.

Y este amor al pobre ha de tener una dimensión social y política que nace de la fe en el Dios Padre, creador y salvador del hombre y de la Creación entera. «*Se trata del amor eficaz a las personas, que se actualiza en la persecución del bien común de la sociedad*» (CVP 60). Es un compromiso de la libertad personal para el servicio del bien común. Dicho compromiso nace del amor a los demás y de la solidaridad que intrínsecamente les une y traba entre sí.

Se plantea así la caridad en su dimensión liberadora e integral; una caridad salvadora y sanadora que alcanza a la persona humana y a todo lo creado, que atiende y defiende la dignidad de la persona humana y su promoción y liberación integral en sus aspectos individual, comunitario, social e histórico. Es un amor que incide en el cambio de las relaciones y en las estructuras de la sociedad.

El compromiso político (26) de quien ha hecho la opción por Cristo y por los pobres tiende a erradicar la pobreza, que no significa abandonar su vocación cristiana, sino ahondar en ella. El actual orden del mundo, con tan ingente masa de pobres, no puede ser lugar apto para el Reino de Dios (cf. I Cor 15, 20), necesita una transformación de su estructura social. Al mismo tiempo, este compromiso político es requerido por la búsqueda incansable del bien común. El mensaje cristiano, dice el Concilio, lejos de apartar a los hombres de la edifica-

(26) «*El compromiso político-social no es una mera consecuencia de la fe, sino una manera, en cierto modo privilegiada del ejercicio de la caridad*» (CLIM 54).

ción del mundo, les impone el deber de hacerlo, ya que su transformación y perfeccionamiento es una exigencia del mandamiento nuevo del amor (cf. GS 31, 34, 38, 73-75).

2.5. La Iglesia, sacramento de amor y de fraternidad (cf. AG 10; NMI 42)

El concilio Vaticano II plantea que si Dios es ágape, la razón de ser y existir de la Iglesia sólo puede comprenderse desde la caridad y para la caridad; una caridad que se despliega en dos momentos perfectamente señalados por los documentos conciliares:

- «*La Iglesia ha sido enviada por Cristo para manifestar y comunicar la caridad de Dios a todos los hombres y pueblos*» (AG 10).
- «*La Iglesia sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido*» (GS 3).

La Iglesia, toda ella, debe estar informada y configurada por el amor; la compasión, la misericordia, la gratuidad y la fraternidad. Ella es sacramento que nos introduce en el amor a Dios y a los hermanos, llamándonos constantemente a la santidad (cf. LG 11, 3; 32, 3; 39; 40, 1; 42, 5.). Ser santo es estar unido a Dios, que es amor; un Dios que se nos manifiesta en el rostro de los pobres. Por eso, en el texto de Mt 25, 35-36 no encontramos «*una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad*

como *Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia*» (NMI 49)

La Iglesia, además de comunidad de fe y esperanza, es comunidad de amor (cf. LG 8, 1). «*La caridad es verdaderamente el “corazón” de la Iglesia*» (NMI 42). Ya desde sus albores, «en sus comienzos, la santa Iglesia, uniendo el “*ágape*” a la cena eucarística, se manifestaba toda entera unida en torno a Cristo por el vínculo de la caridad» (AA 8).

De ahí la machacona insistencia del Concilio de presentar a la Iglesia como sacramento eficaz de salvación (cf. GS 45,1; LG 48, 2; AG 11; 5,1). Y el primer signo que la Iglesia ha de ofrecer es el signo de lo que ella es: una comunidad de amor fraterno que se presenta ante los hombres como una expresión y signo del Reino de Dios. La Iglesia, movida por la gracia y la caridad del Espíritu «*en todo tiempo se hace reconocer por este distintivo del amor*» (AA 8,3). Vive así su fidelidad a Cristo, que estableció la caridad como distintivo de sus discípulos con estas palabras: «*En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos con otros*» (Jn 13, 35). La caridad es la expresión visible y creíble de la Iglesia del Señor y no de una asociación, agrupación o una secta religiosa (cf. Jn 13, 35; 1 Jn. 3, 18).

El ministerio de la caridad verifica así la autenticidad de la acción evangelizadora de la comunidad cristiana y de su misma liturgia. La caridad es el criterio de la autenticidad de toda la acción pastoral y ha de obrar «*de manera casi-sacramental en cuanto parte integrante de la acción pastoral de Iglesia*» (IP, 110). Una comunidad podrá juzgar la naturaleza de un proyecto pastoral a través del amor fraterno y solidario que ejerce y testimonia y debe estar convencida de la necesidad de

la diaconía como elemento discernidor de la calidad de su proyecto pastoral (27). La diaconía viene a ser el elemento informante de todas las dimensiones de la comunión (28).

Y este signo diaconal por excelencia del amor de Dios, presente en la comunidad cristiana, será el amor a los pobres. Amor que ha de traducirse en solidaridad histórica y sin fronteras, amor hecho diaconía, servicio de la caridad (cf. SRS 40); de una caridad que es manifestación del amor compasivo de Dios, que nos lleva a sanar y liberar a los pobres, actuando *«de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como “en su casa”»* (NMI 50). Por eso, *«con razón puede decirse que es el propio Cristo quien en los pobres levanta su voz para despertar la caridad de sus discípulos»* (GS 88, 1). Y es una caridad que requiere la promoción y la liberación del hombre (cf. EN 29-34) y el compromiso en favor de la justicia (cf. EN 31; CLIM 54), pues *«la auténtica misericordia es, por decirlo así, la fuente más profunda de la justicia»* (DM 14). Se trata de promover el cambio social tanto en las estructuras como en los mecanismos que lo sustentan para lograr la realización de la civilización del amor de la que hablan Pablo VI y Juan Pablo II.

La diaconía eclesial para que sea eficaz, manifestando su sacramentalidad, necesita ser organizada, coordinada y animada en las Iglesias locales, procurando que las acciones que se desarrollen sean significativas, liberadoras y hechas con calidad y creatividad (cf. NMI 50); acciones con procesos orientados a

(27) Cf. STEINKAMP, H., «Diaconía en Iglesias ricas y pobres», Concilium, 218 (1988), 98.

(28) Cf. FUCHS O., «Iglesia para los demás», Concilium, 218 (1988), 74 ss.

la inserción de los pobres en la sociedad y a construir una sociedad accesibles para todos.

«Por tanto, la actuación, el mensaje y el ser de una Iglesia auténtica consiste en ser, aparecer y actuar como una Iglesia-misericordia; una Iglesia que siempre y en todo es, dice y ejercita el amor compasivo y misericordioso hacia el miserable y el perdido, para liberarle de su miseria y de su perdición. Solamente en esa Iglesia-misericordia puede revelarse el amor gratuito de Dios, que se ofrece y se entrega a quienes no tienen nada más que su pobreza» (IP, 11).

3. CONCLUSIONES

La Nueva evangelización requiere un proyecto pastoral evangelizador; que apueste por la transmisión experiencial de los valores evangélicos del amor, la fraternidad y la solidaridad. En esta cultura marcada por la increencia, la Iglesia siente el apremio de promover una diaconía significativa que despierte o suscite la fe. La comunidad eclesial ha de estar toda informada y configurada por el amor. Para ello necesitamos un renacimiento pastoral en la comunidad eclesial (cf. NMI 29), que articule una pastoral de la caridad dentro de la acción global evangelizadora, que tenga presente lo anteriormente expuesto:

1. Únicamente se puede hablar de pastoral de la caridad por referencia a Dios. Y ello porque Dios es amor; es la fuente del amor. En el diálogo de la caridad sólo es posible un lenguaje, el de Dios. Y el hombre ni sabe ni puede hablarlo, si no lo aprende de Dios, si Dios no se lo enseña y lo capacita para hablarlo. La caridad de la criatura *«procede de Dios»*: *«el que ama, de Dios ha*

nacido». Y se orienta a Dios: el que ama «*conoce a Dios*» (1 Jn. 4, 7-8).

2. Nuestro amor a Dios es una consecuencia inmediata del amor de Dios. Es un amor de respuesta: «*Él nos amó primero*» (1 Jn. 4, 19-21). Dios es ágape, es amor gratuito. Dios ama prescindiendo del valor; no tiene motivos ni condiciones; su amor se dirige a todos, con especial envío hacia los excluidos, los desechados y despreciados.
3. La pastoral de la caridad ha de poner de manifiesto que el amor a Dios con todo el corazón y sobre todas las cosas es condición previa para amar bien al prójimo y a todo lo demás. El Dios crucificado nos habla de que el amor a Dios es inseparable del amor al hombre. No es lo mismo el amor a Dios que el amor al hombre, pero son inseparables porque Dios y el hombre están inseparablemente unidos en Jesucristo hasta la muerte.
4. El hermano es mi acceso a Dios, el lugar donde encuentro cómo amarle: es como el sacramento de Dios. Al Dios invisible sólo se le alcanza a través de la mediación visible en la que Él mismo se nos da. Por eso, «*el hombre es el primer camino que la Iglesia debe reconocer en el cumplimiento de su misión*» (RH 14)
5. Con San Agustín diremos: «*El amor de Dios es primero en el orden del precepto, pero el amor del hermano es primero en el orden de la acción... En consecuencia, ama a tu prójimo y trata de ver dentro de ti mismo de dónde nace este amor al prójimo. Allí es donde encontrarás a Dios en la medida de lo posible. Comienza, pues, amando a tu pró-*

jimo, reparte tu pan con el hambriento, abre tu casa al que no tiene cobijo, viste al desnudo y no desprecies a ninguno de los que son de tu naturaleza humana» (29).

6. Hay dos caminos para manifestar nuestro amor al prójimo, especialmente al pobre: el amor interpersonal cercano y directo y el amor político, que abarca los intereses de la sociedad entera. Ambas mediaciones son necesarias y se exigen mutuamente. Se necesita el amor gratuito, cercano y de acompañamiento individualizado, pero este amor a un individuo concreto no es eficaz, si no intenta modificar aquellas situaciones sociales que produjeron y producen su pobreza o exclusión. Al mismo tiempo, este amor ha de ser universal: *«Una Iglesia que se encerrara en los límites estrechos de la propia diócesis, región o nación, no sería la Iglesia de Jesucristo» (CVI, p. 14).*
7. Ofrecer a los hombres este mensaje y este testimonio de amor, esta Buena Noticia, es evangelizar. Y la Iglesia existe para evangelizar. Su «ser» se identifica con su misión, misión que es la prolongación en el tiempo de la misma misión de Jesucristo: anunciar la Buena Nueva del Amor, la cercanía del Reino que él mismo inaugura con su presencia. Pero la Iglesia, en la medida que evangeliza (a los de fuera), debe continuamente dejarse evangelizar (cf. EN 15), debe ser comunidad de amor, que se deja evangelizar por la *«ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo»* que “es el mandamiento nuevo del amor» (GS 38), es decir, por la caridad evangélica.

(29) San Agustín, *Tract. J. 17, 6: PL 35, 1531.*

8. La Nueva Evangelización no sólo ha de anunciar al Dios de la vida, de la justicia y de la liberación, también deberá manifestar significativamente a través del testimonio y de los signos históricos, que el proyecto cristiano concuerda con las aspiraciones más profundas y genuinas del hombre: la búsqueda de la solidaridad, de la justicia y de la liberación. La pastoral evangelizadora, que no puede olvidar la dimensión trascendente del hombre y su destino en el más allá, ha de estar sin embargo comprometida con los problemas concretos que afectan a los hombres, aportando desde el Evangelio la luz necesaria para que puedan resolverse en conformidad con las notas específicas del Reino: el amor, la justicia, la solidaridad y la paz.
9. El ministerio de la caridad se integra en la Iglesia particular y en cada una de las comunidades como elemento fundamental de su vida y misión. La acción caritativa y social tiene que ser mediadora del ser de Dios; colaborando así en hacer visible su rostro, que se nos manifiesta concretamente en el rostro de los pobres y excluidos, a los que hemos de contemplar, y por los que hemos de optar y servir (30). La Iglesia particular ha de organizar, animar, coordinar e integrar en la pastoral global la pastoral de la caridad de la diócesis.
10. El compromiso por la justicia nos afecta a todos en cuanto comunidad eclesial y a cada uno también como cristiano (cf. IP 46). El amor cristiano al prójimo y la justicia no se pueden separar. El amor implica

(30) Cf. Cáritas Española, *Reflexión sobre la identidad de Cáritas*, 52 Asamblea de Cáritas Española, Madrid, 1988, 27-28.

una exigencia absoluta de justicia, es decir, el reconocimiento de la dignidad y de los derechos del prójimo. La justicia, a su vez, alcanza su plenitud solamente en el amor (31). El compromiso real con la causa de la justicia, en nombre de la fe, es quizá la mejor carta de recomendación para la fe, para la Iglesia y para la Nueva Evangelización.

11. *«Cuando la Iglesia sale de sí misma para ir al camino en el que se encuentran los heridos, entonces se descentra realmente, y así, se asemeja en algo sumamente fundamental a Jesús, el cual no se predicó a sí mismo, sino que ofreció a los pobres la esperanza del Reino de Dios y sacudió a todos, lanzándolos a la construcción de ese Reino. En suma: el herido en el camino es el que descentra a la Iglesia, el que se convierte en el otro para la Iglesia. La reacción de la misericordia es lo que verifica si la Iglesia se ha descentrado y en qué medida lo ha hecho» (32).*

La caridad es de este modo la carta de identidad cristiana, la clave que todo lo recapitula (cf. Rom 13, 8), el signo del discipulado (cf. Jn 13, 35) y la referencia según la cual se es juzgado (cf. Mt. 25). Como realidad teologal, la caridad se sostiene sobre la paternidad de Dios que nos constituye en hijos y sobre la filiación que nos constituye en hermanos y hermanas. La filiación y la fraternidad son anverso y reverso de una misma realidad que conforma el corazón mismo de la experien-

(31) Cf. Ramón ECHARREN, *Cáritas a la luz de «La Iglesia y los pobres»*, en CORINTIOS XIII (Octubre-diciembre, 1994), 186 ss.

(32) Jon SOBRINO, *La Iglesia samaritana y el principio-misericordia*. Sal Terrae, 1992, 673.

cia cristiana, y de cuantas realidades produce históricamente. La fe se estructura como amor; porque la acogida del don de la filiación abre la tarea de la construcción de la fraternidad. *«Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras»* (NMI 5).

El ministerio de la caridad verifica así la autenticidad de la acción evangelizadora de la Iglesia.

LA IGLESIA, CASA Y ESCUELA DE COMUNIÓN PARA LOS POBRES

ANTONIO BRAVO

Sacerdote

Partiendo de la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, la Redacción de la Revista me ha pedido reflexionar sobre estos dos puntos: ¿Por qué la Iglesia debe estar impregnada de una *profunda espiritualidad de comunión* para ser la casa de los pobres? Y segundo, ¿qué impide que los pobres se sientan en ella como en su casa?

Las cuestiones son vitales y nada teóricas. Responden a las inquietudes de muchas personas que consagraron sus vidas al servicio de los últimos y excluidos, así como a las reacciones de éstos. En mis encuentros con sacerdotes, consagrados y laicos de los diferentes continentes, escuché con frecuencia preguntas como las siguientes: ¿Qué hacer para que la Iglesia sea realmente hogar y casa para los que el mundo arroja hacia la periferia? ¿Qué impide que nuestras comunidades eclesiales aparezcan a los ojos de los pobres como su familia? En efecto, muchos de ellos la ven más como albergue, refugio o asilo que como su propia casa, la casa materna, donde todos puedan convivir como hijos y hermanos.

Los indigentes acuden a la Iglesia para resolver sus problemas, pero no se sienten en ella como en casa propia, aun

cuando sean bien acogidos y socorridos en sus necesidades. Experimentan a la parroquia como una institución de caridad y de apoyo, pero menos como una comunidad viva y fraterna. Pueden recibir en ella ayuda para sus necesidades, sostén en sus luchas y búsquedas, incluso impulso liberador; mas no la perciben como el hogar de la comunión, en el que todos reciben y dan como miembros de la familia de Dios. Un joven africano se expresaba un día en estos términos: «Para mí la Iglesia de los misioneros fue muy buena, pues me ayudó y socorrió en todo momento. A ella le debo en gran parte mi promoción social. Le agradezco cuanto hizo por mí y los míos. Hoy le reprocho que no se presentara como la familia de Dios, como un misterio de comunión.» El paso de ser *institución de caridad* a ser *casa de los pobres* es un desafío que se plantea con carácter de urgencia a nuestras comunidades eclesiales.

La cuestión es importante y delicada, pues nos encontramos ante el acuciante problema de cómo articular el anuncio explícito del Evangelio a los pobres con la acción comprometida de la comunidad en su favor. Juan Pablo II insiste, en la mencionada carta apostólica, en que es *la hora de una nueva «imaginación de la caridad»*, que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno. Y añade a continuación: *Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres en cada comunidad cristiana, se sientan como «en su casa»*. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o

de ahogarse en el mar de las palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras (NMI 50).

La articulación entre anuncio y acción, entre palabras y obras será posible en la medida que la Iglesia sea una auténtica casa y escuela de comunión. De otra forma, la palabra y la acción tienden a cortarse de su hontanar divino, y siguen caminos autónomos y paralelos. El anuncio y la acción brotan del amor divino. Así lo recuerda la palabra y acción del Enviado del Padre; así lo atestigua CORINTIOS XIII.

Puesto que la Iglesia está llamada a ser la casa y la escuela de la comunión, nuestra reflexión abordará, en un primer momento, el fundamento para *promover una espiritualidad de la comunión*, que sea el *principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano*. Sin una auténtica mística de la comunión, las comunidades cristianas no llegarían a ser casa y hogar para los pobres de la tierra.

En la segunda parte, veremos algunas de las dificultades existentes tanto en la comunidad eclesial como en el mundo de los pobres para vivenciar a la Iglesia como misterio de comunión y misión. No se puede olvidar que la historia de la salvación y, por tanto del amor, lleva siempre en su seno la marca de lo dramático. Pentecostés recrea la unidad y comunión; pero la autosuficiencia arrogante del hombre viejo tiende a reproducir la dispersión ocurrida en Babel.

Para concluir, esbozaré algunas propuestas para desarrollar las implicaciones que lleva consigo la adopción de la comunión como el principio educativo del hombre y del cristiano. La Iglesia está llamada a ser una auténtica escuela de comunión, donde los hombres aprendan a vivir como hermanos.

I. EL DINAMISMO TEOLOGAL DE LA COMUNIÓN

Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo (NMI 43). El designio del Padre y la aspiración honda del ser humano coinciden: la Humanidad fue creada para la comunión. La Iglesia, obra de la iniciativa divina, es misterio de comunión y misión. Ella aparece como «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (LG 4). Y en el decreto sobre las misiones afirma el Concilio: La Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre (AG 2).

Puesto que la comunión trinitaria se expresa en la Historia como misión, la comunidad eclesial está llamada a desarrollar el don de la comunión a través de su inserción y misión en el mundo, hasta el día en que *Dios sea todo en todo* (1Co 15, 28). La misión de la Iglesia consiste en ser testigo, signo e instrumento de aquella comunión que se atribuye al Espíritu Santo en el seno de la Trinidad y de la Historia.

Para acoger y desplegar su identidad, la comunidad cristiana está invitada a contemplar «el rostro de Cristo», «caminar desde Cristo», *al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la Historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste* (NMI 29). La comunión es don y tarea permanente. Debe ser acogida, aprendida y cultivada de manera incesante. Para ello es preciso marchar en el Espíritu, tal como Pablo lo recuerda: *Andad según el Es-*

píritu y no realicéis los deseos de la carne. El fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, comprensión, servicialidad, bondad, lealtad, amabilidad, dominio de sí. Si vivimos según el Espíritu, marchemos tras el Espíritu (Gal 5, 16.22-23.25).

Para iniciarse y adentrarse en la espiritualidad de la comunión, el Papa invita al hombre y al cristiano a dirigir «*la mirada del corazón*» *al misterio de la Trinidad que habita en cada uno de nosotros y se refleja en el rostro del hermano.* La Trinidad es el origen y la patria del ser humano. La comunión trinitaria se presenta, por tanto, como origen y meta de la persona humana. Su dinamismo traza el camino a seguir para una auténtica realización de las esperanzas profundas del mundo, en particular de los pobres. Veamos algunos puntos de este dinamismo.

I. Comunión de personas

En la escuela de la comunión, que está llamada a ser la Iglesia, debe destacarse ante todo cómo la Trinidad santa es comunión de personas. La comunión trinitaria, en efecto, ni es suma de individuos ni fusión impersonal. De ellas afirmamos que su naturaleza es única, que son iguales en dignidad, de forma que afirmamos la gloria del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo sin diferencia ni distinción.

En esta comunión interpersonal el tú no es el límite del yo, sino su afirmación en el nosotros personal. En efecto, el tú del Padre engendra el yo del Hijo, al tiempo que el tú filial no cesa de afirmar el yo paterno, emergiendo así la persona del Espíritu Santo como la misma comunión. Ésta se presenta como reciprocidad en el dar y en recibir: *Todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío (Jn 17, 10). El Padre y yo somos una sola cosa (10, 30). Tú,*

Padre en mí y yo en ti (17, 21). La comunión en el Espíritu Santo es reciprocidad y mutua inclusión, sin jamás por ello perder su propia identidad personal.

La comunión e igualdad del amor no anula que el Hijo vea al Padre como su Principio y Patria; ni que el Espíritu reciba del Hijo lo que debe comunicar a los hombres. De esta forma las tres personas divinas se glorifican mutuamente.

Las personas divinas, que tienen una única naturaleza, se entregan mutuamente en el amor. Comparten la misma gloria. El más y el menos, tan propio de los humanos, no tiene cabida en el seno de la comunión trinitaria.

El Hijo vino en la carne al mundo para que la Humanidad pudiera entrar en unidad y comunidad trinitaria. En la condición de la carne vivirá la comunión con el Padre en el Espíritu y hará entrar a los suyos en ella. *Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros* (Jn 14, 20). Para adentrarnos en esta realidad maravillosa, el Hijo no dudó en dar su propia vida. Sólo amando hasta el extremo podía enviar el Espíritu e infundir el amor de comunión en los suyos. Se hizo el esclavo por amor para que los hombres llegasen a la comunión filial. Tal es el camino y dinámica de la comunión en la Historia.

Pues bien, la Iglesia está llamada a reflejar en la Historia esta unidad y comunión interpersonal. Jesús oró para que los discípulos de todos los tiempos fueran uno en ese *nosotros* que forma con el Padre en el Espíritu Santo (cf. Jn 17, 21-23). Estamos ante la recepción de un don que desplegará todas sus virtualidades a lo largo de la eternidad. De ahí que el hombre deba permanecer en la escuela de la comunión a lo largo de su peregrinar humano.

Sólo quien se adentre en los sentimientos mismos del Hijo podrá cultivar la comunión del Espíritu Santo. He aquí cómo lo afirma Pablo: *Os pido por el estímulo del vivir en Cristo, por el consuelo del amor, por la comunión en el Espíritu, por la entrañable compasión, que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, con un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismos, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo: El cual...* (Fil 2, 1-11). La comunión del Ágape supera la generosidad del Eros y la misma justicia. Inspira y fundamenta la solidaridad. Sólo quien se adentra en el misterio de la humildad y de la humillación del Verbo hecho carne, podrá aprenderla y cultivarla. Con su pobreza enriqueció el Hijo a la Humanidad. Tal es el camino para llegar a ser reflejo de la Trinidad santa como comunión de personas.

Más aún, la Iglesia debe aprender y enseñar de manera constante que sólo será casa de comunión en la medida que rehaga su unidad en torno a los más débiles y desvalidos. Ante las divisiones de la comunidad de Corinto, Pablo proclama: *Los miembros del cuerpo que parecen más débiles son indispensables. Y a los que parecen los más viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor... Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo* (1Co 12, 22-25). La Iglesia, si quiere ser de verdad casa y escuela de comunión, debe estructurarse en torno a los últimos; al igual que lo hace una familia, animada por el amor, ante la presencia de un miembro disminuido o discapacitado.

Semejante dinámica no es algo espontáneo en las culturas ni siquiera en el hombre religioso. Las mismas comunidades

cristianas están tentadas de permanecer en la dinámica del rico que da al pobre, del fuerte que defiende al débil. Es necesario descubrir que la comunión implica un salto cualitativo. El Verbo encarnado se hizo pobre para enriquecer a pobres y ricos con su misma pobreza. Así abrió el camino de una auténtica comunión interpersonal con Dios y de los hombres entre sí. Sólo en el juego del dar y del recibir se edifica la comunión interpersonal, de otra forma se establece fatídicamente una relación de dependencia y de rivalidad que puede derivar hacia actitudes de rechazo, de resentimiento y enemistad. Por ello la virtud misma de la solidaridad, *a la luz de la fe, tiende a superarse a sí misma revistiéndose de las dimensiones específicamente cristianas de gratuidad total, perdón y reconciliación. Entonces el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en la imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo.* Así se comprende que el aprendizaje de la comunión incluya la imitación del Padre, que hace salir el sol sobre buenos y malos, y la imitación del Hijo en el don de su vida por lo enemigos.

Y un poco más adelante añade el Papa: *Entonces la conciencia de la paternidad común de Dios, de la hermandad de todos los hombres en Cristo, «hijos en el Hijo», de la presencia y acción vivificadora del Espíritu Santo, conferirá a nuestra mirada sobre el mundo un nuevo criterio para interpretarlo. Por encima de los vínculos humanos y naturales, tan fuertes y profundos, se percibe a la luz de la fe un nuevo modelo de unidad del género humano, en el cual debe inspirarse en última instancia la solidaridad. Este supremo modelo de unidad, reflejo de la vida íntima de Dios, Uno en tres personas, es lo que los cristianos expresamos con la palabra «comunión». Esta comunión, específicamente*

cristiana, celosamente custodiada, extendida y enriquecida con la ayuda del Señor, es el alma de la vocación de la Iglesia a ser «sacramento» (SRS 40) de salvación, unidad y comunión.

2. Comunión y apertura misionera

La comunión divina no se presenta como un círculo cerrado, es apertura incondicional hacia el otro. La fuerza del ágape hace que sea como una espiral que se abre eternamente hasta abrazar a la misma criatura. Por amor, el Padre envía a su Hijo en la carne. Por amor, se hace éste el siervo de todos para que desde el abismo, el hombre pueda decidirse libremente por la nueva alianza. Por amor viene el Espíritu Santo a toda carne para que pueda adentrarse en la comunión del Padre y del Hijo. La comunión aparece así como apertura infinita para salir al encuentro del otro y para hacerle partícipe de su vida y gloria.

La espiritualidad de comunión hace *sentir al hermano en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad (NMI 43).* Pero esta comunión interna de la comunidad se arruinaría pronto si no se proyectase de forma universal. El amor divino, raíz de la verdadera comunión, es difusivo; en su entraña se esconde el dinamismo de la universalidad que tiende en todo momento a abrazar a la Humanidad entera.

Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión, por tanto, es imprimir a la comunidad eclesial un auténtico dinamismo misionero, hecho de apertura, iniciativa, gratuidad y servicio humilde. Las misiones del Hijo y del Espíritu Santo tie-

nen su origen en el ágape paterno. Dios es amor y, por lo mismo, comunión y misión, es decir, apertura absoluta hacia el otro en su ser y hacer.

Este es el principio educativo en el que debe formarse el hombre y el cristiano. La Iglesia, escuela de comunión, debe estar abierta para salir al encuentro de los hombres, en particular de los pobres, para poder servir la reconciliación de los hombres y pueblos en Cristo Jesús. Los cristianos deben ejercitarse para ello, en el arte de amar a todo hombre, incluido el enemigo y perseguidor. Juan Pablo II escribe: *A partir de la comunión intraeclesial, la caridad se abre por naturaleza al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada hermano... Nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que «con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre»* (NMI 49).

La comunión para la misión entraña una triple faceta: la comunidad está urgida a tomar el camino de los pobres y excluidos para convocarlos a la fiesta; a reestructurarse de forma incesante para acoger y poner al débil en el centro de su vida y acción; *a seguir más de cerca al Hijo* venido a servir a la Humanidad mediante el don de su propia existencia. No basta ya el prestar algunos servicios a los pobres. Resucitado de entre los muertos, Jesús se identificará con ellos. En ellos sufre y es servido. El juicio de las naciones (cf. Mt 25, 31-46) *no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia* (NMI 49). Él, además de instruir, alimentar y dar la vida por las muchedumbres, llevó la comunión con los pobres hasta el punto de identificarse con ellos. Su causa fue la suya. Tal es el camino que debe recorrer la misma comunidad cristiana.

Como casa de comunión, la Iglesia debe permanecer abierta a cuantos se lleguen a ella. Más aún. Tiene que impulsar a los suyos para que salgan a los caminos e inviten a los cansados y desvalidos a entrar en la fiesta del Señor. A los pobres debe darles un puesto de honor en la mesa de la fraternidad. En ella se compartirán no sólo los bienes materiales sino también los bienes de la fe. La comunidad cristiana debe ensanchar sin cesar el espacio de su comunión, a fin de que todos encuentren en ella el puesto que les corresponde.

La llamada *opción preferencial por los pobres* aparece como consecuencia ineludible de la comunión con Aquél que vive en el pobre y lo integra en su carne transfigurada. Los discípulos que seguían a Jesús aprendieron de él la convivialidad con los pobres, los pecadores y los excluidos. La salvación de todos se hacía posible por la opción de Jesús de compartir la mesa con los marginados y hacer suya su causa. La reconciliación y la alianza de Dios con la Humanidad se prefiguraba ya en esas comidas que tanto escandalizaban a los guardianes de la religión oficial. La comunidad cristiana no puede eludir esta dimensión del seguimiento de Jesucristo.

Pero la oferta de la salvación es siempre dramática. También los pobres pueden rechazar la invitación al banquete de la comunión. La muchedumbre, que buscó con entusiasmo a Jesús, lo abandonó ante la palabra dura que les había dirigido. La Iglesia no puede bloquearse por ello en el anuncio de la verdad proveniente de Dios. El amor confía siempre en la fuerza de la palabra y en la reacción de la libertad. El amor sale una y otra vez a los caminos para convocar a la comunión. La esperanza del amor retoma siempre la iniciativa. La fe operante por el amor renueva su confianza en la vocación a la libertad. El ágape se hace el último para abrir

el camino de los últimos hacia el Padre, fuente de comunión y misión.

3. Comunión en el obrar

Tanto en la obra creadora como en la obra salvadora, la Trinidad obra conjuntamente, aun cuando el obrar sea personal y diferenciado. Todo se atribuye al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Cada persona imprime su propio sello en el obrar único del Dios uno y trino. La pereza de nuestras comunidades olvida con frecuencia esta realidad maravillosa. Sólo el Hijo se encarna. Sólo el Espíritu Santo es el don dado a toda carne, como lo fuera prometido. El Padre es la fuente y el principio de la misión. Las personas contribuyen así a una obra única. La común unión es común acción.

El reflejo de este obrar común y diferenciado que implica la comunión se expresa en la Iglesia con los términos de unidad en la complementariedad y corresponsabilidad. Todos responsables de la edificación del todo, pero cada uno de acuerdo con la vocación y dones recibidos del Espíritu Santo.

La reconciliación y comunión con el Padre lleva consigo ser colaboradores suyos en su obra creadora y salvadora. En efecto, el Padre nos invita a trabajar juntos en la recapitulación de todas las cosas en Cristo, en la tarea de hacer que la Humanidad se convierta en el cuerpo de su Hijo resucitado de entre los muertos.

La obra es única, como es única también la fuente que nos capacita para colaborar en el diseño de Dios. Nadie se basta a sí mismo ni puede desplazar al hermano. El Espíritu reparte dones variados y complementarios para la edificación de la

casa de la comunión. Nadie puede eludir sus responsabilidades. El Señor nos hizo corresponsables y complementarios al asociarnos a todos a su misión, como miembros de su cuerpo. La espiritualidad de comunión capacita para *ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: «un don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente* (NMI 43). Los dones del otro me enriquecen para la acción común.

Pobres y ricos, hombres y mujeres, doctos e ignorantes, fuertes y débiles, todos están llamados a compartir la misión del Verbo encarnado en el Espíritu de la verdad y de la libertad. Esto requiere que todos se unan a Cristo, reconozcan sus propios dones y experimenten la necesidad del hermano para realizarse y llevar a cabo la misión que juntos comparten. La común unión encuentra así en la común tarea su plenitud y fin.

Juan Pablo II lo recalca con palabras certeras: *Esta perspectiva de comunión está estrechamente unida a la capacidad de la comunidad cristiana para acoger todos los dones del Espíritu. La unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de la legítimas diversidades. Es la realidad de muchos miembros unidos en un solo cuerpo, el único cuerpo de Cristo* (cf. 1Co 12, 12). *Es necesario, pues que la Iglesia del tercer milenio impulse a todos los bautizados y confirmados a tomar conciencia de la propia responsabilidad activa en la vida de la Iglesia* (NMI 46). Y bien podemos decir que la caridad exige que la Iglesia abra cauces para que los pobres colaboren con sus propios dones en la edificación de un mundo cada vez más conforme al designio de Dios. Ya no basta hacer cosas por ellos, es preciso asociarlos como sujetos activos, incluso como protagonistas del advenimiento del Reino de Dios en la Historia. De otra forma, jamás se sentirán en la comunidad eclesial como en su casa. Arrojadlos a la

periferia del mundo por el sistema de los fuertes y poderosos, también permanecerán en el umbral de la Iglesia. La comunidad necesita de los dones y riquezas que su pobreza vela y desvela. El creyente tiene la tarea de descubrir en el rostro del pobre el rostro de Cristo, la luz de la Trinidad que reverbera en el rostro de todo hombre, en particular de los desvalidos.

II. OBSTÁCULOS PARA LA COMUNIÓN

El número de la carta apostólica que comentamos recuerda que *espiritualidad de la comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros* (cf. Gal 6, 2) y *rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias* (NMI 43). Las tentaciones egoístas pueden ser muy sutiles y disfrazarse incluso de generosidad o falsa humildad. Conviene, por tanto, que nos tomemos la molestia de reflexionar sobre cómo se presentan hoy esas tentaciones que arruinan el dinamismo de la comunión. Todo lo que desarrolle dependencia e induzca a una mentalidad de asistido no abre caminos de comunión. El pobre no puede limitarse a recibir. La comunión exige que todos den y reciban de acuerdo con su vocación en el designio de Dios, todos somos complementarios y corresponsables para llevar a cabo la obra única del Señor.

I. Principios educativos de nuestro mundo

Las esperanzas profundas del mundo, según el Papa, desafían a los discípulos a hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión. Ahora bien, los principios educativos de nuestro

mundo no parecen avanzar en consonancia con esas esperanzas. Principios que también se hallan presentes de algún modo en el seno de la misma comunidad cristiana.

El principio de la competencia

En la cultura de la técnica y del mercado la educación se rige, en gran medida, por el principio de la competencia, la cual es un valor en sí; pero un tal principio lleva inscrito en su entraña la tendencia a deslizarse hacia la competitividad y el oportunismo. Para triunfar es preciso estar por encima de los demás. En esta lógica el «yo» se afirma en la medida que es el primero. El «tú» aparece como un rival a superar o vencer.

Las ciencias humanas y religiosas aciertan cuando establecen la necesidad de una personalidad madura y responsable, capaz de desarrollar sus talentos y cualidades en diálogo con los demás. Pero ceden a la lógica de la mentalidad difusa de la competitividad si pretenden desarrollar el yo frente al tú. Estaríamos de nuevo en la dinámica del viejo Adán. Para que se supere la inmadurez, la incapacidad para el diálogo, el resentimiento y desconfianza, que tanto marcan hoy las relaciones humanas, es necesario entrar en el amor pobre y humilde, siempre dispuesto a dar y recibir. La mentalidad competitiva, que puede tomar la forma de la autosuficiencia o de la rivalidad rencorosa, jamás podrá engendrar hombres y mujeres para la comunión.

El principio del deber

Este principio, tal como se cultiva en los diferentes fundamentalismos, sean éstos de derechas, del centro o de izquierdas, llega también a corroer el dinamismo de la comunión. El

deber; que en sí es también un valor; cuando se convierte en la afirmación unilateral de mis propios principios, arruina la convivencia y diálogo con el otro. En esta mentalidad, la norma o el principio termina por prevalecer sobre la verdad y el amor.

Aun cuando se hable de pluralismo y democracia, la persona del férreo trata de imponer los propios puntos de vista; ve como una claudicación o traición dejarse enriquecer por la opinión del otro. La diferencia es considerada como agresión, y se reacciona con la descalificación de los que no siguen el propio camino. En la democracia parlamentaria, por ejemplo, la comunión y cohesión de la sociedad se deteriora cuando la rivalidad prevalece sobre la verdad y el bien común. El pueblo termina por dividirse en banderías, cosa que puede suceder también en la comunidad cristiana, como Pablo lo denunciaba ya en la Iglesia de Corinto. Los pobres, en estas circunstancias, serán manipulados, jamás elevados a la categoría de sujetos activos. Se hablará en su nombre, pero sin darles nunca la palabra.

Cuando en la educación cristiana se insiste de forma prioritaria y exclusiva en el principio del deber, se debilita de forma progresiva la comunión del Espíritu. Se urgirá la obligación de socorrer al pobre; pero no se educará para una vivencia auténtica de amistad con él, para una relación de auténtica reciprocidad. La comunión del amor no se agota en el cumplimiento de unas obligaciones, impulsa hacia la amistad y el don de sí mismo. El pobre necesita, ante todo, reconocimiento y amistad; sólo así podrá recibir ayuda sin quebranto de su dignidad.

El principio identitario

Un tercer principio educativo, también muy a la moda en nuestro mundo, se opone a la vivencia de la comunión: el

principio «identitario». Se exalta de tal forma la propia identidad personal o colectiva que lleva a defenderse del otro como una amenaza. El mundo amenaza la identidad de la Iglesia. La mayoría amenaza la identidad de la minoría y viceversa. El diálogo y mutuo enriquecimiento se hacen inviables. La diferencia aparece como amenaza. Y así se ve con frecuencia al pobre. En esta lógica, la comunión, en el mejor de los casos, quedará reducida a buena vecindad. No hay ya espacio para la comunión interpersonal y el trabajo en común. Al conferir a la propia identidad un valor absoluto se quiebra la dinámica de la comunión, la lógica del dar y del recibir en el marco del proyecto único de Dios.

El principio esperanza

Incluso el «principio esperanza», tan conforme en sí con la fe y la antropología bíblicas, puede socavar también el dinamismo de la verdadera comunión. Si el progreso, el deseo de felicidad, individual o grupal, y la conquista del futuro por los medios humanos se alza como un absoluto, los débiles y pobres serán relegados a la periferia. Las solidaridades colectivas no engendran de por sí reciprocidad ni comunión en torno a los últimos. El egoísmo grupal, de clases o pueblos termina siempre por imponerse y dictar a los demás lo que deben hacer, con lo cual se desvirtúa el principio comunión.

La Iglesia, en consecuencia, debe estar atenta para discernir cuál es el principio que mueve su existencia en la Historia; debe así mismo preguntarse cómo trata de introducir el principio comunión en aquellas instancias culturales donde se juega el futuro del hombre y, por tanto, del cristiano. Este será su mejor servicio a los pobres, aun cuando su acción no resulte muy vistosa ni sea reconocida por los hombres.

2. Visión del pobre y aprendizaje de la comunión

Una de las dificultades principales para que el pobre pueda sentirse como en su casa nace, con frecuencia, de la visión parcial que de él se tiene. Se le ve, ante todo, y se le hace sentir como un ser indigente, como un problema a resolver. Su rostro se pierde en la envoltura de la pobreza. Surge así la angustia de las personas generosas al verse impotentes para resolver tantos problemas; los satisfechos ven al pobre como una amenaza para su confort y tranquilidad. Los pobres, por su parte, al interiorizar la visión que de ellos se tiene, renuncian a situarse como sujetos activos de la comunión.

La espiritualidad de la comunión, en consecuencia, debe desarrollar, en unos y otros, actitudes muy diferentes. Si Dios ha escogido a los pobres según el mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman (St 2, 5), si Pablo se indignaba ante el menosprecio de los pobres por parte de los que se reunían para celebrar la Eucaristía (cf. 1Co 11, 17-34), el hombre y el cristiano deben formarse para descubrir la necesidad que todos tenemos de las riquezas de los pobres. La Iglesia, por otra parte, debe trabajar para que el mismo pobre las descubra y se decida a compartirla con el resto de la comunidad humana y eclesial.

No basta, pues, con socorrer generosamente al pobre y tranquilizar así nuestra conciencia; es necesario reconocerlo como aquel del que necesitamos todos para nuestra propia realización. Y es necesario con su diferencia, pues la comunión nada tiene que ver con la colonización o uniformidad. El «rico», «fuerte» o «sabio» según el mundo no es el modelo del hombre creado en Cristo Jesús. El compartir los

propios bienes debe hacerse de modo que el pobre aporte los suyos, aunque esta tarea educativa exija más tiempo y entrega.

Quien instaure el dinamismo de la comunión como el principio educativo del hombre y del cristiano, hará que la persona pase de la limosna a la hospitalidad, y de la hospitalidad a la comunión. En la limosna se dan cosas y bienes; en la hospitalidad se acoge a la persona y se le abre un espacio vital donde descansar y ponerse de nuevo en camino; en la comunión se le integra en la comunidad fraterna, se abre el espacio de la amistad y la reciprocidad, se comparte ya el origen, la vida y el destino. Entonces, el pobre tiene casa y familia, da y recibe, es necesario para la edificación del todo.

Ya no basta con ser generoso o acogedor, es preciso descubrir el dinamismo de la complementariedad y reciprocidad. El rico necesita del pobre, el fuerte del débil, el sabio del ignorante, para llegar a su meta. Quien menos tiene es el que más da, el último será el primero en el Reino de Dios. El conocimiento del amor divino supera la lógica del conocimiento según la carne, al decir de San Pablo.

3. Poner al pobre en el centro de la comunidad

Educar para la comunión a la comunidad cristiana es ayudarle a que ponga al pobre en el centro de su vida y actividad. Las cartas paulinas insisten en la necesidad de que los fuertes antepongan los intereses de los débiles a los propios. El conocimiento y la libertad de los más sabios debe servir a la edificación de los ignorantes. *La ciencia hincha, el amor en cambio edifica* (1Co 8, 1).

No se trata de ir en contra o de atenuar la verdad de Dios, sí de adecuar el ritmo del camino a las posibilidades de los más frágiles y quebradizos. La comunión y convivialidad en la comunidad exige de unos y otros el ajustar su vida y evolución al dinamismo del ágape tal como se manifestó en el misterio del Verbo hecho carne. Con su pobreza libre y amorosa enriqueció a todos y quebró el muro de la enemistad, reconciliando en su carne al mundo con el Padre.

Jesús, en quien se ha revelado plenamente el camino del amor y de la comunión, formó a su discípulos para que vieran en la mujer caída, en los niños despreciados, en el ciego rechazado, en la mujer pobre e insignificante..., el camino a seguir para entrar en el Reino de Dios y recibir los bienes de la salvación.

Mas, como lo vieron con lucidez los Padres de la Iglesia, Dios asocia de algún modo a los pobres a su juicio, desde el momento que con ellos se identificó el Resucitado. Quien da al pobre recibirá un tesoro de gloria, pues ha dado al mismo Cristo. Quien acoge al pobre, hospeda al mismo Señor. Quien confraterniza con el pobre, entra en una relación de reciprocidad con el mismo Hijo de Dios.

Ahora bien, esta verdad sólo es comprensible en la fe. Un amor que no hunda sus raíces en ella corre el peligro de detenerse en un altruismo más o menos generoso, pero no conseguirá pasar a vivir en la dinámica profunda de la comunión, es decir, una profunda espiritualidad de comunión. La Iglesia seguirá apareciendo más como una institución de caridad, que como la casa y la escuela de comunión para el hombre y el cristiano. No habríamos respondido con fidelidad al designio de Dios y a las esperanzas profundas de la Humanidad.

Las formas en que se puede presentar; por tanto, las tentaciones del egoísmo son muy sutiles. Las propiciadas por el sistema y culturas neoliberales son las más llamativas, pero no podemos reducirnos a ellas. Es preciso ir más a la raíz si se quiere implantar el principio de la comunión como vertebrador de la educación del hombre y del cristiano. Y como lo recuerda el dinamismo de la persona del Verbo enviado en la carne para dar la vida a toda carne, la generosidad debe desarrollarse de acuerdo con la dinámica de un amor pobre y humilde. El ágape, en efecto, hace posible la comunión a través del don de su propia vida, al tiempo que acoge en al hombre con sus dolencias y pecados. El Hijo abrió el camino de la comunión para todos a través de su pobreza y obediencia hasta la muerte de cruz. Recibió la carne pobre y mediante ella inauguró la reconciliación y comunión de Dios con el hombre y de éstos entre sí. Esta es la educación de la comunión de la fe que la Iglesia está llamada a desarrollar entre ricos y pobres, dentro y fuera de la misma comunidad cristiana. Es su servicio original a la Humanidad, su manera de hacer discípulos del Resucitado en la Historia.

III. ALGUNAS PROPUESTAS

El cambio de mentalidad no se logra de manera rápida ni por imposiciones de tipo voluntarioso. Es preciso abrir procesos lentos y graduales. Durante siglos se formó a nuestras comunidades para la limosna y la asistencia generosa. El paso a incluir en la caridad la lucha por la justicia, así como la defensa del pobre, la hospitalidad y solidaridad son ya auténticos logros, aunque se esté solamente en el inicio. Pero es preciso no perder de vista el principio y la meta de una auténtica relación

con los pobres de la tierra, la espiritualidad de la comunión. Tal es el gran desafío.

Esto debemos planteárnoslo, como lo recalca el Papa, *con confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas*. Y agrega: *No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una persona y la certeza que ella nos infunde: ¡yo estoy con vosotros!* (NMI 29). La acción del Resucitado y de su Espíritu, tal es la convicción de la fe, garantiza la posibilidad de ese cambio de actitudes y horizontes, al que se halla confrontada la Iglesia, para desarrollarse como casa y escuela de comunión. En este sentido propongo algunas pautas para trabajar en la acogida y desarrollo del don de la comunión.

I. La formación de la conciencia cristiana

A pesar de las luminosas perspectivas del Concilio Vaticano II, del Magisterio y de la reflexión teológica y catequética, la conciencia cristiana sigue demasiado polarizada por la salvación individual: Es preciso cumplir unos deberes para escapar al castigo y conquistar el cielo. Se insiste de forma bastante unilateral en la liberación del pecado y en la dimensión ética de la existencia cristiana. Ciertamente, estos elementos nunca deben faltar en cualquier proceso evangelizador; pero la verdadera meta de la misión de Jesús es la comunión. En él estaba el Padre reconciliando a los hombres consigo y entre sí. Con su muerte derribó el muro de la enemistad e hizo de los dos pueblos una nueva creación. En la Historia y en la Eternidad, el Hijo resucitado nos injerta por el Espíritu en su humanidad

para la comunión. No existirá auténtica vida cristiana sin compartir con los hermanos la vida y la misión.

A través de las etapas de la iniciación cristiana, de los procesos de formación para jóvenes y adultos, así como de la misma predicación, la comunidad eclesial con sus pastores está llamada a desarrollar el dinamismo de una auténtica espiritualidad de comunión. La vida eterna en conocimiento y comunión en el Espíritu Santo. Es una vida que se inicia aquí y culmina en la parusía. El acento, en consecuencia, debe desplazarse del deber a la comunión de la fe. Por la fe y el bautismo, el cristiano se incorpora a la comunión del Cristo total.

El principio educativo de la comunión, por tanto, exige que el cristiano camine desde Cristo con todos los hombres, en particular con los pobres, pues no basta hacer algo por ellos. La conversión estará en marchar con él hacia los últimos para juntos remontarse hacia el Padre, fuente y meta de la comunión. La palabra, la oración, la acción y el testimonio marcial de la comunidad apostólica está y debe estar como atravesada por el principio rector de la comunión.

2. Las instituciones educativas dependientes de la Iglesia

Los colegios, Universidades y otros tipos de instituciones educativas, sin olvidar los medios donde se genera o difunde cultura, que dependan de la Iglesia o estén orientados por los fieles cristianos, están llamados hoy a interrogarse cómo se inspiran del principio educativo de la comunión. Es un examen, ya se comprende, difícil y arriesgado, pues introduce en su seno una tensión, dado que nuestro mundo es contradic-

torio: aspira a la comunión, pero introduce principios que distorsionan la unidad del género humano.

Sin abandonar la lucha por la justicia y la libertad, aparece además con gran urgencia la necesidad de que los hombres reencuentren los caminos de la comunión, incluso si se quiere salvar la democracia parlamentaria, el diálogo entre pueblos y culturas, si se quiere defender a la Humanidad de la violencia que engendra el hambre y la miseria. Sólo la comunión genera una verdadera amistad entre los pueblos, una auténtica solidaridad en la libertad y la justicia.

Forjadores de personas adultas y responsables, las instituciones educativas, sean o no confesionales, lo serán en la medida que todos los fieles cristianos trabajando en ellas adopten el dinamismo de la comunión como criterio primero y último de la formación del hombre y del cristiano.

3. La comunión como apertura a la catolicidad

Si se quiere asumir y desarrollar un sano pluralismo, una convivencia fraterna, una tolerancia plausible, la comunidad cristiana debe desarrollar la capacidad de acoger la diferencia como un don. Hoy llaman a nuestras puertas los emigrantes. Acogerlos y socorrerlos será siempre indispensable; pero la espiritualidad de comunión urge a ir más lejos. Además de acogerlos como hermanos, será necesario darles espacio para que puedan desarrollar y aportar sus riquezas, al tiempo que reciben ayuda. La integración fraterna es mucho más exigente que pueda serlo la política. La amistad se verifica en el dar y en el recibir; es la condición para que el otro se pueda sentir reconocido en su dignidad.

Cuando falta esta dinámica profunda en la comunidad cristiana, aparecerán los grupos sectarios y sincretistas, los que obedecen más al dictado de ciertos líderes o valores que a la verdad de Dios, tal como se ha revelado en la Pascua del Hijo. El diálogo en la comunidad se hace difícil y más todavía con otras confesiones religiosas. También se enrarecerá la colaboración con el mundo.

Es preciso, por tanto, que todos ahondemos en la lógica de la comunión trinitaria que es apertura de amor hacia el hombre que se había instalado en la rebelión y hostilidad. Si la Iglesia no propiciase esta dinámica, ¿se diferenciaría en mucho de los movimientos sectarios, sincretistas y fundamentalistas que nos amenazan en estos momentos? En ellos quienes llevan la peor parte son los pobres, aun cuando puedan ser para ellos, en algunos casos, hogares cálidos en apariencia.

4. Formación de agentes de comunión

En las comunidades parroquiales, en las diferentes organizaciones y movimientos del voluntariado, también será necesario que se introduzca con inteligencia y decisión el dinamismo de una profunda espiritualidad de comunión.

La buena voluntad y la generosidad no son siempre suficientes para llevar a cabo la misión de abrir caminos a una verdadera integración de la riqueza de los pobres en la marcha de nuestro mundo, lo cual es indispensable si queremos contribuir a desarrollar el principio de la comunión. Todo ello genera una comprensión de la persona, de la Iglesia y del mundo a partir de la vida de la Trinidad tal como se revela en el rostro del hombre y en particular de los pobres. En esta

perspectiva es preciso evangelizar la generosidad, pues no descubre de manera espontánea cómo hacer espacio para que el pobre pueda aportar sus riquezas. La acogida y la escucha es un primer paso, pero es preciso ayudarlo a descubrir sus dones con los que está llamado a enriquecer a todos.

En mis encuentros con voluntarios y profesionales muy generosos no siempre he encontrado la sensibilidad para descubrir cómo el pobre se supera también a través del don de sí mismo. Los medios materiales y culturales pueden incluso frenar el desarrollo de su personalidad y cultura. Con frecuencia son medios que obligan a dar un salto en el tiempo, con lo cual se desestabiliza la persona y se adentra por los oscuros callejones de los complejos de inferioridad o del rechazo agresivo.

5. Cauces y estructuras de comunión

Los espacios de comunión han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles, en el entramado de la vida de cada Iglesia (NMI 45). Esta afirmación del Papa recuerda a todos la necesidad de dar cauces reales a la espiritualidad de comunión. Espacios donde los pobres puedan ser escuchados, donde se les dé la palabra como personas y como grupo humano. Los servicios de acogida debieran organizarse también como espacios de diálogo y de comunión, en el que todos aprenden a dar y recibir en el amor y la verdad.

En conclusión, para que el pobre pueda sentirse en la Iglesia como en su casa, es preciso que la comunidad cristiana aprenda a ver en su rostro humillado la luz radiante de la Trinidad; y a decir con verdad «me pertenece», es un «don para

mí»; a darle espacio en su vida para dejarse enriquecer con su presencia y dones, eliminando todo asomo de superioridad o rivalidad. Deberá también dedicar sus mejores energías a educar al hermano pobre para la solidaridad y la comunión. Esta tarea no es una utopía ilusoria, pues el don de la comunión ya se nos dio de forma definitiva en Cristo como tarea a desarrollar hasta el final de los tiempos.

CON LOS POBRES: VOCACIÓN DE LOS CREYENTES

ALFONSO MILIÁN

Obispo Auxiliar de Zaragoza

El Papa Juan Pablo II, recogiendo la efusión de gracia y el río de agua viva que se ha derramado sobre las conciencias y sobre la Iglesia con motivo de la celebración del Gran Jubileo, invita a todas las comunidades cristianas a aprovechar el tesoro de gracia recibido y a traducirlo en líneas de acción concretas, haciendo una eficaz programación posjubilar. En ella, nos dice el Papa, no debe faltar, dado el sufrimiento que genera la pobreza y la presencia especial de Cristo en los pobres, una opción preferencial por ellos (1).

Será difícil encontrar un plan pastoral en el que no figure, de una forma más o menos expresa, la opción preferencial por los pobres. Ello demuestra que somos sensibles a esta acuciante realidad anunciada ya por Jesucristo: *A los pobres siempre los tenéis con vosotros* (2). Y los tenemos en abundancia. Sólo hace falta abrir los ojos al entorno social que nos rodea o leer las estadísticas que hablan de la, a todas luces injusta, desproporción del reparto de bienes de la Humanidad: el 20 % poseen el 80 % de las riquezas que existen en el mundo,

(1) Cf NMI I, 3, 15 y 49.

(2) Mt 26, 11.

para comprobar que vivimos en un mundo donde lo que más abunda son los pobres.

Esta opción por los pobres se justifica no sólo en el hecho de que haya una escandalosa realidad de pobreza en el mundo, que es un «fracaso de la Humanidad», aplicando a la pobreza las palabras que Juan Pablo II dijo refiriéndose a la guerra, ante los representantes de las naciones acreditados en el Vaticano, sino también —y sobre todo— en la preferencia que Dios tiene por los pobres, ampliamente manifestada a lo largo de toda la Historia de la Salvación. Dios no sólo quiere a los pobres sino que, incluso, se hace pobre. La Iglesia, como buena madre, ha estado siempre cerca de los pobres, en una constante manifestación de amor y servicio a lo largo de toda su historia. Son muchos los cristianos que, por verdadero amor a los necesitados y en ellos a Jesucristo, han arriesgado su vida hasta el punto de perderla, siguiendo los pasos de su Fundador, que nos mostró su verdadero amor dando su vida por nosotros.

Hoy la Iglesia, experta en humanidad, manifiesta una y otra vez sus deseos de vivir esta opción preferencial por los pobres. Sabe que es algo esencial en su misión, «no puede olvidar —le va en ello su misión y su credibilidad— que solamente verifica (hace verdadero) el anuncio y la celebración si descubre y sirve a Cristo en los pobres» (3). Una Iglesia que no es buena noticia para los pobres está muy lejos de la predicación y sobre todo del estilo de vida de Jesús. Está lejos de ser lo que está llamada a ser.

Conviene situarnos en el punto exacto de donde brota la fuerza arrolladora de esta opción por los pobres. Doy por su-

(3) ESCARTÍN, P. *Opción preferencial por los pobres y acción pastoral en las Iglesias locales*, CORINTIOS XIII, 100 (2001), pág. 198.

puesto que el punto inicial no somos nosotros. Esto es evidente, no nace de nuestra sensibilidad ni de nuestra racionalidad teológica. Dios va por delante. Nos lo manifiesta en su amor por el pueblo elegido, pueblo pobre y pequeño, en la fuerza que los profetas ponen en sus palabras y en sus acciones, hablando en su nombre, arriesgándose hasta el punto de poner en peligro su propia vida.

De forma absolutamente explícita y clara nos lo manifiesta haciendo que su Hijo Unigénito se encarne, se humille, descienda compadecido, asumiendo la condición de esclavo y viva en total pobreza y muera en total abandono. Si Dios lleva la iniciativa, si Dios va por delante, si cuenta con cada uno de nosotros, si nos llama para seguirle, para actuar en su nombre, ¿podemos hablar de opción? ¿Es la palabra adecuada? ¿Es suficiente con hablar de amor preferencial por los pobres o habrá que introducir el concepto «vocación», de llamada de Dios? Con ello quiero apuntar a la mística que encierra, que debe contener, la opción preferencial por los pobres. Y así descubriremos *el estilo del amor de Dios*, un estilo que no podemos vivir sólo con nuestras propias fuerzas y recursos.

Los cristianos, a diferencia de otras religiones, no estamos llamados a vivir solamente delante de nuestro Dios, sino en Él, hemos sido injertados en Jesucristo y, por el Espíritu, somos uno con Él y en Él. Estamos invitados a permanecer en Él, a entrar dentro de su mismo ser, que es amor, para que amemos a los pobres con su mismo amor, «a lo Dios», como acostumbro a decir. Nuestro ser es pobre y es limitado en todo, se cansa de amar y no puede llenar las ilimitadas necesidades de amor que tiene todo ser humano. En el amor todos somos pobres, por eso tenemos que acudir a la fuente del amor para quedar saciados y así, desde esta suficiencia

misteriosa, mística, derramar el amor de Dios que recibimos siempre inmerecidamente, y derramarlo especialmente sobre los desheredados de este mundo, los pobres y excluidos. ¿A dónde se nos van a ir los ojos, como a Jesús, cuando bajamos del monte del Señor, sino a los destinatarios de las Bienaventuranzas?

I. LA INICIATIVA PARTE DE DIOS

En las primeras páginas de la Biblia, Dios se nos manifiesta como el creador infinitamente sabio y poderoso, lleno de amor a todas sus criaturas, que «destina la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa, bajo la égida de la justicia y con la compañía de la caridad ... jamás debe perderse de vista este destino universal de los bienes» (4).

Pero Dios no se desentiende de la obra salida de sus manos, sobre todo de la obra creada a su imagen y semejanza del hombre. Vela por su pueblo, se preocupa de él: *He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias. Voy a bajar para librarlo del poder de los egipcios. Lo sacaré de este país y lo llevaré a una tierra nueva y espaciosa...* (5). El pueblo comprende, con la salida de Egipto, que su Dios es un Dios misericordioso, que le ha liberado de la esclavitud a la que estaba sometido. Dios se preocupa de los oprimidos, se pone del lado de los débiles, de los que no tienen voz ni quien los defienda. El Dios que pro-

(4) LG 69.

(5) Ex 3, 7-8.

cura un hogar a los desvalidos, que libera a los cautivos con fortaleza, *Padre de los huérfanos y defensor de las viudas* (6).

Un Dios que lleva siempre la iniciativa a la hora de elegir a Moisés y a la hora de darle las órdenes para liberar al pueblo, pueblo de dura cerviz. Descálzate son las palabras que dirige a Moisés, cuando éste ha quedado atrapado por el hecho insólito de que una zarza arda sin consumirse. Un Moisés que, por cierto, no pasa de largo ante un hecho así, sino que observa, está atento a lo que acontece a su alrededor; se deja impactar; contempla. En otras ocasiones le dice: *Ve..., Yo te envío..., llévalo* (al pueblo) *sobre tu regazo como lleva la nodriza a su criatura y condúcelo hacia la tierra que prometí a sus padres* (7).

Un Dios que, ante la desobediencia y rebeldía del pueblo elegido, no lo abandona a su suerte, sino que sigue preocupándose de él, buscando por todos los medios reconducirlo para que sienta su protección en todo momento. Para ello, suscita y envía profetas que hablen en su nombre, aunque éstos se sientan incapaces, como es el caso de Jeremías:

¡Mira que no sé hablar, pues soy un niño! Y el Señor le respondió: ... irás donde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene. No les tengas miedo, porque yo estoy contigo para librarte. Entonces el Señor alargó su mano, tocó mi boca y me dijo: Mira, pongo mis palabras en tu boca: en este día te doy autoridad sobre naciones y reinos...» (8).

Es el Señor quien llama y envía a todos los profetas. De pastores o cultivadores de higos hace hombres capaces de

(6) Cf Ps 68.

(7) Núm. 11, 12.

(8) Jer 1, 7-10.

transmitir mensajes conmovedores, siempre a favor de que se aplique el derecho y la justicia en beneficio de los pobres. Quiere que el derecho fluya como agua y la justicia como río inagotable (9) y que el verdadero culto a Dios consiste en atender al pobre. Le pide a Isaías:

Grita a pleno pulmón, no te contengas, alza la voz como una trompeta, denuncia a mi pueblo sus rebeldías ... el ayuno que yo quiero es éste: que abras las prisiones injustas, que desates las correas del yugo, que dejes libres a los oprimidos, que acabes con todas las tiranías, que compartas tu pan con el hambriento, que albergues a los pobres sin techo, que proporciones vestido al desnudo y que no te desentiendas de tus semejantes (10).

2. JESÚS, EL ENVIADO DEL PADRE, PARA ANUNCIAR LA BUENA NOTICIA A LOS POBRES

El Padre envía a su Hijo al mundo para hacernos a todos hijos suyos y para que vivamos como lo que somos, como hermanos: *Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de mujer, nacido bajo el régimen de la ley, para liberarnos de la sujeción de la ley y hacer que recibiéramos la condición de hijos adoptivos de Dios* (11). De esta forma, al hacernos hijos suyos, nos ha hecho partícipes de su vida divina incorporándonos al misterio del Dios uno y trino, el Dios que es amor, comunión, familia. Dios se nos ha reve-

(9) Am 5, 24.

(10) Is 58, 1, 6-7.

(11) Gal 4, 4-5.

lado viniendo a nosotros, enviándonos a su Hijo y a su Espíritu Santo.

La Trinidad se convierte, en palabras de Bruno FORTE, en origen, seno y patria del amor. Un Dios cuyo ser es ser amor, generar amor. Por eso Él siempre ama primero:

Amémonos unos a otros, porque el amor procede de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor. Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único, para que vivamos por él. El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados. Queridos, si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos unos a otros (12).

En las tres divinas personas se da una perfecta relación de amor. Cada persona divina es para la otra, por la otra, con la otra y en la otra. En ellas se da la plenitud del ser persona, porque ser persona es ser relación, y en las tres se da con total perfección. Así «en el Dios uno y trino aprendemos cómo la alteridad se fortalece precisamente en la comunión y en la entrega mutua» (13).

Nosotros, hijos de Dios, amados por pura gratuidad, invitados a saborear y gozar de la plenitud del amor, estamos llamados a participar en la misión que el Padre ha encomendado a su Hijo unigénito, viviendo al estilo de las tres divinas personas: para el otro, por el otro, con el otro, en el otro y desde los otros.

(12) 1 Jn 4, 7-11.

(13) CEE, *Dios es amor*, Edice, Madrid 1998, n.º 44.

Jesucristo nos asocia a su misión y nos hace partícipes de la comunión misionera para que podamos dar fruto: *Como el Padre me envió así os envió yo a vosotros* (14). No podemos ir por libre, independientes, porque, como Él nos dice: *separados de mí no podéis hacer nada* (15). La vida cristiana, en cualquiera de sus aspectos, es vida por Cristo, con Él y en Él, es Él quien vive en nosotros, como afirma San Pablo. No es una opción que nosotros generosamente hemos hecho, no parte de nosotros, la iniciativa es de Él: *No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca* (16).

Responder a esta elección, a esta llamada, a esta vocación, supone seguir sus pasos, que Jesucristo viva en nosotros: *Yo en ellos y tú en mí* (17). Esto nos lleva a vivir en nuestra propia existencia el misterio de la Encarnación, a encarnarnos en el mundo de los pobres y acercarnos a ellos sin ningún rasgo de superioridad distante, sino fraternalmente, viviendo así el paradigma de la Visitación: con ella, con María de Nazaret, podemos vivir la entrañable misericordia de nuestro Dios, las entrañas maternas del Señor. Vivir en Cristo, por el Espíritu, nos lleva a hacernos pobres entre los pobres, a empobrecernos, sin alarde alguno, como Jesús:

Tened, pues, los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable en ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres. Y en su

(14) Jn. 20, 21.

(15) Jn. 15, 5.

(16) Jn. 15, 16.

(17) Jn. 17, 23.

condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (18).

En la sinagoga de Nazaret, lleno del Espíritu, proclamará, con la lectura del profeta Isaías, la finalidad que tendrá su predicación y todo el desarrollo de su vida, el modo de hacer presente el Reino de Dios: vivir la compasión ante el extravío de los hombres, que alejándose de Dios se han alejado del hermano; vivir para los pobres, los maltratados y cuantos sufren, para devolverles su dignidad, la dignidad humana, que es dignidad divina, filial, de hijos de Dios: *El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para la buena noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar la vista a los ciegos, a libertar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor* (19).

En la parábola del Samaritano (20) nos dice que el prójimo es el herido, el desnudo, el apaleado y maltratado, el que está a la orilla del camino, al margen, marginado... Ante él no podemos pasar de largo, ni dar un rodeo, tenemos que interrumpir nuestro viaje, dejar nuestro proyecto, bajar de nuestra cabalgadura y, una vez curadas y vendadas sus heridas, montarle en nuestra propia cabalgadura, ocupando nuestro lugar, pero siguiendo al cuidado de él hasta que esté curado.

Es tal el amor que siente por los pobres, se ve tan identificado con ellos, reconoce en ellos tantos valores ocultos, ignorados bajo la torpeza, la suciedad, el abandono, la falta de brillo social, que les llama «bienaventurados» (21), porque

(18) Fil 2, 5-8.

(19) Lc 2, 18-19.

(20) Lc 10, 25-37.

(21) Mt 5, 1-12; Lc 6, 20-23.

sabe y ve que el Padre los ama con amor de predilección, no podría ser Dios un dios al que no se le fuera el corazón, en primer lugar, hacia ellos. Son sus preferidos. Y no tendrá reparo en censurar la actitud de los ricos y satisfechos que han ocasionado la indigencia en que se ven sumidos los pobres, o que permanecen en su opulencia, en su cómodo bienestar, en su calidad de vida, indiferentes a la suerte de las multitudes empobrecidas, sin implicarse en su ayuda. Todo esto nos enseña con la parábola del hombre rico y el pobre Lázaro (22), poniendo al descubierto la deshumanizadora conducta que los ricos observan para con los pobres y el castigo que les espera por su cruel comportamiento. Para que quede en evidencia la inhumana indiferencia del rico, resalta el comportamiento de los perros que, con más humanidad, acudían a lamerle las heridas.

A Jesús se le van los ojos, el corazón, las manos y los pies detrás del pobre y del que sufre, sean leprosos, paralíticos, endemoniados o una mujer sorprendida en adulterio (23). Con qué delicadeza, cariño y comprensión trata a esta mujer, presentada por aquellos hombres, madrugadores para el mal, que quieren además servirse de ella para poner a prueba a Jesús. Después de darles una buena lección, recupera a la mujer, le perdona sus pecados y la incorpora a la vida.

Se fija en la viuda pobre que, desde su miseria, echa una pequeña cantidad en el cepillo del Templo, todo lo que tiene para vivir, en contraposición a los ricos, que dan de lo que les sobra. Quiere que se cuente con los pobres, que se les invite a ellos antes que a los vecinos ricos o a los amigos y parientes:

(22) Lc 16, 19-31.

(23) Jn. 8, 3.

Cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados y a los ciegos (24).

Jesús quiere que nosotros, llamados a participar de su misma misión, atendamos a los que sufren, enfermos, leprosos, poseídos. Y que lo hagamos gratis: *no llevéis oro, ni plata ni dinero en el bolsillo; ni zurrón para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni cayado (25)*. El apóstol debe seguir sus mismos pasos: ser y vivir pobremente. No es suficiente con dedicarse a los pobres, hay que hacerse pobre. Sólo así seremos auténticos misioneros, testigos, portadores de la buena noticia que necesita el mundo, que esperan y a la que tienen urgente derecho sobre todo los pobres, los que sufren. Y será la señal de que el amor de Dios se ha hecho realidad en nuestra tierra: *Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia (26)*.

María, la pobre de Yahvé, es buena noticia para los pobres. Ella vive en un pequeño pueblo, Nazaret, sin ser persona relevante, sin estar viviendo en Jerusalén o estar directamente relacionada con el Templo, como es el caso de Zacarías e Isabel. Es precisamente ella la que recibe la llamada de Dios, por medio del ángel, para colaborar en la encarnación del Hijo de Dios, que viene a redimir al hombre de todas sus esclavitudes y a mostrar que Dios quiere al hombre en serio.

En el Magníficat agradece a Dios, con todo su ser, las *magnalia Dei*, las maravillas de Dios, la obra que el Poderoso ha

(24) Lc 14, 12-14.

(25) Mt 10, 8-10.

(26) Lc 7, 22.

hecho en ella, mujer sencilla y humilde, para bien de todo el pueblo. Al mismo tiempo que canta la predilección de Yahvé, Dios misericordioso, por todos los pobres, evocando el obrar de Dios en todo el Antiguo Testamento: *Derribó de sus tronos a los poderosos y ensalzó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos despidió sin nada* (27).

3. LOS POBRES SON SACRAMENTO DE CRISTO COMO CRISTO ES SACRAMENTO DEL PADRE

A través de la descripción que acabamos de hacer, aparece una imagen de lo que Jesús es. Pero esta imagen es expresión, referencia, transparencia de lo que es el Padre. Le dice Jesús a Felipe, cuando éste le pide que le muestre al Padre: *El que me ve a mí, ha visto al Padre* (28). En esta misma dirección se expresa Pablo: *Cristo es la imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura* (29). Jesucristo es el amor encarnado del Padre, manifestado a toda criatura para que, a través de Él, descubramos el corazón de nuestro padre Dios, que nos quiere desde siempre, *desde el vientre materno, con entrañas de misericordia*. Cristo es el Sacramento del Padre, *en Él habita la plenitud de la divinidad* (30). A través de Él tenemos acceso al Padre, podemos participar de su vida y gozar de la plena realización de nuestro ser en el regazo de Dios, nuestro Padre.

Ser sacramento, en el caso de Cristo, es ser imagen, ex-

(27) Lc 1, 52-53.

(28) Jn. 14, 9.

(29) Col 1, 15.

(30) Col 2, 9.

presión, reflejo, transparencia del amor del Padre. Es lo que Jesús hace durante toda su vida. Para ello está siempre a la escucha del Padre. Busca momentos, en el desierto, en la noche o de madrugada, para escuchar, en la oración, lo que el Padre le sugiere. En todo momento buscará hacer su voluntad, hasta el punto de que hacer su voluntad es su alimento.

Para ser imagen que pueda ser entendida por todo ser humano, hasta por el último de los desheredados, para ser sacramento visible del amor del Padre, Jesús se hace cercano a los últimos, nace pobre, vive pobre y muere en la mayor pobreza y abandono. Hará milagros para salvar a otros, para rescatarles de su lepra, de su parálisis, del hambre o de los pecados y hasta de la muerte, pero nunca hará un milagro para salir beneficiado. No caerá en las tentaciones de grandeza y dominio que el tentador le propone en el desierto. Sus tronos no serán de oro, rodeado de una poderosa corte que le sirve.

Sus tronos son el pesebre y la cruz. El trono de oro crea distancia, dependencia, servilismo... Ocurre todo lo contrario con el trono del pesebre y el de la cruz: es llamada, cercanía, amor, entrega, bondad, compasión... De estos tronos no se sienten distantes los pobres, los excluidos, los perseguidos, los inmigrantes, los marginados, los crucificados de este mundo, los últimos; son ellos quienes mejor los comprenden. Ven su vida rota, su desesperación, la injusticia que padecen, su marginación... reflejadas en Jesús, que antes ha pasado por esas mismas situaciones. Y las ha vivido voluntariamente, por puro amor nuestro, para que nadie, por humilde que fuese, por rota que tuviera la vida, la fama, se sintiera lejano de Dios y de su amor. Ha vivido todo ello desde el anonadamiento total de su ser; siendo Dios humillándose, haciéndose uno de tantos,

como nosotros.

Y lo mismo que Cristo es el sacramento del Padre, todo hijo de Dios, redimido por su Hijo unigénito, es sacramento de Cristo; pero de forma especial lo es el pobre, hasta el punto de que Jesús se identifica con cada uno de ellos, de forma que todo lo que hagamos a los pobres a Él se lo hacemos:

Venid benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me alojasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme. Entonces le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento... Os aseguro que cuando dejasteis de hacerlo con uno de estos pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo (31).

Ante el pobre tenemos que descalzarnos, como Moisés ante la zarza ardiendo. Ante el pobre estamos ante una realidad sagrada. Lo mismo que nos arrodillamos ante Cristo presente en la Eucaristía, y le adoramos, tendríamos que adorarle en cada hombre, más aún si es pobre, no sólo por la predilección que Dios manifiesta siempre por él, sino porque con él se identifica plenamente: Porque el mismo que dijo: «Esto es mi cuerpo», y con su palabra afirmó nuestra fe, ése dijo también: «me visteis hambriento y no me disteis de comer». Y «en cuanto no lo hicisteis con uno de esos más pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis» (32).

(31) Mt 25, 34-46.

(32) Juan CRISÓSTOMO. *Homilías sobre el Evangelio de San Mateo*, 50, 3: PG 58, 508.

Son muchos los verdaderos adoradores de Cristo en la Eucaristía que han vivido esa misma adoración de Cristo en los pobres: Carlos de Foucauld, Teresa de Calcuta y otros muchos. De la Madre Teresa es esta cita:

Nuestras Constituciones anteriores a 1973 nos pedían hacer una hora semanal de adoración ante el Santísimo expuesto. A partir de esa fecha decidimos, en un capítulo general, tener una hora diaria de adoración ante el Santísimo. Tenemos mucho que hacer; nuestras casas están llenas de leprosos, enfermos, niños y ancianos abandonados. Sin embargo mantenemos fielmente esa adoración diaria. Y desde ese momento nuestra relación amorosa con Cristo es más íntima y más luminosa, más afectuosa y... notamos cómo amamos más a los pobres y, sorprendentemente, las vocaciones se han duplicado (33).

4. LA IGLESIA, SACRAMENTO DE CRISTO

La Iglesia, que es pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, esposa de Cristo, es también sacramento de Cristo. Nos muestra a Cristo y nos comunica la vida nueva de los hijos de Dios. «La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (34). A través de ella se hace presente el amor de Cristo, su salvación y su amor preferencial por los pobres. A través de ella se ve cómo muchas personas incorporadas a Cristo por el Bautismo se convierten en personas solidarias, desprendidas, alegres, que ayudan a todos los hombres a superar el pecado, a trabajar y luchar para establecer

(33) GONZÁLEZ J. L, *Mère Teresa par elle même*, Mediaspaul, 1994, pág. 144.

(34) LG I.

un mundo más justo y fraterno, un mundo más habitable, un mundo de hijos del mismo Padre, un mundo de hermanos. La Iglesia es así germen y principio del Reino de Dios amanecido en Jesucristo. A través de ella, en su amor a los pobres y desheredados de este mundo, se hace palpable el amor que Dios tiene a todos los hombres.

Los Padres expresan bellamente la sacramentalidad de la Iglesia con respecto a Cristo con la imagen del *misterium lunae*: así como la Luna refleja la luz del Sol, la Iglesia debe proyectar sobre los hombres la luz de Cristo que ilumina a toda la Humanidad.

La Iglesia siempre ha tenido a los pobres como punto central en su tarea evangelizadora. La caridad era ya el distintivo de los primeros cristianos: *compartían los bienes hasta el punto de que nadie pasaba necesidad* (35). Llamaba la atención el amor y el estilo de vida de los primeros cristianos:

Aman a todos, y todos les persiguen ... Son pobres y enriquecen a muchos; carecen de todo y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen ... Los judíos los combaten como a extraños, y los gentiles los persiguen y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad ... Los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo... (36).

Son abundantes, notorios y llamativos, los textos de los

(35) Act 4, 34.

(36) Carta a Diogneto, caps. 5-6. Funk, I, 317-321.

(37) Puede consultarse una selección de textos en el *Diccionario social de los padres de la Iglesia*. Restituto Sierra, Edibesa, Madrid, 1997.

santos padres (37) en los que, de forma categórica, se insiste en la necesidad de ayudar a los pobres, para vivir unidos a Jesucristo y practicar la religión que Dios quiere, y así la Iglesia sea imagen visible, sacramento de Cristo. Son muchos, también, los documentos que tiene el magisterio de la Iglesia, pero sobre todo existe ese *gran río de la caridad cristiana que recorre la historia* (38), que no se ha agotado ni secado, a pesar de los muchos vaivenes por los que ha atravesado a lo largo de los siglos.

En la actualidad, «la iglesia abraza con su amor, a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo» (39). Y está dispuesta a recorrer el mismo camino que recorrió Cristo, en pobreza y persecución, para comunicar los frutos de la salvación a todos los hombres. Sabe que tiene que escuchar «el grito de los pobres» y prestarles su voz. «Sólo una Iglesia que se acerca a los pobres y a los oprimidos, se pone a su lado, lucha y trabaja por su liberación, por su dignidad y por su bienestar, puede dar un testimonio coherente y convincente del mensaje evangélico» (40) y puede ser así sacramento transparente de Cristo.

Por todo lo que venimos diciendo, los que formamos la Iglesia estamos llamados a vivir este amor preferencial por los pobres. No cabe duda de que se están haciendo numerosos y decididos esfuerzos, dentro de la fragilidad de sus miembros; pero es evidente que no sólo queremos ser una Iglesia para los po-

(38) NMI 49.

(39) LG 8.

(40) CEPS, *La Iglesia y los pobres*, Edice, Madrid 1994, n.º 9.

bres, sino una Iglesia pobre, cuya mayor riqueza sea el Evangelio y los sacramentos, donde los pobres se encuentren como en su propia casa, ocupando el lugar y el protagonismo que les corresponde. Ellos, los pobres, son miembros vivos dentro de la Iglesia y tienen el derecho y el deber de participar en la misión y la vida de la propia Iglesia. Nadie, en la Iglesia, puede ser elemento pasivo, puramente receptivo, todos tienen algo que aportar, aunque aparentemente no tengan nada. Cada uno tiene lo más grande, el ser hijo de Dios, y Dios los hace palabra suya, una palabra peculiar y entrañable, y se convierten, en muchos casos, en nuestros evangelizadores. Realmente, la Iglesia evangeliza en la medida en que es evangelizada, como un buen catequista es catequizado por los catecúmenos a los que acompaña.

El magisterio de Juan Pablo II invita insistentemente a toda la Iglesia a desarrollar, lo más eficazmente posible, *la opción o amor preferencial por los pobres. Esta es una opción o una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Se refiere a la vida de cada cristiano, en cuanto imitador de la vida de Cristo, pero se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes... igualmente los responsables de las naciones... no han de olvidar dar la precedencia al fenómeno de la creciente pobreza* (41).

Dentro de la línea programática que ha impreso Juan Pablo II a la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, destaca la apuesta que hace por la caridad, apuesta que está en el trasfondo de estas reflexiones:

(41) SRS 42.

A partir de la comunión intraeclesial, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano. Este es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral. El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: «he tenido hambre... (Mt 25, 35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad ... Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia ... Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una especial presencia suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Mediante esta opción, se testimonia el estilo del amor de Dios ... y, de alguna manera, se siembran todavía en la historia aquellas semillas del Reino de Dios que Jesús mismo dejó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a él para toda clase de necesidades espirituales y materiales» (42).

En la reciente Carta de Juan Pablo II sobre la Eucaristía, en continuidad con lo expuesto en la *Novo Millennio Ineunte*, nos habla de la importancia que tiene la contemplación del rostro de Cristo, reconociéndole en las multiformes presencias en las que se nos manifiesta, aunque de forma especial hay que hacerlo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre, porque la Iglesia vive del Cristo eucarístico (43).

(42) NMI 49.

(43) Cf. *Eclesia de Eucaristía*, 6.

Esta contemplación de Cristo en la Eucaristía nunca puede dejarnos indiferentes, antes bien, es un impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas. En efecto, aunque la visión cristiana fija su mirada en un «cielo nuevo» y una «tierra nueva», eso no debilita, sino que más bien estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente. Deseo recalcarlo con fuerza al principio del nuevo milenio, para que los cristianos se sientan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal. Es cometido suyo contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios.

Muchos son los problemas que oscurecen el horizonte de nuestro tiempo. Baste pensar en la urgencia de trabajar por la paz, de poner premisas sólidas de justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos, de defender la vida humana desde su concepción hasta su término natural. Y ¿qué decir, además, de las contradicciones de un mundo «globalizado», donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar? ... Anunciar la muerte del Señor «hasta que vuelva» comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo «eucaristía» (44).

5. ¿OPCIÓN O VOCACIÓN?

Como bien puede apreciarse por lo que llevamos desa-

(44) Ibídem, 20.

rollado, en la atención y el servicio a los pobres y a cuantos sufren, nos movemos desde nuestra condición de creyentes, no desde unos sistemas ideológicos o desde un voluntarismo solidario que nace de nuestra racionalidad. Es Dios quien lleva la iniciativa, quien nos habla al corazón y se dirige a cada uno de nosotros, y a toda la Iglesia, para que le escuchemos en las múltiples llamadas que nos hace. Esto exige, por nuestra parte, hacer silencio, estar con los oídos espabilados, atentos para percibir, con un corazón dócil, su voz y su mensaje. Es más, por Cristo, en el amor y la unidad del Espíritu, nos ha introducido en el corazón de la Trinidad. Ello nos permite mirar la realidad con mirada contemplativa, es decir, como la mira Dios, desde los ojos de Dios: *El Señor mira desde el cielo, se fija en todos los hombres, desde su morada observa a todos los habitantes de la tierra ... y comprende todas sus acciones* (45).

Desde este talante contemplativo de la fe, desde nuestra pertenencia a la Iglesia, toda ella misionera, partícipe de la misión del Verbo, creo que la palabra «vocación» expresa mejor nuestro trabajo por los pobres que la palabra «opción». Si entendiéramos la Iglesia como un conjunto de servicios, destacando su carácter organizativo, posponiendo la misión recibida, la palabra «opción» encajaría mejor. A este respecto es clarificadora la aportación que hace Lorenzo TRUJILLO:

La opción es un movimiento de autodeterminación en el que el sujeto tiene la iniciativa, aunque se diga que interviene la gracia. Opción, autorrealización, autoayuda, son términos profundamente emparentados que indican un desvío muy grave (¿autojustificación?). La vocación es otra cosa: es un im-
plante por vía auditiva (fe): el injerto de un misterio de la

(45) Ps 33, 13-15.

vida del Señor en una vida humana para que viviéndola, la presente, desarrolle y prolongue de modo original como servicio eclesial. La vocación siempre supone la muerte (pascual) de una ilusión y la renuncia a optar; es martirial y nada mesurada. La motivación cristológica es el cimiento que subyace en una Iglesia milenaria, construida sobre la entrega gratuita, sobre el sacrificio amorosamente aceptado, sobre la estricta vocación, en una palabra. Una Iglesia que quisiera asentarse en ella misma (usando al Espíritu como coartada blasfema) terminaría siendo una Iglesia de contratos laborales y de asalariados que no darían la cara por las ovejas al no mirarlas como propias. La caída de las vocaciones consagradas, del matrimonio como vocación, de la paternidad como camino de entrega, podría tener mucho que ver con la pérdida de la fundamentación cristológica del ministerio sacerdotal. La vida entendida como vocación es dimensión esencial de una concepción sacerdotal de toda la Iglesia (46).

Esta reflexión, referida a la vocación sacerdotal, debe ser tenida en cuenta al hablar del amor a los pobres. Su fundamentación teológica es la misma para toda vocación que nace en la Iglesia, sea de catequista, al sacerdocio, a la vida consagrada o a ejercer el ministerio de la caridad.

La palabra «opción» puede a veces interpretarse en un sentido excluyente. El magisterio pontificio suele matizar que el amor a los pobres no pretende excluir de nuestro amor a los que no son pobres en el sentido sociológico de este término. Más bien habría que decir que cuando se subraya el

(46) Lorenzo TRUJILLO. *El ministerio ordenado en la vida de la Iglesia. Fundamentos cristológicos y eclesiológicos*. Ponencia pronunciada en el encuentro de Obispos y Teólogos, 2002. Puede consultarse también su artículo: *La vocación de Jesús... y la nuestra*, Seminarios 160 (2001), págs. 215-231.

amor a los pobres o el amor a los enemigos es para que no sean excluidos de nuestro amor. El amor de Jesús no es excluyente. Cuando nosotros excluimos «no comulgamos» con Jesucristo.

La palabra «vocación» acentúa el carácter de «llamada previa» y «don de Dios» que se anticipa y nos precede. Pero también aquí hay que evitar que se interprete en el sentido de una vocación especial, como es el caso de la vida consagrada o del sacerdocio. El amor a los pobres está precedido de una llamada de Dios, que forma parte de la común vocación cristiana por la que todos los bautizados estamos llamados a seguir a Cristo participando de sus mismos sentimientos (47).

CONCLUSIÓN

Partiendo de que hemos sido llamados, vocacionados, para ejercer el ministerio de la caridad preferentemente con los pobres, reconocemos que quien lleva la iniciativa no somos nosotros, es el Señor; quien nos conduce por medio de su Espíritu. Esto hace que estemos pendientes de Él, porque sigue actuando en nosotros y se sirve de nosotros para desarrollar el carisma que nos ha regalado, para bien de los demás, en este caso de los pobres. Atentos al Espíritu, que nos habla en la realidad de la misma vida, percibiremos su voz en el grito de los pobres y en el incontable número de *zarzas ardiendo* que existen por todos los rincones de este mundo. Una zarza que, cada día, lamentablemente, arde con más fuerza,

(47) Fil 2, 5-8.

puesto que cada vez crece más el número de pobres y la diferencia entre pobres y ricos es cada vez más sangrante.

Decía en las palabras de presentación que dirigí a los participantes en la 570 Asamblea de Cáritas:

Los cristianos realizamos todas nuestras acciones de forma contemplativa, dejándonos sorprender por la Palabra que cada realidad contiene. Palabra que se dirige a nosotros para comunicarnos un mensaje y, en la mayoría de los casos, pidiéndonos una respuesta ... a nosotros (los que trabajamos en Cáritas) se nos brinda de forma especial vivir en continua comunión con Cristo, no sólo cuando le recibimos en la Eucaristía, sino también cuando se nos hace presente en el pobre, por ser éste sacramento de Cristo. Nuestra dimensión orante y contemplativa se hace más palpable cuando tenemos presente al pobre o cuando estamos trabajando por él (48).

Sería una lástima perdernos la mística, la experiencia de Dios, tan extraordinaria que conlleva trabajar en Cristo con los pobres y realizar una misión tan sublime como es estar con los preferidos de Dios, los pobres, en quienes Cristo se hace especialmente presente. No nos quedemos en una atención correcta y razonablemente bien hecha. Para ello, indudablemente, necesitamos pasar muchos ratos en oración silenciosa, ir al desierto, madrugar, para que el Espíritu caliente nuestro corazón y nos haga ver a todos los hombres con sus ojos, como sus hijos muy queridos, especialmente a los pobres.

(48) Palabras recogidas en el artículo «Activos en la contemplación y contemplativos en la acción», revista *Cáritas* 435, pág. 5.

LA MISIÓN DE LOS CRISTIANOS LAICOS EN FAVOR DE LOS EMPOBRECIDOS

GABRIEL LEAL SALAZAR

Delegado Episcopal de C. D. de Málaga

INTRODUCCIÓN

Rema mar adentro (Lc 5, 4). Con estas palabras nos invitaba Juan Pablo II a adentrarnos en el nuevo milenio. Ellas son una llamada a vivir con pasión el presente, apoyados en el recuerdo vivo de la fidelidad de Dios, y a abrirnos con esperanza al futuro (NMI 1). Un futuro que entre todos hemos de ir fraguando y que es anuncio y anticipo del Reino.

¿Cuál es la misión de los laicos cristianos en la construcción de este futuro? El presente artículo pretende aportar alguna reflexión que ayude a tomar conciencia de la responsabilidad activa de los laicos en la misión evangelizadora de la Iglesia, especialmente en su relación con la opción preferencial por los pobres.

Partimos brevemente de lo que supone la contemplación del rostro de Cristo, como experiencia fundante que impulsa el anuncio del Evangelio. Después, abordaremos la aportación de los laicos a este anuncio, mediante la edificación de la Igle-

sia y su presencia evangelizadora en el mundo. Esta presencia, por tener muy en cuenta la opción preferencial por los pobres, implica dos compromisos fundamentales: la edificación de una sociedad más justa e incluyente y la ayuda fraterna a los excluidos. Esto último nos dará ocasión de abordar el voluntariado social de los cristianos y lo específico del mismo. Para concluir, al hilo de un pasaje evangélico, sugeriremos una doble experiencia que puede ayudar a impulsar la pasión por el anuncio del Evangelio.

I. LA RAÍZ Y EL NÚCLEO DE LA MISIÓN: EL AMOR COMPASIVO

Como el Padre me ha enviado así también os envío yo (Jn 20, 21). Con estas palabras nos sitúa Juan ante la raíz y la fuente de la misión de la Iglesia: como el Padre, es decir, por el mismo motivo, de la misma manera, con el mismo fin. La Caridad, el amor compasivo de Dios, es la fuente de la que mana inagotablemente la misión: *tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único* (Jn 3,16).

Dios, que en el pasado había hablado de muchos modos y maneras a nuestros padres por los profetas, *en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo*, que es *resplandor de su gloria e impronta de su sustancia* (Hb 1, 1-3) y se «ha quedado como mudo» (1).

(1) «Da a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar (...) Pon los ojos sólo en él, porque en él te lo tengo dicho todo»: San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo*, Libro 2. Capítulo 22, nn. 4.5.

Con la mirada de la fe fija en Cristo, contemplando a la Palabra hecha carne (NMI 21-23), al Hijo entregado en la cruz por amor a los hombres y Resucitado para nuestra Salvación (NMI 24-28), se nos revela el rostro paterno de Dios (Jn 14,9) y, al mismo tiempo, el auténtico rostro del hombre, creado y redimido por el Hijo único de Dios, e introducido en la intimidad de la vida trinitaria (GS 41; NMI 23).

1.1. El rostro de Cristo, revelación de la Caridad

Contemplando a Jesús, el Señor, lo que percibimos más inmediatamente y con más relieve es su amor, *el amor que Jesús nos tiene*: un amor hasta el extremo de entregar su propia vida (Jn 10, 17s; 15, 13) y que Jesús lo ha aprendido de su Padre (Jn 5, 19): *Como el Padre me ama a mí, así os amo yo* (Jn 15, 9).

Jesús nos revela *el amor que el Padre nos tiene*; un amor incondicional, gratuito, comprometido y concreto, y que se manifiesta plenamente *enviando al mundo a su Hijo único, para que vivamos por él* (Jn 4, 9). Sí, *la prueba de que Dios nos ama, es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros* (Rom 5, 8). Juan expresa la desmesura de este amor al afirmar que *tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único* (Jn 3, 16).

La Caridad es el Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo: Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones (Rom 5, 5).

La contemplación de Cristo nos introduce en la experiencia del discipulado. Ser discípulo de Jesús es aprender a vivir de él, hacer lo que él ha hecho (Jn 13, 14-17), aprender de su Padre a dar la vida por los demás.

La caridad del cristiano es una realidad que no nace de nosotros, sino de Dios —primacía de la gracia— y se expresa en un único amor; que abarca al mismo tiempo a Dios y el hombre (Mc 12, 28-31) (2).

1.2. El encuentro con los pobres, revelación del rostro de Cristo

Como afirma el Papa,

«si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: *He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme* (Mt 25, 35-36)» (NMI 49).

La acción del juicio final comienza en silencio. La presencia y los gestos hablan por sí mismos. Este inicio muestra que no se trata, en primer lugar, de acoger una exhortación al amor al prójimo, sino de disponerse a la contemplación del Señor glorioso, que nos pone ante su identidad plenamente manifestada.

(2) Lucas expresa con toda nitidez esta vinculación inseparable de los dos destinatarios del único amor; al no distinguir entre el primer y el segundo mandamiento (Lc 10, 25-28). Hasta tal punto se da esta identificación que en la primera Carta de Juan los criterios de verificación del amor a Dios y al prójimo parecen estar invertidos: el amor a Dios se verifica en el amor al hermano (1 Jn 4, 20) y el amor a los hijos de Dios en el amor a Dios y el cumplimiento de sus mandamientos (1 Jn 5, 2).

El Rey-juez explica el motivo de su actuación: los benditos son invitados a heredar el Reino porque han practicado la misericordia. Esta declaración provoca una reacción de estupor y sorpresa: *Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te alojamos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?* (Mt 25, 37-39). La sorpresa surge de la novedad que supone la identificación efectuada por el Rey, de la revelación sorprendente que nada hacía prever: *En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis* (Mt 25, 40). El encuentro con los necesitados se considera directamente un encuentro con el Hijo del Hombre-Rey-Juez (3).

La reacción de sorpresa pone de relieve la gratuidad del servicio. El texto no dice que hayan olvidado lo que han hecho, sino que ignoran haberlo hecho al mismo Hijo del Hombre. El alcance pleno de sus actos no se les revela más que en la última hora. Al mismo tiempo resalta que ellos les prestaron su ayuda exclusivamente por su condición de necesitados, al margen de las disposiciones subjetivas que éstos pudieran tener. De esta manera, el texto invita a amar al otro por sí mismo, porque es persona y porque es último. Los pequeños no son servidos para servir en ellos al Señor. ¡No! Son servidos por su situación de indigencia, sin que esta ayuda aparezca ordenada a ningún otro fin.

Esta identificación con los pobres resulta paradójica. Reconocer a Cristo sufriente en los necesitados parecería más normal, pero que el Señor glorioso se identifique con los necesi-

(3) J. GNILKA, *Il vangelo di Matteo*. Parte seconda. (Commentario Teologico del Nuovo Testamento I/2) Paideida, Brescia, 1991, 547.

tados es sorprendente: ¡Cristo el Hijo del Hombre glorioso, el Pastor, Rey y Señor, escandalosamente identificado con el indigente! En los necesitados se manifiesta la gloria de Cristo (4).

Cuánta razón tiene el Papa al afirmar que Mt 25 «no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo» (NMI 49). La escena del juicio final nos revela en toda su profundidad el rostro de Cristo, velado en el rostro de los pobres: el Hijo del Hombre en su Parusía, el Rey (v. 34) que actúa como Pastor (v. 32s.), el Hijo del Padre (v. 34) y Hermano de los necesitados (v. 40), a quien los enjuiciados llaman Señor (v. 37.44) (5); el Señor que se identifica con los pobres e indigentes, sus hermanos, y espera ser servido en ellos.

2. LO QUE HEMOS VISTO Y OÍDO OS LO ANUNCIAMOS

La experiencia de la contemplación de Cristo impulsa imparablemente al testimonio, hace testigos incapaces de callar: *Nosotros creemos y por eso hablamos* (2 Cor 4, 13).

Nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre ha enviado a su Hijo, como Salvador del mundo (1 Jn 4, 14). Una experiencia vivida en la comunidad de los discípulos, que éstos no pueden silenciar: *lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que han tocado nuestras manos acerca de la palabra de la vida (...) os lo*

(4) *Ibíd.*, 553.

(5) I. GOMÁ, *El Evangelio según San Mateo 2* (Comentario al Nuevo Testamento III/2) Marova, Madrid, 1976, 571.

anunciamos. Este anuncio tiene una finalidad clara, invitar a formar parte de la comunidad: *para que estéis unidos con nosotros, como lo estamos nosotros con el Padre y con su Hijo Jesucristo*. La comunidad de discípulos sólo encuentra su alegría completa abriendo sus puertas para hacer partícipes a los otros de la dicha de la salvación (1 Jn 1, 1-4).

2.1. La comunión eclesial, fuente de la misión evangelizadora

La contemplación del Rostro de Cristo nos introduce en la experiencia de la comunión trinitaria, que encarna la esencia misma del misterio de la Iglesia: fruto y manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cf. Rom 5, 5), para hacer de todos nosotros *un solo corazón y una sola alma* (Hch 4, 32). Una comunión que debe «hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión» (NMI 43).

Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como *sacramento, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano* (LG 1). Por ello la comunidad cristiana tiene que hacer inequívocamente visible lo que es Jesús, su Señor. A través de ella el Señor continúa su presencia evangelizadora en la Historia. Al pueblo mesiánico que es la Iglesia, Cristo lo asume «como instrumento de redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5, 13-17)» (LG, 9).

Desde esta experiencia de comunión, el amor cristiano por su propia naturaleza se abre al servicio universal. Un servicio que consiste en «*la práctica de un amor activo y concreto*

con cada ser humano. Éste es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral» (NMI 49).

2.2. Al estilo de Jesús

Dos medios privilegiados de evangelización nos indica el Papa: la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana (NMI 50).

1) Compartiendo su pobreza

Tengo la impresión de que, en amplios sectores eclesiales, el deseo de seguir a Jesús pobre y ser pobre como él está siendo reemplazado por el de tener más para así poder compartir más. Todos nos sentimos preocupados por el mandato misionero de Jesús (Mt 28, 18-20), pero no parece tan claro que nos sintamos obligados de la misma manera a realizar la misión con medios pobres, como mandó Jesús a sus discípulos (Mc 6, 7-13 par.) y la Iglesia ha hecho tantas veces a lo largo de la Historia (cf. Hch 3, 6) y continúa haciendo.

El seguimiento del Señor implica compartir su vida, su misión y su suerte. Sí, el amor lleva a la identificación (Gál 2, 10-20; cf. I Cor 11, 1). No hay seguimiento coherente de Jesús que no lleve a compartir su estilo de vida y, por ello, su pobreza (6).

(6) SANTA TERESA DE JESÚS, «Libro de la Vida» 35,3, en *Obras completas*, 158: «en tornando a la oración y mirando a Cristo en la cruz tan pobre y desnudo, no podía poner a paciencia ser rica. Suplicávale con lágrimas lo ordenase de manera que yo me viese pobre como Él».

Como nos recuerdan nuestros Obispos, la pobreza evangélica no es una llamada dirigida sólo a algunos, sino una vocación que es común a todos los bautizados (IP 124), aunque en su concreción se configure de manera distinta de acuerdo con la vocación específica a la que cada uno es llamado.

Nuestros Obispos describen la pobreza evangélica como un estilo de vida que consiste en vivir con sencillez y sobriedad, compartir generosamente con los necesitados, no acumular riquezas que acapara el corazón, trabajar para el propio sustento y confiar en la providencia de Dios Padre (IP 1). La actitud de desprendimiento, sin la cual no se da la pobreza evangélica, no es respecto a una posesión indiscriminada de bienes, sino sólo respecto a aquello «que en mis circunstancias necesito realmente y puedo adquirirlo fácilmente», ya que «aquello que teniendo en cuenta la pobreza evangélica veo claramente que no me es indispensable, debo renunciarlo tajantemente» (IP 125).

2) *Amando como Jesús*

El amor de la comunidad cristiana y de cada uno de los discípulos tiene un carácter universal, pero encuentra su forma privilegiada en la opción preferencial por los pobres. Juan Pablo II, que en SRS 49 había indicado la opción preferencial por los pobres como «una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana», en NMI 49 nos la presenta como una *imposición*:

«Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio [se refiere a Mt 25, 35-36], en la presencia de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Mediante esta opción, se testimo-

nia el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia y, de alguna manera, se siembran todavía en la historia aquellas semillas del Reino de Dios» (NMI 49).

1) *La Caridad en la vida personal*

Ante todo, el cristiano acoge con inmensa alegría y gratitud el amor de Dios, que toma la iniciativa (1 Jn 4, 10) y no nos retira nunca su amor (Rom 8, 31-39). De la misma manera, los cristianos tenemos que amar primero, sin esperar a que nos amen, sin esperar a que reconozcan nuestra bondad o el bien que hacemos.

El amor tiene que ser gratuito y universal, para todos, incluidos los enemigos, pero efectivo y con una opción preferencial por los pobres. Un amor abnegado, a costa de uno mismo. La verdadera Caridad te saca de ti mismo y te acerca al pobre, te hace descender y ponerte a su altura, lo cual no se hace sin sacrificio; te lleva a compartir la pobreza y el sufrimiento, a interiorizarlo.

Un amor que te empuja a combatir las causas de la pobreza y del sufrimiento, para erradicarlo, lo que puede conllevar riesgo, persecución, incluso muerte.

2) *La Caridad en la vida de la comunidad*

Vivir la caridad es asunto, también, de la comunidad en cuanto tal. La Iglesia es cuerpo y presencia visible, sacramental, del Señor (1 Cor 12, 12-27). Y como tal, «manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre» (GS 45; cf. LG 48), como «comunidad de fe, esperanza y ca-

ridad» (LG 8), como realidad visible que «abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo» (LG 8).

Como Jesús, la Iglesia «existe para evangelizar (...). Evangelizar constituye (...) la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda» (EN 14). De ahí que desde sus orígenes haya evangelizado organizando la misión de enseñar; la liturgia como celebración de la salvación ya iniciada y el servicio a los pobres. La Iglesia sólo da un testimonio auténtico en la medida en que realiza y hace participar a todos los miembros de la comunidad, de una u otra manera, en estas tres acciones fundamentales (7), como tres aspectos de una única realidad: la presencia misteriosa del Señor.

La Caridad tiene que ser anunciada, celebrada y testimoniada mediante el servicio, especialmente a los más pobres. Mediante estas tres acciones se edifica la Iglesia, «comunidad de fe, liturgia y amor» (cf. AG 19).

3. EL COMPROMISO CON LOS EMPOBRECIDOS

Desde el punto de vista social la pobreza no es un hecho inevitable. Disponemos de recursos suficientes para que nadie sea excluido de los medios de vida básicos. Los principales obstáculos para erradicar la pobreza no son técnicos, sino po-

(7) R. ECHARREN YSTURIZ, «Cáritas a la luz de *La Iglesia y los pobres*», en CORINTIOS XIII 72 (1994), 190 s.: Cada una de estas acciones por separado «no son capaces de dar un testimonio eclesial y cristiano, evangelizador, completo».

líticos y éticos (8). Esto hace que la pobreza, en este contexto de abundancia, consista en la exclusión fruto de la injusticia social.

Como afirma Juan Pablo II, la pobreza no es fruto de la fatalidad sino de la voluntad del hombre, que aprueba una leyes injustas que benefician a los más poderosos y hunden en la pobreza a los más débiles y desvalidos (SRS 9). La pobreza se debe a ciertos mecanismos de la economía y del comercio internacional, a estructuras injustas que *funcionan de modo casi automático, haciendo más rígidas las situaciones de riqueza de los unos y de pobreza de los otros* (SRS 16).

Juan Pablo II, con mirada de fe, llama a esta situación económica *estructura de pecado*, fruto de la injusticia y del *afán de ganancia exclusiva y la sed de poder a cualquier precio* (SRS 36 y 37).

3.1. El servicio a los excluidos (9)

La verdadera caridad eclesial se interesa «por el hombre completo y por su completo bien: corporal y espiritual, material y cultural, individual y social, temporal y trascendente, terreno y celestial». Esta unidad global «abarca tanto la ayuda individual frente a una situación de necesidad urgente como la promoción social y la lucha por la reforma o cambio de las estructuras injustas» (IP 112).

(8) Cf. SRS 35, 37, 38, 41 y 46.

(9) Cf. A. BRAVO, *La causa de los pobres, reto para una Iglesia evangelizadora*, en Cáritas Diocesana de Málaga (ed.), Congreso Los desafíos de la pobreza a la acción evangelizadora de la Iglesia, en la Diócesis de Málaga (Material de trabajo 3) Cáritas Diocesana, Málaga, 1997, 106-113.

Ante todo es necesario *acoger* a los pobres como Dios los acoge y mirarlos como Dios los mira: por lo que son y no sólo por sus carencias. Y *acogerlos* para *amarlos*, como Jesús los ama, con el amor que él ha derramado en nuestros corazones (Rom 5, 5), desde la cercanía que posibilita la amistad y convivialidad real con los excluidos, anteponiendo sus intereses a los nuestros (Rom 5, 6-8).

Como Jesús, nuestro servicio a los empobrecidos pasa por *defender su dignidad*, por darle nuevas oportunidades, sin su plantar su responsabilidad sino apoyándoles para que puedan ejercerla. Un amor que se traduce en com-pasión, que lleva a compartir el sufrimiento de los otros y desarrolla la reciprocidad del amor.

No hay ayuda fraterna que no pase por la *confianza* en el otro. Compartiendo la experiencia gozosa de Jesús, que alaba al Padre porque se revela a los pequeños (Lc 10, 21), es necesario expresar nuestra confianza en el pobre acogiéndolo como persona y entablando un verdadero diálogo con él; considerarlo sujeto y no mero objeto de nuestra generosidad.

Una parte de este servicio, no la única ni a veces la más importante, es la asistencia. Ésta ha estar encaminada a ayudarles para que sean protagonistas de su propio destino, creando las condiciones que les permitan integrarse en una sociedad que tiende a excluirlos. Para ello hay que partir de la situación concreta del que necesita ayuda, por lo que muchas veces será imprescindible la ayuda directa e inmediata. Ésta ha de hacerse de tal forma que sea el primer paso para su promoción e integración social (IP 80-105).

La comunidad eclesial ha tenido siempre la tentación de menospreciar la capacidad del pobre para acoger el don de la

fe (Sant 2, 5s.). La Iglesia está llamada a redescubrir el designio de Dios sobre los pobres y actuar en consecuencia. Ella no sería fiel a su misión y a su identidad más profunda si en su relación con los pobres se limitara a ofrecerles una ayuda social.

3.2. Construcción de una sociedad más justa

Viendo las causas de la pobreza, el compromiso de la Iglesia no puede limitarse a atender a los excluidos, a paliar las consecuencias de la injusticia que se ceba en éstos, sino que, ante todo, tiene que empeñarse en la transformación de la sociedad, desde la lucha por la justicia, para que ésta deje de ser excluyente y se haga accesible a los más desfavorecidos (10).

El compromiso en favor de la justicia ha de comenzar, necesariamente, por actuar justamente (11). Pero no basta con ello: «Los cristianos, cada uno según su vocación, condición y

(10) R. ECHARREN YSTURIZ, *Cáritas*, 186: «El amor cristiano al prójimo y la justicia no se puede separar. (...) Separar la caridad cristiana y la justicia, sería (...) la perversión misma del amor cristiano, que quedaría así vacío del contenido concreto. La justicia es precisamente la primera exigencia de la caridad (...) Una caridad sin justicia es, a la vez, una mentira, un engaño y un contrasigno: en una palabra, es pecado. Pero una justicia sin caridad es insuficiente del todo para construir una sociedad verdaderamente solidaria, fraterna».

(11) IP 48: «Sería un sarcasmo y un verdadero escándalo que los bautizados (...) no solamente no obráramos en caridad sino ni siquiera guardásemos el mínimo de la justicia. Hay que reconocer humildemente que no pocas veces hemos caído y caemos en ese pecado (...), contribuyendo así al desprestigio de la hermosa palabra caridad, alabando como muy caritativas a personas que dan a los pobres de limosna unas migajas de lo mucho que por otra parte adquirían injustamente en sus empresas o negocios».

circunstancias, debemos estar interesados y preocupados por la injusticia que produce tanta pobreza y miseria entre los hombres, y hacer todo lo que podamos para promover la justicia en el mundo» (IP 50).

En tanto llega un orden social más justo, la Iglesia, y cada uno de sus hijos, no pueden permanecer como perros mudos ante tanta injusticia con la que se conculcan los derechos más elementales de las personas y de los pueblos. La Iglesia desarrolla su acción profética (LG 12; IP 51-54) mediante el anuncio, promotor de futuro y creador de esperanza, con el que pregona ideales que puedan convertirse en realidad, y la denuncia de la injusticia (cf. SRS 41; IP 46).

Sin un compromiso decidido en favor de la justicia, desde los ámbitos donde se fragua y configura la cultura, el orden social y económico, la lucha por la justicia y la liberación de los pobres difícilmente podrían pasar de pequeños gestos simbólicos y de acciones paliativas. Por ello es necesario un laicado adulto y corresponsable que, estando presente en el tejido social como la levadura en la masa (cf. CLIM 43-52), promueva un nuevo orden social, más justo y solidario, donde puedan recuperar su palabra y sus posibilidades de realización los pobres.

4. IMPULSAR LA CORRESPONSABILIDAD DE LOS LAICOS

La eclesiología de comunión (12) es el punto de partida para comprender la identidad, dignidad, vocación y misión de

(12) La visión eclesiológica que caracteriza al Vaticano II ha sido llamada con mucho acierto *eclesiología de comunión*, cf. Congregación para la

los laicos. La Iglesia tiene una sola misión, hacer discípulos (Mt 28, 19-20), evangelizar. Pero ésta se realiza a través de una pluralidad de ministerios, suscitados por el Espíritu, que la Iglesia tiene que integrar orgánicamente en la unidad del único Cuerpo de Cristo (cf. 1 Co 12, 12). Para acrecentar la comunión es necesario que la Iglesia ayude a todos los bautizados y confirmados a tomar conciencia de su responsabilidad activa en la vida eclesial, para que puedan florecer los distintos ministerios que necesita la Iglesia: de la catequesis a la animación litúrgica, de la educación de los jóvenes a las más diversas manifestaciones de la caridad (NMI 46).

El deber y el derecho de los laicos al apostolado derivan de su unión personal con Cristo. Incorporados por el bautismo al Cuerpo místico de Cristo y fortalecidos con la fuerza del Espíritu Santo en la confirmación, son destinados al apostolado por el mismo Señor (cf. ChFL 9 y 23).

Los laicos realizan el apostolado participando personalmente o de manera asociada (ChFL 28s.). El apostolado personal de los laicos es de singular importancia, por la capacidad que tiene de hacer llegar la irradiación del Evangelio a todos los lugares y ambientes en los que desenvuelve su vida. Esta irradiación es constante, por estar vinculada a la coherencia de la vida personal de fe, y particularmente incisiva, ya que al compartir plenamente las condiciones de vida y de trabajo, las dificultades y esperanzas de sus hermanos, los fieles laicos

Doctrina de la Fe, *Carta Communionis notio* de 28-5-92: «El concepto de comunión (*koinonía*), ya puesto de relieve en los textos del Concilio Vaticano II (LG 4, 8, 13-15, 18, 21, 24-25; DV 10; GS 32; UR 2-4, 14-15, 17-19, 22), es muy adecuado para expresar el núcleo profundo del misterio de la Iglesia».

pueden llegar al corazón de los que le rodean, abriéndolos al sentido pleno de la existencia humana: la comunión con Dios y entre los hombres (ChFl 28).

De todos es conocido cómo se ha revalorizado el papel de los laicos, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II, y el protagonismo que éstos van adquiriendo al interior de la comunidad cristiana, como corresponsables de la misma. Algo que a todos los creyentes nos tiene que alegrar. Pero nadie ignora que ese mayor protagonismo y conciencia del laicado se ha volcado, sobre todo, en tareas intraeclesiales, fundamentalmente catequéticas (13).

El repliegue intraeclesial y la separación entre fe y vida son dos tentaciones fuertes, a las que se corre el riesgo de ceder con facilidad:

«El camino postconciliar de los fieles laicos no ha estado exento de dificultades y peligros. En particular, se pueden recordar dos tentaciones a la que no siempre han sabido sustraerse: la tentación de reservar un interés tan marcado por los servicios y las tareas eclesiales, de tal modo que frecuentemente se ha llegado a una práctica dejación de sus respon-

(13) Según ChFL 2, «dirigiendo la mirada al posconcilio, los Padres sinodales han podido comprobar cómo el Espíritu Santo ha seguido rejuveneciendo la Iglesia, suscitando nuevas energías de santidad y de participación en tantos fieles laicos. Ello queda testificado, entre otras cosas, por el nuevo estilo de colaboración entre sacerdotes, religiosos y fieles laicos; por la participación activa en la liturgia, en el anuncio de la Palabra de Dios y en la catequesis; por los múltiples servicios y tareas confiados a los fieles laicos y asumidos por ellos; por el lozano florecer de grupos, asociaciones y movimientos de espiritualidad y de compromiso laicales; por la participación más amplia y significativa de la mujer en la vida de la Iglesia y en el desarrollo de la sociedad».

sabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político, y la tentación de legitimar la indebida separación entre fe y vida, entre la acogida del Evangelio y la acción concreta en las más diversas realidades temporales y terrenas» (ChFL 2) (14).

4.1. Misión intraeclesial del laicado

Es claro que en razón de la común dignidad bautismal (ChFL 15) el fiel laico es corresponsable, junto con los ministros ordenados y los demás miembros del Pueblo de Dios, de toda la misión de la Iglesia (ChFL 15) y que en las tareas intraeclesiales su acción resulta imprescindible: «Dentro de las comunidades de la Iglesia su acción es tan necesaria, que sin ella el mismo apostolado de los Pastores no podría alcanzar, la mayor parte de las veces, su plena eficacia» (AA 10).

Entre los distintos campos que se abren a la actividad apostólica de los fieles laicos figura el de las comunidades de la Iglesia (AA 9). Además de los ministerios de Lector y de Acólito, que se le pueden conferir a los laicos varones (ChFL 23), los cristianos laicos participan en la liturgia y en su preparación, en la que desempeñan las tareas que no son propias de los ministros ordenados. Participan con diligencia en las obras apostólicas de la Iglesia misma; conducen a la Iglesia a los hombres que quizás viven alejados de ella; cooperan con empeño en comunicar la palabra de Dios, especialmente mediante la enseñanza del catecismo; poniendo a disposición su competencia, hacen más eficaz la cura de almas y también la

(14) Una advertencia que ha reiterado recientemente Juan Pablo II, cfr. *NMI* 52.

administración de los bienes de la Iglesia (AA 10). Toda esta aportación la deben ejercer en conformidad con su específica vocación de laicos (ChFI 23, 33 y 34).

Además, en situaciones de emergencia y de necesidad crónica, los pastores pueden confiar a los fieles laicos el ejercicio del ministerio de la palabra, presidir oraciones litúrgicas, administrar el bautismo y dar la sagrada Comunión (ChFL 23).

Los cristianos laicos desarrollan sus responsabilidades apostólicas, ante todo, trabajando en la parroquia en íntima unión con sus sacerdotes. En ella exponen a la comunidad eclesial sus problemas y los del mundo y las cuestiones que se refieren a la salvación de los hombres, para que sean examinados y resueltos con la colaboración de todos. Cada uno, según sus propias posibilidades, aporta su contribución personal en las iniciativas apostólicas y misioneras de su propia comunidad. Especialmente valiosa, en las circunstancias actuales, es la ayuda que los fieles laicos pueden y deben prestar en la revitalización del afán misionero dirigido hacia los no creyentes y hacia los mismos creyentes que viven alejados de la práctica de la vida cristiana (ChFL 27).

Pero la parroquia no agota el ámbito donde puede realizar su actividad apostólica. Invitados por sus pastores, los laicos están llamados a participar en los ámbitos interparroquial, diocesano e incluso interdiocesano, nacional o internacional. Es de destacar la capital importancia que está adquiriendo la presencia activa de los laicos en las misiones (ChFL 35).

Hay que resaltar la singular importancia de la participación de los laicos en los Consejos pastorales de ámbito parroquial, arciprestal y diocesano, principal forma de colaboración, diálogo y discernimiento en sus ámbitos respectivos (ChFI 25 y 27).

4.2. La vocación específica de los laicos

La común dignidad bautismal asume en el seglar una modalidad que lo distingue, y que el Concilio Vaticano II califica de *índole secular*. El carácter secular es propio y peculiar de los laicos, ya que lo específico de su estado es vivir en medio del mundo y de los asuntos temporales a manera de fermento (AA 2). Los fieles laicos están llamados a «buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios» (LG 31).

La vocación específica del laico consiste en contribuir desde dentro, a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y manifestando a Cristo ante los demás, principalmente con el testimonio de su vida y con la hondura de su fe, esperanza y caridad (ChFL 15).

El lugar propio y específico del laico, aquél en el que nadie le puede reemplazar, es la vida pública, el compromiso social y político, la presencia en los ámbitos de la familia, del trabajo y de la cultura (15). Los laicos están llamados particularmente «a hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y condiciones donde ella no puede ser sal de la tierra si no es a través de ellos» (LG 33). Este

«apostolado en el medio social, es decir, el afán por llenar de espíritu cristiano el pensamiento y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que uno vive, es hasta tal punto deber y carga de los seglares que nunca podrá realizarse convenientemente por los demás. En el campo del trabajo,

(15) Cf. ChFL 32-44; CLIM 49-64.

de la profesión, del estudio, de la vecindad, del descanso o de la convivencia, son los seglares los más aptos para ayudar a sus hermanos» (AA 13; cf. IP 50).

La concentración de los laicos en servicios intraeclesiales, motivada por la urgente necesidad de su presencia en esas tareas y, sobre todo, por la dificultad que entraña el compromiso en la vida pública y el desprestigio en que parecen haber caído muchas de las estructuras a través de las cuales se ha desarrollado históricamente, hace más urgente y necesaria una acción pastoral que impulse decididamente el compromiso social y político de los cristianos (EN 70).

Juan Pablo II nos ha recordado reiteradamente la necesidad de descubrir cada vez mejor la vocación propia de los laicos (NMI 46) y la urgencia que tenemos de suscitara y alentarla (IE 41).

Educar y dar cauce a este laicado, a través de movimientos e iniciativas adecuadas, es una responsabilidad que atañe muy directamente a los pastores (16) y que debe convertirse en una de las tareas básicas y urgentes de la actividad pastoral de nuestras Iglesias.

(16) CLIM 67: «Los Obispos españoles (...) con la colaboración de los sacerdotes y religiosos animarán, orientarán y de este modo acompañarán decididamente, en el ejercicio de su ministerio pastoral, la presencia de los laicos en los diversos ámbitos de la vida pública, especialmente en aquellos que más necesitan del anuncio del evangelio y de la solidaridad de todos». Para realizar esta misión es necesario una formación adecuada, por lo que «los candidatos al sacerdocio, los sacerdotes y religiosos (...) han de formarse específicamente para reconocer y promover los carismas y responsabilidades de los laicos e impulsar la acción misionera de la comunidad y la presencia de los laicos en la vida pública»: CLIM 87; cf. PO 9.

«Para ello se necesitan programas pedagógicos, que capaciten a los fieles laicos a proyectar la fe sobre las realidades temporales. Tales programas, basados en un aprendizaje serio de vida eclesial, particularmente en el estudio de la doctrina social, han de proporcionarles no solamente doctrina y estímulo, sino también una orientación espiritual adecuada que anime el compromiso vivido como auténtico camino de santidad» (IE 41).

4.3. Presencia de los cristianos y de la Iglesia en el mundo

La Iglesia realiza su misión en el mundo mediante la presencia de los cristianos laicos en la vida pública y mediante la presencia pública de la Iglesia. Esta presencia pública de la Iglesia y la participación de los católicos en las instituciones sociales son modalidades distintas pero no alternativas, ni exclusivas o excluyentes (CVP 143) de la presencia y actuación de la Iglesia y de los católicos en el mundo (17).

1) Presencia de los laicos en la vida pública

Los cristianos laicos, como ciudadanos, tienen el derecho y el deber de participar activamente en la vida social y política: «los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la *política*; es decir, de la multiforme y variada acción económica, social legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común»

(17) La complementariedad entre mediación y presencia puede iluminarse con la reconocida necesidad del testimonio y de su insuficiencia sin el anuncio (EN 21.22).

(ChFL 42). Así los laicos, que son Iglesia y son la Iglesia en el mundo, que «pertenecen plenamente al mismo tiempo al Pueblo de Dios y a la sociedad civil» (AG 21), con su presencia en la vida pública, hacen presente a la Iglesia en el mundo y animan y transforman la sociedad según el espíritu del Evangelio.

Pero su presencia y participación no se agota en el campo individual. Los laicos pueden y deben igualmente participar de forma asociada. Con esta presencia asociada hacen oír otra voz, de Iglesia, en la sociedad civil.

Estas formas de presencia hay que distinguirlas claramente de *la presencia pública de la Iglesia* en cuanto tal y que es consecuencia de su carácter sacramental.

2) *La presencia pública de la Iglesia*

La Iglesia entera, sacramento de salvación (LG 1), Pueblo de Dios (LG 9), es ya, en sí misma, un hecho público y, por tanto, con una dimensión comunitaria visible, a través de la cual actúa el Señor: La presencia pública de la Iglesia es una exigencia de su misión evangelizadora. El carácter sacramental de la Iglesia, con la estructura social y visible que ello implica, exige una presencia social significativa de la Iglesia en cuanto tal. Por ello, la Iglesia puede y debe estar activamente presente en el seno de la sociedad civil y así hacer oír su voz en la vida pública.

Esta presencia pública de la Iglesia corresponde ejercerla al ministerio episcopal y es exigencia de su misión evangelizadora, en la que debe inspirarse siempre (18).

(18) La presencia pública de la Iglesia debe estar al servicio de los pobres y necesitados (cf. CVP 149), ha de realizarse siempre desde el re-

5. PASTORAL SOCIOCARITATIVA DE LA IGLESIA

La misión de los laicos no agota su campo de actuación participando en la edificación de la comunidad cristiana y en la transformación del mundo. La pastoral sociocaritativa, especialmente mediante el voluntariado, es un campo privilegiado para el ejercicio de la vocación apostólica del laico.

5.1. Tres tentaciones de la pastoral sociocaritativa

La acción caritativa y social ha sufrido frecuentemente la tentación de reducir su intervención al mero asistencialismo, dando una falsa imagen de la caridad eclesial:

«Lamentablemente, todavía se constatan en la acción caritativa y social actitudes y actuaciones de talante evasionista, falsamente espiritualista y alienante, sin incidencia ni implicación en los problemas de fondo que afectan a los necesitados; paternalismos que no promocionan a los pobres, sino que los mantienen en una actitud pasiva y de dependencia de sus *bienhechores*, así como tampoco faltan ciertas caricaturas de una falsa caridad que con frecuencia tienen más de vanidad social que de auténtica entrega personal y de solidaridad real con los necesitados, algo por lo demás que desgraciadamente también se sigue dando en organismos públicos y privados no confesionales» (IP 112s.).

conocimiento de la legítima autonomía de lo secular (cf. CVP 140) y no puede incluir entre sus objetivos y procedimientos la conquista o ejercicio del poder (cf. CVP 144).

Pero más recientemente, como fruto del proceso de secularización vivido en el ámbito de la sociedad y en el interior mismo de la Iglesia, otras tentaciones nos acechan (19):

En primer lugar, la tentación de convertir las instituciones sociocaritativas en meras ONGs dedicadas a la prestación de servicios sociales.

El mismo Juan Pablo II advierte de este riesgo cuando pide a los laicos que no cedan nunca a la tentación de reducir las comunidades cristianas a agencias sociales (NMI 52). En el mismo sentido se ha pronunciado recientemente el Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Antonio María Rouco, al afirmar que «sería necesario atender a que las labores de voluntariado y sobre todo las organizaciones eclesiales de caridad no acaben por convertirse en unas Organizaciones No Gubernamentales más, cuya identidad y criterios de actuación queden desdibujados o se esfumen en la pura actividad humanitaria» (20). También el Plan Pastoral 2002-2005 de la Conferencia Episcopal Española nos advierte del riesgo de reducir la caridad cristiana a un humanismo filantrópico y, citando la NMI, de convertir las comunidades cristianas en agencias sociales (21).

Tanta advertencia pone de relieve que es real el riesgo de convertirse en una gestora eficiente y barata de los servicios sociales, que contribuya a la desresponsabilización de las

(19) Cf. S. ALÓS LATORRE, *Cristianos voluntarios de acción social: Identidad cristiana y relevancia social*, Cáritas Diocesana de Málaga, 2003.

(20) II Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos: Jesucristo vivo en su Iglesia, fuente de esperanza para Europa (1999).

(21) CEE, *Una Iglesia esperanzada, ¡Mar adentro!* (Lc 5, 4). *Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2002-2005*, 55.

Administraciones públicas y a la disminución del Estado del Bienestar.

En segundo lugar, acecha la tentación de olvidar la dimensión evangelizadora que debe tener toda pastoral sociocaritativa. Es la tentación de ver la acción sociocaritativa como mera suplencia ante la incapacidad de las instituciones públicas para asumir sus responsabilidades (IP 110), o su realización al margen de la actividad evangelizadora. No son pocos los cristianos que no terminan de asumir que la pastoral sociocaritativa es parte constitutiva de una pastoral evangelizadora.

Hoy pocos niegan que las instituciones de la Iglesia están al servicio de la evangelización, pero esta unanimidad se debilita cuando se trata de ver la contribución específica que tiene que hacer Cáritas y las demás instituciones de pastoral sociocaritativa a la misma. Por un lado está la opinión mayoritaria de quienes sostienen que la contribución de estas instituciones a la evangelización es implícita. Lo propio y suficiente es la acción caritativa y social que es ya de por sí elemento de la evangelización. Por otra parte, la de quienes defienden que, puesto que sin un anuncio explícito no hay verdadera evangelización, también estas instituciones deben hacerlo desde el respeto más exquisito a las personas que sirven.

En este sentido resulta iluminadora la respuesta de Jesús al paralítico (Mc 2, 1-12) y a la hemorroisa (Mc 5, 25-34), o la de Pedro al tullido que le pide ayuda a la puerta del templo (Hch 3, 6). Si a algo tienen derecho los empobrecidos es a que les llegue el gozo del Evangelio (Lc 10, 21) a través de nuestras acciones y a que éstas y nuestras relaciones con ellos sean tales que puedan suscitar los interrogantes que les lleven a pedirnos razón de nuestra esperanza (1 Pe 3, 15), a anun-

ciarles con nuestra palabra el Evangelio. De esta tarea no puede estar *sistemáticamente ausente* la acción sociocaritativa de los cristianos y de la Iglesia como tal.

Estas tentaciones, que pueden llegar a convertirse en un auténtico riesgo, parece alimentarse inconscientemente desde dos ámbitos: sobre todo, desde las propias instituciones de acción caritativa y social, que no llegan a hacer vida una adecuada comprensión de su propia identidad y de lo que ésta implica, especialmente a la hora de la captación de recursos, y del diálogo con otras entidades sociales. A ello hay que unir lo difícil que resulta hacer entender a las instituciones públicas y privadas lo que entraña la dimensión eclesial de las instituciones sociocaritativas. Esta no adecuada comprensión de lo más específico nuestro hace que, con frecuencia, se nos invite a colaboraciones y respuestas que alimentan las tentaciones que acabamos de mencionar y el riesgo de sucumbir a ellas.

5.2. El voluntariado social como vida apostólica

No pretendemos abordar aquí el fenómeno del voluntariado social en toda su riqueza y complejidad (22), algo que muchos han hecho con singular competencia, sino que nos limitaremos a reflexionar sobre la aportación de la fe al mismo, sobre lo específico del voluntariado social cristiano. Se trata de un aspecto que, a nuestro entender, no se ha abordado sistemáticamente y en toda su amplitud, cosa que tampoco se

(22) Instituto Internacional de Teología a Distancia, *Voluntariado Social Católico*, Madrid, 1996. Para una amplia bibliografía sobre el voluntariado, cf. Cáritas Española (ed.), *Documentación Social* 122 (2001), 341-351.

pretende en este trabajo. Nuestra intención es aportar algunas reflexiones que puedan contribuir al debate acerca del voluntariado de matriz cristiana.

1) *La llamada al voluntariado*

¿Voluntarios? «La palabra es inadecuada por insuficiente» (23).

Ante todo el voluntariado de los cristianos no es algo opcional. La urgencia de la caridad «no está en la dinámica de un voluntariado potestativo o meramente opcional, que podría ser o no ser: es una respuesta ineludible del ser cristiano» (24).

Todo en la vida cristiana es don del Señor y, al mismo tiempo, respuesta a su llamada. También la acción voluntaria de los cristianos tiene que entenderse en clave vocacional (25). Por eso, el voluntariado cristiano no puede estar constituido, en su núcleo más esencial, por un compromiso personal asumido en función de los propios gustos y capacidades, como respuesta a las necesidades de los otros. No puede ser sólo, ni principalmente, el resultado de plantearse

(23) J. DELICADO BAEZA, «Voluntariado de espíritu cristiano», en *Boletín Oficial del Arzobispado de Valladolid* 3 (2001), 146.

(24) *Ibíd.*, 146; cf. P. JARAMILLO RIVAS, «El voluntariado social: La mística de la gratuidad», en *CORINTIOS XIII* 65 (1993), 177.

(25) R. ECHARREN YSTURIZ, «El voluntariado social: avisos para creyentes», en *CORINTIOS XIII* 61 (1992) 112; P. CORDURAS, «Voluntarios: Discípulos i ciudadanos» (*Cristianisme i Justicia* 68), 11: el voluntariado social «es una llamada, un mandato, una característica intrínseca de nuestro discipulado. Resulta imposible ser cristiano/a, (...) sin darnos gratuitamente, al estilo de nuestro Dios y como respuesta agradecida a su iniciativa».

qué me gusta, qué puedo hacer; para qué soy más apto, a dónde me lleva mi grado de compromiso y generosidad. En la vida cristiana, a partir de la aceptación de la fe sólo cabe una pregunta última —¿Señor, qué quieres de mí?— y ponerse a la escucha para oír su llamada y dejarse conducir por él.

El voluntariado cristiano es la respuesta a una llamada del Señor; discernida en función de los *talentos recibidos* y de las necesidades de los otros (26). Una llamada que parte de la iniciativa de Dios que llama y seduce, y que el vocacionado *padece*, haciéndole frecuentemente recorrer caminos hasta ese momento insospechados para él (27).

El amor, hecho de servicio, gratuidad, compasión, denuncia, análisis y propuesta, es el que nos permite comprender el voluntariado social como discipulado cristiano, «que no es otra cosa que actuar con justicia, amar con ternura y caminar humildemente junto a nuestro Dios» (28).

Pero la dimensión vocacional no es siempre el punto de partida que lleva a asumir un compromiso como voluntario, a veces es la meta de llegada. La afirmación que hace PDV, respecto al papel del voluntariado en la educación de los jóvenes y en la pastoral vocacional, es perfectamente válida para todos: El voluntariado social

«representa hoy un recurso educativo particularmente im-

(26) P. CORDURAS, *Voluntarios: Discípulos i ciudadanos*, 7: «Hay dos grandes pilares para el altruismo y la acción voluntaria: la relación con el otro y el encuentro con la trascendencia, la divinidad, el Otro».

(27) G. LEAL, *El seguimiento de Jesús según Mc 10,17-31: Implicaciones pastorales*, Seminario Diocesano, Málaga, 1994, 82-84.

portante, porque sostiene y estimula (...) hacia un estilo de vida más desinteresado, abierto y solidario con los necesitados. Este estilo de vida puede facilitar la comprensión, el deseo y la respuesta a una vocación de servicio estable y total a los demás, incluso en el camino de una plena consagración a Dios» (PDV 9).

La experiencia del voluntariado se manifiesta especialmente útil para educar

«al compromiso, al significado del servicio gratuito, al valor del sacrificio, a la donación incondicionada de sí mismos (...). En efecto, se trata de un voluntariado motivado evangélicamente, capaz de educar al discernimiento de las necesidades, vivido con entrega y fidelidad cada día, abierto a la posibilidad de un compromiso definitivo en la vida consagrada, alimentado por la oración; dicho voluntariado podrá ayudar a sostener una vida de entrega desinteresada y gratuita y, al que lo practica, le hará más sensible a la voz de Dios» (PDV 40).

Desde este punto de vista, el voluntariado realizado especialmente en las instituciones sociocaritativas de la Iglesia puede ser una ocasión de apertura a la fe para quienes no la conocen o viven alejados de ella.

Si la raíz última del voluntariado cristiano es vocacional y su realización forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia, podemos decir con toda razón que la actividad voluntaria puede llamarse apostolado. De hecho la exhortación postsinodal *Chistifideles laici* lo considera «una importante manifestación de apostolado, en el que los fieles laicos, hombres y mujeres, desempeñan un papel de primera importancia» siempre que se viva «en su verdad de servicio desinteresado

al bien de las personas, especialmente de las más necesitadas y las más olvidadas» (ChFL 41; cf. SD 39).

2) La fe configura al voluntario

Lo cristiano del voluntariado, ¿se reduce sólo a la motivación? De hecho existe la tentación de reducir la comprensión del voluntariado cristiano, en aras de la convergencia e incluso de la coincidencia con otros voluntariados. No es infrecuente que *lo cristiano del voluntariado* quede reducido al campo de las motivaciones (29).

Pero hemos de afirmar con claridad que la fe no se reduce al campo motivacional. Ésta afecta también a la conciencia personal y a la actividad que la persona realiza en su vida y en su ambiente concreto (EN 18), transformando con la fuerza del Evangelio sus criterios de juicio, sus valores determinantes, sus puntos de interés, sus líneas de pensamiento, sus fuentes inspiradoras y sus modelos de vida (EN 19; cf. EN 20). Más aún, el cristiano no tiene en última instancia otra misión en el mundo que la de anunciar el Evangelio (EN 13s.) con el testimonio de su vida y con su palabra (EN 21s.).

Si esto es así, la fe no puede determinar sólo la motivación del voluntario, sino que tiene que afectar a su modo de ver la realidad, los criterios con que la valora y con los que

(28) P. CORDURAS, *Voluntarios: Discípulos i ciudadanos*, 15.

(29) Así parece expresarlo la siguiente afirmación: «Participando plenamente de las aspiraciones comunes a todo el Voluntariado, los voluntarios cristianos tienen una característica especial, que no significa diferencia alguna en cuanto a los objetivos de la acción sino que radica en las motivaciones»: L. A. ARANGUREN GONZALO, *¿Estamos en onda? El código ético de organizaciones del voluntariado en el marco de la identidad de Cáritas*, Cáritas

decide sus acciones, sus prioridades, el modelo y el talante con que realiza la acción social, e incluso a su pretensión última (30), que no puede ser otra que la de ofrecer a todos la posibilidad de abrirse al Evangelio (31).

3) *Un voluntariado coherente con la fe*

Pedro CORDURAS, tras hacerse eco de algunas definiciones de voluntariado, se decanta por la de Joaquín GARCÍA ROCA por ser la que mejor describe el tipo de acción voluntaria que se deriva de la fe (32): «El voluntariado social acaba entendiéndose como un servicio gratuito y desinteresado que nace de la triple conquista de la ciudadanía: como un ejercicio de la autonomía individual, de la participación social y de la solidaridad para con los últimos» (33). Las características de las acciones con las que los discípulos tienen que acompañar la proclamación del Reino (cf. Mt 10, 7s.) coinciden con las del volun-

Española, Madrid, 2003, 7s.

(30) R. ECHARREN YSTURIZ, *El voluntariado social*, 114: El voluntario social cristiano debe tener muy claro en su corazón que tiene como misión última el *ofrecer como «buena noticia», de parte de Jesús, de parte de Dios, un modo alternativo de percibir la realidad y hacer que la gente, particularmente los más indigentes, contemple su propia historia a la luz de la libertad de Dios y de su deseo de justicia.*

(31) Cf. S. ALÓS LATORRE, *Cristianos voluntarios*: «La fe es globalizante y, como tal, debe inspirar la observación de la realidad, las motivaciones y los fines, los métodos y las acciones todas. (...) La profesión de fe debe corresponder a la práctica de la caridad y que la caridad, sea silenciosamente, sea explícitamente, ha de comunicarse. No es suficiente que a uno lo quieran; es necesario saberlo. Y para esto, comunicarlo».

(32) P. CORDURAS, *Voluntarios: Discípulos i ciudadanos*, 3.

(33) J. GARCÍA ROCA, *Solidaridad y Voluntariado*, Sal Terrae, Santander, 1994, 62.

tariado social: gratuito, orientado al otro, dirigido a la inclusión en la comunidad (34).

Tres acciones caracterizan al voluntariado como ciudadanía (35):

1) Descubrir nuestra diversidad, salir del círculo de nuestros amigos y nivel social. Supone salir de *nuestro mundo*, con la pérdida de seguridad que ello implica, y romper barreras sociales, cuestionándolas ya al traspasarlas. Al otro lado de estas fronteras sociales, el voluntariado descubre la existencia de vidas humanas que necesitan y merecen ser tenidas en cuenta, en cuyo contacto surge la compasión, primer motor de su acción. Para ello basta con una sencilla presencia entre los pobres, vivida con una actitud de apertura a aprender; conocer y valorar modos distintos de vida y relación; basta con «dejarse afectar» por la realidad con la que nos encontramos.

Esta acción produce una transformación social doble: desde la persona, que al cambiar ella ya cambia la sociedad (36),

(34) P. CORDURAS, *Voluntarios: Discípulos i ciudadanos*, 11.

(35) *Ibíd.*, 4-7; cf. L. ZAMBRANA, «El voluntariado en cuestión», en *Cristianisme i Justicia*, 105 (2001), 62-64.

(36) P. CORDURAS, *Voluntarios: Discípulos i ciudadanos*, 15: Al acercarnos como voluntarios «no intuimos los cambios que se van a producir en nosotros. De la compasión y el encuentro con el que sufre pasamos a la rabia e indignación por su sufrimiento injusto. Ello nos obliga a analizar y tratar de atajar las causas del mismo. En ello se nos van energías y nos cambia la vida. Y, al final, aun habiendo aliviado sufrimiento, somos conscientes de que el mal sigue campando en nuestra sociedad. Por eso, si nos dejamos empapar; incluir en la narrativa de Jesús, ésta dará sentido a nuestra entrega gratuita, sostendrá las sucesivas crisis de desencanto por las que, inevitablemente, ha de pasar todo aquel que se compromete radicalmente. Además, tendremos una concepción distinta de la persona y de la sociedad que implique la visión desde los pobres y la lucha por una socie-

y de una sociedad donde empiezan a caer las barreras sociales.

2) Redefinir el bien común, con y desde los excluidos. Para ello ha de huir de concepciones benéficas y paternalistas. De alguna manera tiene que posibilitar que los sectores a los que atiende tengan palabra y participen en los procesos y decisiones que les afectan. Con ellos intenta ver la realidad desde abajo y desde fuera, desde el lugar de la exclusión, y con la mirada y la palabra de los excluidos.

3) Promover el cambio social, comprometiéndose con estructuras e instituciones. Las asociaciones de voluntarios actúan como intermediarias entre el Estado y la ciudadanía, ofreciendo un canal para la participación ciudadana. El cambio social dinamizado por el voluntariado social va desde la inclusión en la sociedad y en sus órganos de decisión de los excluidos, a la promoción de un nuevo concepto de justicia, una justicia «comunitarista».

Como señala bien Lourdes ZAMBRANA, no es este el tipo de solidaridad que prevalece en nuestro entorno. Al contrario, el modelo imperante

«sugiere que la causa de los problemas son la fatalidad, las desgracias naturales, la corrupción o las limitaciones personales. Nadie es responsable de nada. No puede hacerse nada, sólo aliviar situaciones personales con ayuda económica y material. Es una falsa solidaridad que nos quiere convencer de que puede mejorarse (nunca cambiarse) el mundo sin esfuerzo personal. No provoca ningún cambio personal, ningún proceso: ni en la persona que realiza el voluntariado, ni en la

dad inclusiva».

persona que se atiende, ni en una comunidad, ni en la sociedad. Esta falsa solidaridad es compatible con el egoísmo, el consumismo, el racismo, etc.» (37).

4) *Un voluntariado sostenido por la vida cristiana*

La fe aporta al voluntariado una motivación, una llamada a la radicalidad, un ámbito comunitario, y la opción por los pobres, que es la contribución principal del discipulado al voluntariado. Esta contribución es doble. Supone colaborar con la voluntad de justicia y compasión de Dios e impulsar una concepción comunitaria de la sociedad (38).

En la comunidad cristiana recibimos el impulso, la formación, el lenguaje y los valores para acercarnos radicalmente a la injusticia y luchar contra ella al estilo de Jesús (39).

Mediante la acción vivificadora del Espíritu Santo, el voluntariado se ve enriquecido con la Palabra de Dios, que ilumina y da sentido; con la Eucaristía, memorial de la entrega hasta el extremo de Cristo modelo y fuerza para nuestra propia entrega; con el don de la caridad de Cristo, que es fuente de energía para quien desea vivirla y de capacidad para el servicio auténtico (40).

La fe en el misterio de la Encarnación y la vivencia que tenemos del mismo impulsa al voluntario cristiano a realizar su acción social con el talante de inmersión que ésta requiere,

(37) L. ZAMBRANA, *El voluntariado en cuestión*, 62.

(38) P. CORDURAS, *Voluntarios: Discípulos i ciudadanos*, 3 y 13-15.

conviviendo con y estando entre las personas a quienes servimos. Pero la sola inmersión no basta. No sólo hay que *estar con*, también hay que *estar para* hacer propia la causa de los pobres. Esto significa que hay que mirar la realidad social con los ojos del pobre; que hay que organizar la propia vida y la vida social *desde el lugar del pobre* (41).

Finalmente, la comunidad cristiana ofrece un ámbito adecuado para la formación que todo voluntario necesita, si quiere respetar a las personas que sirve; éstas tienen el derecho a ser atendidas adecuadamente, para lo que no basta la buena voluntad. El esfuerzo que hace el voluntario para formarse es una expresión muy importante de su amor y de su entrega. El voluntario necesita una formación social global que le permita detectar, analizar y acompañar los problemas en los que trabaja. Esta formación incluye necesariamente un conocimiento adecuado de la doctrina social de la Iglesia (42). Además necesita una formación referente al sector en el que trabaja (43).

La exhortación Apostólica *Iglesia en Europa* invita a «revalorizar el sentido auténtico del voluntariado cristiano», sugiriendo para ello que el voluntario se alimente continuamente de la fe y que en su acción conjugue capacidad profesional y amor auténtico, impulsándole a que eleve los sentimientos de filantropía a la altura de la caridad de Cristo (IE 85; cf.

(39) *Ibíd.*, 15.

(40) J. DELICADO BAEZA, *Voluntariado de espíritu cristiano*, 153.

(41) P. JARAMILLO RIVAS, *El voluntariado social*, 184.

(42) EN 38: «Una doctrina social a la que el verdadero cristiano no sólo debe prestar atención, sino que debe ponerla como base de su prudencia y de su experiencia para traducirla concretamente en categorías de acción, de participación y de compromiso. Todo ello, sin que se confunda

EV 90).

6. REAVIVAR EL ARDOR EVANGELIZADOR

Juan Pablo II nos invita a «reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: *¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!* (1 Co 9, 16)» (NMI 40). Es necesario avivar una pasión por el Evangelio que suscite en la Iglesia una nueva acción misionera, vivida como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos (NMI 41).

Estoy convencido de que para esto no basta la reflexión y el discurso teológico, que siempre tiene un carácter secundario. El problema de la vida cristiana, en general, no es un problema de teología, de ortodoxia o *de línea*, sino de sensibilidad. De ahí la insistencia del Evangelio: «*Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís*» (Mc 8, 18); «*el que tenga oídos para oír que oiga*» (Lc 8, 8).

Para suscitar o alentar un nuevo ardor apostólico es necesario reeducar nuestra sensibilidad, nuestra capacidad de abrirnos a la contemplación, para captar a un nivel más profundo lo que suscita y alimenta la pasión por el anuncio del Evangelio.

El Evangelio de Marcos ofrece algunas pistas que pueden ayudarnos en este sentido (6, 30-52). Los discípulos acaban de regresar de la misión y Jesús quiere llevarlos a un lugar aparte para descansar. Pero la multitud se les adelanta. Jesús, viéndolos, sintió compasión de ellos, porque estaban como ovejas sin pastor y, en vez de seguir su proyecto de descanso, se puso a enseñarles con calma.

LA NOVO MILLENNIO INEUNTE Y CÁRITAS

JOSÉ SÁNCHEZ FABBA
Presidente de Cáritas Española

DUC IN ALTÚM!

En su Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, Su Santidad el Papa Juan Pablo II, con una esperanza sin límites, fruto de lo que me atrevería con el máximo respeto a denominar su «juvenil ancianidad», dirige una encendida proclama a toda la Iglesia, partiendo de las palabras que Jesucristo dirigió a sus Apóstoles antes de realizar el milagro de la pesca milagrosa: *Duc in altúm!*, esto es, «Remad hacia dentro», hacia las aguas profundas. Y nos recuerda que «esta palabra resuena también hoy para nosotros y nos invita a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrimos con confianza al futuro: Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre)» (Heb 13, 8) —NMI.

No es la primera vez que el Papa llama a los cristianos a reafirmar la virtud teologal de la esperanza. Ya al comparecer por primera vez en el balcón de la basílica de San Pedro, el recién elegido Pontífice, en lugar de limitarse a bendecir a la multitud, como era lo acostumbrado, rompiendo el protocolo, pronunció unas breves palabras, en las que repitió esta frase: «No tengáis miedo, abrid las puertas a Cristo». Y veinte años

más tarde, en la Encíclica *Fides et Ratio* nos dirá que «una de las mayores amenazas de este fin de siglo es la tentación de la desesperación» (*Fides et Ratio*, 91).

Pero esa esperanza sin límites no puede conducir a la pasividad. Por eso, la misma Carta apostólica nos acucia a «pensar en el futuro que nos espera... viviendo el Jubileo no sólo como memoria del pasado sino como profecía del futuro», pues «es preciso ahora aprovechar el tesoro de gracia recibida, traduciéndola en fervientes propósitos y en líneas de acción concretas», para que el Pueblo de Dios «analice su fervor y recupere un nuevo impulso para su compromiso espiritual y pastoral» (NMI 3).

Esta llamada a la acción, dirigida a todo el Pueblo de Dios, que naturalmente abarca el seguimiento, vivencia y difusión del mensaje evangélico en toda su extensión, afecta de modo singular en el aspecto concreto de la caridad a que se refiere el Capítulo IV de la Carta apostólica, «Testigos del amor», a una organización como Cáritas cuyo campo de actuación es precisamente la acción sociocaritativa, fruto del amor

Por ello es importante para nosotros analizar siquiera sea someramente aquellos aspectos de la Carta Apostólica más íntimamente relacionados con el ser de Cáritas y el quehacer de Cáritas.

CÁRITAS. SU IDENTIDAD

Cáritas encuentra un remoto precedente en la institución del diaconado de que nos hablan los Hechos de los Apóstoles

(Hechos, 6, 1-6). Cáritas es, verdaderamente, una cierta forma actual de aquella antigua institución: la *diakonía*.

Es sobradamente conocido y no necesita de mayor argumentación que Cáritas no es una ONG ni una asociación privada de fieles, es mucho más. Como lo expresa, al hablar de Cáritas en el ámbito diocesano, el documento *Reflexión sobre la identidad de Cáritas*, aprobado por la Conferencia Episcopal Española, «Cáritas no es en la Diócesis una organización carismática optativa que, desde fuera, se pone a su servicio; ni una “sucursal” de una organización supradiocesana. Es, más bien, un ministerio pastoral con el que el obispo promueve y garantiza autorizadamente la responsabilidad de su Iglesia particular en la promoción, armonización y actualización de una dimensión irrenunciable de la Iglesia que preside: la acción sociocariativa, como parte irrenunciable de la acción evangelizadora, junto al ministerio de la Palabra y la Acción Litúrgica» (*Reflexión...*, 1, 2).

«Cáritas es, pues, instrumento que pone en movimiento la corriente del servicio caritativo, expresión del amor de la Iglesia, la cual nace del Cuerpo de Cristo y acaba en Cristo mismo, ya que el hermano es lugar teológico del encuentro con Dios y en especial lo es con el hermano pobre. A través de Cáritas se establece una circulación de amor que nace de la Iglesia, Cuerpo de Cristo y, acaba en el pobre, sacramento de Cristo» (*Reflexión...*, 1, 1).

La caridad

En el Capítulo IV de la *Novo millennio ineunte*, titulado «Testigos del amor», afirma el Pontífice: «La caridad es verda-

deramente el corazón de la Iglesia, como bien entendió Santa Teresa de Lisieux...: “Entendí que el amor comprendía todas las vocaciones, que el Amor era todo”» (NMI 42).

Señala asimismo que, como ya dijera San Ignacio de Antioquía en su Carta a los Romanos, Roma es «la Iglesia que preside en la caridad» (NMI 53).

Por eso invita el Papa a los creyentes a «apostar por la caridad» (NMI 49), ya que «si verdaderamente hemos partido de la contemplación del rostro de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquéllos con los que Él mismo ha querido identificarse», y subraya que el pasaje evangélico de Mt 25, 35-36 —«Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber...»— «no es una simple invitación a la caridad, es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo». Es más, subraya el Papa cómo «sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como esposa de Cristo no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia». Palabras que reafirman sin lugar a dudas el carácter netamente eclesial de una organización que, como Cáritas, se consagra íntegramente a la acción sociocaritativa, que es, como decíamos anteriormente al citar el documento de *Reflexión* y confirma con su suprema autoridad el Papa, parte irrenunciable de la acción evangelizadora, sobre todo, como señala Juan Pablo II, porque «sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras» (NMI 50).

CÁRITAS. SU QUEHACER

Recordado el Ser de Cáritas, veamos lo que del Mensaje papal podemos inferir para aplicarlo al Quehacer de la Institución. En el número 50 de la *Carta apostólica* se nos recuerdan una vez más por el Pontífice las «muchas necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana» y «las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando a millones y millones de personas no sólo al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo de la dignidad humana». Por ello, el Papa se pregunta «¿Cómo es posible que en nuestro tiempo haya todavía quien se muere de hambre, quien está condenado al analfabetismo, quien carece de la asistencia médica más elemental, quien no tiene techo donde cobijarse?» Pregunta cuya sola posibilidad de formulación debería llenarnos de vergüenza y de congoja a todos cuantos pertenecemos a la parte opulenta de la Humanidad, y especialmente a quienes hemos conocido el mensaje de Cristo.

En el número 50 de la *Carta Apostólica* el Pontífice alude también a importantes «retos actuales», entre los que cita el desequilibrio ecológico, los problemas de la paz, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas, al vilipendio de los derechos fundamentales de tantas personas, especialmente los niños, a la defensa del derecho a la vida de cada ser humano desde la concepción hasta su ocaso natural, a las exigencias de la ética en el terreno de las ciencias, especialmente de las biotecnologías. Un amplísimo elenco de retos y problemas que un organismo eclesial como Cáritas no puede dejar de afrontar en la medida de sus posibilidades, a menos de mu-

tilar la importante misión de la *diakonía* en el mundo de hoy: contribuir eficazmente a construir un mundo más próximo a los ideales evangélicos.

En este aspecto es justo señalar cómo en la actividad concreta de nuestra Cáritas Española se ha ido produciendo a lo largo de sus cincuenta y seis años de existencia una evolución profunda: su acción se fue ampliando de la mera asistencia —distribución de ayudas a los necesitados— a la promoción humana y social de los excluidos y marginados, al análisis de los problemas sociales y de sus causas, a la sensibilización y animación de la comunidad creyente, al estudio y formulación de propuestas de política social, a la promoción de cambios de estructuras, a la denuncia de situaciones injustas y al descubrimiento de la globalidad de las acciones y de las responsabilidades en un mundo cada vez más interdependiente y aquejado de innumerables problemas económicos y sociales.

LA OPCIÓN PREFERENCIAL

Hoy, la respuesta de Cáritas, desde su identidad, para extender el Reino de Dios, la constituye el conjunto de las acciones, enmarcadas en la acción global de transformación del mundo: los pasos, sin duda pequeños, pero sucesivos y firmes, que Cáritas viene dando y deberá seguir dando en el futuro, a fin progresar en el camino de conseguir el respeto universal a los derechos y a la dignidad del hombre, la solidaridad con los marginados y excluidos para alcanzar su reinserción social, el servicio a cualesquiera necesitados, la promoción de los desfavorecidos, la denuncia de las injusticias y la sustitución de las estructuras de pecado, violentas e injustas por otras más próximas a los ideales evangélicos.

Dentro de su misión global de contribuir a la construcción de una sociedad nueva, la *Civitas Dei*, Cáritas tiene necesariamente que establecer prioridades, mejor dicho, vienen ya establecidas por el mismo Jesucristo.

Al principio de su vida pública, Jesús entra en la sinagoga de Nazareth y, desenrollando el libro del profeta Isaías, da lectura al pasaje donde está escrito:

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido para anunciar la Buena Nueva a los pobres,
Me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos,
Y dar vista a los ciegos, a libertar a los oprimidos
y a proclamar un año de gracia del Señor (Is. 61, 1-2).

Y al acabar la lectura, dijo: «Hoy se ha cumplido ante vosotros esta profecía» (Lc 4, 16-21).

Como ha dicho el Papa, «mediante tales hechos y palabras Cristo hace presente al Padre entre los hombres. Es altamente significativo que estos hombres sean en primer lugar los pobres, carentes de medios de subsistencia, los ciegos que no ven la belleza de la Creación, los que viven en aflicción de corazón o sufren a causa de la injusticia...» (*Dives in misericordia*, 3).

Esta predilección también se muestra en la respuesta de Jesús a los discípulos del Bautista: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Noticia; ¡y dichoso el que no halle escándalo en mí!» —Lc 7, 20—; y se pone asimismo de manifiesto en la primera de las Bienaventuranzas.

En las palabras y en la propia vida de Jesucristo encontramos expresada la que hoy la Iglesia llama opción evangélica pre-

ferencial por los pobres. Opción tan decisiva que, como ha afirmado la Conferencia Episcopal Española, «podríamos decir que Jesús nos dejó como dos sacramentos de su presencia: uno, sacramental, al interior de la comunidad, la Eucaristía, y el otro, existencial, en el barrio y en el pueblo, en la chabola del suburbio, en los marginados, en los enfermos de Sida, en los ancianos abandonados, en los hambrientos, en los drogadictos... Allí está Jesús con una presencia dramática y urgente, llamándonos desde lejos para que nos aproximemos, nos hagamos "prójimos" del Señor; para hacernos la gracia inapreciable de ayudarnos cuando nosotros le ayudemos» (*La Iglesia y los pobres*, 22).

Pero incluso hay gradaciones en la pobreza. Por ello esa opción preferencial que fue siempre eje primordial de actuación de Cáritas Española ha quedado plasmada de manera expresa en el Plan Estratégico aprobado por la última Asamblea General, al considerar destinatarios prioritarios de la acción sociocaritativa de Cáritas Española a los últimos y no atendidos, a los más desposeídos y vulnerables, que son, por eso mismo, los predilectos por excelencia de Jesús

LA TRANSFORMACIÓN DEL MUNDO

Pero la acción sociocaritativa no se limita a paliar las situaciones de pobreza ni a erradicar sus causas, va mucho más allá.

La *Carta Apostólica*, en el número 52, señala el esfuerzo que el Magisterio eclesial ha realizado, sobre todo en el siglo XX, para interpretar la realidad social a la luz del Evangelio y ofrecer de modo cada vez más puntual y orgánico su propia contribución a la solución de la cuestión social, afirmando categóricamente que «Esta vertiente ético-social se propone como

una dimensión imprescindible del testimonio cristiano. Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad ni con la lógica de la Encarnación y, en definitiva, con la misma tensión escatológica del Cristianismo» (NMI 52). Y subraya: «Es muy actual a este respecto la enseñanza del Concilio Vaticano II: El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la tarea de la construcción del mundo ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes sino que les obliga más a llevar esto como un deber» —*Gaudium et Spes*, 34— (NMI 52).

Por eso, «La caridad se convertirá necesariamente en servicio a la cultura, a la política, a la economía, a la familia, para que en todas partes se respeten los principios fundamentales, de los que depende el destino del ser humano y el futuro de la civilización» (NMI 51).

Así, pues, cuando Cáritas Española analiza problemas sociales, formula propuestas políticas no partidistas, ofrece soluciones, denuncia proféticamente las injusticias o promueve iniciativas pacíficas que puedan propiciar cambios estructurales conducentes a una mayor justicia, está llevando a cabo literalmente lo que el Papa pide y espera de una organización como la nuestra, de un ministerio pastoral de acción sociocaritativa: que contribuya decisiva y positivamente a crear la civilización del amor.

Podría acaso ponerse en duda la relación de la transformación en uno u otro sentido de esas realidades temporales con el apostolado: ninguna realidad temporal es absoluta. Pero, por supuesto, como ha dicho el Papa, «la Iglesia sabe que ninguna realización temporal se identifica con el Reino de Dios, que todas ellas no hacen más que reflejar y en cierto modo

anticipar la gloria de ese Reino, que esperamos al final de la Historia, cuando el Señor vuelva. Pero la espera no podrá nunca ser una excusa para desentenderse de los hombres en su situación personal concreta y en su vida social, nacional e internacional, en la medida en que ésta —sobre todo ahora— condiciona a aquélla» (*Sollicitudo rei socialis*, 48).

Por supuesto, hay que cuidarse hasta el extremo de evitar que la preocupación social pudiera llevar a Cáritas a alejarse de sus raíces cristianas. Todo lo contrario, pues precisamente es la fuerza que las raíces extraen del *humus* que las alimenta lo que da al árbol su esplendor y multiplica sus frutos. Por eso el Papa advierte contra «la tentación de reducir las comunidades cristianas a agencias sociales» (NMI 52) y recuerda la necesidad del conocimiento y aplicación de «las enseñanzas propuestas por la doctrina social de la Iglesia» (*ibídem*).

LA UNIVERSALIDAD DE LA RESPUESTA

La respuesta de Cáritas a los retos de nuestro tiempo, como parte que es de la Iglesia, es universal, porque el amor de Cristo no tiene fronteras. Por eso la acción de Cáritas, en todos sus escalones, desde Cáritas Internationalis a la más pequeña Cáritas Parroquial, deben tener como destinatario de su acción, en potencia o en acto, el mundo entero.

Recordemos una vez más el principio proclamado por el Concilio y reiterado por el actual Sumo Pontífice de la destinación universal de los bienes de este mundo (*Sollicitudo Rei Socialis*, 42). Dios ha destinado la Tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, «los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa

bajo la égida de la justicia y con la compañía de la caridad» (*Gaudium et Spes*, 69).

La acción caritativo-social debe abarcar en su ámbito a todos los hombres y a todas las necesidades. «Dondequiera que haya hombres carentes de alimento, vestido, vivienda, medicinas, trabajo, instrucción, medios necesarios para llevar una vida verdaderamente humana, o afligidos por la desgracia o la falta de salud o sufriendo el destierro o la cárcel, allí debe buscarlos y encontrarlos la caridad cristiana, consolarlos con diligente cuidado y ayudarles con la prestación de auxilios. Esta obligación se impone sobre todo a los hombres y a los pueblos que viven en la prosperidad» (*Apostolicam Actuositatem*, 8).

Y no nos olvidemos de la prioridad que, incluso dentro de las necesidades, debemos establecer a favor de los más vulnerables y necesitados. Como se ha dicho tantas veces, hoy el mundo se ha convertido en la llamada aldea planetaria... que los cristianos mejor que nadie podemos entender como una sola familia. Ahora bien, «igual que en una familia se ama a todos por igual, pero se atiende más a los más necesitados, la acción caritativa y social de la Iglesia debe volcarse más donde hay menos, estimar más a los menos apreciados y servir mejor a los que están en peores condiciones... Y es un hecho evidente que los pobres de los países pobres son mucho más pobres que los pobres de los países ricos» (*La Iglesia y los pobres*, 115).

Por eso, Cáritas tiene una gran tarea por delante: dar sentido a la solidaridad y a la fraternidad universales, comenzando, como reza su recién aprobado Plan Estratégico, por los últimos y no atendidos. El fenómeno de la «aldea global» ha de ser leído desde Cáritas como la exigencia de una acción sociocaritativa más universal, una acción que no se detenga en

los límites estrechos de la parroquia o la diócesis, sino que abarque todo el mundo, pues, como ha dicho la Conferencia Episcopal, «una Iglesia que se encerrara en los límites estrechos de la propia diócesis, región o nación, no sería la Iglesia de Jesucristo» (*La Caridad en la vida de la Iglesia*, 1.^a Parte).

Doctrina que encuentra respaldo también en la *Novo millennio ineunte*, cuando el Papa afirma que «A partir de la comunión intraeclesial, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano... desde el momento que con la Encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre» (NMI 49).

En nuestro quehacer universal nos encontramos en muchos países del Sur con personas o entidades de otras Iglesias. En esos casos, el Papa nos invita a «promover la comunión en el delicado ámbito del campo ecuménico» (NMI 48), toda vez que «en realidad, al hacernos poner la mirada en Cristo, el Gran Jubileo ha hecho tomar una conciencia más viva de la Iglesia como misterio de unidad. *Creo en la Iglesia, que es una*. Esto que manifestamos en la profesión de fe tiene su *fundamento último en Cristo, en el cual la Iglesia no está dividida*» —I Col 1, 11-13— (NMI 48).

CÁRITAS Y EL LAICADO

En la Iglesia, el Pueblo de Dios, aunque uno solo, tiene distintas aptitudes y carismas.

Como afirma el Santo Padre, «la unidad de la Iglesia no es uniformidad sino integración orgánica de las legítimas diversidades» (NMI 46).

Ya el Concilio Vaticano II estableció que:

«Los laicos están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que sólo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos» (*Lumen Gentium*, 33).

Pues los seglares, «...al haber recibido participación en el ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen en la Iglesia y en el mundo la parte que les atañe en la misión total del Pueblo de Dios... Y como lo propio del estado seglar es vivir en medio del mundo y de los negocios temporales, Dios llama a los seglares a que con el fervor del espíritu cristiano ejerzan su apostolado en el mundo a manera de fermento» (*Apostolicam Actuositatem*, 2).

Llega el Concilio a afirmar que ese apostolado en el mundo social, es decir, «el afán por llenar de espíritu cristiano el pensamiento y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que uno vive, es hasta tal punto deber y carga de los seglares, que nunca podrá realizarse convenientemente por los demás» (*Apostolicam Actuositatem*, 13).

Por eso, el Concilio «exhorta de corazón a los seglares a que cada uno, según las cualidades personales y la formación recibida, cumplan con suma diligencia la parte que le corresponde, según la mente de la Iglesia, en aclarar los principios cristianos, difundirlos y aplicarlos certeramente a los problemas de hoy» (*Apostolicam Actuositatem*, 6). Y al hacerlo así, «el seglar, que es al mismo tiempo fiel y ciudadano, debe guiarse, en uno y otro orden, siempre y solamente por su conciencia cristiana» (*Ibidem*, 5).

En esa labor transformadora, «es preciso... que los seglares acepten como obligación propia el instaurar el orden tem-

poral y el actuar directamente y de forma concreta en dicho orden, dirigidos por la luz del Evangelio y la mente de la Iglesia y movidos por la caridad cristiana... Hay que instaurar el orden temporal de tal forma que, salvando íntegramente sus propias leyes, se ajuste a los principios superiores de la vida cristiana... Entre las obras de este apostolado sobresale la acción social cristiana, la cual desea el santo Concilio que se extienda... a todo el orden temporal» (*Apostolicam Actuositatem*, 7).

De ese modo, se hará posible que «coordinen los laicos sus fuerzas para sanear las estructuras y los ambientes del mundo... de manera que todas estas cosas sean conformes a las normas de la justicia» (*Lumen Gentium*, 36).

La doctrina conciliar se reafirma por Pablo VI al afirmar que «los seglares, cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales, deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización. Su tarea primera e inmediata no es la instalación y el desarrollo de la comunidad eclesial —ésta es la función específica de los pastores— sino el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo» (*Evangelii Nuntiandi*, 70).

Juan Pablo II, por su parte, ha dicho que «a ellos —los seglares— compete animar, con su compromiso cristiano, las realidades y, en ellas, procurar ser testigos y operadores de paz y justicia» (*Sollicitudo rei socialis*, 47).

Y en discurso dirigido a los obispos de las Antillas en abril de 2002, Su Santidad calificó la relación entre las tareas de los sacerdotes ministeriales y las de los laicos, tal como las definiría el Concilio, como de complementariedad. «En sus enseñan-

zas, los padres conciliares pusieron simplemente en evidencia la profunda complementariedad entre los sacerdotes y los laicos que comporta la naturaleza armoniosa de la Iglesia... El sacerdote, en cuanto ministro ordenado, es quien, en nombre de Cristo, preside la comunidad cristiana en el plano litúrgico y pastoral. Los laicos le ayudan de muchas maneras en esta tarea. Pero el lugar por excelencia para el ejercicio de la vocación laica es el mundo de las realidades económicas, sociales, políticas y culturales. En este mundo es donde los laicos están invitados a vivir su vocación bautismal» (*Alfa y Omega*, Madrid, 30-V-2002, pág. 7).

Ahora, en su *Carta Apostólica*, Juan Pablo II, luego de enumerar las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, afirma que es necesario descubrir cada vez mejor la «vocación propia de los laicos» (NMI 46) «llamados como tales a buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios» (*Ibidem*).

Tan reiterada doctrina permite considerar como acertada la actual organización de Cáritas Española, en donde, bajo la superior dirección de la Jerarquía, siguiendo sus orientaciones pastorales y en colaboración con sacerdotes ministeriales, corresponde a los seglares la parte fundamental en la tarea de ordenar las cosas temporales en que viven insertos, conforme al proyecto de Jesucristo. Pues Cáritas, *diakonía*, ministerio pastoral, puede ser vista también en lo funcional como uno de esos supuestos, ya previstos por el Concilio, al decir que «puede la autoridad eclesiástica... elegir de entre las asociaciones y obras apostólicas... algunas de ellas y promoverlas de modo peculiar, asumiendo respecto de ellas responsabilidad especial. De esta manera la Jerarquía... asocia más estrechamente alguna de esas formas de apostolado a su propia misión apostóli-

ca... sin privar... a los seglares de su necesaria facultad de obrar por propia iniciativa» (*Apostolicam Actuositatem*, 24).

CONCLUSIÓN

Dadas las características desoladoras del mundo en que vivimos, tan alejado del ideal cristiano, podríamos decir, como dijo hace años el Papa Pío XII, que nos enfrentamos con la dura tarea de transformar nuestro mundo de salvaje en humano y de humano en divino.

Pero los cristianos no nos podemos dejar vencer por el pesimismo. A veces nos parece que la nuestra es peor que otras épocas pasadas, pero eso es un simple espejismo: no ha existido nunca la Edad de Oro. Hace mil quinientos años pronunciaba San Agustín en uno de sus sermones palabras que merece la pena de recordar por su impresionante modernidad: «Pues el mundo está como en una almazara: bajo presión. Si sois el orujo seréis expulsados por el sumidero, si sois aceite genuino permaneceréis en el recipiente. Pero el estar sometido a presión es inevitable. Y esa presión se ejerce incesantemente en el mundo por medio del hambre, de la guerra, de la pobreza, de la inflación, de la indigencia, de la muerte... Hemos encontrado hombres que, descontentos de estas presiones no cesan de murmurar y hay quien dice ¡Qué malos son estos tiempos cristianos! Así se expresa el orujo cuando se escapa por el sumidero; su color es negro a causa de sus blasfemias, le falta esplendor. El aceite tiene esplendor. Porque aquí es otra especie de hombre la sometida a esa presión y a esa fricción que le pule, porque ¿caso no es la misma fricción la que lo refina?»

Así hablaba San Agustín en los tiempos revueltos que marcaron el final del Imperio Romano y la transición a la Edad

Media. Hoy nos hallamos en otra inflexión tal vez muy semejante de la Historia, en un mundo que hay que cambiar en sentido positivo. Y nosotros creemos que, a pesar de las dificultades, ese objetivo puede alcanzarse. Como ha dicho Roger GARAUDY, «en toda acción revolucionaria hay un acto de fe. La certeza de que el mundo puede transformarse, de que el hombre tiene el poder de crear de nuevo y de que nosotros somos responsables personalmente de tales cambios». Dado que Roger GARAUDY es un pensador agnóstico, nosotros, cristianos, asumimos ese pensamiento con una importante matización: la de que el hombre tiene el poder de crear de nuevo, sí, de transformar el mundo, sí, pero solamente con la ayuda y la gracia de Dios, que no nos ha de faltar.

En la Carta Apostólica que comentamos, concluye el Papa con palabras semejantes a las del principio del documento: «*Duc in altúm!* ¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el que hay que aventurarse contando con la ayuda de Cristo» (NMI 58). Aceptando la invitación del Pontífice, adentrémonos en las aguas turbulentas del futuro con esperanza, en esa nave cuyo timón sostiene con increíble firmeza la mano temblorosa del sucesor de Pedro, puliendo y abillantando nuestras almas en la almazara de nuestro tiempo, sin volver la vista atrás, y llevemos a cabo ilusionadamente, apasionadamente, la acción, no sólo humanitaria sino silenciosa y eficazmente evangelizadora, de Cáritas, esa forma de evangelización que, como afirma el Santo Padre, consiste en «la caridad de las obras que corrobora la caridad de las palabras» (NMI 50).

Duc in Altúm! Remar mar adentro

M.^a JOSÉ CASTEJÓN

Sierva Seglar de Jesucristo Sacerdote.
Licenciada en Teología fundamental y comprometida
en la pastoral con Inmigrantes.
Parroquia de San Pablo. Madrid.

INTRODUCCIÓN

La expresión «*Remar mar adentro*», *Duc in altúm!*, marca el inicio y la conclusión del documento como un gran paréntesis en el que se expone, en un tono exhortativo, como si de una doxología se tratara, el contenido de la carta apostólica. En primer lugar nos invita a la acción de gracias, acogiendo el don del Jubileo como gracia para iniciar con renovado impulso la acción evangelizadora en este tercer milenio. Sólo desde la contemplación de Jesucristo, reconocido como Señor de la Historia, podremos interpretar y reconocer los signos del Reino presentes en nuestro caminar diario, esto hace posible *asombrarnos* (1) continuamente por la acción del Espíritu del Resucitado en medio de nosotros, es precisamente, en ese reconocimiento, como la actuación tendrá un estilo profunda-

(1) La vida de la gracia nos abre a la continua «sorpresa de Dios», que continuamente nos sorprende con sus acciones. El acto de fe abre nuestra existencia a la capacidad de «asombrarnos» Cfr: JUAN PABLO II: *Novo millennio ineunte*, Vaticano, 2000, n. 4, 12, 19. (Citaremos como NMI.)

mente cristiano movidos por la gracia, en obediencia al proyecto de Dios actuante y actual en nuestro mundo.

El objeto de nuestro trabajo es ofrecer una reflexión sobre la pretensión de Juan Pablo II de dar un nuevo impulso evangelizador a la Iglesia atajando la mediocridad y abriendo nuevos caminos en el milenio que comienza. La interpelación es honda para todos los creyentes y comunidades eclesiales, que estamos invitados a elaborar una agenda de la caridad concreta y afrontar los retos actuales que se nos plantean, sin caer en la tentación de creer que la eficacia de nuestra acción depende únicamente de nuestra capacidad de programar y nuestro hacer. La invitación a *remar mar adentro* nos abre un camino de reflexión y acción que marca «el desde dónde» —la primacía de la gracia— y «el hacia dónde navegamos» —al encuentro con Jesucristo Resucitado— yendo hacia la interioridad y hacia los hermanos, especialmente hacia todos aquellos que ven amenazada su vida. Ponernos en camino implica abandonar la seguridad de la orilla, fiados de la Palabra de Jesús, para introducirnos mar adentro.

I. ***DUC IN ALTÚM!* REMAR MAR ADETRO**

La frase *Duc in altúm!* es la clave hermenéutica de la carta apostólica *Novo millennio ineunte* —*Remar mar adentro*—. Dicha locución pertenece al texto evangélico de la pesca milagrosa de Lc 5, 1-11, el cual tiene su paralelo en Jn 21, 1-14. El documento sólo cita explícitamente el texto de Lucas, pero sin embargo evoca el contenido y la experiencia de los dos textos. Nos vamos a detener brevemente a ver las diferencias y semejanzas de los mismos, para poder introducirnos en la

hondura y profundidad de la invitación de Juan Pablo II a *remar mar adentro*.

Constatamos que con estas palabras, *remar mar adentro*, el Papa ha querido imprimir el lema a seguir en el inicio de este milenio. Son palabras de aliento y estímulo para continuar con renovada energía la tarea evangelizadora; «deben suscitar en nosotros un dinamismo nuevo» (2). Son la invitación a afrontar desde la fe, con valentía y sobre todo confiados en la palabra del Señor de la Vida los desafíos que «el hoy» nos presenta, «recordando con gratitud el pasado, viviendo con pasión el presente y abriéndonos con confianza al futuro» (3). Son el empuje para emprender «iniciativas concretas» (4) desde un auténtico «estilo eclesial y cristiano» (5) marcado por la adhesión a la «causa del Reino» (6), caracterizado por la experiencia del amor que se dona y se entrega en favor de los demás, especialmente de los más pobres, es el momento de una «nueva imaginación de la caridad» (7).

Diferencias y semejanzas entre los dos textos

En el pasaje de la pesca milagrosa de Lc 5, 1,11 aparece la expresión *Duc in altúm* (Lc 5, 4), lo vamos a comparar con su texto paralelo, Jn 21, 1-14, observando las semejanzas y dife-

-
- (2) NMI 15.
 - (3) Cfr: NMI 1.
 - (4) NMI 1.
 - (5) NMI 50.
 - (6) NMI 15.
 - (7) NMI 50.

rencias que presentan (8). La meditación de estos pasajes y la comparación de los mismos nos ofrecen unas claves interesantes para introducirnos en el mensaje que, en el conjunto del documento, se nos quiere transmitir.

La primera diferencia que podemos observar entre los dos textos es que la expresión *Duc in altúm, Remar mar adentro*, sólo aparece en Lucas. Por otro lado, constatamos que los contextos en que se desarrolla la escena de la «pesca milagrosa» son diferentes. En Lucas se encuentra después de la presentación de Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 14-30) y de los signos (Lc 4, 31-44) con que comienza su actividad en Galilea; en el Evangelio de Juan, sin embargo, se sitúa en el contexto de las apariciones en las que el Resucitado se manifiesta a sus discípulos (Jn 20-21), y hay que tener en cuenta que el capítulo 21 se sitúa al final del Evangelio como un epílogo.

En Lucas es un «relato vocacional», que implica el «mandato apostólico» (9). En la escena se narra el inicio del seguimiento a Jesús que exige dejarlo todo (Lc 5, 11); nombra a tres discípulos: Pedro, Santiago y Juan. Sin embargo, en Jn (21, 1-14) la acción se desarrolla en el curso del encuentro de los discípulos con Jesús resucitado a orillas del lago de Tiberiades, citando a siete de ellos: Simón Pedro, Tomás el «Mellizo», Natanael el de Caná de Galilea, los hijos del Zebedeo y sus dos discípulos (innominados) (Jn 21, 2), los cuales han regresado a

(8) Seguimos para hacer esta comparación las obras siguientes: R. E. BROWN, *El Evangelio según San Juan, XIII-XXI*, Madrid, 2000; R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan, III*, Barcelona, 1980. A.A.VV.: *Comentario bíblico «San Jerónimo»*, Tomo III, Madrid, 1971.

(9) Cfr. A.A.VV.: *Comentario al Nuevo Testamento*, Madrid, 1995, 202-203.

su tierra y a sus tareas ordinarias (Jn 21,3). La narración de la pesca milagrosa en Juan incluye la escena de la «comida». La misión apostólica aparece implícitamente.

Señalamos otras diferencias que nos dan luz para la lectura del conjunto del documento:

***En el Evangelio de Lucas,
5, 1-11***

- Jesús está predicando (v. 1).
- En la orilla hay dos barcas (v. 2).
- Jesús se sube a la de Pedro para enseñarle a la gente (v. 3).
- Se dirige a Pedro y le manda que «reme mar adentro» y eche las redes (v. 4).
- Una vez cargada la pesca en las barcas éstas están a punto de hundirse (v. 6.7). Pedro se reconoce como «pecador» (v. 8).
- El asombro sobrecoge a todos los presentes (v. 9).
- Jesús le dice: «No temas; de hoy en adelante pescarás hombres» (v. 10).
- Finalmente, dejándolo todo siguen a Jesús (v. 11).

***En el Evangelio de Juan,
21, 1-14***

- Jesús resucitado se aparece a sus discípulos (v. 1.14).
- Sólo se menciona una barca (v. 3.6).
- Jesús manda echar las redes a la derecha (v. 6).
- Pedro se lanza al mar (v. 7).
- La red estaba llena de peces y no podían moverla, la arrastran (v. 7.8).
- Pedro saca la red a tierra, con 153 peces grandes (v. 11).
- Jesús toma el pan y el pez y se lo repartió (v. 12).

También son notables las semejanzas. La escena se sitúa en el mismo lugar: el lago de Genesaret o Mar de Tiberiades. Los discípulos están decepcionados por su pesca infructuosa

de toda la noche (Lc 5, 5; Jn 21, 3), pero en nombre de Jesús y fiados de su palabra vuelven a echar las redes (Lc 5, 4; Jn 21, 6). Las redes vuelven llenas y a punto de romperse (Lc 5, 7; Jn 21, 6). La pesca milagrosa hace que se reconozca a Jesús como el Señor (Lc 5, 8; Jn 21, 7), y simboliza el éxito de la tarea misionera que les encomienda, explícitamente en Lucas, implícitamente en Juan (cfr. Lc 5, 1-11; Jn 21-4-10).

En ambos relatos la figura de Pedro posee un protagonismo especial. En Lucas es él quien recibe la llamada de Jesús y el encargo misionero (Lc 5, 10-11) y en Juan aparece como cabeza de esta misión y signo de unión entre todas las Iglesias (Jn 21, 11). En ambos relatos la pesca milagrosa simboliza la misión de la Iglesia, cuyo fruto no depende del esfuerzo humano sino de la presencia viva del Señor (10).

Claves, a partir de los textos, para leer el documento

Las diferencias y semejanzas observadas en los textos ofrecen unas claves importantes para comprender el pensamiento de Juan Pablo II en este documento. En primer lugar, hay una invitación constante a vivir el seguimiento de Jesús de forma radical según las exigencias del Evangelio, es decir, a vivir cómo vivió Jesús. Es la invitación a no separar la experiencia prepascual, de la experiencia postpascual narrada en los Evangelios (11): Jesús es el crucificado, obediente al Padre; un-

(10) Cfr. R. E. BROWN, *El Evangelio según San Juan*, XIII-XXI, Madrid, 2000, 1527-1529.

(11) Cfr. G. THEISSEN, A. MERZ, *El Jesús histórico*, Salamanca, 2000, 121, 341-346.

gido por el Espíritu, ha llevado a cabo la misión que aquél le había encomendado; es el Resucitado (Lc 5, 1-11; Jn 21, 1-14) que envía a sus discípulos y les hace pescadores de hombres —mandato misionero— (12).

La invitación a *remar mar adentro* tiene dos dimensiones que parten de un *desde dónde único* —la acogida de la gracia— que une la fe y la vida, la oración y la acción:

En primer lugar, dejar la orilla movidos por la gracia, significa entrar en nuestro interior para encontrarnos con el Señor Resucitado, descubriendo la vocación a la que somos llamados desde la experiencia del amor y el enamoramiento del proyecto del Reino; indica el dinamismo de la oración que nos descubre lo más profundo de nosotros mismos, nuestro propio origen y destino, así como el sentido de nuestra vida, el porqué y para qué hemos sido creados, caminando hacia la identificación con el Hijo, que nos muestra al Padre en el Espíritu Santo, hasta quedar transfigurados en Él (13).

En segundo lugar, dejar la orilla implica a su vez sentirnos enviados a ir al encuentro de nuestros hermanos, especialmente los más pobres, dónde nos encontramos de forma privilegiada con el Resucitado, Señor de la historia (14). Este encuentro nos invita a salir de nosotros mismos, abandonando las seguridades de la orilla, para compartir la Buena Noticia del Reino. Ir hacia los últimos, fiados de la palabra de Jesús, lleva a efecto la misión apostólica encomendada a los discípulos y en concreto a Pedro, cabeza de la Iglesia, cuyo fruto tiene su fundamento en la gratuidad de la gracia, en Jesucristo.

(12) Cfr. NMI 21.

(13) Cfr. NMI 32.

(14) Cfr. NMI 49.

Estas dos dimensiones van unidas. No se excluyen, sino todo lo contrario, confirman que una oración intensa no nos aparta ni del compromiso con la historia (15), ni del compromiso concreto con cada persona, sino que la alimenta y la hace eficaz.

Por otro lado, podemos observar cinco claves importantes que evocan simultáneamente los textos de Juan y de Lucas en el conjunto del documento:

- El itinerario de fe, hasta reconocer a Jesús, el Resucitado, como el Señor (16).
- La escucha de la Palabra y la acción que se desprende de su obediencia: *Echad las redes* (Lc 5, 4; Jn 21, 6) (17).
- El aspecto eclesial y sacramental de la comida (18).
- La espiritualidad de comunión: las redes no se rompieron (19).
- La misión apostólica: la experiencia del Resucitado nos envía y encamina hacia nuestros hermanos los hombres, para anunciar el Evangelio desde el testimonio del amor con los gestos y palabras de Jesús, donde los más desfavorecidos tienen un lugar preferente: la abundancia de la pesca (20).

(15) Cfr. NMI 33.

(16) Cfr. NMI II y 19.

(17) Cfr. NMI 15, 39,40.

(18) Cf. NMI 35.

(19) Cfr. NMI IV: Testigos del amor.

(20) Cfr. NMI 49-58.

Otro aspecto interesante que aparece en los dos textos es el protagonismo de la figura de Pedro, con cuya tarea y servicio eclesial se siente identificado el Papa, por mandato de Jesús, el Resucitado: «deseo ofrecer en esta Carta, al concluir el año Jubilar, la contribución de mi ministerio petrino, para que la Iglesia brille cada vez más en la variedad de sus dones y en la unidad de su camino» (21). «Permitidle al Sucesor de Pedro que, en el comienzo de este milenio, invite a toda la Iglesia a este acto de fe, que se expresa en un renovado compromiso de oración» (22).

Por último, me gustaría hacer notar que la expresión *Duc in altúm* aparece en el documento cinco veces:

1. Dos en la introducción, invitándonos a echar las redes en su nombre, desde la convicción de que el fruto de nuestro hacer no está en nosotros, sino que tiene su fundamento en Jesucristo, que es el mismo *ayer, hoy y siempre* (23).

2. Una en el n.º 15, como llamada al dinamismo apostólico, a una programación pastoral posjubilar fundamentada en la contemplación y oración: *remar mar adentro* es la invitación a contemplar y meditar el misterio de Cristo (capítulo II);

3. Una en el n.º 38, donde se plantea «el desde dónde» debemos emprender la acción: «la primacía de la gracia», la cual hace posible el acto de fe en Jesucristo y afrontar los nuevos retos y la agenda de la caridad (24), marca «el hacia dónde».

(21) NMI 3.

(22) NMI 38.

(23) NMI I.

(24) Cfr: «Sólo desde la gracia de Dios podemos seguir sus huellas y ser testigos de su amor», NMI, capítulo IV.

4. Una en la conclusión, que nos abre a la esperanza y nos invita a acoger el mandato misionero: «Id y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19).

2. LA PRIMACÍA DE LA GRACIA, DE CRISTO, DEL REINO (N.º 38)

Vamos a considerar la invitación que nos hace el Papa a salir a mar abierto, teniendo en cuenta el mandato de Jesús a sus discípulos, «Remar mar adentro y echad las redes». Nos planteamos la pregunta: ¿Desde donde partimos?, ¿hacia dónde nos dirigimos?

Partimos desde la orilla, conformados en la experiencia de gracia, provocada por la escucha de la Palabra de Jesús y fiados de ella. Caminamos hacia el reconocimiento de Jesús como el Cristo, Señor de la historia, que hace de toda nuestra existencia una experiencia de gracia. La gracia genera en nosotros la armonía de la acción y de la oración, de la fe y de la vida, de la contemplación y el compromiso histórico. Más aún, es desde la experiencia de la «primacía de Cristo», «primacía del Reino» desde donde vivimos la tarea de acoger la vida que brota de la «misma fuente de Vida» y «genera vida» en nosotros mismos, en nuestro entorno y en el mundo. Nos dirigimos hacia la relación personal y comunitaria con Jesucristo por el Espíritu, que nos inserta en el amor recíproco del Padre y del Hijo que lo abarca y lo inunda todo, introduciéndonos en el gran misterio de la persona, en la densidad de la historia, en el fragor de los acontecimientos cotidianos, nacionales e internacionales (25).

Sólo desde la «primacía de la gracia», de la mano de Jesucristo, seremos capaces de penetrar en las sombras y en los infiernos que amenazan la vida de las personas, de colectivos y pueblos enteros. Porque sólo en la acción que está arraigada en la oración y la contemplación del «proyecto salvífico de Dios», llevado a cabo por Jesucristo en el Espíritu, podremos introducirnos en las causas que generan la muerte, la violencia, la injusticia... sin caer en la impotencia, el absurdo, el cansancio, el abatimiento, la mediocridad, sin dejarnos dominar por los intereses, abandonando la gratuidad y la donación de la propia vida. Sólo de la mano de Jesucristo podemos enfrentarnos al riesgo que se corre, cuando trabajando a favor del Reino, por la causa de Cristo, se ven desenmascarados los poderes de este mundo que buscan en todo momento la legitimación de sus acciones; sólo por la gracia podemos aceptar la amenaza de la propia vida a causa del Evangelio (26).

La gracia de Dios —vvida en la intimidad y relación personal con Jesucristo, que nos muestra el rostro amoroso del Padre y nos infunde la vida en el Espíritu— nos hace reconocer constantemente los signos del Reino en la historia, el misterio de cada persona, el fruto de nuestra acción realizada desde la tensión que provoca —el ya pero todavía no— del Reino. Hace posible resistir en los momentos de crisis, soportar la duda, ser personas dialogantes, respetar los procesos personales e históricos, esperar pacientemente, continuar en

(25) No podemos hacer por hacer. NMI 15.

(26) El anuncio del Evangelio desde los últimos lugares en M. LEGIDO, *Misericordia entrañable*, Salamanca, 1987, especialmente el capítulo XIII. Cf. A. GONZÁLEZ, *Teología de la praxis evangélica*, Santander, 1999, págs. 250-325. Encontraremos en este autor una amplia argumentación sobre la praxis humana en Cristo, que nos ayuda a confrontarnos con los contenidos

las contradicciones, no desesperar con las limitaciones, perseverar en el camino a pesar de las dificultades, reconocer la presencia del Resucitado en todo, dejarnos «asombrar» por Dios, continuar la súplica «ven Señor Jesús» comprometidos en las realidades de dolor, que nos hacen gritar en actitud orante (27).

Desde la gracia se podrá vivir con pasión el presente, hacer memoria del pasado, reviviendo la actuación salvífica de Dios que se manifiesta continuamente en la historia, haciendo posible mantener la esperanza confiada en el futuro. La esperanza sostenida por las promesas cumplidas nos hace actuar «hoy» aquello que esperamos: la causa del Reino, que ha sido y sigue siendo la causa de los santos que nos han precedido en la fe y nos han dejado la antorcha del testimonio evangélico, de la santidad de vida a la que estamos llamados todos los bautizados (28).

La pasión por el presente, que brota de la «gracia», nos hace mirar con compasión y misericordia a cada persona, y toda circunstancia histórica, es la experiencia de padecer con quien padece, y de apasionarnos por la presencia del Reino que germina entre nosotros. Es la pasión que nos saca de la mediocridad y la pereza, manteniendo la mirada fija en Jesucristo, que nos compromete en el proyecto del Reino y nos hace mirar el mundo desde el plan salvífico de Dios.

esenciales de la fe cristiana.

(27) Cfr. NMI 8. Jesús ha venido, viene cada día, pero la súplica continúa, «Ven, Señor Jesús».

(28) Es impresionante ver cómo a lo largo de todo su pontificado Juan Pablo II ha promovido constantemente múltiples beatificaciones y canonizaciones, expresión de la llamada universal a la santidad, LG 6. Un can-

La apertura del corazón. Experiencia de gracia

Remar mar adentro y echad vuestras redes para pescar. Las relaciones interpersonales están basadas en la confianza. Normalmente tenemos que creer en la palabra que nos han dado y la única garantía que tenemos es la propia experiencia; nos tenemos que fiar de nuestra intuición, de la valoración que hacemos del otro. El acto de fe es la experiencia de fiarse del otro, a pesar de tener datos objetivos que prueban lo contrario: *hemos estado pescando toda la noche y no hemos obtenido nada.* La capacidad de creer, de confiar, requiere la tarea de estar abierto, de mantener la apertura del corazón, de no cerrarnos en nosotros mismos negándonos a todo aquello que es gratuito, que es don, que es gracia. La apertura de corazón es una expresión preciosa que indica la magnanimidad del corazón de quien se deja sorprender; ejercita la capacidad de volver a comenzar de nuevo, resiste en las dificultades, convierte en tarea lo que espera, aprovecha las oportunidades que da la vida (29).

La existencia de todo lo creado nos invita a abrir nuestro corazón a todo lo que hemos recibido de forma gratuita. La capacidad de gratuidad nos permite abrir nuestro corazón al reconocimiento de que el origen de nuestra vida y de nuestro destino no está en nosotros mismos sino en Dios. Esta experiencia es la experiencia de la gracia: somos receptores del amor de Dios, con nuestra existencia vuelta totalmente hacia el Dios de la Vida. Recibir el anuncio de la revelación del Dios de la Vida es una gracia inmerecida, que nos hace descubrir la

to para todos aquellos que viven la santidad anónimamente.

(29) La gratuidad es uno de los elementos fundamentales para entender la vida desde la gracia. Cfr: M. GELABERT BALLESTER, *La gracia. Gratis*

historia como historia de salvación, escenario donde el Amor se ha manifestado salvando, sanando y liberando de todo aquello que nos separa de nuestro origen y destino, de la Vida. Formar parte del pueblo de Dios que ha experimentado la salvación, sentirnos parte y miembros de la historia de tantos hombres y mujeres que han vivido la experiencia de la salvación, del amor misericordioso de Dios que se ha donado a sí mismo en su Hijo Jesucristo, es «experiencia de la gracia». Saborear que el sentido de la existencia está en que Dios mismo cuenta con nosotros para liberar, sanar, ser presencia salvífica... es la experiencia de la gracia que se dona en el Espíritu de Dios que no se cansa de amar. *Echad las redes.*

Alcanzados por el Espíritu

La experiencia de la gracia es la experiencia de sentirse alcanzados por el Espíritu que nos hace reconocer los signos de su presencia —pesca milagrosa— y exclamar que Jesús el Resucitado es el Señor. La historia, los acontecimientos, el entorno, el día a día se experimentan con una hondura y profundidad nueva marcada por la novedad del Reino. Dios sale a nuestro encuentro lo trastoca todo, lo inunda todo.

En nuestra experiencia sentimos la paradoja que supone el atrevimiento de ser testigos de un Dios único, encarnado, presente, y la humildad de nuestra presencia traspasada por la gracia, en medio del mundo que es oportunidad y resistencia a esa misma gracia. El Reino lo experimentamos presente «ya», reconocemos sus signos, pero a la vez es una realidad futura, «todavía no» ha llegado a su plenitud. Vivir alcanzados por el espíritu es vivir la tensión del «ya, pero todavía no» que exige poner todas nuestras capacidades, dones recibidos,

situaciones que vivimos y bienes al servicio del Reino, pero con la conciencia clara de que los resultados no se corresponden con lo que nosotros ponemos, sino que son fruto de la gracia, sobrepasan nuestras expectativas o nos deja en la purificación más absoluta (30).

El conocimiento de Cristo es gracia

Dejándolo todo le siguieron. Conocer a Jesús, el Resucitado, provoca un cambio en nuestra vida; no se trata tanto de cambiar de lugar como de cambiar la mente, el corazón, nuestro obrar, nuestra forma de estar en la entraña de la historia. Es emprender el camino del seguimiento atraídos por la persona de Jesucristo, fijar la mirada en Él. Sólo siguiendo sus huellas podemos llegar a identificarnos con Él, con su proyecto; podemos configurarnos en Él y quedar transfigurados por Él. Esto supone recorrer el camino del Espíritu; provoca en nosotros la conversión haciendo posible la acogida del Reino como don y como gracia.

La conversión exige un cambio de perspectiva personal, comunitaria, social que implica liberarnos del poder; del tener; del valer; más aún del poder que quiere tener y del tener que quiere valer y poder. Exige el despojo y la kénosis. Es hacer el esfuerzo de bajar y de abajarse, de encarnarse y caminar con todo el pueblo santo que busca la liberación y muestra el rostro misericordioso del Padre que es el rostro de Jesucristo. Los pobres son una cristología viva (31). No se puede amar ni

et amore, Salamanca, 2002, 13-20.

(30) Cfr. NMI 38. Cf. V. CODINA, *Creo en el Espíritu Santo*, Santander, 1994, 75-98.

encontrarse con Jesús desde arriba, desde la prepotencia, desde el tener, el valer y el poder.. es el despojo absoluto, sólo desde la gracia podemos recorrer el camino liberador que es Cristo y abrir nuestra vida a la autenticidad de la Verdad (32).

La oración, experiencia de gracia

La oración no es algo que yo hago; es el ambiente existencial que provoca el vivir en Cristo, el cual continúa su oración al Padre en nosotros. El tiempo adquiere una dimensión diferente: el tiempo es gracia. Es en el transcurrir del tiempo donde se realiza la historia de salvación que provoca la acción de gracias, la alabanza, la intercesión. La existencia se ve marcada por el canto y el compromiso de vivir oracionalmente, es decir, en el misterio de la gracia, que es el misterio de Cristo, el misterio de la Iglesia, cuerpo místico de Jesucristo.

Remar mar adentro supone vivir en este clímax de gracia. Personalmente es vivir la intimidad y la relación personal con Jesucristo, que es una relación recíproca de amor que nos hace partícipes del amor del Padre al Hijo en el Espíritu Santo. Es la celebración continuada de quien se siente parte del Pueblo de Dios, Esposa de Cristo, interlocutor privilegiado que es convocado continuamente para celebrar, hacer memoria y reconocer su presencia sacramental en la mesa del pan y la Palabra, la cual hace presente y es memoria de la redención y adelanta el futuro escatológico al que está invitada toda la Humanidad.

(31) Cfr. NMI 49.

(32) Cfr. A. GONZÁLEZ, *Teología de la praxis evangélica*, Santander;

La santidad, fruto de la gracia

La causa del Reino es la causa de Cristo, es la causa de los santos. La santidad no está reservada a unos pocos ni a unos privilegiados. La santidad es el testimonio vivo del Reino que se acoge en las obras y en las palabras, desde un seguimiento fiel a las huellas de Cristo; el único programa es el de Cristo; Cristo es el programa que lo resume en estas palabras: *Id y decirle a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la Buena noticia* (Mt 11, 4-6) (33).

3. ACOGER EL REINO CON OBRAS Y PALABRAS. RETOS ACTUALES Y AGENDA DE LA CARIDAD

Continuamos nuestra reflexión dando un paso más a las preguntas planteadas: ¿Desde donde partimos?, ¿hacia donde nos dirigimos? Hemos constatado que el mandato de Jesús de *Remar mar adentro* es un camino que tiene su origen y está sostenido por la gracia. Ésta nos pone en movimiento hacia la conversión, hacia el reconocimiento de Jesús como el Resucitado, Señor de la historia. Provoca en nosotros la confianza en su Palabra, el reconocimiento de su presencia en la fracción del pan, para vivir con Él una relación personal y comunitaria basada en la gratuidad y el amor. Nuestra existencia envuelta en la atmósfera de la gracia nos hace capaces de vivir en la

1999, 250-325.

(33) Cfr. D. BONOHEFFER, *El precio de la gracia*, Salamanca, 1986, 188-

obediencia: *echad las redes*. Abandonando nuestros cálculos, somos invitados a participar de su misión: *serás pescador de hombres*.

Inevitablemente surgen dos preguntas: ¿dónde echar las redes? y ¿cómo echar las redes? El mandato misionero nos encamina hacia los hombres y mujeres de nuestro tiempo, así como a tomarle el pulso a la realidad que nos circunda.

Vivimos en un contexto social y cultural marcado por cambios rápidos y profundos que tienen una dimensión mundial. Un mundo desaparece y otro está emergiendo. Esta situación ha generalizado una crisis que afecta a todos los sectores de la actividad humana y suscita una honda reflexión en los distintos campos científicos: sociología, filosofía política, etc., creando grandes interrogantes en el porvenir de la cultura (34).

La crisis de la Iglesia y de sus miembros hay que analizarla en este contexto. «Las soluciones que podemos aportar no pueden nacer de un espíritu voluntarista, sin duda cada uno de nosotros debe interrogarse sobre la adhesión real a Cristo, a su Evangelio y a su Cuerpo eclesial» (35). Las tentaciones de dejarnos llevar por el *cansancio: Hemos estado remando toda la noche y no hemos conseguido nada*; de caer en la *decepción* por la creciente increencia, por la falta de relevos, por las dificultades de transmitir la fe a las generaciones más jóvenes, por la crisis de valores en nuestra sociedad, por la pérdida de memoria de nuestra cultura cristiana. La tentación de caer en un

209.

(34) Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL FRANCESA, «Proponer la fe en la sociedad actual», *Ecclesia* 2.835 (1997) 24.

sentimiento de culpa personal o ajena que nos conduce al resentimiento, a la crítica amarga e incluso al abandono de la fe.

¿A quien servimos? ¿Al dios del dinero, de la comodidad, del bienestar, del consumo, de la seguridad o al Dios de Jesucristo? Es imposible servir a dos señores. Intentar compaginar el servicio a dos señores hace que nuestras vidas sean mediocres y nuestras acciones ineficaces (36). La misión implica servir al *único Señor donde y en quienes quiere ser servido*, los pobres; y *como Él quiere ser servido*, en la pobreza del apóstol que brota de la gratuidad radical, sin buscar en ningún momento dinero, poder, honores, medallas, ni siquiera las gracias; desde un amor infinito (1 Cor 13); desde una obediencia permanente a su Palabra: *echad las redes a la derecha* (cf. Jn 21, 6) (37).

Vivir desde la gracia, servir al único Señor que hemos encontrado en la interioridad de nuestras vidas, nos hace iniciar un viaje hacia los últimos lugares, dónde el Espíritu Santo nos precede e impulsa a emprender el camino, «proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto en cada ser humano» (38), *descubriendo a Cristo en el rostro de aquellos con los que ha querido identificarse*: los más pobres, hacia todos aquellos que ven amenazada su vida por cualquier causa (Mt 25, 26-27) (39). Este viaje nos lleva hasta la presencia doliente de Jesucristo en tantos seres humanos que continúan siendo crucificados. El caminar hacia abajo, hacia las sombras, hacia el

(35) *Ibid.*

(36) NMI. 31, 34.

(37) Cfr. D. BONOHEFFER, *El precio de la gracia*, 137.

(38) NMI. 49.

dolor; no es optativo; es el único camino que hace posible el encuentro con la radicalidad del mensaje evangélico, con la verdad que es Cristo, con el gran misterio de la Redención. Sólo bajando, viviendo en el Espíritu del Resucitado el misterio de la Encarnación y de la cruz, descubrimos la gran alegría del Reino, la profundidad de la esperanza cristiana (40).

Sólo el amor, que nos hace vivir en pobreza y obediencia (41), es la guía y el manual que nos conduce hacia la realidad de injusticia, violencia, pobreza que miles y miles de personas seguimos padeciendo hoy, nos hace tocar con las manos la «realidad del pecado» personal, estructural que de forma oculta, maquillado, sigue minando a personas concretas negándoles el derecho a la vida (42). En verdad sólo la gracia, el don del Espíritu, puede hacer eficaces nuestras palabras y obras, porque sólo pueden ser eficaces desde la fuerza germinal del Reino presente en la historia. El ser «cristiano», es decir, el ser y pertenecer a Cristo, en Cristo y por Cristo hace de toda nuestra existencia misión eclesial, vocación al Amor;

(39) *Ibíd.*

(40) Cfr: NMI 49, «Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo». Cfr: NMI 25-26-27. Rostro doliente. Cfr: NMI 23, La encarnación es verdaderamente una *kenosis*, un «despojarse».

(41) El seguimiento a Jesucristo desde la pobreza, la castidad y la obediencia no es algo reservado a personas privilegiadas. El nacimiento en la Iglesia de los Institutos Seculares por la fuerza del Espíritu, son la llamada, el signo vivo, la invitación a vivir la radicalidad evangélica desde dentro del mundo, desde la propia vocación laical, es la llamada a la santidad universal, enviados a transformar las estructuras desde dentro.

(42) Cfr: NMI42, La programación pastoral se inspirará en el «mandamiento nuevo». Cfr: NMI 37, Sacramento de la reconciliación. «Es necesario afrontar la crisis del sentido del pecado que se da en la cultura con-

desde el Amor y para el Amor que inevitablemente se impone en nuestra forma y estilo de vida como único mandamiento a cumplir y del cual brotan, como «fuentes de agua viva», acciones que generan vida (43).

Vivir desde el estilo más auténticamente cristiano y eclesial conduce inevitablemente a perder la vida, a entregar nuestro tiempo, nuestras capacidades, nuestras realidades existenciales por el anuncio del Reino.

Interpelados por los pobres

Os haré pescadores de hombres. Es una invitación que nos impulsa a salir de nuestra mediocridad «aprendiendo a hacer el acto de fe en Cristo, interpretando el llamamiento que él dirige, desde este mundo de la pobreza» (44). El Santo Padre se hace eco de las muchas «necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana (45), se interroga por las contradicciones de nuestro mundo que consiente «que haya todavía quien se muere de hambre; quien está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental; quien no tiene techo donde cobijarse» (46). Llama la atención sobre las pobreza nuevas que emergen en nuestro en-

temporánea».

(43) Cfr. NMI 15, «...con el riesgo fácil del “hacer por hacer”. Tenemos que resistir a esta tentación, buscando “ser” antes que “hacer”». NMI 29, «El anuncio de Cristo llegue a las personas, modele a las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura».

(44) NMI 50.

(45) *Ibíd.*

torno, que junto a las antiguas, presentan un paisaje desolador: «la desesperación del sin sentido, la insidia de la droga, el abandono de la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o la discriminación social» (47). A su vez nos invita a no quedarnos al margen de los retos actuales en este panorama mundial: «desequilibrio ecológico; problemas de la paz; vilipendio de los derechos humanos fundamentales; nos recuerda el deber de comprometernos por la defensa de la vida de cada ser humano desde la concepción hasta su ocaso natural». Añade la exhortación a vivir el servicio de la caridad desde «la cultura, la política, familia, economía, cuestión social» (48).

Creo sinceramente que es mucho lo que se está trabajando en todos los campos, pero a la vez son muchos los interrogantes que día a día se nos abren, sobre todo desde la ciencia, la biotecnología, la tecnología, las ciencias políticas, sociales, económicas y que hay que afrontar tanto desde la reflexión teológica como desde la praxis pastoral.

La reflexión teológica requiere cada vez más un trabajo interdisciplinar; la actualidad urge un dialogo abierto con todas las áreas de la ciencia. Por otro lado, la praxis pastoral nos hace tocar con nuestras propias manos, sufrir en la propia carne muchas de las pobrezaas que hemos mencionado. No es difícil encontrar en las comunidades eclesiales familias que sufren muy de cerca la lacra de la droga, o a quienes les sorprende la homosexualidad de algún familiar cercano, o tener que aceptar que algún hijo se vaya a vivir con su pareja

(46) *Ibíd.*

(47) *Ibíd.*

(48) Cfr. NMI 50-51-52. Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*,

sin casarse, o el drama de la ruptura de un matrimonio. Tampoco es muy difícil encontrar ancianos y enfermos que se encuentran solos y abandonados por su familia, o al contrario, familias con enfermos crónicos y ancianos que precisan de apoyo. El problema de la inmigración es algo patente y latente en nuestras comunidades. Sin mucho trabajo nos encontramos con niños y jóvenes que sufren la marginación y la exclusión por el fracaso escolar o la falta de trabajo. Tampoco es difícil vernos envueltos en algún problema de violencia familiar; o ver cómo una mujer soporta sola la cargas familiares; o comprobar cómo el aborto se convierte en algo natural, etc. *¿Cómo hacer posible que la caridad de las obras corrobore la caridad de las palabras* (49) *sin caer en la tentación de reducir las comunidades en agencias sociales* (50), de buscar la eficacia de nuestra acción a través de nuestras programaciones y medios generando —como la Administración— nuevas infraestructuras que legitimen los recursos económicos obtenidos, de reducir a la profesionalidad el servicio a la caridad y el rostro misericordioso del Padre, manifestado en el Hijo y vivificado por el Espíritu en la comunidad eclesial?

Afrontamos, como reto actual, las implicaciones de las enseñanzas del Concilio Vaticano II en la vida de las comunidades eclesiales. Fijamos nuestra atención sobre todo en las constituciones *Lumen gentium* y *Gaudium et Spes* y el decreto *Ad gentes divinitus*, así como todo el desarrollo de la doctrina social de la Iglesia.

capítulos II-IV, Madrid, 1993, 299-330. (Citaremos GS.)

(49) Cfr: NMI 50.

1.º De agencia de servicios a comunidad eclesial

El agente de pastoral no es un individuo aislado sino que tiene que formar parte del gran interlocutor de Dios que es su Pueblo, la Esposa de Jesucristo, la Iglesia, que es peregrina en este mundo y en esta historia, pero sabe que se dirige hacia la liberación definitiva, hacia la salvación. Cada agente de pastoral es el rostro de la comunidad eclesial que se encarna en un ambiente concreto, en el tiempo y en el espacio, y espera junto a toda la Creación la venida definitiva de Jesucristo (51).

En este tiempo y espacio la comunidad eclesial es el rostro misericordioso de Jesucristo encarnado en la historia. La caridad y el viaje hacia los últimos no es patrimonio de unos cuantos voluntarios de las comunidades o de los profesionales: es la comunidad eclesial como tal la que vive y anhela hacerse presente, desde los valores del Reino, en la realidad que le circunda, en la acogida incondicional al otro, especialmente al que sufre en su carne la pobreza del tipo que sea, con la cercanía del que contempla el gran misterio del dolor y se siente compañero de camino, invitando al otro, abierta y sinceramente, a integrarse en la comunidad para seguir haciendo camino juntos, siendo todos protagonistas y artífices de ámbitos sanadores y salvíficos. Los agentes pastorales se sienten enviados por la comunidad y hacen realidad su presencia entre los pobres (52).

(50) NMI 52.

(51) Cfr. NMI 16, «Los hombres de nuestro tiempo piden a los creyentes de hoy no sólo hablar de Cristo, sino en cierto modo hacérselo ver». Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, Capítulo II, Madrid, 1993, (Citaremos LG).

Es una comunidad de vida que integra y dignifica porque trata a todos por igual y cuyos miembros se sienten hermanos de aquel que ha llamado a las puertas pidiendo ayuda. Es el espacio donde es posible experimentar la cercanía y acompañamiento de los otros, sentir que la vida de los demás me pertenece, me siento parte de ella y la siento como don y como gracia. Nada de lo que vive el miembro de la comunidad nos puede ser ajeno: familia, trabajo, estudios, enfermedad, problemas, compromisos, ya que la «vitalidad de la comunidad» no está en la cantidad de actividades que realiza, sino en la vida de cada uno de sus miembros vivida desde la fe y la conformación en Jesucristo en la cual participamos todos (53).

Es una comunidad de bienes donde cada miembro pone al servicio de los demás, del Reino, todos los dones recibidos, todo lo que es y como está (54). Toda persona tiene que descubrir en la comunidad, en su comunidad, que es necesario: el enfermo, el anciano, el inmigrante, el joven, el niño, la mujer sola, el homosexual, el divorciado, el drogadicto, el alcohólico, la prostituta, porque en él se ha identificado el mismo Cristo, y cuenta con Él para llevar esta Buena Noticia.

Es una comunidad que celebra la fe. Por las celebraciones tendríamos que saber identificar la vida de cada comunidad. El dinamismo de las celebraciones no está sólo en la preparación externa de las mismas. El dinamismo de las celebraciones está en cómo reflejan la vida de la comunidad, la vida de cada una

(52) Cfr: LG, 36.

(53) Cfr: NMI 43, «Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”». (Cfr: LG 33.)

de las personas que la componen, con sus logros y dificultades en la unidad de la comunidad (55).

Es una comunidad abierta, con corazón grande, donde invita a otros —a los cuales dedica su tiempo y energías— a participar de la vida de la comunidad como don para todos. No es ajena a todo el acontecer del mundo, a todos los problemas incluso nacionales e internacionales. Se deja interrogar por todos los retos actuales, por las pobrezas emergentes, y se pregunta por las causas y consecuencias, y se siente comprometida con una cultura solidaria. Es capaz de ver los «signos de los tiempos» que aparecen en su entorno y en el mundo, y apoya y anima todas las iniciativas que favorecen el bien común y los derechos fundamentales de toda persona (56). Es una comunidad que crea espacios para la relación interreligiosa.

Cada comunidad eclesial es una presencia sanadora y salvífica que vive continuamente el itinerario de conversión. ¡Tiene necesidad de conversión! Porque continuamente se siente interpelada por la Palabra de Dios, viva entre nosotros, por la presencia de Jesucristo que camina con y entre nosotros. La comunidad cristiana tiene que dejarse sanar y evangelizar por todos aquellos en quienes Cristo se hace presente y nos muestra su rostro

2.º Formación y responsabilidad. Testigos de misericordia

La primera llamada que resaltamos y que subyace en el documento es la llamada a la responsabilidad de todo creyen-

(54) NMI 45, 46.

(55) Cfr. LG, 34.

te: en su propia familia, profesión, actividades que realiza, compromisos, opción de vida y condición social, ya que es en todos estos ambientes donde se hace testigo del mensaje evangélico y autentifica el seguimiento a Jesucristo. *El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la tarea de la construcción del mundo, ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes, sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber* (57).

La caridad cristiana debe impulsar a todo creyente, a la comunidad eclesial, a ser luz y sal en medio del fragor de este mundo (58). La agenda de la caridad en cada comunidad eclesial obliga a vivir itinerarios formativos que tengan en cuenta e iluminen la presencia cristiana en medio de los distintos ambientes donde vivimos. No son pocas las veces que reducimos el compromiso cristiano a una serie de actividades dentro de las comunidades, y dejamos a un lado los variados ambientes donde nos movemos los distintos miembros de la comunidad eclesial: trabajo, familia, asociaciones. Omitimos así el acompañarnos y formarnos para aplicar el Evangelio a las muchas decisiones que, en el cumplimiento de nuestro deber, tomamos cada día, las cuales influyen o deberían influir en el cambio de estructuras (59).

Formar para el servicio: participación política, social y económica

Ni que decir tiene que las responsabilidades políticas y sociales no pueden ser ajenas a la marcha y vida de las comu-

(56) NMI 10, 14. Cfr: LG 34-35.

(57) NMI 52.

(58) Cfr: LG 33.

nidades. No podemos quedarnos al margen de los muchos problemas que se debaten y legislan. No podemos dejar de comprometernos en una participación activa en las decisiones políticas, económicas, sociales de nuestro mundo, ni dejar pasar tantos temas que deben provocar en nuestros encuentros el debate y la valoración a la luz de los valores del Reino, para comprometernos en la tarea de trabajar por el bien común. La posibilidad de abrir espacios al debate y su valoración a la luz de la fe capacitan para desenmascarar todas aquellas actuaciones políticas, económicas, sociales, que bajo la capa del «bienestar», y «legitimándolas» en muchas ocasiones creando «infraestructuras», no producen como resultado el «bien común», sino que más bien ocultan y encubren situaciones de marginación y exclusión que muchos de nuestros contemporáneos padecen. A su vez la comunidad, a la luz de la fe, percibe con mayor intensidad los «signos de los tiempos», «signos del Reino» que de diferentes maneras el Espíritu va suscitando en medio de nosotros, entrando en comunión de vida y de acción con tantas personas que, no siendo creyentes, luchan y trabajan por un mundo más justo y humano.

El servicio a trabajar activamente desde la política no puede ser excluido, sino todo lo contrario, tiene que ser animado, generando cauces de formación adecuada para que esta participación sea un verdadero servicio al bien común: «Los que son, o pueden llegar a ser, capaces de ejercer un arte difícil, pero a la vez tan noble, cual es la política, prepárense para ella y procuren dedicarse a la misma sin buscar el propio interés ni ventajas materiales. Luchen contra la injusticia y la opresión, contra la intolerancia y el absolutismo, sea de un hombre o de un partido; obren con integridad y prudencia y se consagren

al servicio de todos con sinceridad y rectitud; más aún, con amor y fortaleza política» (60).

El servicio a la caridad y a la justicia trabajando activamente en el progreso económico-social nos lleva a la valoración de toda persona, reconociendo en cada una de ellas la dignidad de «hijos de Dios», con pleno derecho a desarrollar todos sus dones y capacidades para poder contribuir al bien común de toda la sociedad. La experiencia comunitaria nos descubre que la sociedad se basa en una innumerable relación de servicios que se fundamentan en la necesidad que tenemos unos de otros. Dejar a alguien al margen considerando que no es necesario en esta sociedad es privarlo de su dignidad (61); el no generar cauces de desarrollo y promoción de cada persona para que todos contribuyamos al bien común y participemos de tantas formas al servicio de la sociedad, es lo mismo que generar la injusticia, la violencia y sembrar la muerte. El no retribuir justamente el servicio que se realiza, de tal forma que la persona tenga la autonomía necesaria para vivir con respeto hacia sí mismo y hacia los otros, sólo se le puede llamar abuso y genera nuevas esclavitudes. El egoísmo y la avaricia, junto con la supervaloración de ciertos servicios, hace que algunas personas acumulen grandes sumas de dinero para su propia satisfacción personal sin contribuir al bien común, constituyendo una de las mayores injusticias e insolidaridades que podemos nombrar, ya que contribuye de forma positiva a la desigualdad y división entre las personas y entre los pueblos (62).

(59) Cfr. LG 36.

(60) GS 75.

(61) Cfr. L. GONZÁLEZ DE CARVAJAL, *Entre utopía y realidad*, Santander, 1998, 26-27

(62) Cfr. H. IBAÑEZ, *De la integración a la exclusión, Los avatares del*

Los creyentes recibimos una llamada a globalizar la solidaridad (63): el progreso económico tiene que estar al servicio de la persona y tiene que llegar a todos los pueblos. El desarrollo económico no puede hacerse a cualquier precio, sobre todo si el precio son las personas e incluso países enteros (64). Por otro lado el desarrollo tiene que estar fundamentado en valores morales, porque el deseo desmedido de poseer, de consumir, la cultura del usar y del tirar crean nuevas esclavitudes, la sumisión ante la avalancha publicista y una radical insatisfacción (65).

El reto es grande para las comunidades eclesiales y todos y cada uno de los creyentes. La fe nos invita a un nuevo impulso de compromiso solidario que comporta ser autocríticos con nosotros mismos y a proponer una alternativa social desde la utopía del Reino.

CONCLUSIÓN

Hemos iniciado este artículo con un estudio comparativo de los textos Lc 5 ,1-11 y Jn 21, 1-14, *la pesca milagrosa*, que

trabajo productivo a finales del siglo xx, Santander, 2002. El autor ofrece una reflexión y análisis sobre la nueva manera de estructurar la sociedad. Se pregunta sobre el elemento de cohesión de la sociedad en este momento histórico, qué sociedad queremos construir, qué clase de reivindicaciones y luchas es preciso plantear para construir una sociedad cohesionada, qué tipo de militancia, de organizaciones requiere este presente...

(63) Cfr: NMI 10. Cfr: C. FRASSINETTI, *La globalización vista desde los últimos*, Santander, 2000.

(64) Cfr: JUAN PABLO II: *Sollicitudo rei socialis*, 33 (Once grandes mensajes). Cfr: JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, 31 (Once grandes mensajes, pág. 678).

(65) Cfr: JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, 28 (Once grandes men-

nos ofrecen las claves de interpretación del documento y la profundidad y hondura con que Juan Pablo II interpreta la expresión *Duc in altúm!*

El dinamismo de la expresión *Rema mar adentro* nos introduce en el segundo punto de este artículo: *la primacía de la gracia*, que viene expuesta como experiencia del Espíritu, fuente de vida, como ámbito existencial del creyente de donde brota toda la capacidad de entrega: «sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5) y la auténtica eficacia de la acción. Esta es una insistencia constante en el documento, parece como si el Papa quisiera grabarlo a fuego en el corazón de los fieles: sin la primacía de la gracia, sin la primacía de Cristo, sin la primacía del Reino, sin la primacía de la santidad (66), términos sinónimos en el texto, estamos abocados a la mediocridad y al hacer por hacer, perdiendo el horizonte del ser (67). *No se puede servir a dos señores.*

Desde la experiencia de gracia nos introducimos en las profundidades del mar dejando la seguridad de nuestras orillas. El encuentro del Resucitado se produce tanto en la relación personal con Él: oración, interioridad alimentada por la Palabra y fiados en ella, como en la entrega de nuestra vida, siguiendo las huellas del Señor en la obediencia, la pobreza y el amor incondicional que nos sitúa al lado de los pobres, que son los protagonistas de la realidad del Reino, con los que Cristo se identifica (68).

En este tercer momento exponemos, de forma sumaria, los retos actuales que aparecen en el documento, priorizando

sajes).

(66) NMI 38.

(67) NMI 15.

en nuestra reflexión el reto de pasar de agencias sociales a comunidades vivas que muestran el rostro misericordioso de Jesucristo. Siguiendo las enseñanzas del Concilio, nos planteamos la participación en la misión de Jesucristo, misión de la Iglesia en el mundo actual desde la vocación laical, haciendo hincapié en la realidad de la Iglesia como «pueblo de Dios», que peregrina en esta tierra desde la tensión del Reino, del «ya, pero todavía no».

Las actitudes que deben predominar en este peregrinaje son: *la autenticidad de la caridad* que se verifica en las obras concordantes con el mensaje que anunciamos y en el espíritu de comunión; *el permanecer en el amor* a pesar de las contradicciones, sufrimientos y persecuciones que se producen por vivir desde la pobreza y al lado de los pobres y verse desmascarados los poderes de este mundo; *la capacidad de resistir e insistir* sustentada en la esperanza cierta de que el fruto madura y es abundante; *la mirada compasiva y misericordiosa* con que el Resucitado mira a cada persona y colectivo, dejándonos asombrar por el misterio de cada ser humano en cuyo interior se entabla el dialogo con Dios; *la humildad constante* del que sirve al Reino poniendo en la mesa de la fraternidad todo lo que es y todo lo que tiene para favorecer el bien común; *la actitud orante, contemplativa* del que todo lo espera de aquel que todo se lo ha dado...

Por último, nos preguntamos: ¿qué redes hay que echar para pescar tan abundantemente? Sin lugar a dudas los apóstoles echaron las redes que usaban en su faena habitual. Les invito a mirar a cada miembro de la comunidad, a cada persona que se acerca solicitando ayuda, a cada hombre o mujer a la que nos acercamos y nos ponemos a su lado. Cada una de ellas no vive aislada, su vida se configura en una gran red de

relaciones: con los miembros de su familia, amigos, vecinos, conocidos, compañeros de trabajo, ambientes donde se mueve, lugares de ocio. Detrás de cada rostro hay un corazón lleno de nombres, y la posibilidad de anunciar con palabras y obras la Buena Noticia del Reino, sobre todo con obras, produciendo el efecto de la convocación.

Vivir la praxis del Evangelio, la caridad auténtica, lleva en muchas ocasiones a afirmar: *hoy se ha cumplido ante mis ojos la palabra de Jesús* (cfr. Lc 4, 21). Doy gracias a Dios por tantas veces como me ha hecho testigo de su presencia en medio de los pobres. Realmente es el Dios de los pobres, se ha puesto de su lado descaradamente. Es el mismo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, el que pone en movimiento una gran red de solidaridad, sin ruido, sin ostentación, en silencio y a veces a escondidas y de noche. *Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien* (Lc 10, 21).

DOCUMENTOS

Concilio Vaticano II

- *Ad Gentes* (1965).
- *Gaudium et Spes* (1965).
- *Lumen Gentium* (1965).

DOCUMENTOS PONTIFICIOS

Juan Pablo II

- Carta encíclica *Laborem Excercens* (1981).
- Carta encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* (1987).

- Carta encíclica *Centesimus Annus* (1991).
- Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* (2000).
- Carta apostólica *Christifideles Laici* (1988).

Conferencias episcopales

LXXVII Asamblea Plenaria de la CEE; Plan pastoral 2002-2005.
LV Asamblea Plenaria de CEE. Los Cristianos laicos, Iglesia en el mundo (1991).
CEF: «Proponer la fe en la sociedad actual», *Eclessia* 2.835 (1997).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- A.A.VV. (1971): *Comentario bíblico «San Jerónimo»*, Tomo III, Madrid.
A.A.VV. (1995): *Comentario al Nuevo Testamento*, Madrid.
BERZOSA MARTÍNEZ, R. (2000): *Ser laico en la Iglesia y en el mundo*, Bilbao.
BONHIEFFER, D. (1986): *El precio de la gracia*, Salamanca.
BROWN, R. E. (2000): *El Evangelio según San Juan, XIII-XXI*, Madrid.
CODINA, V. (1994): *Creo en el Espíritu Santo*, Santander.
ESTRADA DÍAZ, J. A. (1990): *La identidad de los laicos. Ensayo de eclesiología*. Madrid.
FRASSINETI, C. (2000): *La globalización vista desde los últimos*, Santander.
GELBERT BALLESTER, M. (2002): *La gracia. Gratis et amore*, Salamanca.
GONZÁLEZ DE CARVAJAL, L. (1998). *Entre utopía y realidad*, Santander.
GONZÁLEZ, A. (1999): *Teología de la praxis evangélica*, Santander.
— (1999): *Teología de la praxis evangélica*, Santander.
IBÁÑEZ, H. (2002): *De la integración a la exclusión. Los avatares del trabajo productivo a finales del siglo XX*, Santander.
SCHNACKENBURG, R. (1980): *El Evangelio según San Juan, III*, Barcelona.
THEISSEN, G.; MERZ, A. (2000): *El Jesús histórico*, Salamanca.

Para documentarnos

SÍNTESIS

DE LA CARTA APOSTÓLICA

NOVO MILLENNIO INEUNTE

ANTONI M. ORIOL TATARET

Profesor emérito de la Facultad
de Teología de Cataluña

En el presente trabajo ofrezco, en primer lugar, un amplio esquema de la Carta Apostólica en torno a la tríada: *Recordar, Contemplar, Hacer*, que procura reflejar lo más fielmente posible tanto su contenido como su trabazón. En segundo lugar, dibujo la imagen ideal del agente de *Cáritas* que surge del mensaje.

I. PRESENTACIÓN SINTÉTICA DE NOVO MILLENNIO INEUNTE

Introducción: las metáforas del camino y de la navegación

I. Se abre para la Iglesia una nueva etapa de su camino. «¡Mar adentro!», dijo un día Jesús a sus discípulos (Lc 5, 4). Esta palabra de Jesús a Pedro y compañeros nos invita a recordar con gratitud el *pasado*, a vivir con pasión el presente y

a abrimos con confianza al *futuro*: «¡Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre!» (Hb 13, 8).

a) *Pasado*: El pueblo peregrino, la Iglesia, ha pasado a través de la «puerta Santa», que es Cristo. Un «río de agua viva» se ha derramado sobre la Iglesia.

2. b) *Presente*: El Papa siente el deber de compartir con nosotros el canto de alabanza del Salmo 118 (117), 1: «Cantad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia» (final n. 1). Él había pensado en este Año Santo como un momento importante de su pontificado, treinta y cinco años después del Concilio Vaticano II, de cara a que la Iglesia se interrogara sobre su renovación y asumiera con nuevo ímpetu su misión evangelizadora. Hay que escuchar aquello que el Espíritu, a lo largo de este año tan intenso, ha dicho a la Iglesia (cf. Ap 2, 7.11.17, etc.)

3. c) *Futuro*: Es necesario pensar sobre todo en el futuro que nos espera. Hemos vivido el Jubileo no sólo como memoria del pasado, sino también como profecía del futuro. El Papa invita a todas las Iglesias locales a traducir la gracia recibida en líneas concretas de acción. En dichas Iglesias está presente y actúa la única Iglesia de Cristo (CD 11). El encarnarse de la Iglesia en el tiempo y en el espacio refleja el movimiento de la Encarnación de Cristo. Es el momento de que cada Iglesia analice su fervor y recupere un nuevo impulso para su compromiso espiritual y pastoral. El Papa quiere ofrecer, en esta Carta, su contribución para que la Iglesia brille cada vez más en la variedad de sus dones y en la unidad de su *camino* [inclusión con n. 1].

Podemos resumir el contenido del documento con la tríloga: *recordar, contemplar, hacer*. Conservaré entre claudátores

los títulos del documento original, al igual que conservo su numeración.

I.1. [El encuentro con Cristo, herencia del Gran Jubileo]

A) Recordar: El jubileo nos deja una herencia cuyo núcleo esencial es el encuentro con Cristo

NB.—El Papa quiere exponer en esta primera parte «algunos de los aspectos más excelentes de la experiencia jubilar» (cf. n. 15).

4. La bula *Incarnationis Mysterium*, convocatoria del Jubileo, auguraba una vivencia del misterio de la Encarnación desde la triple perspectiva de la alabanza, la reconciliación y la esperanza. El Papa piensa, en estos momentos, sobre todo en la primera, la alabanza, ya que el cristianismo es gracia. El Jubileo nos ha hecho sentir que dos mil años de historia no han hecho disminuir el triple «hoy» de los ángeles a los pastores, (Lc 2, 11), del cumplimiento de la Escritura en la sinagoga de Cafarnaum (Lc 4, 21) y de la salvación del buen ladrón en el Calvario (Lc 23, 43), que nos ponen delante de los ojos el nacimiento, la misión y el hecho salvador de Jesús.

A continuación el Papa expone once aspectos de la experiencia jubilar, que sintetizaré en sendos enunciados.

5. Primero: *El Jubileo nos ha ayudado a percibir el misterio de Cristo en el gran horizonte de la historia de la salvación.*

¡El cristianismo es la religión que ha entrado en la Historia!, exclama el Papa, y lo elucida recordando, con Ga 4, 4, que el

nacimiento de Jesús, del seno de María, tuvo lugar en la plenitud de los tiempos; con Jn 1, 3, que, por medio de Él, el Verbo, todo se hizo; con Mc 1, 15, que, en y para Jesús, el Reino de Dios se ha hecho cercano; con Mc 4, 30-32, que el Reino ha puesto sus raíces como semilla destinada a convertirse en un gran árbol, y con Ap 22, 13, que Cristo es el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin. Contemplando a Cristo, sintetiza, hemos adorado todos juntos al Padre y al Espíritu, la Trinidad, misterio inefable en el cual todo tiene su origen y su realización.

6. Segundo: *El Jubileo se ha caracterizado fuertemente por la petición de perdón, tanto para cada uno individualmente como para toda la Iglesia.*

El Concilio nos había preparado para examinarnos la conciencia, al manifestar que la Iglesia es santa, y, a la vez, tiene necesidad de purificación (LG 8). Unos Congresos científicos nos ayudaron a centrar los aspectos en los que el espíritu evangélico no había siempre brillado durante los dos primeros milenios. En la Liturgia de 12 de marzo de 2000, el mismo Papa se hizo portavoz de la Iglesia, al pedir perdón por el pecado de tantos hijos suyos. Esta «purificación de la memoria» ha reforzado nuestros pasos en el camino hacia el futuro, haciéndonos a la vez más humildes y atentos respecto a nuestra adhesión al Evangelio.

7. Tercero: *El Jubileo nos ha inducido a glorificar a Dios por su obra a lo largo de los siglos y, especialmente en el siglo XX, por conceder a la Iglesia una gran multitud de santos y de mártires.*

De entre la gran multitud de santos y de mártires del siglo XX, algunos —Papas, laicos, religiosos— han sido beatifica-

dos o han sido canonizados durante el Año jubilar. En él se ha trabajado mucho para recoger las memorias preciosas de los testigos de la fe en el mencionado siglo, testigos que fueron conmemorados el 7 de mayo de 2000, junto con representantes de otras Iglesias y Comunidades eclesiales, en el marco del Coliseo. Es una herencia, precisa, que se ha de transmitir; a fin de agradecerla e imitarla.

8. Cuarto: *El Jubileo ha hecho que innumerables hijos de la Iglesia se hayan acercado a las tumbas de los Apóstoles para profesar la fe, confesar sus pecados y recibir la misericordia salvífica.*

El Papa atestigua que, a menudo, se ha parado a mirar los incontables hijos de la Iglesia venidos a visitar las tumbas de los Apóstoles, sea individualmente, en largas filas, en espera paciente de cruzar la Puerta Santa, tratando de imaginar su vida en función del encuentro con Cristo y del diálogo esperanzado con Él; sea en grupos, viéndoles como imagen plástica de la Iglesia peregrina. Conviene, concluye el Papa, callar y adorar; confiando humildemente en la acción misteriosa de Dios, y cantar su amor infinito.

9. Quinto: *El Jubileo nos invita a recordar el alegre y entusiasmante encuentro con los jóvenes.*

Los jóvenes han suministrado la imagen más viva para el recuerdo, sobre todo durante la semana en que Roma se hizo joven con ellos. Los jóvenes fueron, para Roma y para la Iglesia, un don especial del Espíritu de Dios. Frente a la tendencia a mirarlos con pesimismo, en la sociedad contemporánea, el Jubileo nos transmite el mensaje de una juventud que, a pesar de posibles ambigüedades, expresa un profundo deseo de los valores auténticos que tienen plenitud en Cristo, secreto de la

libertad, alegría del corazón, amigo supremo, respuesta convincente, mensajero exigente marcado con la cruz. De aquí, remacha el Papa, que les pidiera una opción radical de fe y de vida, señalándoles la tarea de hacerse «centinelas de la mañana» (cf. Is 21, 11-12).

10. Sexto: *El Jubileo ha congregado, con una participación impresionante, las más diversas clases de personas, cuantiosas en número y serias en la oración, la reflexión y la comunión.*

El Papa se complace en enumerar, entre las diversas clases de personas que se beneficiaron del Jubileo, en primer lugar, a los niños: iniciar con ellos el primer gran encuentro significaba en cierto modo respetar la exhortación de Jesús: «Dejad que los niños se acerquen a mí» (Mc 10, 14) y repetir su gesto de «situar a uno en medio» y presentarlo como símbolo de la actitud para entrar en el Reino de Dios (cf. Mt 18, 2-4). A continuación, el Papa enumera a los ancianos, los enfermos, los minusválidos, los trabajadores, los deportistas, los artistas, los profesores universitarios, los obispos, los presbíteros, los consagrados, los políticos, los periodistas y los militares, destacando a los trabajadores, cuyo encuentro, el 1 de mayo, propició que Juan Pablo II hablara de su espiritualidad, de la superación de los desequilibrios económico-sociales y de la globalización. En tercer lugar, la lista se abre a las familias, a los presos y al mundo del espectáculo, con las concreciones jubilares respectivas.

11. Séptimo: *El Jubileo recibió un significado determinante con el Congreso Eucarístico Internacional.*

La presencia real de Jesús en la Eucaristía fue el centro del Año Santo, dedicado a la encarnación del Verbo. Y, con la de Jesús, el Papa une la presencia espiritual de María, celebrada

en diversos congresos y destinataria del gran acto de consagración con el que confió a su solicitud materna la vida de los hombres y de las mujeres del nuevo milenio.

12. Octavo: *El Jubileo se celebró en la Sede de Pedro y en las Iglesias particulares y tuvo una fuerte dimensión ecuménica.*

El Jubileo, centrado obviamente en la Sede de Pedro, tuvo lugar también en las Iglesias particulares por vía sea de co-celebración, sea de peregrinación a Roma, donde las riquezas y dones de dichas Iglesias, como también las de cada nación y cultura, se armonizan en la catolicidad. Respecto a la dimensión ecuménica, el Papa destaca el encuentro de 18 de enero en la basílica de S. Pablo donde, por primera vez en la historia, el sucesor de Pedro, el primado anglicano y un metropolitano del patriarcado de Constantinopla abrieron la Puerta Santa en presencia de representantes de Iglesias y de Comunidades eclesiales de todo el mundo. El Papa evoca otros encuentros ecuménicos. El camino ecuménico, remacha, es laborioso, pero nos anima la presencia de Cristo resucitado, que nos guía, y del Espíritu, capaz de sorpresas siempre nuevas.

13. Noveno: *El Jubileo tuvo una personalización excepcional en la peregrinación de Juan Pablo II a Tierra Santa.*

Iniciada con la Liturgia de la Palabra de 23 de febrero en el aula Pablo VI, la peregrinación personal de Juan Pablo II siguió los hitos del Sinaí, del monte Nebo —un mes después— y de Belén, Nazaret, el Cenáculo y el Gólgota. El Papa subraya la acogida extraordinaria que le hicieron los hijos de la Iglesia y las comunidades palestina e israelítica (aquí evoca el Muro de las Lamentaciones y el mausoleo de Yad Vashem). Esta peregrinación, comenta, fue uno de los dones más bellos del acontecimiento jubilar; al evocarlo, augura una pronta y justa

solución de los problemas aún abiertos en aquellos lugares santos.

14. *Décimo: El Jubileo fue también un gran acontecimiento de caridad.*

En este momento el Papa pone de relieve el tema de la deuda internacional de los países pobres. Hacía falta un gesto de generosidad en función de la originaria configuración bíblica de la celebración como tiempo de restablecimiento de la justicia y de la solidaridad. El Papa observa con complacencia que los Parlamentos de muchos Estados acreedores han votado reducciones sustanciales de la deuda desde una perspectiva bilateral, recuerda al aspecto problemático de la deuda multilateral contraída por los países pobres con los organismos financieros internacionales y expresa el consiguiente deseo de que los Estados miembros logren el consenso para una rápida solución de una cuestión de la que depende el proceso de desarrollo de muchos países.

15. *Undécimo: El Jubileo nos deja una herencia cuyo núcleo esencial es la contemplación del rostro de Cristo.*

Ahora debemos «remar mar adentro», reitera el Papa, conectando nuevamente con el texto de Lc 5, 4, inicialmente citado. Las experiencias vividas deben suscitar en nosotros un nuevo dinamismo: la mano puesta en el arado exige mirar hacia adelante (cf. Lc 9, 62). ¡Nada de mirar para atrás, nada de pereza! Hay que emprender una eficaz programación pastoral postjubilar, fundamentada en la contemplación y la oración. No debemos «hacer por hacer», sino que debemos buscar «ser» antes que «hacer». Coherentemente, antes de considerar el «hacer», el Papa se detiene ahora en el «ser-contemplar»: lo hace en la segunda parte de esta Carta

apostólica, que titula expresivamente: «Un rostro para contemplar».

I.2. [Un rostro para contemplar]

B) *Contemplar: Al acabar el Jubileo, nuestra mirada permanece fija más que nunca en el rostro del Señor*

NB.—Juan Pablo II cerrará esta segunda sección escribiendo: «En el rostro de Cristo, ella, su esposa, contempla su tesoro y su alegría».

16. El Papa introduce el tema con la petición de los griegos a Felipe: «¡Queremos ver a Jesús!» (Jn 12, 2). Como aquellos peregrinos pascuales, los hombres de nuestro tiempo, no siempre conscientemente, piden a los creyentes que no solamente les hablen de Cristo, sino que, además, en cierto modo se lo hagan ver. La Iglesia tiene como cometido hacer resplandecer el rostro del Señor ante las generaciones del nuevo milenio. Nuestro testimonio sería muy deficiente si no fuéramos los primeros contempladores del rostro de Cristo. Al final del Jubileo, la mirada permanece fija más que nunca en el rostro del Señor:

El texto trata este tema en seis párrafos reducibles a cuatro. Los podemos resumir con la siguiente formulación: 1) Debemos buscar el rostro de Cristo en los Evangelios; 2) haciendo, con los discípulos, el camino de la fe; 3) la cual nos introduce en la profundidad del misterio; 4) este rostro es el rostro del Hijo, doliente y resucitado.

17. 1) *Debemos buscar el rostro de Cristo en los Evangelios (...).*

a) Fundamentados en la Escritura, nos abrimos a la acción del Espíritu (cf. Jn 15, 26) que es su origen, y al testimonio de los apóstoles que vieron, escucharon y tocaron a Jesucristo (cf. 1 Jn 1, 1). Su visión de fe se basó en un testimonio histórico que los Evangelios, con una intención primordialmente catequética, nos transmiten.

18. b) De los Evangelios, que no pretenden ser una biografía completa de Jesús, emerge el rostro del Nazareno con un fundamento histórico seguro, a partir de testigos fiables (cf. Lc 1, 3) y de documentos eclesialmente discernidos. En efecto, a partir de ellos, los evangelistas descubrieron el nacimiento virginal de Jesús; los datos sobre su vida de carpintero (cf. Mt 13, 55; Mc 6.3); su religiosidad (cf. Lc 2, 41: peregrinación anual en Jerusalén; Lc 4, 16: asistencia habitual a la sinagoga); su bautismo de manos de Juan; su conciencia de ser el Hijo amado (cf. Lc 3, 22); su predicación del Reino de Dios con palabras y signos, caminando por ciudades y aldeas; la tensión creciente entre Él y los grupos dominantes de la sociedad religiosa de su tiempo hasta llegar a la crisis del Gólgota; y, finalmente, su victoria sobre la muerte (tumba vacía y apariciones, en las cuales sus discípulos lo experimentaron vivo y radiante y recibieron el don del Espíritu Santo, a la vez que el mandato de anunciar el Evangelio a todos los pueblos [cf. Jn 20, 22: Mt 28, 19]).

19. 2) (...) *haciendo, con los discípulos, el camino de la fe (...).*

a) Al contemplar el rostro de Jesús resucitado, los discípulos se alegraron (cf. Jn 20, 20); no les fue, sin embargo, fácil el hecho de creer: los discípulos de Emaús creyeron sólo después de un laborioso itinerario del espíritu (cf. Lc 24, 13-15) y, To-

más, después de haber comprobado el prodigio (cf. Jn 20, 24-29). Aunque lo vieran y tocaran, sólo la fe podía franquear el misterio de aquel rostro. A Jesús sólo se llega por la fe. En el diálogo de Cesarea de Filipo, los discípulos afirman que la gente dice que Jesús es Juan Bautista o Elías o Jeremías o uno de los profetas: el pueblo sólo entrevé la dimensión religiosa excepcional de Jesús; pero sólo la fe profesada por Pedro, y con él por la Iglesia de todos los tiempos, llega a la profundidad del misterio: ¡«Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo!» (Mt 16, 16).

20. b) Pedro llega a esta fe porque se lo ha revelado el Padre de los cielos (cf. Mt 16, 17); el modo común de conocer —«la carne y la sangre» (*ib.*)— no abarca el misterio de Jesús. Hace falta que nos dejemos guiar por la gracia. Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte en el que puede madurar el conocimiento de aquel misterio que el evangelista Juan proclama: «Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros; y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14).

21. 3) (...) *la cual nos introduce en la profundidad del Misterio; (...).*

a) La identidad de Cristo radica en la unión íntima e inseparable de las polaridades: «Palabra-carne», «Gloria divina-inhabitación humana». Jesús es «una persona en dos naturalezas», tal como enseña el Concilio de Calcedonia, del año 451, en su formulación clásica. La Iglesia, como Tomás, está invitada continuamente a reconocer la plena humanidad de Jesús, asumida en María, entregada a la muerte y transfigurada por la resurrección; a exclamar, con el Apóstol: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20, 28).

22. b) Juan escribe: «la Palabra se hizo carne» (Jn 1, 14) y Pablo afirma que el Hijo de Dios nació de la estirpe de David «según la carne» (Rm 1, 3). Si el racionalismo contemporáneo hace problema de la fe en la divinidad de Jesús, en otros contextos se hizo problema de su humanidad. La fe de la Iglesia proclama, sin embargo, que la Palabra asumió todas las características del ser humano, excepto el pecado (cf. Hb 4, 15): la Encarnación es una Kenosis, un despojarse de la gloria eterna del Hijo de Dios, que tiende a la plena glorificación de Cristo (cf. Fl 2, 6-11; IP 3, 18).

23. c) La búsqueda del rostro de Dios (Sl 27, 8) encuentra la respuesta en la contemplación del rostro de Cristo, en el cual Dios ha hecho «brillar su rostro sobre nosotros» (Sl 67, 3) y el cual —Cristo— revela también el auténtico rostro del hombre: «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre» (GS 22). El misterio de la Encarnación suministra las bases para una antropología capaz de trascenderse hacia la divinización del hombre mediante la incorporación a Cristo. El Hijo de Dios hecho hombre posibilita al hombre llegar a ser hijo de Dios.

24. 4) (...) *El rostro de Cristo es el rostro del Hijo, doliente y resucitado.*

a) *Es el rostro del Hijo (...):*

Los Evangelios nos posibilitan introducirnos en la «zona límite» del misterio, representada por la autoconciencia de Cristo, pues sus autores, inspirados por el Espíritu Santo, captaron, en las palabras de Jesús, la verdad que Él tenía sobre su conciencia y su persona. Ya Jesús niño en el templo se nos muestra consciente de su relación única con Dios, la propia de quien es el «Hijo» (cf. Lc 2, 49). En su madurez expresó

firmeramente la profundidad del misterio: consciente de sí mismo, Jesús no tiene dudas: el Padre está en Él y Él está en el Padre (cf. Jn 10, 38). Si bien es lícito pensar que por su condición humana, que lo hacía crecer «en sabiduría, en estatura y en gracia» (Lc 2, 52), la conciencia humana de su misterio progresó también hasta la plena expresión de su humanidad glorificada; no obstante, ya en su existencia terrena, Jesús tenía conciencia de su identidad de Hijo de Dios. Lo buscaban para matarlo porque se hacía igual a Dios, leemos en Jn 5, 18. Si bien en Getsemaní y en el Gólgota su conciencia humana se vio sometida a la prueba más dura, no obstante el drama de la pasión y muerte no consiguió afectar su serena seguridad de ser el Hijo del Padre celestial.

25. b) (...) *Es el rostro del Hijo doliente (...)*.

La hora de la cruz, Misterio en el misterio, manifestó el aspecto más paradójico del misterio de Jesús. En Getsemaní —insistamos— Jesús no sólo asumió el rostro del hombre, sino que, además, cargó con el «rostro» del pecado: Dios «lo hizo pecado por nosotros», escribe S. Pablo en 2 Co 5, 21. En la aspereza de esta paradoja Jesús clamó con las palabras iniciales del salmo 22: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» No es posible imaginar un sufrimiento mayor; una oscuridad más densa; pero lo hizo con la unión de sufrimiento y de confianza con que se expresó el salmista: «En ti esperaron nuestros padres, esperaron y tú los liberaste.... No andes lejos de mí (...)» (cf. 22, 21ss).

26. El grito de Jesús en la cruz no es, pues, de desesperación, sino de oblación amorosa del Hijo al Padre para la salvación de todos. «Abandonado» por el Padre, se «abandona» en las manos del Padre. Incluso en este momento de oscuri-

dad ve límpidamente la gravedad del pecado y sufre por ello. Sólo él, que ve al Padre y lo goza plenamente, valora profundamente qué significa resistir, con el pecado, al amor del Padre. Jesús vivió a la vez la unión profunda con el Padre, fuente de alegría y felicidad, y la agonía hasta el grito de abandono, desde la raíz de su unión hipostática.

27. Los santos, con su «teología vivida», nos ofrecen preciosas indicaciones en este campo, gracias a las luces particulares que han recibido del Espíritu Santo o incluso a la experiencia que han hecho de los terribles estados de prueba propios de la «noche oscura». Muy a menudo han vivido algo semejante a la experiencia de Jesús en la cruz, en paradójica confluencia de felicidad y de dolor: «El alma está feliz y doliente», afirma santa Catalina de Siena. Y santa Teresita del Niño Jesús da testimonio de haber probado algo del misterio de Jesús en Getsemaní, el cual gozaba de todas las alegrías de la Trinidad y, sin embargo, su estado de agonía no era menos cruel. Por su parte el Evangelio nos recuerda que, aun en su profundo dolor, Jesús imploró el perdón para sus verdugos y se abandonó en amor filial al Padre (cf. Lc 23, 34 y 23, 46).

28. c) (...) *Es el rostro del Hijo resucitado.*

Ahora bien, la contemplación eclesial del rostro de Cristo no se puede reducir a su imagen de crucificado, pues es el Resucitado. Si no fuera así nuestra predicación y nuestra fe serían en vano (cf. I Co 15, 14). Llegado a la perfección por el sufrimiento, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, afirma la Carta a los Hebreos 5, 7-9. Por eso la Iglesia mira a Cristo resucitado, siguiendo los pasos de Pedro, con el cual exclama: «¡Tú sabes que te quiero!» (Jn 21, 15.17) y unida a Pablo, con el cual afirma: «para mí la vida es

Cristo» (Fl 1, 21). En el rostro de Cristo, ella, su esposa, contempla su tesoro y su alegría. Y, animada por esta experiencia, retoma hoy, en el inicio del tercer milenio, su camino (ved los números 1 y 3) para anunciar a Cristo al mundo: Él «es el mismo ayer, hoy y siempre» (cf. Hb 13, 8).

1.3. [Caminar desde Cristo]

C) *Hacer: Una vez sumergidos en la contemplación de Cristo (orden del ser), ahora debemos considerar el actuar de los cristianos (orden del hacer)*

Una vez considerado el «ser/contemplar», ahora hay que considerar el hacer de los cristianos, tal como el texto anunciaba en el n. 15. Éste

a) *Es un hacer que, en primer lugar, debe avanzar por los caminos de la santidad.*

29. De la certeza de que Cristo está con nosotros día tras día hasta al fin del mundo (cf. Mt 28, 20), certeza que ha acompañado a la Iglesia durante dos milenios, certeza avivada por el Jubileo, debemos sacar un renovado impulso de vida cristiana. Nos planteamos la pregunta dirigida a Pedro: «¿Qué hemos de hacer, hermanos?» (Ac 2, 37) con confiado optimismo, sin minusvalorar los problemas, y ciertos de la Persona de Jesús, no de una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. El programa ya existe: es el del Evangelio y el de la Tradición viva. Se centra en Cristo y no cambia con los tiempos y las culturas, aunque los tenga en cuenta para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz. Es necesario

que este programa formule orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de cada comunidad. Ahora no nos encontramos, como en la época del Jubileo, ante una meta inmediata, sino ante el horizonte de la pastoral ordinaria. Es necesario que el único programa del Evangelio continúe introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial, en las Iglesias locales, con objetivos y métodos de trabajo, de formación y de valorización de los agentes y con la búsqueda de los medios necesarios. De aquí que el Papa exhorte a los pastores de las Iglesias particulares, ayudados por la participación de los diversos sectores del Pueblo de Dios, a señalar las etapas del camino futuro, sintonizando las opciones de sus comunidades diocesanas con las de las Iglesias colindantes y las de la Iglesia universal, cosa que será facilitada por el trabajo colegial desarrollado por los obispos en las Conferencias episcopales y en los Sínodos. Con certero realismo Juan Pablo II recuerda que no se debe perder este rico patrimonio de reflexión, sino que hay que hacerlo concretamente operativo. Nos espera una tarea de renacimiento pastoral, una obra que implica a todos. El Papa desea, en este momento, señalar algunas prioridades pastorales que la experiencia del Jubileo ha puesto especialmente ante sus ojos. Las podemos sintetizar también con las nueve proposiciones siguientes:

30. Primera: *Hay que situar el camino pastoral de la Iglesia en la perspectiva de la santidad.*

a) Éste era el sentido último de la indulgencia jubilar. Una vez acabado el Jubileo, empieza nuevamente el camino ordinario, pero haciendo hincapié en la santidad, que es más que nunca una urgencia pastoral. Conviene descubrir en todo su valor programático el capítulo quinto de *Lumen Gentium*, dedicado a la «vocación universal a la santidad». Los Padres con-

ciliares quisieron subrayar una dinámica intrínseca y determinante: la Iglesia, en tanto que misterio, lleva a descubrir también su santidad, entendida en su sentido de pertenecer al «tres veces Santo» (cf. Is 6, 3). Confesar la santidad de la Iglesia significa mostrar su rostro de esposa de Cristo, que se entregó a ella para santificarla (cf. Ef 5, 25-25). Este don de santidad objetiva de cada bautizado se plasma en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: todos, en efecto, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor (cf. LG 40).

31. b) Ahora bien, ¿la santidad se puede «programar»? ¿Qué significa la santidad en la lógica de un plan pastoral? La respuesta es: la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. En efecto, si el bautismo introduce en la santidad de Dios por Cristo en el Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre a tenor de una ética minimalista y de una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno: «¿Quieres recibir el bautismo?» significa: «¿Quieres ser santo?», ya que hemos de ser perfectos como lo es el Padre celestial (cf. Mt 5, 48). Este ideal de perfección se consigue por caminos múltiples y adecuados a la vocación de cada uno. El Papa aprovecha este momento para agradecer a Dios que haya podido beatificar y canonizar a muchos laicos que se han santificado en las circunstancias más ordinarias de la vida. Hay que proponer nuevamente a todos este «alto grado» de la vida cristiana ordinaria. Estos caminos de santidad requieren una pedagogía de la santidad, que debe enriquecerse con las formas tradicionales de ayuda personal y de grupo y con las formas más recientes de las asociaciones y movimientos reconocidos por la Iglesia.

32. Segunda: *La pedagogía de la santidad exige un cristianismo que se distinga en el arte de la oración.*

a) Rezar no es algo que pueda darse por supuesto: hay que aprenderlo del divino Maestro, como los primeros discípulos: «¡Señor, enséñanos a orar!» (Luc, 11, 1). El diálogo con Cristo nos convierte en sus íntimos, nos hace permanecer en Él, como Él permanece en nosotros (cf. Jn 15, 4); esta reciprocidad es el alma de la vida cristiana y una condición para toda vida pastoral auténtica. Trinitaria (porque el Espíritu, por Cristo, nos abre al Padre), litúrgica (y, por tanto, vivida ante todo en la liturgia como cumbre y fuente de la vida eclesial) y personalmente experimentada, la plegaria es el secreto de un cristianismo realmente vital, que no teme el futuro, ya que se regenera continuamente en las fuentes.

33. b) Uno de los signos de nuestro tiempo es la difusa exigencia de espiritualidad, que se manifiesta en gran parte en una renovada necesidad de orar. Las otras religiones, presentes en los territorios de antigua cristianización, responden a esta necesidad y, a veces, de manera atractiva. Nosotros debemos enseñar el grado de interiorización a que nos puede llevar la relación con Cristo. La gran tradición mística de la Iglesia, tanto oriental como occidental, enseña que la persona humana puede llegar a ser totalmente poseída por el divino Amado: quien ama a Jesús será amado por el Padre y Jesús lo amará y se le manifestará, como leemos en Jn 14, 21. Gracia, compromiso espiritual, noche oscura que llega a la «unión sponsal» (el Papa recuerda aquí a san Juan de la Cruz y a santa Teresa de Jesús) forman parte de este camino. Nuestras comunidades, pues, tienen que llegar a ser «escuelas de oración» donde el encuentro con Cristo llegue hasta el «arrebato del corazón» (el éxtasis); esta oración, al abrir el corazón al amor

de Dios, lo abre también al amor de los hermanos y nos capacita para construir la historia según el diseño de Dios.

34. c) Los fieles consagrados a Dios están particularmente llamados a la oración; lo cual no quiere decir que el común de los cristianos se pueda conformar con una oración superficial, que les dejaría en una mediocridad arriesgada ante propuestas religiosas alternativas y formas extravagantes de superstición. Hace falta, pues, que la educación en la oración se convierta en determinante en toda programación pastoral. El Papa se compromete a una próxima catequesis sobre los salmos. Hace falta que el ambiente espiritual esté marcado por la oración, valorizar las formas populares y, sobre todo, educar en las formas litúrgicas. Se acerca el día en que la comunidad cristiana conjugará los compromisos pastorales y testimoniales con la celebración eucarística y, quizás, con el rezo de Laudes y Vísperas.

35. Tercera: *Hay que poner el mayor empeño en la liturgia, cumbre de la actividad de la Iglesia y fuente de su fuerza.*

a) Hay que otorgar un particular relieve a la Eucaristía dominical y al domingo, verdadera pascua de la semana. La resurrección de Cristo es el dato originario sobre el que se apoya la fe cristiana (cf. 1 Co 15, 14), el centro del misterio del tiempo y la prefiguración del retorno de Cristo glorioso. El milenio que está comenzando permanecerá firmemente en las manos de Cristo, «Rey de los reyes y Señor de los señores» (Ap 19, 16). Celebrando dominicalmente la Pascua, la Iglesia seguirá indicando a cada generación lo que constituye el eje central de la historia (cf. la Exhortación *Dies Domini*, 2).

36. b) A la luz de la mencionada Exhortación, el Papa insiste en que la participación en la Eucaristía sea para cada

bautizado el centro del domingo, a título de cumplimiento de un precepto y de necesidad de una vida cristiana consciente y coherente. Entramos en un milenio que, caracterizado por un profundo entramado de culturas y religiones, hace que, en muchas regiones, los cristianos sean o se conviertan en «un pequeño rebaño» (Lc 12, 32), retado a testimoniar con más fuerza los aspectos específicos de su propia identidad. La Eucaristía dominical es uno de estos aspectos y es, al mismo tiempo, antídoto contra la dispersión, lugar privilegiado de comunión y día del Señor y de la Iglesia.

37. *Cuarta: La pedagogía cotidiana de la comunidad cristiana debe proponer de manera convincente y eficaz la práctica del sacramento de la reconciliación.*

En la Exhortación postsinodal *Reconciliatio et Paenitentia* Juan Pablo II invita a afrontar la crisis del «sentido del pecado» y, más todavía, a descubrir a Cristo como misterio de piedad. Hay que descubrir este rostro misericordioso de Cristo a través del sacramento de la penitencia, camino ordinario para obtener el perdón y la remisión de los pecados graves cometidos después del Bautismo. Si bien los motivos de la crisis de este sacramento, crisis que afrontó el mencionado Sínodo, no han desaparecido, el año jubilar, particularmente caracterizado por el recurso a la Penitencia sacramental, nos ha ofrecido un mensaje alentador: es probablemente necesario que los pastores tengan mayor confianza, creatividad y perseverancia en presentarlo y valorizarlo. Los sacerdotes no debemos rendirnos ante las crisis contemporáneas.

38. *Quinta: Hay que respetar, como un principio esencial de la visión cristiana de la vida, la primacía de la gracia.*

Una tentación insidia el camino espiritual y la acción pastoral: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y de programar. Si bien Dios nos pide colaboración y nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y de nuestra capacidad operativa, no tenemos que olvidar que sin Cristo «no podemos hacer nada» (cf. Jn 15, 5). La oración nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, relacionadas con Él, de la vida interior y de la santidad. Sin el respeto de este principio no nos hemos de sorprender de que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un sentimiento de frustración. Hemos de experimentar el «no hemos pescado nada» (Lc 5, 5) de los discípulos en la pesca milagrosa. Si, tras la palabra de orden de Jesús: «¡Mar adentro!», Pedro respondió: «En tu palabra, echaré las redes» (*ib.*), hoy Juan Pablo II, su sucesor, al iniciarse el nuevo milenio, invita a toda la Iglesia a este acto de fe, que se expresa en un renovado compromiso de oración.

39. *Sexta: La preeminencia de la santidad y de la plegaria sólo se puede concebir a partir de una renovada escucha de la Palabra de Dios; al empezar el nuevo milenio, constituye una prioridad para la Iglesia alimentarse de la Palabra con el fin de servirla en el compromiso de la evangelización.*

a) A partir del Vaticano II hemos avanzado mucho en la escucha y la lectura de la Sagrada Escritura, honrada en la plegaria pública de la Iglesia y objeto de recurso y de dedicación de numerosas personas (entre ellas, muchos laicos) y comunidades. Con esta atención a la Palabra de Dios se revitalizan la evangelización y la catequesis; hace falta consolidar y profundizar esta orientación. En este sentido, el Papa orienta hacia la difusión de la Biblia entre las familias y hacia la tradición de la *lectio divina*.

40. b) Hay que alimentarse de la Palabra para servirla en el compromiso de la evangelización. Ha pasado ya a la historia la situación de «sociedad cristiana», incluso en los países de antigua evangelización. Debemos afrontar valerosamente la nueva situación en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante situación de pueblos y culturas que la caracteriza. El Papa reitera su llamada a la nueva evangelización, reviviendo el sentimiento de san Pablo: «¡Ay de mí si no evangelizo!» (1Co 9, 16). Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera que responsabilizará a todos los miembros del pueblo de Dios. Es necesario un nuevo impulso apostólico vivido como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos, respetando el camino de cada persona y purificando y llevando a plenitud los valores peculiares de cada pueblo. Hay que responder cada vez más a esta exigencia de inculturación, en cuya virtud el cristianismo permanece uno y, al mismo tiempo, asume el rostro de tantos pueblos y culturas en que ha sido acogido y ha arraigado. En el Año jubilar hemos gozado de este bello rostro pluriforme de la Iglesia. Hay que proponer a Cristo a todos confiadamente sin esconder nunca las exigencias más radicales del Evangelio. El Papa, en estos momentos, piensa particularmente en la pastoral a favor de los jóvenes, cuya generosa disponibilidad ha atestiguado el Jubileo.

41. El Papa cierra la reflexión de esta tercera parte de la Carta apostólica invocando la ayuda y la orientación de los testigos de la fe: de los mártires, semilla de cristianos. La memoria jubilar nos ha manifestado que el nuestro es un tiempo particularmente rico en testigos que han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, a menudo

hasta el derramamiento de sangre. Con su ejemplo nos han señalado y casi «allanado» el camino del futuro. Nos toca seguir sus huellas, con la gracia de Dios.

1.4. [Testigos del amor]

b) *Es una forma de actuar que, en segundo lugar, debe dar testimonio del amor en la comunión y en la asunción de los retos actuales.*

b.1) *En la comunión.*

Séptima: *Nuestra programación pastoral debe inspirarse en el mandamiento nuevo y empeñarse en la comunión (koinonía), que encarna y al mismo tiempo manifiesta el misterio de la Iglesia (cf. n. 22).*

42. Si verdaderamente hemos contemplado el rostro de Cristo, nuestra programación pastoral se inspirará en el «mandamiento nuevo», que nos dará a conocer como discípulos suyos (cf. Jn 13, 35) y que nos llevará a amarnos como Él nos ha amado (cf. Jn 13, 34); y se empeñará en la comunión (*koinonía*) que encarna y manifiesta la esencia del misterio de la Iglesia, siendo como es fruto del amor del corazón de Padre que se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cf. Rm 5, 5) para hacer de nosotros «un solo corazón y una sola alma» (Ac 4, 32). Al realizar esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como «sacramento», es decir, como «signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano» (LG 1). Si la caridad faltara, el esfuerzo de la Iglesia sería inútil, como nos enseña san Pablo en el himno a la caridad (cf. I Co 13, 2). La caridad es el «co-

razón» de la Iglesia, como intuyó santa Teresa de Liseux: el Amor es todo.

Octava: *Hay que promover, como principio educativo, una espiritualidad de la comunión* (cf. n. 23).

43. El gran reto del nuevo milenio es hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión como principio educativo. Espiritualidad de la comunión significa mirar el misterio de la Trinidad que habita en nosotros y en el rostro de los hermanos; sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico; ver ante todo lo que hay de positivo en el otro y que es don tanto para mí como para él; «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente las cargas los unos de los otros (cf. Ga 6, 2). Sin este camino espiritual, los instrumentos externos de comunión se convertirían en máscaras más que en modos de expresar y de aumentar la comunión.

44. Novena: *Hay que valorar y desarrollar sobre dicha base —la espiritualidad de la comunión— los ámbitos e instrumentos que aseguran y garantizan la comunión. El Papa enumera los siguientes:*

a) *El ministerio petrino y la colegialidad episcopal*, que tienen su cimiento y consistencia en el designio de Cristo sobre la Iglesia (cf. LG, capítulo III); hay que efectuar una verificación continua de los mismos que asegure su auténtica inspiración evangélica.

b) *La reforma de la Curia romana, la organización de los Sínodos, el funcionamiento de las Conferencias episcopales*: particularmente necesarios hoy, queda mucho por hacer para expresar de la mejor manera sus potencialidades.

45. c) *Las relaciones entre obispos, presbíteros y diáconos, entre los pastores y todo el Pueblo de Dios, entre el clero y los religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales:* en este ámbito hay que valorar cada vez más los *Consejos presbiterales y pastorales*, que actúan de manera consultiva y no deliberativa y que, a tenor de la teología y de la espiritualidad de la comunión, aconsejan una escucha recíproca y eficaz entre pastores y fieles, unidos *a priori* en lo esencial y confluyentes normalmente, incluso en lo opinable, hacia opciones ponderadas y compartidas. La antigua sabiduría animaba a los Pastores a escuchar atentamente a todo el Pueblo de Dios (cf. S. Benito: «Dios inspira a menudo al más joven lo que es mejor» [Regla III, 3]; S. Paulino de Nola: «Estemos pendientes de los labios de los fieles, ya que en cada uno alienta el Espíritu de Dios» [Carta 23, 36 a Sulpicio Severo]). Son necesarias a la vez la prudencia jurídica y la espiritualidad de la comunión.

46. d) La perspectiva de comunión de que hablamos está estrechamente unida a la capacidad de la comunidad cristiana para acoger todos los dones del Espíritu. La unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diversidades. Por consiguiente, la Iglesia del tercer milenio ha de impulsar a todos los bautizados y confirmados a tomar conciencia de su responsabilidad activa. Junto con el *ministerio ordenado* pueden florecer *otros ministerios*, instituidos o simplemente reconocidos: *catequesis, animación litúrgica, educación de los jóvenes, las más diversas manifestaciones de la caridad.*

e) *La promoción vocacional al sacerdocio y a la vida de especial consagración* (problema muy importante y, en algunos países de antigua evangelización, dramático). Hay que organizar urgentemente una pastoral de las vocaciones amplia y ca-

pilar: Hay que descubrir cada vez mejor *la vocación propia de los laicos*, llamados a buscar el Reino de Dios en medio de las realidades temporales y a ordenarlas según Dios (cf. LG, 31), y a llevar a cabo la parte que les corresponde en la Iglesia y en el Mundo (cf. AA2)

f) *La promoción de las asociaciones*, tradicionales o nuevas (los movimientos eclesiales), las cuales deben actuar en plena sintonía eclesial y en obediencia a las directrices de los Pastores. Nadie puede extinguir el Espíritu ni despreciar las profecías; hay que examinarlo todo y quedarse con lo que es bueno (cf. I Ts 5, 19-21)

47. *La pastoral de la familia*, hoy especialmente necesaria. La relación matrimonial entre hombre y mujer responde al proyecto primitivo de Dios, oscurecido en la historia por la «dureza del corazón», pero restaurado por Cristo. Elevado a sacramento, el matrimonio expresa además el «gran misterio» del amor esponsal de Cristo a la Iglesia (cf. Ef 5, 32). En este punto la Iglesia no puede ceder a las presiones de una cierta cultura muy extendida y, a veces, «militante». Son necesarios el ejemplo, la atención a los hijos y la presencia (eclesial y social) de las familias con vistas a tutelar sus derechos.

48. h) Queda mucho camino por hacer en el campo ecuménico. Nos afecta todavía la triste herencia del pasado. El Jubileo nos ha concienciado más vivamente de la Iglesia como misterio de unidad (en Cristo la Iglesia no está dividida [cf. I Co 1, 11-13]: es indivisible como cuerpo suyo, en la unidad obtenida por los dones del Espíritu). La división se produce en el ámbito de la Historia, como consecuencia de la fragilidad humana. La oración de Jesús en el Cenáculo es al

mismo tiempo revelación e invocación. Revelación de la unidad, que se realiza en la Iglesia católica, y que emerge en tantos elementos de santificación y de verdad que existen dentro de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales, elementos que las empujan continuamente hacia la plena unidad (cf. LG, 8). Invocación que es, al mismo tiempo, imperativo que nos obliga, fuerza que nos sostiene y saludable reproche dirigido a nuestra desidia y estrechez de corazón. Juan Pablo II mira con gran esperanza a las Iglesias de Oriente, recordando el primer milenio, cuando la Iglesia respiraba con «dos pulmones»; y nos exhorta a dialogar con los hermanos de la *Comunión anglicana* y de las *Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma*. La confrontación teológica, la colaboración en la caridad y el gran ecumenismo de la santidad producirán muchos frutos en el futuro.

49. i) Hace falta que nos proyectemos hacia la *práctica de un amor activo y concreto a cada ser humano*, ámbito que caracteriza decisivamente la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral. Si hemos partido de la contemplación de Cristo, hay que descubrirlo a la luz de Mt 25, 34-36, página cristológica sobre la cual la Iglesia comprueba su fidelidad como esposa de Cristo no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia. En *la persona de los pobres* hay una especial presencia de Cristo, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos.

50. Efectivamente, nuestro mundo inicia el tercer milenio cargado de contradicciones: unos pocos afortunados y millones y millones de marginados, los muertos a causa del hambre, los analfabetos, los faltos de asistencia médica, los sin techo. Hay que añadir las nuevas pobrezas: los desesperados por falta de sentido, los insidiados por la droga, los abandona-

dos por vejez, enfermedad, marginación, discriminación social. El cristiano debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo, interpretando el llamamiento que Él le dirige desde este mundo de la pobreza. Es la hora de una nueva «imaginación de la caridad». Debemos actuar de tal forma que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como «en su casa». Sin esta forma de evangelización, el anuncio del Evangelio corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras de la actual sociedad mediática. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras.

b2) *En la asunción de los retos actuales.*

51. j) No nos podemos quedar al margen del *desequilibrio ecológico*, de los problemas de la paz, del *vilipendio* de los *derechos humanos fundamentales*, especialmente de los de los niños.

k) Hay que comprometerse especialmente, a pesar de la impopularidad que comporta, en *la defensa del respeto a la vida de cada ser humano desde la concepción hasta su ocaso natural*. Los que se valen de las nuevas potencialidades de la ciencia (especialmente en el terreno de las biotecnologías), al apelar a una discutible solidaridad que acaba discriminando entre vida y vida, nunca han de ignorar las exigencias fundamentales de la ética. No se trata de imponer a los no creyentes una perspectiva de fe, sino de interpretar y defender los valores radicados en la naturaleza del ser humano. La caridad, así, se convierte en servicio a la cultura, a la política, a la economía, a la familia, para que en todas partes se respeten los principios fundamentales de los cuales dependen el destino del ser humano y el futuro de la civilización.

52. l) Hace falta que sean sobre todo *los laicos* los que se hagan presentes en estas tareas, sin reducir nunca las comunidades cristianas a agencias sociales. Hay que respetar la autonomía y las competencias de la sociedad civil según las enseñanzas de la *doctrina social de la Iglesia*. El Magisterio eclesial ha realizado un notorio esfuerzo para interpretar la realidad social a la luz del Evangelio y ofrecer su contribución a la solución de la cuestión social, que ha llegado a ser ya una cuestión planetaria. La vertiente ético-social se propone como una dimensión imprescindible del testimonio cristiano. Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista. El mensaje cristiano obliga todavía más a la construcción del mundo y a la preocupación por los semejantes (cf. GS 34).

53. m) Como signo de este mensaje de caridad y de promoción humana, Juan Pablo II ha querido que el Jubileo dejara *una obra que sea el fruto y el sello de la caridad jubilar*, destinando los sobrantes de las ayudas económicas recibidas a fines caritativos. Surgirá un pequeño arroyo que confluirá en el gran río de la caridad cristiana: del mundo a Pedro, de Pedro al mundo.

54. n) Evocando la metáfora del *misterio de la luna* (cf. San Agustín, Enarr. in ps. 10, 3), hemos de reflejar la luz del sol que es Cristo: Él, luz del mundo (cf. Jn 8, 12), nos pide que nosotros, sus discípulos, también lo seamos (cf. Mt 5, 14); esta tarea, que nos hace temblar, es posible con su gracia.

55. o) Aquí se sitúa también el gran desafío del *diálogo interreligioso*: en los años de preparación al Gran Jubileo, la Iglesia ha intentado establecer *una relación de apertura y de diálogo con representantes de otras religiones*, diálogo que hay que proseguir, también desde el objetivo de la paz.

56. Este diálogo no puede basarse en la indiferencia religiosa: los cristianos tenemos el deber de desarrollarlo ofreciendo el pleno testimonio de nuestra esperanza (cf. IPe 3,15). No es ofensa a la identidad del otro aquello que es *anuncio jubiloso de un don para todos*, propuesto con el mayor respeto a la libertad de cada uno: el don de la revelación de Dios-Amor que ha amado tanto al mundo que le ha entregado a su Hijo unigénito (cf. Jn 3, 16). Como ha subrayado *Dominus Iesus*, todo eso no se puede convertir en objeto de una especie de negociación dialogística, como si para nosotros fuera una simple opinión, cuando es una gracia que nos llena de alegría y una noticia que debemos anunciar. Por tanto, la Iglesia continúa teniendo como una tarea prioritaria la *missio ad gentes*, el anuncio de Cristo, «camino, verdad y vida» (Jn 14, 6). El diálogo interreligioso no puede sustituir el anuncio, y sigue orientándose hacia el anuncio (cf. «Diálogo y anuncio: reflexiones y orientaciones», 82). Por otra parte, el deber misionero no nos impide entablar el diálogo *íntimamente dispuestos a la escucha*: la Iglesia no cesará nunca de escudriñar con la ayuda del Espíritu de verdad que la lleva a «la plenitud de la verdad» (cf. Jn 14, 17 y 16, 3). Este principio es la base de la profundización teológica de la verdad cristiana y del diálogo cristiano con las filosofías, las culturas y las religiones. El Espíritu de Dios suscita signos de su presencia universal. El Concilio Vaticano II se abrió a «los signos de los tiempos» (GS, 4 y 11) y reconoció que también ha recibido bienes de la Historia y del desarrollo del género humano (GS, 44).

57. p) Juan Pablo II pidió, en la preparación del Jubileo, que nos *interrogáramos sobre la acogida del Concilio Vaticano II* (cf. TM A, 36). ¿Lo hemos hecho?, se pregunta. Y, después de hacer referencia al Congreso que, *ad hoc*, tuvo lugar en el Va-

ticano y de expresar la esperanza de algo parecido en las Iglesias particulares, afirma el valor y el esplendor los textos conciliares y la necesidad de conocerlos y asimilarlos. El Concilio es la gran gracia que ha beneficiado a la Iglesia en el siglo XX y es brújula de orientación para el nuevo siglo.

Conclusión

58. ¡*Caminemos* con esperanza! El Hijo de Dios encarnado hace dos mil años realiza también hoy su obra. El Cristo contemplado y amado en el Jubileo nos invita una vez más a ponernos *en camino*: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre de Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt. 28, 19). Contamos con la fuerza del mismo Espíritu de Pentecostés. *Andamos por muchos caminos*, conscientes de que no hay distancias entre los que una *única comunión* une, comunión nutrida por el Pan eucarístico y la Palabra de vida. María nos acompaña. A ella Juan Pablo II ha confiado el nuevo milenio, a ella, «la estrella de la nueva evangelización»: «¡Mujer, he aquí a tus hijos!».

59. La puerta, que es Cristo, queda más abierta que nunca. Con el Apóstol debemos *correr* hacia la meta (cf. Fl 13, 14). ¡Y lo hemos de hacer imitando la contemplación de María!

II. LOS AGENTES DE CÁRITAS A LUZ DE NOVO MILLENNIO INEUNTE

A la luz de la enseñanza de NMI dibujamos a continuación, personalizándolo, el perfil de lo que podríamos —¿debería—

mos?— ser los agentes de *Cáritas* si asimiláramos y viviéramos en profundidad el mensaje de esta Carta Apostólica. Nosotros, los agentes de *Cáritas*:

1. *Miembros del Pueblo de Dios peregrino, analizamos nuestra andadura en la unidad del camino eclesial y recuperamos nuevo impulso para el compromiso espiritual y pastoral que es propio de nuestro carisma específico. Y, navegantes en la barca de la Iglesia, remamos mar adentro con renovado vigor —¡a remo y vela!— bajo el viento del Espíritu.*

2. *Herederos del encuentro con el Señor, vivido en el Gran Jubileo, nos comprometemos a profundizar en:*

- el Misterio de Cristo, centro de la historia de la salvación;
- la disposición del perdón —pedido y dado— desde el reconocimiento sincero de nuestros pecados de comisión y omisión en nuestros servicios de *Cáritas*;
- nuestra vocación concreta a la santidad y, eventualmente, al martirio, acreditados mediante el servicio oculto y abnegado que requieren nuestras respectivas tareas;
- la profesión de nuestra fe católica, la confesión de nuestros pecados y la invocación de la misericordia salvífica del Padre;
- nuestra apertura al mundo juvenil para multiplicar concretas vocaciones de *Cáritas* y, así, renovarla y asegurarla en la próxima generación;
- la apertura, asimismo, a toda clase de cristianos a fin de que, cuantiosos en número y serios en la oración, refle-

xión y acción, intensifiquen el prestigio y la eficacia de *Cáritas* para gloria de Dios y bien de los necesitados;

- nuestro espíritu eucarístico y mariano, que nos distinguen en el fervor y nos vigorizan para no limitarnos a una mera motivación ética, buena pero insuficiente;
- una apertura ecuménica que nos ayude a trabajar en cooperación con los hermanos cristianos no católicos y sus obras: para ello tenemos presente, asimismo, lo que concreta más adelante el número 48 de NMI;
- nuestro radical origen cristiano, histórico y geográfico, en la Tierra de Jesús, ámbito de su vida, muerte y resurrección;
- la contemplación del rostro de Cristo, con los pormenores que siguen a continuación.

3. *Nuestra mirada de agentes de Cáritas permanece más que nunca fija en el rostro del Señor:*

- buscado y hallado en los Evangelios, conocidos, asimilados y vividos crecientemente a partir de su intención catequética y de su valor histórico, que nos hacen tomar contacto con la Persona divina de Jesús y sus Palabras de vida eterna;
- contemplado desde y en la fe, junto con todos los discípulos, lo que nos hace exclamar con Pedro: «¡Jesús, Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo!» y nos impulsa al silencio y a la plegaria;
- buceado en la insondable profundidad del misterio de su humanidad entregada a la muerte, transfigurada por la resurrección y hecha instrumento vivo de su Persona

divina. En Él, Cristo, contemplamos el rostro del Padre y el auténtico rostro del hombre: de todo el hombre y de todos los hombres;

- participando en su ser de Hijo, vivido, a partir de su encarnación, con toda la densidad de su naturaleza humana, que le lleva a la experiencia de ser hecho «pecado» y del «abandono» por parte del Padre, para salvarnos desde la Cruz; y con toda la capacidad de esta misma naturaleza revestida de poder y de gloria por la resurrección. Jesús, el Cristo, es el término de nuestro amor y la realidad más íntima de nuestra vida de cristianos y de agentes de *Cáritas*.

4. *Desde la contemplación y vivencia permanentes de Cristo, nosotros, los agentes de Cáritas, estamos decididos a avanzar por los caminos de la santidad cristiana:*

- a la luz del capítulo quinto de *Lumen Gentium*, que nos sumerge en el misterio trinitario y en el misterio de la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo; todos tenemos participación en esta dimensión corporal y sponsal y todos hemos de ser expertos en la pedagogía de la santidad;
- esta pedagogía exige que nos distingamos en el arte de la oración, en cuanto partícipes de la acción litúrgica y experimentadores del Misterio de Dios. Queremos adentrarnos por los caminos de la noche oscura de la fe hasta llegar a la citada vivencia sponsal de nuestro amor a Jesucristo;
- la vivencia litúrgica nos hace dar un especial relieve a la Eucaristía dominical, verdadera pascua de la semana, lugar privilegiado de comunión y día del Señor y de la Iglesia;

- practicamos el sacramento de la Reconciliación cristiana, camino ordinario para obtener el perdón de los pecados graves cometidos después del bautismo. De este modo afrontamos con realismo la actual crisis acerca del sentido del pecado y descubrimos a Cristo como Misterio de Piedad;
- damos la primacía a la Gracia, conscientes de que la eficacia de nuestra acción proviene de la obra de Dios en nosotros. Sin Cristo no podemos hacer nada. Tenemos plena conciencia de que no somos una mera Organización No Gubernamental de carácter civil;
- renovamos cotidianamente nuestra escucha de la Palabra de Dios: individualmente, en familia y en nuestras comunidades y equipos de acción. Se nos hacen inconcebibles unas «oficinas de *Cáritas*» en las que estén ausentes el testimonio y el espíritu misioneros. Somos especialistas en ver el rostro de Cristo en los rostros de todos y cada uno de los hermanos a los que servimos y ayudamos.

5. *Asimismo, desde la contemplación y vivencia permanentes de Cristo, nosotros, los agentes de Cáritas, somos y queremos ser, cada día más, testigos de su amor en la comunión eclesial:*

- las programaciones pastorales de todas nuestras *Cáritas* se inspiran en el mandamiento nuevo y se empeñan en una comunión que encarna y manifiesta el misterio de la Iglesia. La caridad es el corazón de *Cáritas*; para nosotros, el Amor es todo;
- nos adentramos por los horizontes de la espiritualidad de la comunión, de tal modo que contemplamos el Mis-

terio de la Trinidad en nosotros y en el rostro de nuestros hermanos, subrayando todo lo positivo que son y tienen, haciéndoles espacio y llevando sus cargas;

- oramos amorosamente por el Papa; nos hacemos cada vez más conscientes de la conexión con nuestros respectivos obispos diocesanos, con los consejos pastorales, con el ministerio ordenado y con la vida consagrada, en las funciones que nos afectan;
- los laicos que trabajamos en *Cáritas* hallamos en ésta una nueva motivación para ser fieles a nuestra vocación propia de buscar el Reino de Dios en medio de las realidades temporales y nos coordinamos especialmente con los organismos de pastoral familiar;
- somos y queremos ser especialistas en la práctica de un amor activo y concreto a cada ser humano a la luz de la solemne página cristológica del evangelio de San Mateo, 25, 34-36, banco de prueba de nuestra fidelidad eclesial al Señor. En la persona de los pobres hay una especial presencia de Cristo, que nos exige, desde su ineludible clamor existencial, una nueva «imaginación de la caridad».

6. *Finalmente, y en tercer lugar, desde la contemplación y vivencia permanentes de Cristo, nosotros, los agentes de Cáritas, somos y queremos ser, cada día más, testigos del amor de Cristo en la asunción de los retos actuales:*

- en los campos crecientemente exigentes de la ecología, de la paz y de los derechos humanos fundamentales;
- en el respeto de la vida de cada ser humano desde la concepción a su ocaso natural, lo que nos obliga aten-

- der y servir con adecuada preparación en el ámbito de las biotecnologías;
- en el conocimiento y aplicación de la doctrina y acción social de la Iglesia;
 - en nuestra vocación cristiana —que realmente nos hace temblar— de ser luz del mundo (Mt 5, 14);
 - en la cooperación entre las religiones, fruto del diálogo interreligioso, que presupone un espíritu misionero integral y que es una de sus concreciones específicas;
 - en el conocimiento, vivencia y aplicación del Vaticano II.

7. *Peregrinos y navegantes, los agentes de Cáritas, andamos, navegamos —y aceleramos nuestra andadura y singladura!— con la esperanza y la firmeza que dimanan del Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo y con la compañía de María, madre de Jesús y madre nuestra.*

Grandes testigos de la caridad

SAN CAMILO DE LELIS

SALVADOR M. PELLICER CASANOVA

Religioso Camilo
Delegado Episcopal de Cáritas Española

SIN TON Y A LA BÚSQUEDA DEL SON

En el año 1575, a sus veinticinco años, Camilo de Lelis es un hombre acabado. Ha dedicado su existencia a la vida de aventura persiguiendo, con ansia, gloria y dinero. Sin embargo, la fortuna le ha sido adversa.

Como mercenario, aunque ha estado a sueldo en los ejércitos más poderosos del momento, los de España, Venecia y los Estados Pontificios, no consiguió más que ser un soldado de tropa. Como empedernido jugador de cartas y dados, sus continuas apuestas le llevan a perder las soldadas ganadas en sus múltiples enrolamientos, los bienes del patrimonio familiar y la espada, el arcabuz, la pólvora, el manto y hasta, un día, la misma camisa que viste, la cual tiene que entregar, para vergüenza suya, a la vista de todos los viandantes, en medio de una calle de Nápoles. Como creyente ha faltado a sus insistentes promesas y juramentos de conversión, proclamados ante la angustia de perder la vida frente a las tormentas que amenazan tragarse la nave donde viaja, o al enfrentarse al hambre y al tifus, que le golpea hasta llevarle a recibir los últimos auxilios; pasado el peligro de nada sirven las promesas de entrar en Religión hechas inducido por el pánico. Como joven

pletórico de salud, se le han derrumbado las ilusiones de fortaleza, pues una llaga en el empeine derecho la hace conocer la humillación de tener que ingresar en el Hospital de Santiago de los Incurables en Roma.

No obstante, hay Alguien que tiene nuevos proyectos para este joven abrucés, nacido en Buquiánico el 25 de mayo de 1550 de unos progenitores que ya no esperaban tener descendencia. Juan y Camila, sus padres, no han podido con el muchacho; la influencia paterna ha sido inexistente en los primeros años, pues la carrera militar exige al capitán De Lelis prolongadas ausencias del hogar para participar en los quehaceres de su oficio, siempre militando en los ejércitos del Emperador Carlos V, lo que le lleva a estar presente incluso en el saqueo de Roma; la madre, ya avanzada en edad cuando dio a luz a su anhelado segundo hijo, el primero llamado José murió siendo muy pequeño, no ha podido controlar la vivacidad del muchacho, más dado a corretear, capitanear diabluras, declamar y representar sainetes que a capacitarse en el dominio de las letras.

Pero el momento ha llegado. En el último cuarto del siglo XVI a Camilo le toca en suerte un nuevo reparto de cartas: le cae en las manos el *as de corazones*. Y pintan corazones. Y va a ganar la partida. El Señor ha tocado su corazón y de una vez por todas el azar va a estar a su favor.

El 2 de febrero de 1575 lo encontramos trabajando como peón, con los capuchinos; los religiosos lo han enviado, con dos borricos, a su convento de San Juan Rotondo para hacer un intercambio de vituallas. Allí conversa con el Guardián, el padre Ángel, quien le exhorta a una vida coherente y con sentido; participa en la celebración de las candelas y, a media

jornada, de regreso ya hacia Manfredonia, su lugar de residencia, cae de bruces en medio del camino y decide cambiar de orientación su vida. Hubo uno que cayó del caballo (1), Camilo «cae del burro» (2). Se quiere hacer capuchino; es admitido y entra en el noviciado, pero con el roce del hábito se le reabre la llaga del pie y tiene que volver al ya conocido hospital de los Incurables de Roma.

No le va a ser fácil encontrar el lugar de destino. Parece que la aguja de marear, la brújula, anda mareada. Una vez curado regresa a los capuchinos, pero se le vuelve a abrir la llaga y los frailes le vuelven a despedir y, esta vez, de forma definitiva. Mientras cura su llaga de nuevo, para pagar su estancia en el hospital, Camilo trabaja como enfermero. En esta ocasión, se identifica de tal forma con su tarea que acaba siendo nombrado Jefe de Personal del establecimiento. Ha Camilo no le va a abandonar ya nunca más la llaga.

«EN MANOS DE SIRVIENTES ACUSADOS DE DELITOS» (3)

Los hospitales de Roma, aun con ser propiedad de la Iglesia y estar dirigidos por prelados de la misma, son auténticas antecámaras de la muerte. Muchos de los que sirven en ellos son gente condenada por la justicia que están conmutando sus penas de cárcel, galeras o minas allí, y otros han sido contratados

(1) Cf. *Hechos*, 9, 4.

(2) Cf. SANCIO CICALTELLI. *Vida del P. Camilo de Lelis* (en adelante *Vms.*), p. 28. Madrid, 2002.

(3) *Vms.*, pág. 108.

entre gente sin oficio ni beneficio. Quienes atienden espiritualmente a los enfermos son clérigos sancionados, asimismo, a residir en dichos centros o por haber cometido algún delito común o por ser sospechosos de herejía. En fin, gentes casi todas a quienes los enfermos molestan e importunan, que no tienen ninguna inclinación hacia el cuidado y servicio de quienes sufren.

Los enfermos en los hospitales, nos narra (4) Sancio CICAPELLI, religioso compañero de Camilo, su primer biógrafo y testigo de excepción: pasaban días enteros sin comer; no se les hacían las camas más que alguna vez a la semana y estaban llenos de suciedad y miseria; se morían deshidratados por la fiebre; sin terminar de morir, algunos eran llevados al depósito de cadáveres, «el padre Camilo... encontró una vez un hombre vivo... que aún sobrevivió durante tres días, y esto sucedía en Roma,» en un hospital que el historiador no quiere nombrar por delicadeza hacia la Ciudad llamada Eterna; y refiriéndose al Hospital de Mantua nos cuenta que un hombre «viéndose en aquel lugar, como pudo, por una alcantarilla que daba al lago de la ciudad salió y aún vivió durante muchos años». En las casas privadas el panorama no era más halagüeño: muchos morían sofocados por los propios parientes que les llenaban la boca con excesivo alimento o demasiada bebida; a veces, querían arrancarles el catarro metiéndoles cualquier cosa en la boca y «les arrancaban el alma»; e incluso, pensando que ya habían muerto, les tapaban la boca y les apretaban los ojos «para que no quedaran deformes» y fallecían antes de tiempo, lo cual es impropio de cristianos; en este error caían mujeres sencillas, pero también párrocos y re-

(4) Cf. ob. cit., págs. 108-113.

ligiosos, «por no tener práctica ni experiencia en acompañar a morir».

Sobre el ministerio pastoral no son menos sorprendentes las noticias que nos transmite CICATELI: nada más entrar en el hospital, sin ninguna preparación, se forzaba a los enfermos a confesarse, «olvidando, por falta de disposición, la mitad de los pecados»; al comulgar, teniendo la boca seca, por la mucha fiebre, «la forma se les pegaba al paladar» y la escupían en las sábanas o las mantas... «o en tierra o contra la pared». En los domicilios privados unos morían «con la concubina al lado o maldiciendo y con ánimo de venganza»; otros lloraban y se dolían por lo que dejaban y «en vez de pronunciar el nombre de Jesús y María llamaban a alguna amiga o enamorada, o contaban dinero»; y había muchos que morían sin sacramentos, «por no haber nadie que se atreviese a recordarles ni avisarles de la proximidad de la muerte»

El historiador sabe que ante unas narraciones de este estilo puede ser tildado de exagerado, pero, además de haber visto tales hechos como testigo, cuenta con lo que han escrito los mismos Comendadores de los Hospitales de Roma, los monseñores Cirilo y Lanuel, que presentaron sendos informes a los Pontífices sobre la situación presente en los centros asistenciales romanos. Asimismo para que se le dé crédito a su escrito afirma pone a Dios por testigo: «No cuento aquí nada nuevo ni imaginado por mí, bien sabe la Eterna Verdad que no miento» (5). Si todo lo dicho pasaba en los hospitales y los domicilios de la época, imaginemos lo que podía pasar en caso de peste o epidemias.

(5) Ob. cit., pág. 110

“HACIA DELANTE, SIN MIEDO» (6)

Frente a este panorama, Camilo, la noche del 15 de agosto de 1582, tiene la idea de convocar un grupo «de hombres piadosos y de bien que, no por salario, sino voluntariamente y por amor a Dios, sirvan a los enfermos con el amor y ternura que suelen tener las madres con sus propios hijos enfermos» (7).

Camilo logra reunir a cinco compañeros, los mejores de entre los sirvientes de Santiago de los Incurables. Su primera idea se va ensanchando, por inspiración del Espíritu y por petición del mismo pueblo romano: piensa emplearse exclusivamente en Santiago y se ve sirviendo en múltiples hospitales de la península itálica; sueña con dedicarse a los enfermos hospitalizados y se encuentra, al poco tiempo, prestando servicios a los enfermos de las cárceles y a los moribundos de las casas particulares; se cree destinado a intervenir con paz y sosiego en el mundo de la salud y acaba estando presente en los campamentos militares curando a los heridos en la batalla; considera que es suficiente con intervenir en la asistencia cotidiana y su presencia es reclamada por las múltiples epidemias y pestes que asolan los territorios de los diferentes Reinos de Italia; decide agrupar sólo a unos cuantos seglares y se ve al frente de toda una «Compañía de Aventura», dispuesta a intervenir donde sea preciso, vinculada con votos e instituida en Orden Religiosa; considera que basta con un servicio vocacionado y se encuentra exigiendo que se sume al mismo una preparación exquisita y esmerada, que se adquiere desde la instrucción y

(6) Cf. *Vms.*, pág. 43.

(7) Ob. cit., pág. 39.

los estudios; considera que es suficiente una promesa y termina emitiendo, con todos los suyos, un cuarto voto de servicio a los enfermos que reclama hasta la entrega de la propia vida.

Camilo no cierra el camino de la conversión en ningún momento de su vida. Es un convertido siempre en acción, siempre a la escucha de la historia no concluida; alguno dice que tuvo hasta cinco conversiones, pues Dios no se revela de golpe... Tan abierto está a la voluntad del Señor, que le habla en los signos de su tiempo, que al despedirse de los suyos les advierte: «El servicio a los enfermos, además de todas estas formas que os he enseñado, realizadlo según el Espíritu Santo os sugiera» (8).

El camino a seguir tuvo sus incomprendiones. Los cinco reunidos no fueron entendidos por los directores del hospital de Santiago; estuvieron a punto de abandonar. Los que no querían cambiar en su estilo de servicio, si es que se puede llamar servicio lo que hacían, los acusaban de querer desear adueñarse del hospital.

Pero el Señor se manifestó una noche de desaliento; Camilo en la duermevela, sintió cómo el Crucifijo, que tenía en su habitación, lo animaba haciéndole entender que la obra que llevaba entre manos no era suya, sino del Señor: No había motivo para arredrarse. Desde ese momento Camilo se sintió transformado, lleno de fuerza que no provenía de él mismo y «con un propósito tan firme de permanecer en la obra emprendida que parecía que ni todo el infierno podría apartarle de ella» (9). De quien se fiaba ya no era ni de su

(8) Ob. cit., Apéndice: «Carta Testamento», pág. 345.

(9) *Vms.*, pág. 43.

idea ni de sus propias fuerzas; la confianza le venía de Alguien más grande que le estaba indicando el camino y le hablaba por medio del enrevesado lenguaje de la historia: las actitudes de los hombres, sumadas a la cotidianidad de la rutina y/o la sorpresa de lo imprevisto. El joven sin perspectivas de futuro se ha apoyado en quien puede ser el fundamento sólido de su existir; por ser quien da la vida a aquel que amándola tiene riesgo de perderla, porque está enfermo, y a aquel que despreciándola camina por rumbos sin meta.

«CON TOTAL CARIDAD» (10)

Durante treinta y dos años, la mitad de su vida, Camilo va a implantar una «Nueva Escuela de Caridad» (11). Va ser el impulsor de un nuevo concepto de salud. Se acerca a los enfermos considerándolos sus «dueños y señores», «sus príncipes y sus reyes». Contemplándolos en toda su globalidad e integridad, lo que hoy diríamos holísticamente. Y los querrá bien servidos en lo corporal y en lo espiritual (12), sin olvidar ninguna de las dimensiones de la persona, por eso se empeña en una serie de reformas en los hospitales (13): que se hagan guardias de noche: «al estar de guardia de noche...cada cual procure realizarla con la mayor caridad»; que se lleve un libro donde se anoten los partes: «así uno estará informado de todas prescripciones útiles» para los enfermos; que se cumpla

(10) Ob. cit., pág. 112.

(11) *Bullarium Ordinis*, pág. 36, col. 1.

(12) «*Hermanos, nuestro carisma consiste en servir a los enfermos en lo corporal y en lo espiritual*».

(13) Cf. *Reglas*, de la 1 a la 25.

todo un protocolo al ingreso: «cuando ingrese un enfermo procúresele un baño de agua caliente...»; que cada enfermo tenga su cama: «se le dará a cada enfermo una cama individual, caliente y con sábanas limpias»; que la higiene sea esmerada: «al hacer las camas... se cambien las sábanas y las camisas»; que los enfermos se clasifiquen por patologías: «este enfermo demenciado...»; que frente a las pestes se tomen una serie de medidas higiénicas y se habiliten hospedajes adecuados...

Y exige el cumplimiento de una serie de derechos que considera indeclinables: al enfermo se le ingresa sin preguntarle al credo al que pertenece; pide comidas especiales para los más inapetentes; funda una asociación de voluntarios seculares; hace confeccionar ropa suficiente y reclama sábanas, zapatillas y albornoces para todos; escribe normas para el trabajo en los hospitales, que se implantan en varias ciudades, como Roma, Nápoles, Milán y Génova; e instaura la figura del «Hermano Espiritual»; que será el religioso que dirigirá el acompañamiento pastoral de los enfermos, con una atención diligente para quienes necesitan la cercanía de algún religioso que los instruya o los atienda, avisando al padre confesor cuando lo precise; pero advirtiendo que este servicio siempre se prestará, «por supuesto, con consentimiento del enfermo» (14). Es curioso señalar que Camilo nombraba siempre, como jefe de este servicio pastoral, a uno de sus religiosos laico, a un hermano.

En fin, se convierte, el que había sido un hombre rudo y sin letras (15), en maestro del servicio a los enfermos. Y lo lo-

(14) *lbm.*

(15) Expresión usada por S. Felipe de Neri, confesor de Camilo, cuando en los inicios quiso disuadirle de fundar una Orden Religiosa. Feli-

gra instituyendo lo que llamaríamos, con términos actuales, dos Escuelas Prácticas: una de «Enfermería» y otra de «Pastoral»: uno se metía en la cama para hacer de enfermo, mientras otro le prestaba los servicios oportunos; luego se cambiaban los papeles y finalmente se analizaba el bien o mal hacer; uno se metía en la cama para dejarse ayudar en su necesidad espiritual, otro le acompañaba en dicho camino, luego se invertían los papeles, para terminar igualmente, corrigiendo y mejorando la asistencia prestada. Por eso no es de sorprender que, unos años después de haber fallecido Camilo, un ciudadano romano, voluntario en el Hospital del Santo Espíritu, dijera un día a los religiosos más jóvenes, que no habían conocido al Fundador: «Esto lo aprendí del padre Camilo»; y les enseñaba un ramo de albahaca con el que estaba perfumando el agua del baño en que iba a introducir a un enfermo.

«CONVENCIMIENTO INSPIRADO» (16)

Estaba persuadido de que ningún apostolado era más eficaz para mantener la fe, reforzarla y extenderla, para hacerla propia e introducirla en las mentes y corazones, que el ministerio de la caridad con los «pobres enfermos» (17). Solía de-

pe, no estando de acuerdo con su penitente y al no ser obedecido, dejó de ser confesor de Camilo; más tarde viendo los resultados se reconcilió con él y con todos los suyos, llegando a admirarlos.

(16) Cf. *Primera Constitución de la Orden*, n.º 1.

(17) Notemos que Camilo usará con muchísima frecuencia esta expresión, incluyendo en ella toda la pluripatología existente en el ser humano: carencia de bienes, de salud, de integración, de respeto, de cultura, de fe, de dignidad...

cir: «¿Qué Indias más preciosas y qué Japón más hermoso puede tener nuestra Congregación para llevar almas a Jesús que estos hospitales» (18).

Ya que Cristo murió por todos (19) y todos están destinados a la salvación, la caridad, reitera Camilo, debe ser universal, sin tener en cuenta credo religioso, categorías humanas, etnias ni color. Socorre a todos con el mismo afecto, con la misma diligencia y dedicación. El mismo cuidado que se empleaba cuando uno de sus religiosos cae enfermo, manda que se tenga con todos los enfermos.

¿Qué pedía para los suyos? En la regla número veintitrés advierte: «Cuando uno de nuestros hermanos enferme de consideración... procúresele todo lo necesario y se le asista con toda caridad y diligencia posible, ya sea en casa ya en el hospital, según el enfermo lo prefiera...» (20). No se pueden ahorrar ni gastos ni esfuerzos; uno de sus religiosos enfermos deseaba comer olivas españolas, mandó a uno recorrer las calles de Nápoles hasta encontrarlas y como algunos de los de casa se pusieran a criticar el hecho, con rostro severo, les reprimió diciendo que «para los enfermos se puede gastar esto y mucho más». Él, que fue gran amante de la pobreza, hasta el punto de advertir a sus seguidores que la Orden existiría en tanto en «cuanto la pobreza fuere observada *ad unguem*, exhortando a todos a ser fidelísimos defensores de este santo voto» (21), no tendrá reparo alguno en gastar fuertes sumas de dinero para preparar remedios carísimos, incluso hasta lle-

(18) *Vms.*, pág. 111.

(19) Cf. II Cor. 5, 15.

(20) *Regla* n.º 23.

(21) *Vms.*, Apéndice, «Carta Testamento», pág. 346.

gar a macerar perlas en vinagre (22), con tal de aliviar los sufrimientos de los enfermos.

Las manos y el corazón de Camilo abrazan a todos los enfermos sin preferencias de lugar; «solía decir que los hospitales eran como el Mar Mediterráneo de la Orden, pero que el cuidado en las casas particulares era como la Mar Océana, grande y espaciosa en la cual no se encuentra fondo» (23). En las grandes carestías, pestes y epidemias, que asolaron las ciudades de los Reinos de Italia, no se concedió ni un momento de descanso ni para él ni para los suyos, con tal de aligerar el sufrimiento de los demás. Buscaba a los enfermos y desprotegidos en las grutas y entre las ruinas de los grandes monumentos, les llevaba alimentos y medicinas, los rescataba de lugares de muerte para llevarlos a su propia casa. Se derretía en el cuidado de los más pequeños y vulnerables, incluso, al quedar muchos niños huérfanos, compró unas cabras para alimentarlos; llegó a ser; «como una nodriza para ellos; frecuentemente los acariciaba y cuidaba, alimentándolos con papillas y haciéndoles mil mimos, como una madre. Si hubiese tenido leche, sin duda se la hubiese sacado del corazón para dársela» (24).

La caridad de Camilo siempre tiende a expandirse, pues «no sólo tenía abiertas las entrañas para los enfermos y moribundos, sino también para los otros prójimos pobres y miserables..., en sus viajes daba limosna a cuantos mendigos en-

(22) En aquella época se creía que las perlas licuadas aliviaban ciertos males «al purificar los humores del cuerpo», según lenguaje de aquel tiempo.

(23) *Vms.*, pág. 324.

(24) *Vms.*, pág. 319.

contraba y hacía llevar a su compañero una bolsa llena de pan, atada a la silla del caballo, para estos menesteres. Si encontraba algún peregrino enfermo... inmediatamente lo hacía proveer de caballo y de alojamiento, y dejaba, por la mañana, dineros al posadero, como hizo el samaritano, para que lo cuidase» (25).

Quien ha recibido la vida lucha por la vida, dando su propia vida. El de Lelis cree en un Dios de vivos, en un Dios de misericordia por eso tiene «corazón para el mísero». Quien ha sido objeto de misericordia, rescatado del sin sentido de la existencia, no puede ya sino complacerse en abundar de las cosas del corazón. Su propia carne es sabedora de que el «Verbo se hizo carne», de que está llamada a resucitar, de que «en el cuidado del cuerpo humano damos gloria a Dios y somos testigos de la futura resurrección» (26).

«QUIEN SIRVE A LOS ENFERMOS SIRVE Y CUIDA A CRISTO» (27)

La caridad empuja a Camilo a metas cada vez más elevadas. Haciendo suyo el Evangelio, encuentra toda su solidez en el pasaje de Mateo 25: «Venid benditos de mi Padre... porque estuve enfermo y me visitasteis». Cada vez se asegura más, y así lo transmite a los suyos, de que toda la perfección cristiana radica en la caridad; llegando a afirmar que de él «no oirán otra cosa que caridad», y aún más: «Aunque uno de los nuestros hiciese milagros, si no tiene caridad no lo creo en ab-

(25) *Vms.*, págs. 327-328.

(26) *Constitución actual de los Religiosos Camilos*, n.º 45.

(27) *Vms.*, pág. 129.

soluto» (28). En sus comparaciones demuestra una gran osadía: «Dios es alabado por otros religiosos con el canto y la voz: nosotros lo alabamos con las manos, realizando obras de caridad al prójimo» (29), pues su convencimiento de ver en el enfermo al Cristo velado le hace sentir la experiencia de Dios cada vez que se acerca al hermano sufriente. Se sumerge en la verdad de la presencia de Cristo bajo el velo de la carne dolorida, símbolo sagrado de la imagen divina, templo del Espíritu, misterioso habitáculo donde habita la Trinidad. Ninguna otra verdad, como la del Cuerpo Místico, lo apasionará tanto, lo llevará a consumir todas sus energías en consolar, aliviar y curar las heridas de Cristo presente en quienes sufren.

La caridad ya no es un «simple» servicio brindado al ser humano, aunque este tenga para Camilo rostro y nombre propio; tampoco se queda «simplemente» fundamentado en motivos sobrenaturales, sino que alcanza para él la altura de un acto de piedad y de honor realizado al mismo Señor Jesús. En los enfermos ve la misma imagen del Cristo necesitado: «Hermanos, los enfermos son mis Señores y mis Cristos» (30).

En las Reglas, dictadas para su Compañía, dispondrá que «cada cual, con toda la diligencia posible, debe tener cuidado de no tratar mal a los pobres enfermos con comportamientos inadecuados... al contrario, procure tratarlos con mansedumbre y caridad, teniendo presentes las palabras que el Señor dijo: “Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis”. Así pues cada uno mire

(28) Carta al p. Frediano Pieri. 1611.

(29) Ob. cit., pág. 76.

(30) *Vms.*, pág. 212.

al pobre como a la persona del Señor» (31). Sus religiosos pusieron de tal forma en práctica esta verdad que «no parecía que sirvieran a hombres mortales, sino al mismo Cristo, presente en aquellas camas, enfermo y lleno de llagas; cuantos lo veían quedaban prendados y maravillados de su caridad» (32).

A lo largo de su nueva vida no se cansa de repetir a los suyos lo que siente y vive. En carta escrita el 29 de julio de 1606, a los religiosos de la casa de Palermo los invita a rendir infinitas gracias a Dios «porque nos ha dado la oportunidad, de servirlo en sus miembros, los pobres enfermos, los cuales ha encomendado especialmente a nuestro cuidado». Pero no le gusta abundar en oratoria frente a sus seguidores, más bien es parco en sus expresiones y preciso en sus afirmaciones: «Todos se esfuercen en enseñar más con obras que con palabras» (33). Así lo verán y comprobarán sus religiosos, pues «consideraba tan vivamente la persona de Cristo en los enfermos que cuando les daba de comer, imaginando que eran sus Cristos, les pedía en voz baja gracias y el perdón de sus pecados. Estaba en su presencia con tanta reverencia, como si estuviese en la presencia de Cristo; muchas veces les daba de comer con la cabeza descubierta y de rodillas... Cuando tomaba a alguno en brazos, para cambiarle las sábanas, lo hacía con tanto afecto y diligencia que parecía manejar la propia persona de Jesucristo; y aunque el enfermo fuese el más contagioso o llagado del hospital, no obstante lo cogía en sus brazos y lo acercaba a su rostro, cabeza con cabeza, como si fue-

(31) Regla, n.º 13.

(32) *Vms.*, pág. 54.

(33) Regla n.º 8.

se la figura del Señor... Muchas veces al despedirse, les besaba las manos o la cabeza o los pies o las heridas, como si fuesen las santas llagas de Cristo» (34).

Según su pensamiento y convicción, las culpas del prójimo no cuentan, no pueden impedir la práctica de la caridad: «He sido pecador y no puedo menos de compadecerme de los pecadores», además estoy persuadido de que «todos los pecados del mundo, en comparación con la misericordia de Dios son menos que una gota de agua en el fondo del mar». Las verdades de Camilo son contundentes, está cierto de que «las obras de caridad para con los enfermos son un medio poderosísimo para la conversión» y el cambio. Y de que la presencia del Señor no queda mermada por ninguna de las situaciones por las que pase el ser humano; en más «de una ocasión reprendió a alguno de los nuestros, e incluso a algún seglar, que le decía: “Padre, déjelos marchar, pues son tan pícaros y viciosos que se han jugado los vestidos que les habéis dado”. Estas palabras le atravesaban el alma, ya que no podía soportar que con tales injurias y villanías fuese ofendido su Señor, que él consideraba presente tan vivamente en la persona de aquellos pobres miembros suyos» (35). Los pobres enfermos han pasado a ser para Camilo lugar teológico del encuentro con Dios, icono de la presencia del Señor. La caridad, según él, es la que nos lleva a hacer experiencia de Dios, «lo único que nos unirá a Dios... y nos hará tener nuestro saco de harina en el granero del cielo» (36).

(34) *Vms.*, págs. 314- 317.

(35) *Ob. cit.*, pág. 127.

(36) MARIO VANTI: *El espíritu de S. Camilo*. Roma, 195, pág. 89.

REALIDAD TEOLÓGICA

Camilo, en todo este recorrido teológico, no hace más que seguir la doctrina sólida de los teólogos y de los Padres de la Iglesia, que afirma que la caridad para con Dios y para con el prójimo, no constituyen más que una única y misma virtud teológica, poseen el mismo motivo formal: la infinita perfección de Dios amada en sí misma o en el prójimo, única imagen de Dios en la tierra. Se trata de una caridad universal, como lo es el amor de Dios a todos los seres humanos (37). Por eso no hará acepción de persona a la hora de prestar el servicio caritativo. Para él «cuando se ama al prójimo, es fácil amar a Dios»; y es inútil, «uno no puede amar a Dios sin amar también a su prójimo, haciéndole el bien». Le gusta recordar al evangelista San Juan y repetir la Escritura a su modo, pues, bajo la perspectiva del Espíritu que lo ha inundado, «San Juan, secretario de la Santísima Trinidad, sólo dejó un testamento: la caridad. En ella se basa toda la ley» (38).

El acto de caridad, así concebido, incluso prescinde de la preocupación por la salvación del alma del enfermo a la que va dirigido como su fin, ya que para Camilo adquiere un valor intrínseco, trascendente, porque es ejercido hacia la persona de Cristo, Hombre-Dios; por ello, para realizarlo considera necesaria la gracia y la inspiración del Espíritu Santo: «Ante todo cada uno pida al Señor la gracia de que le dé un afecto materno para con el prójimo... Ya que, con la gracia de Dios, deseamos servir a todos los enfermos con el mismo afecto que una madre...» (39).

(37) Cf. Mt. 5, 41; Lc. 10, 37; Rom. 12, 14-20.

(38) MARIO VANTI, pág. 97.

(39) Regla, n.º 1.

Desde esta perspectiva, el servicio más grande prestado al enfermo, así como el más insignificante adquieren una importancia enorme, precisamente porque son trascendentes y al Señor han sido hechos, y «tiene en gran estima los pequeños trabajos realizados en el servicio a los enfermos» (40).

Se puede afirmar que cuanto Camilo hizo y dijo, tenía como único móvil la gloria de Dios. Está convencido que cualquier otro motivo humano sólo llevaría a destruir los servicios de caridad y a enturbiar la presencia de Dios en medio de quienes sufren. «El manejo y la preocupación por los asuntos temporales impiden la acción del Espíritu y la caridad» (41), les advierte a sus religiosos y aclara, para quien tenga dudas, que «nunca me he preocupado de mí mismo, sino de la gloria de Dios» (42); y marca la pauta de conducta para sus seguidores: «Nunca se debe presumir de sí mismo, sino dar en todo la gloria a Dios».

Camilo está convencido de que la caridad misericordiosa glorifica a Dios más que cualquier otra acción, más que cualquier otra virtud, porque es la manifestación externa de la misma esencia de Dios que es amor (43). Dios es caridad; caridad encarnada y manifestada a los hombres en la persona de Cristo (44), y en Él y por Él en todos los miembros de su Cuerpo Místico que continúan, a través de los siglos, la misión del Redentor en el ejercicio de la caridad misericordiosa. La caridad, por tanto, glorifica doblemente a Dios: no sólo por-

(40) MARIO VANTI, pág. 102.

(41) *Regla*, n.º 2.

(42) *Vms.*, pág. 302.

(43) I Jn. 4, 16.

(44) I Jn. 4, 9.

que manifiesta a los hombres la naturaleza de Dios, sino también porque lo sirve en sus creaturas; elevadas por el Hijo de Dios a formar parte de la misma familia divina.

La obra de Camilo, por tanto, entendida como prolongación de la caridad misericordiosa de Jesús de Nazaret para con los enfermos, practicada con espíritu de fe y de amor y de dignidad, hacia unos miembros tan vulnerables del Cuerpo Místico, posee la certeza de haber dado gloria a Dios con las obras; y no sólo en el pasado, pues, como ya afirmaba el mismo Camilo, «del servicio completo a los enfermos se espera mucha gloria para Dios en el futuro».

«PRACTICANDO LA CARIDAD UNO NO SE EQUIVOCA NUNCA» (45)

La caridad sobrenatural como amor al prójimo no es solamente entrega y consagración de las propias energías en beneficio de los hermanos más necesitados, sino que es también enriquecimiento de uno mismo, ya que mediante la caridad se ama y se sirve a Cristo, fuente de vida, de gracia y de salvación; el cual no dejará de tener en consideración cualquier mínimo servicio de generosidad hecho a Él en la persona de sus hermanos (46).

Serán los pobres, a los que se ha ayudado en su necesidad, los que nos recibirán en la morada definitiva (47). Así espera y confía en que sea el propio Camilo: «Quiera Dios que en la

(45) MARIO VANTI, pág. 21414.

(46) Mc. 9, 41.

(47) Lc. 16, 9.

hora de mi muerte me alcance un suspiro o una bendición de estos pobres». Ellos van a ser sus valedores y sus fianzas para alcanzar la plenitud del Reino. Por eso pide, a quienes le siguen, una entrega total de la propia existencia para aliviar los miembros de Cristo; pues está convencido que cuanto más se dedique su Instituto a la opción preferencial por los más pobres, por los que tienen incluso riesgo de perder la propia existencia, con mayor abundancia se enriquecerá con las «piedras preciosas» del tesoro escondido en el profundo abismo de la caridad, las cuales aportarán la felicidad plena en esta vida y serán la prenda de la futura.

Tan convencido está Camilo de que lleva un tesoro, el de la caridad, en sus manos, que así como algunos se acercaban al hospital para ganarse el cielo, él lo hace porque considera que ya está en el cielo; tan es así que, aún conocido que le preguntó, atravesando el puente de Santágelu, a dónde se dirigía, le contestó: «Voy a un jardín cuajado de flores y frutos», refiriéndose al Hospital de Santo Espíritu. Camilo va al hospital para deshacerse en obras de caridad, para hacer presente a Dios entre los que sufren, para verificar con las obras la propia fe, pero sobre todo para unirse a Dios, para enriquecerse con un tesoro sin precio (48). En el servicio a los enfermos va a encontrar a Jesús, fin y meta de toda su existencia, gozo de su corazón y de todo su ser; acercándose a El y sirviéndolo se siente el hombre más feliz del mundo, lo que le lleva a exclamar: «Hermanos, no cambiaría mi estado ni por todo el oro del mundo» (49). Deseaba permanecer de continuo al lado

(48) *Constitución de los Ministros de los Enfermos*, n.º 13 : «En la presencia de Cristo en los enfermos y en la presencia del Señor en quien los sirve, encontramos la fuente de nuestra espiritualidad».

(49) MARIO VANTI, pág. 215.

del Señor; de día y de noche, para socorrerlo en todos sus deseos, olvidándose de cualquier otra preocupación.

Esta es su conquista: la caridad a los enfermos concebida como fin, que transforma el servicio en presencia del Reino en la tierra; que para él resume toda la perfección cristiana y evangélica. Bajo su prisma, la misma vida religiosa, con su entrega a la vida común y a la profesión de los tres votos, es un medio y tiende a preparar, disponer y alentar a los religiosos camilos para el encuentro con Jesús en los enfermos; esto le lleva a redactar la fórmula de profesión en su Orden de un modo singular y original, se promete pobreza, castidad y obediencia para «servir a los enfermos, aún con riesgo de la propia vida». Esta fórmula fue discutida por los teólogos en la última reforma de la Constitución de la Orden después del Vaticano II, al presentar, aparentemente, los tres primeros votos como medios, pero los que poseen el carisma han dejado claro que ésta es la espiritualidad a la que han sido convocados y que ha sido sancionada por la Iglesia durante más de cuatrocientos años y querida así por el Espíritu; esta es la raíz donde asienta la entrega generosa de tanto seguidor de Camilo que puede decir con orgullo, al final de su vida, que más de doscientos cincuenta religiosos han fallecido «mártires de la caridad», desgastados y contagiados en las pestes por amor a los hermanos, en cumplimiento de su cuarto voto.

Por eso el religioso camilo será perfecto, según su Fundador, cuando ejerza con delicadeza, ternura, reverencia y total entrega la caridad con los enfermos. A este convencimiento llegó Camilo gradualmente, con la ayuda eficaz de la gracia y teniendo como fuentes el Espíritu y el Evangelio. Dios es el auténtico maestro que le fue llevando pedagógicamente por el camino designado, desde el día de la primera iluminación,

abriéndole la mente a las nuevas necesidades que el momento le reclamaba, «pero sin salirse de lo que ya estaba presente en la primera intuición» (50).

«ES SUMA PERFECCIÓN HACER EL BIEN A LOS POBRES» (51)

La caridad basta para hacernos perfectos. Toda la Escritura no hace más que confirmar esta verdad: «Ama al Señor tu Dios...y a tu prójimo... En estos dos mandamientos se encierran toda la ley y los profetas» (52).

En realidad estos dos amores, no son más que dos aspectos de una misma realidad, de una misma virtud teologal, porque el amor a los hermanos no se separa del amor a Dios, ni el amor a Dios del de nuestros hermanos. Camilo aplica este principio a la caridad con los enfermos, de lo que esta totalmente convencido y por ello lo transmite a los suyos, afirmando que quien sirve con ternura a los enfermos ha alcanzado la perfección. Todo lo demás está en función y al servicio de adquirir un alto nivel de donación incondicional a los enfermos. Por ello dirá con gusto que «el buen marinero muere en el mar y el buen religioso camilo en el servicio a los enfermos» (53).

Su concepción sobre la vida religiosa, hace que Camilo lleve a término determinadas afirmaciones, verdaderamente sor-

(50) *Vms.*, pág. 63.

(51) *Vms.*, pág. 318.

(52) Cf. Mt. 22, 37-40.

(53) *Vms.*, pág. 232.

prendentes, con tal de resaltar hasta lo sublime el carisma del cual ha sido dotado. Para él los ministerios eclesiásticos, incluso los más dignos, son para sus religiosos algo accidental no sustancial, así lo afirma en una carta escrita al p. Frediano Pieri, superior de la comunidad, el 28 de mayo de 1611: «Recuerde Su Reverencia que el fin de nuestro Santo Instituto no es confesar en la iglesias ni llenarlas de confesonarios, esto no es más que un poco de corteza. ¡Pobre del que se prodigue en ello!». Su voluntad es que no se posponga el servicio a los enfermos ni tan siquiera por ninguna práctica de piedad: «No es buena la piedad que corta las alas a la caridad..., pues hay que dejar a Dios por Dios ya que en el cielo no nos faltará tiempo para contemplarlo» (54). Permite, incluso, que se deje de participar en la misa por una «ocupación más grata al Señor» (55), y recomienda que por tomar parte en los actos más importantes de la vida común como pueden ser: comulgar, comer, orar, participar en la reuniones..., no quede mermado el ejercicio de la caridad con los enfermos. Pues a su sano entender «nuestros maitines y horas canónicas son nuestras velas en los hospitales y a la cabecera de los moribundos..., ya que pensamos que el Señor es alabado por nosotros con las manos, realizando obras de piedad vivas para con el prójimo. Esto es tan grato a Su Divina Majestad como el canto de salmos e himnos» (56).

Le disgustaba sobremanera ver a algunos de los suyos, mientras estaban de guardia en el hospital, que bajo pretexto de no querer distraerse de la unión interior, mientras era

(54) Ob. cit., pág. 347.

(55) *Regla*, n.º 9.

(56) *Vms.*, pág. 393.

tiempo de trabajar y cuidar a los enfermos, estaban como encantados sin moverse o haciéndolo muy despacio (57). Tenía en tan alta estima el correcto quehacer con los enfermos que mandaba leer durante la comida libros que ayudasen «a ser instruidos en el cuidar y acompañar a los enfermos» (58). No cesaba de repetir a sus compañeros: «Obras y caridad es lo que pide de nosotros el mundo actual» (59).

Recomendaba con insistencia la donación total a sus religiosos, como hemos visto, pero también la generosidad a los cristianos en general. Solía decirles una frase original y plástica cuando percibía cierto recelo en ser solidario: «Confía en Dios, cobarde, y tira el pan al agua en el río de la vida presente, pues dentro de poco lo encontrarás en el mar de la vida eterna... No dudes porque Dios es más generoso en devolver que nosotros en dar» (60). A su primo Honofrio, bastante bien situado económicamente, le escribía el 10 de junio de 1604: «Procura que tantos bienes como has adquirido sean causa de ganarte el cielo y no el infierno. Recuerda que no te llevarás ni un céntimo contigo, por tanto haz abundantes y generosas limosnas, no te dejes vencer por la avaricia, puesto que lo que des a los pobres por amor a Dios será tuyo y no lo que dejes en este mundo; dichoso de ti si escuchas mi advertencia». Es el modo como aconsejaba a los seglares el ejercicio de la caridad que él practicaba con toda radicalidad, sabedor de que nadie está excluido de la misma y de que su ejercicio limpia todos los pecados.

(57) Ob. cit., pág. 347.

(58) *Regla*, n.º 17.

(59) *Vms.*, pág. 98.

(60) *Vms.*, pág. 330.

«LAS MINAS DE ORO Y PLATA» (61)

Después de un prolongado contacto con los enfermos, con las manos, la mente y el corazón inundados y ocupados siempre en la caridad, Camilo aparece completamente transformado por esta virtud, tan identificado está con ella que en Roma se le conoce por «el padres de los pobres». Ya ha adquirido un nuevo modo de ver, de sentir, de gustar y de oler las cosas; se ha colocado en una dimensión nueva, tan original que estamos a punto de perderlo de vista. Sus conceptos y palabras, en ocasiones nos son incomprensibles..., se alejan de lo ordinario.

Si cada enfermo es el Señor, si en el acompañarlo, con generosidad y ternura, reside la perfección cristiana, para él el hospital se transforma en un jardín de perfume delicioso, en una viña de buen vino añejo, en una mina de oro y plata y piedras preciosas, en un nido de calor acogedor, en el paraísos terrestre prenda del Reino definitivo... En el hospital, para él, no existen olores desagradables, lamentos lastimeros, miserias acumuladas, sino perfumes únicos, músicas armoniosas, tesoros inestimables; todo ello lo embarga hasta tal punto de gozo, de alegría, de verdadera paz del espíritu, que influye incluso en su salud física, olvidándose de sus llagas en las pierna que no le dejaban casi caminar. Era cuando no podía estar junto a los enfermos cuando se sentía mal, se entristecía y no recobraba la paz hasta volver a su lado.

La espiritualidad de la caridad de Camilo se condensa toda en sus obras y en su vida, más que en sus palabras, incapaz como era de expresar adecuadamente las realidades espiritua-

(61) Ob. cit., pág. 320.

les que lo conformaban. No había aprendido la ciencia de los libros, de ellos aprendió poco, mal y tarde, pues hasta los treinta años no se enfrentó con el latín y adquirió lo básico para poder manejarse como sacerdote. Sus escritos fueron pocos y breves: las Reglas para casa y para el servicio a los enfermos, unos cuadernos de notas y las cartas que dirigió a los suyos cuando empezaron las fundaciones en las diferentes ciudades de la geografía peninsular. Pero con esto le bastó, ya que escribió en el libro de la Historia de Salvación y «tuvo un grandísimo conocimiento de Dios, y de todos sus atributos, y en particular de su infinita bondad, misericordia y providencia... hablando sobre estos misterios con tanta facilidad y claridad, que parecía un doctísimo teólogo» (62). Cuando hablaba sobre la caridad se le iluminaba el rostro y parecía que le salían rayos del mismo.

Como ya hemos señalado, alcanzó una perfecta espiritualidad de la caridad a los enfermos, con un constante progreso no sólo en el modo concreto de practicarla, signo exterior que nos manifiesta el proceso de maduración de acontecía dentro de él, sino sobre todo se notan en el Santo una percepción y profundización cada vez más conscientes y personales de la caridad como virtud básica y central del cristianismo; como esencia de la perfección para el hombre redimido por Cristo, como unidad inescindible del amor de Dios y del prójimo en base a la realidad del Cuerpo Místico; como virtud capaz de asegurar al hombre la felicidad ya en este mundo para continuarla en el Reino definitivo, contemplando a Dios no ya escondido en los hombres, sino en su total, viva y luminosa realidad, tal como es.

(62) *Vms.*, pág. 209.

Camilo, con su vida demostró que con la práctica de la caridad a los enfermos existe la posibilidad y la alegría de vivir el amor a Dios, que es la esencia de la perfección; existe la posibilidad de amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerza, con todo el ser, y se le puede acoger y contemplar en el enfermo. Camilo, que empezó invitando a tratar al enfermo en su globalidad, holísticamente, acaba exigiendo que uno se dé también totalmente, holísticamente: «En el servicio a los enfermos, mientras las manos realizan su tarea, los ojos deben observar que no falte nada, los oídos escuchar, la lengua animar, la mente entender, el corazón amar y el espíritu orar» (63).

UNA HISTORIA QUE CONTINÚA

El «Gigante de la Caridad», como fue llamado Camilo por muchos de sus biógrafos, que también fue gigante de estatura pues medía cerca de dos metros de altura, dejó como herencia, a la sociedad y a la Iglesia, todo un modo de entender el mundo de la salud nuevo y desafiante. Los suyos han seguido prestando, a lo largo de más de cuatro siglos de historia de la Orden de Ministros de los Enfermos, cuidados, servicios y reflexiones innumerables en el mundo de la salud. Han logrado, junto con su Fundador, que los centros sanitarios pasaran de ser lugares de muerte a ser espacios de sanación y salvación; que los enfermos sean el centro del servicio y no la excusa del beneficio; que la salud sea considerada más allá de la simple ausencia de enfermedad; que la técnica se empape de humanidad para llegar a la calidez; que la calidad desemboque en

(63) MARIO VANTI, pág. 89.

la excelencia al contemplar al enfermo como «el corazón y la pupila de Dios» (64). Todo ello conscientes de que el reto por la salud total sigue siendo un desafío perenne en el mundo de los humanos.

Hubo un hombre que al despedirse de su existencia temporal, un 14 de julio de 1614, dejó una hermosa herencia bien consolidada para la Iglesia y para la sociedad, basada en dos consistentes pilares: una Orden cuya finalidad es el servicio a los enfermos, y un voto que garantiza este servicio hasta la entrega de la propia vida. Así pues, sigue siendo para muchos impulso ante la pregunta, y respuesta ante la incertidumbre; por ello no sorprende que fuese proclamado, un 22 de junio de 1886, «Patrono de los enfermos y hospitales» por el Papa León XIII y «Patrono del personal sanitario» por Pío XI, un 28 de agosto de 1930.

Quien pudo afirmar que: «Hay que contemplar a Dios en la creatura» (65) y «qué importante es una sanitario bueno y competente» (66), sigue teniendo un lugar preferente en el mundo de la sanidad continuamente en cuestión y en cambio humanizador.

(64) Ob. cit., pág. 69.

(65) Carta del 3 de octubre de 1608.

(66) *Vms.*, pág. 203.

Experiencias

ACOGIDA, ENCUENTRO E INTEGRACIÓN CON INMIGRANTES. EXPERIENCIA PASTORAL CON INMIGRANTES

MARÍA JOSÉ CASTEJÓN
Parroquia San Pablo. Madrid

Nuestra experiencia pastoral con inmigrantes tiene su inicio en varios rostros con nombres e historias propias (1). Voy a narrar brevemente tres situaciones que provocaron la dedicación y trabajo posteriores.

El primer encuentro con inmigrantes lo tuvimos en la Eucaristía dominical, intercambiamos teléfonos, direcciones. Al otro día vino a casa uno de ellos —nunca había visto un rostro con tanto dolor— me recordó al Siervo de Yahvé. Él fue el detonante para iniciar la reflexión y algunas acciones concretas. Él mismo fue dándonos a conocer a otros inmigrantes,

(1) Pertenezco a un Instituto Secular: Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote. En el barrio Puente de Vallecas tenemos la Casa de Formación desde hace siete años. Pertenece a la Comunidad parroquial de San Pablo. Hablo en plural porque la relación con los inmigrantes afectó a todo el grupo que vivimos en la Casa. Siervas y aspirantes (las jóvenes que están en periodo de formación inicial).

así como las muchas y complicadas situaciones que vivían. De esta forma nos vimos implicadas en un trabajo común.

El segundo rostro fue el de una joven de 19 años, acababa de llegar de su país y con gran sorpresa descubrió que estaba embarazada. Vino a casa buscando algún trabajo. En el transcurso de la conversación pude darme cuenta de su estado. Llevaba en el bolso un papel para la «interrupción voluntaria del embarazo». Cargaba sobre sus hombros el peso de una deuda de 1.200 dólares que iba creciendo día a día por los intereses y todas las esperanzas de su familia puestas en su venida a España (2).

El tercer rostro es de otra joven que al llegar a España fue a parar a un piso donde se ejercía la prostitución. Una noche recibimos una llamada telefónica, nos contó lo que le pasaba y dónde estaba. Fuimos a buscarla y la trajimos a casa. Estuvo tres meses con nosotras hasta que encontró trabajo (3).

Estos acontecimientos y otros similares, provocaron interrogantes, interpelaciones y reacciones diversas tanto en nosotras como en la comunidad parroquial y el entorno. La primera pregunta que suscitó fue: ¿qué está sucediendo, por qué vienen, qué podemos hacer? La interpelación evocaba el Evangelio «fui extranjero y me acogisteis» Mt 25, 35. Las reaccio-

(2) Vivió con nosotras seis meses. Gracias a unas amigas de otro Instituto «Cruzadas evangélicas», nació el niño en Salamanca y estuvo unos meses en su residencia de madres solteras. Hoy el niño tiene dos años y medio, ha venido el padre y siguen luchando por llevar a cabo su proyecto común.

(3) Me faltan palabras para calificar la calidad humana de esta mujer. El paso del tiempo y el trabajo ha posibilitado dar respuesta a sus expectativas. Continúa trabajando y luchando por su familia y por labrarse un futuro digno.

nes fueron muy variadas: de solidaridad y apoyo, también hubo reacciones de crítica: acusaciones de paternalismo, asistencialismo, falta de visión etc.

Todo lo que aconteció lo consideramos positivo, ya que hicieron posible el abrir caminos de reflexión, de formación y creación de un grupo de encuentro, acogida e integración de inmigrantes, dentro de la comunidad parroquial.

PRIMER PASO: BUSCAR RESPUESTAS A LOS INTERROGANTES PLANTEADOS. FORMACIÓN DE UN GRUPO EN LA COMUNIDAD PARROQUIAL

Este primer paso estuvo marcado por la reflexión y la búsqueda de información del grupo sobre la realidad de la inmigración. El objetivo era establecer criterios de actuación. Tomamos contacto con otros grupos que llevaban a cabo un trabajo pastoral específico con inmigrantes y sobre todo, fue de gran ayuda, la colaboración desde el primer momento de la Delegación de Inmigración de Madrid, en concreto de su Delegado, Antonio Martínez, que nos ayudó a conocer la realidad de la inmigración y a analizar las causas y consecuencias de la misma, así como a descubrirnos las implicaciones de una pastoral con inmigrantes y el origen que tiene en nuestro compromiso cristiano (4).

(4) Son muchos los documentos que se han ido publicando en estos últimos años. Quiero resaltar el documento *La pastoral de los inmigrantes. Camino para la realización de la misión de la Iglesia, hoy*. Octubre 2000. Publicado en la sección especial de pastoral Arzobispado de Madrid.

Nuestras primeras acciones fueron encaminadas a recoger todo tipo de información, sobre los servicios que, desde distintas instancias, se ofrecían en el barrio al inmigrante y que respondían a sus derechos más fundamentales: salud, educación, vivienda, trabajo, participación política y social. Esto dio lugar a tomar contacto e intentar coordinarnos con los servicios sociales, los centros educativos, las asociaciones vecinales, etc., así como a conocer organizaciones que ofrecen apoyo en situaciones de riesgo y precariedad: comedores, roperos, alimentos, duchas, defensa de la vida, promoción de la mujer, sindicatos y un largo etc.

Otro momento importante fue tomar contacto con las distintas pastorales que ya funcionaban tanto en el ámbito parroquial como en el arciprestal y diocesano, para trabajar en coordinación con ellas: pastoral social (Cáritas, asociaciones de jóvenes y niños, pastoral de la salud, pastoral del trabajo, etc.); pastoral de la catequesis y anuncio del Evangelio; pastoral sacramental y litúrgica, etc.

Conclusiones de la reflexión que se hizo en el grupo

Partimos de la constatación de la llegada de trabajadores inmigrantes a nuestro barrio y comunidad parroquial. Estábamos convencidos que no podía faltar en nuestra agenda de caridad la creación de ámbitos de integración y espacios de encuentro, que posibilitaran la relación entre la población autóctona y la población inmigrante (5). Era necesario llevar a efecto una auténtica pastoral de inmigración, coordinada con

(5) Cfr. E. ROMERO POSE, *Los trabajadores inmigrantes*. Reto a la misión evangelizadora de la Iglesia. Cuadernos de Formación, 11. Delegación de inmigraciones, 1998.

las demás pastorales. No podíamos reducir la atención al inmigrante a una serie de servicios específicos a un colectivo que hoy se ha puesto de moda (6), ni crear falsas expectativas en los inmigrantes, el propio inmigrante tenía que ser el protagonista de cualquier actuación que se hiciera. Era urgente y necesario integrar a los inmigrantes creyentes en la comunidad parroquial siendo todos corresponsables de la acción pastoral que iniciábamos en este grupo concreto.

I. Causas de la inmigración

- La afirmación «trabajador inmigrante» es importante, ya que nos sitúa en una realidad que nos hace tener una mirada crítica hacia las causas de los flujos migratorios. *Estas son entre otras, los conflictos internos, las guerras, el sistema de gobierno, la desigual distribución de los recursos económicos, la política agrícola incoherente, la industrialización irracional y la corrupción difundida* (7). A su vez, son un elemento estructural y permanente del sistema económico. Responden a la concentración espacial del capital, a la ideología que prima el beneficio económico de la empresa, reduciendo gastos y rebajando costes, reclamando por tanto mano de obra barata, es decir inmigrantes. No podemos olvidar que la llamada «sociedad del bienestar» (8) está sostenida en gran medida por

(6) Cfr. A. M. ROUCO VARELA, Presentación del estudio *Extranjeros en Madrid capital y en la Comunidad. Informe 2000*. «En contacto con...», junio 2001.

(7) Cfr. JUAN PABLO II, *Discurso al III Congreso Mundial de Pastoral de las Migraciones*, 1988.

(8) Para profundizar sobre el concepto *Estado de bienestar* ver: IBÁÑEZ, H., *De la integración a la exclusión*, Santander, 2002, 31-44. A. M. ROUCO VARELA, *Extranjeros en Madrid capital y en la Comunidad*, 2000, 10-11.

tantos y tantos inmigrantes que trabajan en el sector servicios: construcción, hostelería, servicio doméstico etc.

2. Consecuencias

- En el ámbito social las consecuencias que se derivan de las causas antes vistas, suponen una clara violación de los derechos humanos. Sólo hay que asomarse al mundo del trabajo, marcado por la precariedad y la explotación; a la de la falta de integración del inmigrante en el proyecto común de la sociedad; a la opinión pública, minada por los medios de comunicación social en no pocas ocasiones, que genera discriminación y exclusión, así como actitudes racistas y xenóforas; no podemos estar ajenos al sufrimiento que comporta el desarraigo de su cultura, de sus valores, de sus tradiciones religiosas etc. Por otro lado tampoco podemos olvidar los cambios que se producen para la población autóctona al generarse una sociedad con gran pluralidad étnica, cultural y religiosa.
- En el ámbito privado las consecuencias son múltiples: un claro deterioro en el proyecto de vida; el afrontar situaciones familiares problemáticas por la separación del matrimonio, por la lejanía de los hijos que quedan en sus países de origen, el reencuentro después de años de

CO VARELA, *Acogida generosa e integración del inmigrante y su familia*, marzo 2001, 7. «Los inmigrantes vienen buscando el bienestar que nosotros disfrutamos, y nosotros, seamos claros, necesitamos su trabajo para mantener un nivel de confort que, de otro modo, se derrumbaría. A menudo se percibe con claridad la contradicción de necesitar a los inmigrantes para perpetuar la comodidad que hemos alcanzado y, al mismo tiempo, rechazarlos porque ponen en cuestión nuestros hábitos y nos molestan».

separación, la problemática propia que vive la mujer inmigrante, los jóvenes sin papeles mayores de edad; la segunda generación, jóvenes y niños que además del conflicto generacional tendrán que afrontar el cultural y un futuro laboral poco esperanzador.

3. El reto de la inmigración para la comunidad eclesial

- Mirar el hecho de la inmigración desde la fe hace que resuene en nuestros oídos el pasaje de Mt 25, 35, *fui extranjero y me acogisteis*. Nuevamente es Cristo el que se hace presente entre nosotros en la persona del inmigrante, ¡ven Señor Jesús!. Como criatura e hijo Dios el inmigrante es mi hermano que pasa por momentos de soledad, de precariedad de necesidad. La palabra de Dios nuevamente nos interpela, ¿dónde está tu hermano?
- El reto de la inmigración ha de plantearse en las comunidades cristianas no como un problema sino como una Buena Noticia. En la misma identidad de la Iglesia está la vocación profunda a hacer de toda la Humanidad una gran familia de hijos y hermanos (9). Este convencimiento tiene que movernos a acoger como don y como gracia a cada inmigrante que llega a nuestra casa —su casa—, que es la Iglesia. La diversidad de culturas, razas y tradiciones religiosas nos invita a la unidad dentro de la pluralidad. La acogida, encuentro e integración del inmigrante en las comunidades eclesiales, ha de experimentarse con toda la fuerza y riqueza que tiene la par-

(9) Cfr: JUAN PABLO II, *Novo Millennio Inuente*, Vaticano 2000, n.º 50. Cfr: Vaticano II, Documentos, *Gaudium Spes*, n.º 29.

ticipación activa de nuevos miembros en la comunidad, que traen consigo un bagaje cultural, histórico, religioso que nos da la ocasión de compartir y poner en común todos los bienes que poseemos (10).

- Uno de los desafíos que hay que afrontar en las comunidades es el diálogo interreligioso entre los distintos credos. El servicio de la caridad que desde nuestra propia identidad y estilo eclesial y cristiano ofrecemos a todas las personas nos tiene que llevar también a compartir la fe, favorecer ámbitos de oración y a dar razón de nuestra esperanza desde la escucha atenta y respetuosa a su propio credo. El encuentro fraterno desde la fe tiene como fruto un servicio activo a la convivencia pacífica promovida por el amor (11).
- En el servicio de la caridad al inmigrante podemos diferenciar tres frentes de acción que se implican mutuamente. El primero es la formación dentro de la comunidad eclesial de agentes pastorales que lleven a cabo una auténtica pastoral de inmigración, coordinándose con todas las demás pastorales de la comunidad y sintiéndose enviados por esta. La participación de toda la comunidad en el servicio de la caridad al inmigrante genera un cambio de mentalidad de gran influencia en las relaciones sociales y comunitarias favoreciendo la integración (12). El segundo aspecto es la acogida y encuentro

(10) Cfr. JUAN PABLO II, *Mensaje en el Día de las Migraciones*, 1982.

(11) Cfr. JUAN PABLO II, *Jornada Mundial de la Paz*, 2001; Concilio Vaticano II, *Gaudium Spes*, n.º 92.

(12) Cfr. A. M. ROUCO VARELA, *La pastoral de los inmigrantes camino para la realización de la misión de la Iglesia, hoy*, 39-41.

con el inmigrante, con sus problemas concretos, colaborando con él como verdadero protagonista de su lucha por ser reconocido en sus derechos y deberes como ciudadano y como miembro de la comunidad si es católico (13). El tercer aspecto hace referencia a las acciones para conseguir junto al inmigrante el cambio de estructuras (14).

Folleto informativo: Identidad, criterios de actuación y actividades del Grupo Enain

Este primer paso finalizó concretando en un folleto informativo la reflexión, información y toma de contacto con las distintas realidades. El contenido del mismo fue el siguiente:

Identidad: ¿Quiénes somos?

Somos un grupo de la Parroquia de San Pablo que queremos trabajar para favorecer el encuentro e integración del inmigrante y con el inmigrante en nuestro barrio de Vallecas y en la comunidad parroquial. Colaborando con la Delegación Diocesana de Inmigrantes y en coordinación con todas las pastorales.

Objetivos

Nuestro objetivo principal es lograr la *PARTICIPACIÓN Y LA INTEGRACIÓN* del inmigrante con todos los que vivimos en el

(13) Cfr. *Ibidem*, 31-34.

(14) Cfr. *Ibidem*, 49-51.

barrio de Vallecas (Madrid), desde nuestra experiencia de comunidad cristiana:

- Impulsar conjuntamente la capacidad que el propio inmigrante tiene para solucionar y superar sus problemas.
- Acercarnos a su realidad personal y social.
- Sensibilizar a los vecinos e instituciones del barrio.
- Fomentar el intercambio cultural.
- Animar la incorporación del inmigrante a la vida del barrio y de la comunidad parroquial.

¿Qué hacemos?

- Ofrecer apoyo e información al inmigrante y su familia.
- Compartir la realidad de los diferentes países mediante actividades lúdicas y culturales.
- Convocar reuniones de acogida, encuentro y participación de todos con todos.
- Realizar campañas de sensibilización y solidaridad en parroquias, colegios, asociaciones, etc.

SEGUNDO PASO. CONSOLIDACIÓN DEL GRUPO E INICIO DE LAS ACTIVIDADES PROGRAMADAS

Al cabo de ocho meses pusimos en marcha espacios de acogida y de encuentro. Eso hizo que conociéramos de viva

voz su situación y sus necesidades. De esta experiencia surgieron las distintas actividades teniendo en cuenta los tres frentes de actuación antes mencionados:

I. Encuentro y acogida con el Inmigrante

1.1. Acogida

- Semanalmente espacios de acogida favoreciendo la entrevista personal, recogida de datos e intercambio de información.
- Visitas a las familias que llegan al barrio y entrega de cartas a domicilio una vez al mes para invitarlos al encuentro de los terceros domingos.
- Invitación a nuestras casas para tomar café, comer juntos, compartir.

1.2. Promoción

- Búsqueda de recursos necesarios para la subsistencia (comida y ropa), educación y trabajo.
- Taller de cocina.
- Seguimiento a familias y personas solas, a mujeres con cargas de hijos.
- Encuentros formativos e informativos los terceros domingos.
- Convivencias de verano.
- Excursiones (aprovechar las de la parroquia).

- Ir juntos a hacer deporte.
- Grupo cultural: conocer Madrid, bailes de los distintos países, confeccionar trajes (Semana cultural).

1.3. Integración en la comunidad

- Participación en el Consejo Pastoral de la parroquia como grupo de inmigrantes.
- Integración en la catequesis de niños.
- Cauces de formación en la fe para adolescentes y jóvenes.
- Asociación Cultural San Pablo.
- Catecumenado de adultos.
- Participación en los distintos grupos y actividades parroquiales.
- Celebraciones interreligiosas.
- Novena de Navidad: La realización de ésta surge de los inmigrantes, pero ahora es una actividad en la que participa la Comunidad. De ella partió un Catecumenado de adultos.

2. Cambio de estructuras

- Mentalización a la comunidad y al barrio: superar resistencias, xenofobia latente, dificultades para aceptar a los distintos, sensibilizar; crecer en talante de diálogo, de de-

jarnos evangelizar; para ello se publica una revista al trimestre; se celebra la fiesta de los pueblos en la Semana Cultural de la Parroquia; celebración del día del Inmigrante en la Comunidad uniéndonos a toda la diócesis.

- Coordinación con el Arciprestazgo: reunión una vez al mes para compartir criterios, conocer la realidad, intercambiar recursos, formación de agentes de pastoral, acciones de sensibilización, denuncia etc.
- Relación con la delegación de Inmigrantes y otras entidades.
- Nos unimos a las acciones de denuncia y reivindicativas con respecto a la inmigración.

3. Formación y consolidación del grupo

El grupo ha ido creciendo en la medida en que iban creciendo las actividades y la relación con los inmigrantes. Para cada actividad era necesario implicar a más personas de la comunidad parroquial, incluidos los inmigrantes como miembros activos de la misma. Actualmente somos 24 personas. Tenemos reuniones una vez a la semana por actividades y encuentros generales una vez al trimestre. La participación en el Consejo Pastoral y las Asambleas Parroquiales facilitan mucho la corresponsabilidad, implicación y mentalización de toda la comunidad parroquial y el sentirnos enviados por la misma.

Dificultades que hemos encontrado

Las dificultades son muchas y muy variadas que se superan

e integran desde una vivencia profunda de la fe y una experiencia de Dios por parte de todos los miembros del grupo. El sentido comunitario y eclesial son fundamentales para afrontar con auténtico espíritu cristiano todos los inconvenientes que encontramos:

- Los cambios frecuentes de domicilio dificulta una continuidad que posibilite procesos integradores.
- La precariedad del trabajo hace que los horarios no sean estables y no puedan responder con responsabilidad a lo que se comprometen, o peor aún, eviten el compromiso. A los autóctonos nos hace vivir siempre con la incertidumbre de si vendrán o no, provocando situaciones incómodas.
- El mismo concepto de integración tiene sus propias dificultades. ¿A qué llamamos integrar? De momento sabemos que no es ni asimilación, ni marginación creando guetos de personas diferentes que intentan conservar su patrimonio cultural, religioso, social. Trabajar por la integración, desde una comunidad cristiana, nos lleva a ser muy críticos con nuestra realidad social y formas de vida que no se corresponden con los valores del evangelio. Nos hace conscientes de un montón de dificultades que sufrimos juntos:
 1. Muchos inmigrantes se encuentran en una situación de irregularidad legal que impide la participación social, política y por tanto su aportación a la construcción de un mundo más justo y humano como ciudadanos de pleno derecho.
 2. Esta situación hace que se violen los derechos

laborales. Son mano de obra barata. Este hecho, en un barrio obrero como el nuestro, donde existe un alto índice de desempleo, genera una situación conflictiva con los propios vecinos, se convierten en una amenaza para sus propios derechos como trabajadores (15).

3. El acceso a Servicios Sociales (plazas en las guarderías para menores de tres años, becas de comedor o de libros, etc.) se experimenta, por parte de la población autóctona, sobre todo mujeres, como una reducción de sus propios derechos a obtener estas mismas ayudas. No es fácil conseguir una lucha común para reclamar a la Administración apoyo a la mujer trabajadora con cargas familiares.

4. Acompañar dando a conocer sus derechos y deberes, aunque hablemos el mismo idioma no es fácil. Los conceptos de tiempo, de las instituciones, de las normativas no son los mismos.

5. El acompañamiento a las familias, después de un largo periodo de separación, genera situaciones de mucha tensión. Tienen que iniciar un nuevo proceso de comunicación, de conocimiento mutuo, de poder elaborar nuevamente un proyecto común en ocasiones muy conflictivo.

6. Somos conscientes de las dificultades para conseguir un real intercambio de valores y costumbres en el ámbito privado. La integración, en este ámbito, desde

(15) No podemos olvidar que el inmigrante vive en barrios obreros, no en los barrios donde trabaja. La convivencia diaria, la integración tiene que darse con sus vecinos, con sus compañeros de trabajo, etc.

el respeto y el diálogo es uno de los mayores retos.

7. El deslumbramiento por una sociedad de consumo, el marcado individualismo de nuestra sociedad, son una amenaza a la hora de plantear la solidaridad incluso entre la propia población inmigrante.

TERCER PASO. TOMARNOS EL PULSO EN LOS AVANCES Y DIFICULTADES

Al finalizar este curso, inevitablemente hemos tenido que evaluar y ver los avances y las dificultades. Hemos tomado conciencia de muchas cosas:

- Primero, hay que tener en cuenta las distintas etapas del inmigrante, no es lo mismo acoger y acompañar al inmigrante nada más llegar a nuestro país, que acompañarlo en otras etapas donde el mismo inmigrante va decidiendo si se queda o retorna y va elaborando un proyecto de vida más estable.
- Segundo, los procesos de integración son largos y dinámicos y no hay recetas hechas.
- Tercero, las políticas de inmigración no son claras. Se hacen desde los intereses de nuestros países, más que desde los intereses de los inmigrantes.
- Cuarto, la integración en la comunidad parroquial pasa por el proceso de ir quitando la etiqueta de inmigrante.
- Quinto, hay que estar muy atentos a las opiniones generalizadas y promovidas muchas veces por los medios de

comunicación social sobre los inmigrantes y que influyen en los miembros de la comunidad y en el barrio.

- Sexto, hay que seguir creciendo en corresponsabilidad y seguir impulsando el protagonismo de los propios inmigrantes como agentes de pastoral.
- Séptimo, tenemos que seguir insistiendo y trabajando en la coordinación con el arciprestazgo y todas las pastorales.
- Octavo, cuidar el grupo que trabajamos en la pastoral de inmigrantes. A cada persona que lo integra, a sus familias, amigos y conocidos. Con formación adecuada, encuentros para compartir la fe y la vida desde la experiencia que tenemos.

CONCLUSIÓN

La realidad que hemos vivido en estos cuatro años de trabajo pastoral ha superado todas nuestras expectativas. No me cabe duda de todo lo bueno que hemos podido aportar, son muchas las personas y familias que hemos visto crecer y luchar por un futuro más digno. Pero con mayor seguridad, puedo afirmar, que hemos recibido mucho de los inmigrantes, tanto en el ámbito personal, como comunitario. Quiero resaltar, sobre todo, la sincera amistad y ayuda mutua que hemos experimentado. Deseo dejar constancia de la experiencia de Dios vivida caminando con tantos hermanos y hermanas de otros países, compartir con ellos las dificultades, celebrar la alegría de una tarjeta de permiso de trabajo, o el nacimiento de un nuevo niño ha hecho posible sentir a Dios muy cercano, pal-

par un día y otro que es el Dios de los pobres, que se ha puesto de nuestro lado, y camina junto a nosotros. El gran protagonismo del Espíritu Santo que ha conducido nuestras acciones y nuestras mentes y ha movido a muchas personas a la solidaridad, acogida y apoyo.

Voz del que grita en el desierto: preparad el camino al Señor; allanad sus senderos; todo valle será rellenado y toda montaña o colina será rebajada, los caminos tortuosos se enderezarán y los ásperos se nivelarán. Y todos verán la salvación de Dios (Lc 3, 4-6).

BIBLIOGRAFÍA

Documentos

Concilio Vaticano II.

- *Gaudium et Spes* (1965).
- *Lumen Gentium* (1965).

Documentos Pontificios

Juan Pablo II

- Carta encíclica *Laborem Exercens* (1981)
- Carta encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* (1987)
- Carta encíclica *Centesimus Annus* (1991).
- Carta apostólica *Novo Millennio Inuente* (2000)
- Discurso al III Congreso Mundial de Pastoral de las Migraciones, 1988.
- Mensaje en el Día de las Migraciones, 1982
- Jornada Mundial de la Paz, 2001.

Conferencia Episcopal Española

- Pastoral de las Migraciones en España. Documento de la LXI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.
- La Inmigración en España: Desafío a la Sociedad ya la Iglesia, Comisión Episcopal de Migraciones. (1995).

Arzobispado de Madrid

ROUCO VARELA, A.M. (2000): *La pastoral de los inmigrantes. Camino para la realización de la misión de la Iglesia, hoy*. Madrid.

— (2001): *Acogida generosa e integración del inmigrante y su familia*, Madrid.

— (2000): *Salir al encuentro para vivir juntos*. Madrid

ROMERO POSE, E. (1998): *Los trabajadores inmigrantes. Reto a la misión evangelizadora de la Iglesia*. Cuadernos de Formación, 11. Delegación de Migraciones, Madrid.

LORA-TAMAYO D'OCÓN, G. (2003): *Extranjeros en Madrid. Informe 2001-2002*, Delegación de migraciones, ASTI, Madrid.

Referencias bibliográficas

IBÁÑEZ, H. (2000): *De la integración a la exclusión*, Santander.

MARTÍNEZ RODRIGO, A. (2003): *Trabajadores Inmigrantes, reto para la Pastoral Obrera, reto para toda la Iglesia*, Cuaderno 3.º, Madrid.

— (1995): *Las migraciones: un signo de los tiempos. Jalones para una pastoral inmigrante*. Navarra.

AA.VV. (2002) «Migraciones, pluralismo e interculturalidad, retos para la Doctrina Social de la Iglesia. XII Curso de Formación de Doctrina Social de la Iglesia» (CORINTIOS XIII, núms. 103-104), Madrid.

— *Hacia una Europa multicultural. El reto de las migraciones*, Salamanca.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

	EUROS
N.º 81 Preparando el Tercer Milenio. Jesucristo, centro de la Pastoral de la Caridad..... (Enero-marzo 1997)	9,61
N.º 82 El hambre en el mundo (a partir del documento de «Cor Unum»)..... (Abril-junio 1997)	9,61
N.º 83 Problemas nuevos del trabajo (Julio-septiembre 1997)	9,61
N.º 84 Cáritas en la vida de la Iglesia (Memoria-presencia-profecía). (Actas de las XII Jornadas de Teología) ... (Octubre-diciembre 1997)	9,61
N.º 85 Preparando el Tercer Milenio. El Espíritu, alma de la pastoral de la Caridad (Enero-marzo 1998)	9,61
N.º 86 La acción socio-caritativa y el laicado (Abril-junio 1998)	9,61
N.º 87 La enseñanza y la formación en la Doctrina Social de la Iglesia (Seminario de expertos y docentes en la Doctrina Social de la Iglesia) (Julio-septiembre 1998)	9,61
N.º 88 Universalización de los Derechos Humanos. Exigencias desde la caridad (Octubre-diciembre 1998)	9,61
N.º 89 Preparando el Tercer Milenio: El Padre, fundamento de la Pastoral de la Caridad (Enero-marzo 1999)	9,61
N.º 90 Hijos de un mismo Padre. Cáritas: Compromiso de Fraternidad en la Comunidad Cristiana (Abril-junio 1999)	9,91
N.os 91-92 La deuda internacional, responsabilidad de todos. (IX Curso de Formación de Doctrina Social de la Iglesia) (Julio-diciembre 1999)	12,02
N.º 93 Comentarios al Documento «Reflexión sobre la identidad de Cáritas» (Enero-marzo 2000)	9,91

	EUROS
N.º 94 La Trinidad	9,91
(Abril-junio 2000)	
N.º 95 Cuestiones actuales de Teología de la Caridad.....	9,91
(Julio-septiembre 2000)	
N.º 96 La economía mundial. Desafíos y contribuciones éticas	9,91
(Octubre-diciembre 2000)	
N.os 97-98 Por una pastoral de justicia y libertad. VI Congreso Nacional de Pastoral Penitenciaria	13,22
(Enero-junio 2001)	
N.º 99 La Acción Caritativa y Social de la Iglesia. Del dicho al hecho	10,16
(Julio-septiembre 2001)	
N.º 100 Teología de la caridad: cien números de CO- RINTIOS XIII	10,16
(Octubre-diciembre 2001)	
N.º 101 Retos y caminos de actuación ante la proble- mática social de la España actual. XI Curso de Formación de Doctrina Social de la Iglesia.....	10,46
(Enero-marzo 2002)	
N.º 102 Inmigrantes: Vivencias, reflexión y experien- cias. XIII Jornadas sobre Teología de la Caridad	10,46
(Abril-junio 2002)	
N.os 103-104 Migraciones, pluralismo social e intercul- turalidad. Retos para la Doctrina Social de la Iglesia	10,46
(Julio-diciembre 2002)	
N.º 105 Coordinación de la acción caritativa y social de la Iglesia. Encuentro Nacional de delegados episcopales y responsables de la acción carita- tiva y social en las diócesis	10,82
(Enero-marzo 2003)	
N.º 106 Una nueva imaginación de la caridad	10,82
(Abril-junio 2003)	

PRÓXIMO TÍTULO

N.os 107-108 Tercer Mundo y caridad: Modelo de desa- rrollo	13,50
(Julio-diciembre 2003)	

CORINTIOS XIII

revista de ecología y pastoral de la caridad

Apellidos

Nombre

Dirección

Población

C.P.

Deseo suscribirme por un año a la revista trimestral **Corintios XIII**. Importe anual **28.38 euros**.

FORMA DE PAGO:

- Talón bancario adjunto a nombre de **CÁRITAS ESPAÑOLA**.
- Giro postal núm. a nombre de **CÁRITAS ESPAÑOLA**.
- Orden de pago por domiciliación bancaria.

ORDEN DE PAGO POR DOMICILIACIÓN BANCARIA

Revista/Publicación

Nombre del Banco

Dirección Código Postal

Población Provincia

* N.º de entidad (4 dígitos): |_|_|_|

* N.º de sucursal (4 dígitos): |_|_|_|

* Dígito control (2 dígitos): |_|

* N.º de cuenta (10 dígitos): |_|_|_|_|_|_|_|_|_|

Nombre del titular de la cuenta

Ruego a ustedes se sirvan tomar nota de que hasta nuevo aviso deberán adeudar en mi cuenta con esa cantidad el recibo que anualmente y a nombre de

les sea presentado por Cáritas Española.

Atentamente
(firma del titular)

NOTA: **Los conceptos marcados con asterisco son imprescindibles para la domiciliación.**